

# **PROBLEMAS DE HISTORIA RECIENTE DEL CONO SUR**

## **TOMO 2**

Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco, Mariana Iglesias y Daniel Lvovich (editores)

# ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

## TOMO I

Promesas y problemas de la historia reciente del Cono sur (a modo de introducción) ...

### I. Reflexiones y debates sobre el pasado reciente y su estudio

El pasado reciente argentino: interrogaciones en torno a dos problemáticas  
*Roberto Pittaluga*.....

El debate sobre la historia reciente en Uruguay  
*Carlos Demasi*.....

Perspectivas y desarrollos convergentes: derechos humanos, memoria y género en las ciencias sociales latinoamericanas  
*Elizabeth Jelin*.....

La memoria justa: política e historia en la Argentina del presente  
*Hugo Vezzetti*.....

### II. Usos del pasado: Estudios de caso

Pasados en conflictos. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas  
*Ludmila Da Silva Catela*.....

Otras marcas. Guerra y memoria en una localidad del sur argentino (1978-1982)  
*Federico Lorenz*.....

Pasado reciente y mitologías (re)fundacionales en Uruguay. Un análisis de los discursos presidenciales de Julio María Sanguinetti (1985) y Tabaré Vázquez (2005-2006)  
*Álvaro De Giorgi*.....

El “Día del Nunca Más” en Uruguay (2006-2007): estrategias políticas y luchas interpretativas sobre la violencia política de los 60’-80’  
*Mariana Iglesias*.....

Silencios, susurros y estallidos en el discurso público: el caso de la detención de Pinochet en Londres  
*Teresa Cáceres Ortega*.....

Jóvenes, rebeldes y armados. Una mirada a la identidad y la memoria militante durante la transición chilena, 1990-2004  
*Pedro Rosas Aravena*.....

### **III. Dictaduras, política y represión**

- Cuando los militares hacen política: la “elección” presidencial de 1969 en Brasil  
*Maud Chirio*.....
- Una mirada desde Uruguay a la coordinación represiva regional 1973-1984  
*Vania Markarian*.....
- La represión que no importó. La violencia estatal contra los delincuentes comunes tras el golpe de Estado de 1973 en Chile  
*Sebastián Leiva*.....
- Los que queman libros. Censores en Argentina (1956-1983)  
*Patricia Funes*.....
- Los autores.....

## **TOMO II**

### **IV. Trabajadores y movimientos sociales**

- Colores, claves y sedimentaciones del pasado reciente entre “los peludos” de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas. Bella Unión, Uruguay  
*Silvina Merenson*.....
- Trabalhadores e sindicatos brasileiros em ritmo de ditadura (1964-1985)  
*Marco Aurélio Santana*.....
- La organización y la militancia obrera en el lugar de trabajo: hacia una historia de los delegados y comisiones internas en Argentina, desde la década del 1940 a la actualidad  
*Victoria Basualdo*.....
- Integración e impacto del movimiento por los derechos humanos en una ciudad del litoral argentino  
*Luciano Alonso*.....

### **V. Movimientos armados**

- Formas de combate ao regime militar brasileiro: luta armada vs. resistência  
*María Paula Araujo*.....
- Revolución, guerra y enemistad en el imaginario del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), Argentina  
*Vera Carnovale*.....

Memorias del Coordinador: algunas fechas significativas en la “formación” del MLN-Tupamaros  
*Marina Cardozo Prieto*.....

## **VI. Cultura y representaciones**

Invencción y circulación del Plan Andinia (Argentina y Chile, 1960-1976)  
*Ernesto Bohoslavsky*.....

Representaciones sobre la violencia a través del humor gráfico en la Argentina de los años 70. El caso del diario *Clarín*  
*Florencia Paula Levín*.....

El que no salta es un militar: rock, recitales y política en la Argentina (1976-1983)  
*Sergio A. Pujol*.....

## **VII. Dictadura y sociedad**

Dictadura y sociedad en Rosario entre 1976 y 1983: actitudes y comportamientos sociales en una perspectiva de análisis regional  
*Gabriela Aguila*.....

Actitudes sociales durante la dictadura militar argentina: las organizaciones sociales y el diálogo político de 1980  
*Daniel Lvovich*.....

Política y grupos académicos universitarios. Un análisis comparado de su historia reciente en facultades de ciencias naturales y humanas (Argentina, 1966-1986)  
*Germán Soprano-Luciana Garatte*.....

Algunas reflexiones en torno al acto de exilio en el pasado reciente argentino  
*Marina Franco*.....

## **Epílogo**

A modo de balance  
*Peter Winn*.....

Los autores.....

## **IV**

### **Trabajadores y movimientos sociales**

## **Colores, claves y sedimentaciones del pasado reciente entre “los peludos” de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas. Bella Unión, Uruguay**

Silvina Merenson

A la memoria de Machado, quien me honró con el título de “peona”

En la ciudad fronteriza de Bella Unión<sup>1</sup>, “azules”, “verdes”, “amarillos” y “rojos” componen la paleta de colores que cifra los relatos acerca del terrorismo de Estado que proponen los autodenominados “peludos”<sup>2</sup> que integran o integraron la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). La UTAA reúne a los cortadores de caña de azúcar desde el año 1961 y que tuvo entre sus dirigentes más importantes a Raúl Sendic, fundador y máximo referente del Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T)<sup>3</sup>. Este vínculo, tanto como la experiencia sindical y política condensada en la trayectoria de la UTAA, han sido objeto de múltiples lecturas que trascendieron el ámbito “local” para explicar procesos tales como la configuración de las organizaciones revolucionarias y los orígenes de la lucha armada en Uruguay. En este sentido, la UTAA resulta un caso excepcional en la historia del sindicalismo rural uruguayo en la medida en que conjugó sus acciones sindicales reivindicativas con la elaboración de una plataforma ideológico-política que influyó, en grados variables, en el debate nacional desde los años ‘60.

---

<sup>1</sup> Bella Unión esta ubicada en el departamento de Artigas. Los límites territoriales internacionales corresponden a dos corrientes fluviales: al oeste el río Uruguay define el límite con la ciudad de Monte Caseros, Corrientes, Argentina. Al norte, el río Cuareim marca el límite con Barra do Quaraí, Rio Grande do Sul, Brasil. Según el censo de 1963 Bella Unión tenía 9.983 habitantes, siendo su densidad de población 4 veces superior a la densidad de todo el departamento. Según el censo agropecuario de 1961 la superficie sembrada con caña era de casi 3.000 hectáreas. Los últimos datos censales (2004) registran para Bella Unión 13.187 habitantes, mientras que el área de caña a cosechar en 2007 llegaría a 6.000 hectáreas.

<sup>2</sup> El término nativo “peludo”, producto de la analogía con un roedor de la zona llamado de este modo, comprende tanto a los actuales como a ex cortadores de caña de azúcar, a los miembros de sus familias y a quienes aún no habiendo trabajado en el corte de caña, se autodenominan de este modo, ya sea porque pertenecen al mismo sector sociodemográfico que los cortadores o porque “trabajan en la tierra”, aunque en otra rama productiva. No existe un equivalente femenino para el término “peludo”, pero en los primeros años de la agroindustria era habitual que las mujeres colaboraran en el corte de caña. Actualmente no hay mujeres empleadas en el corte, pero en sus condiciones de “mujer de peludo” participan activamente de la UTAA ocupando cargos dentro de su comisión directiva.

<sup>3</sup> Sobre el MLN-T véase Arocena (1989), Caetano, Rilla, Gallardo (1995) y Aldrigui (2001).

En tanto sistema clasificatorio nativo, “azules”, “verdes”, “amarillos” y “rojos” indican grupos que vuelven distinguibles a quienes componen, en calidad de parientes, vecino/as y-o amigo/as, las redes que integran “los peludos” que son o fueron parte de la UTAA. Brevemente, “azules” y “verdes” refiere a los miembros de la policía y del ejército respectivamente en virtud del color de los uniformes utilizados por ambas fuerzas. “Rojos”, por su parte, es una categoría asociada a sindicalistas y militantes de la izquierda uruguaya. Por último, “amarillos”, refiere a quienes convalidaron las directivas de los “gringos”<sup>4</sup> o la “patronal”, ya sea con sus conductas individuales o con la creación de sindicatos afines a los intereses de los productores de caña de azúcar.<sup>5</sup>

Como sucede con los sistemas clasificatorios, las categorías que los componen resultan categorías de adscripción o de acusación que, en este caso, fundan lecturas del pasado reciente en Uruguay. Me interesa partir de este sistema clasificatorio para pensar qué es lo que hacen visible y qué es lo que ocultan estos *colores* a la hora de analizar cómo los cortadores de caña de azúcar y los miembros de sus familias dan cuenta de la violencia política y del terrorismo de Estado en el Uruguay. Específicamente, estas páginas analizan los marcos interpretativos en que cobran sentido estas nominaciones y los modos en que este sistema clasificatorio es el resultado de sedimentaciones en las que las representaciones y valoraciones locales interpelan y son interpeladas por otras, de alcance regional o nacional. Para ello voy a sintetizar los modos en que la literatura militante uruguaya<sup>6</sup> ha hecho referencia al sujeto “peludo” y a su sindicato para establecer, luego, dos claves interpretativas que nos permitirían comprender cómo opera el sistema clasificatorio en cuestión. Consideraré los relatos de “los peludos” y los miembros de sus familias recogidos en Bella Unión a lo largo de mi trabajo de campo a partir de dos claves -generación y género- para aproximarme desde ellas a los ejes y tensiones que propone este sujeto.

Como veremos en el acápite siguiente diversos autores se dedicaron a proponer distintas lecturas y representaciones de “los peludos” y la historia de su sindicato en las

---

<sup>4</sup> En 1961 la American Factory compró el ingenio de la Compañía Agrícola e Industrial del Norte Sociedad Anónima (CAINSA) situada en las proximidades de Bella Unión. El arribo de empresarios e ingenieros norteamericanos dio origen al término “gringo” que, hasta hoy, utilizan “los peludos” para referirse a los productores de caña de azúcar.

<sup>5</sup> Según los/as ex o actuales militantes de la UTAA dentro de esta caracterización ingresarían –con anterioridad a la creación de la UTAA– la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros (FNATA), el Sindicato Unido de Rurales Cañeros de Artigas (SURCA) y –luego de la dictadura– el Sindicato Único de Trabajadores Rurales de Artigas (SUTRA).

<sup>6</sup> En Merenson (2005) puede encontrarse la definición extensa de este corpus, las referencias a los textos y a los autores que lo integran.

que priman las voces de los dirigentes, en su gran mayoría varones. Este texto reseña dichas lecturas para detenerse especialmente en los contrastes que permiten las experiencias de las mujeres que permanecieron en Bella Unión durante la dictadura (1973-1985) y en las trayectorias diferenciales y disputas existentes entre integrantes del sindicato pertenecientes a las generaciones anterior y posterior al terrorismo de Estado.

### **Lecturas y representaciones de “los peludos” y de la UTAA en la literatura militante uruguaya**

El término nativo “peludo” nomina a un sujeto sociopolítico que ha sido objeto de diversas lecturas. En el plano estrictamente laboral refiere a los cortadores de caña de azúcar de nacionalidad argentina, uruguaya o brasileña que residen por tiempos variables en Bella Unión (Moraes, 1992; González Sierra, 1994). Sin embargo, otro modo de definir este término nativo presente en la literatura está vinculado al rol desempeñado por la UTAA y por algunos de sus militantes en el proceso político que llevó a la fundación del MLN-T, a mediados de la década de 1960. Desde entonces, un conjunto de textos políticos, históricos y biográficos que funden la trayectoria sindical de la UTAA con el proyecto político del MLN-T sostiene una definición de *los peludos* tramada en la sustancialización de las condiciones de vida en la frontera territorial y el relieve mítico de las filiaciones y trayectorias políticas de sus militantes. Como proletariado agrícola del complejo azucarero del norte uruguayo o como “motores de la revolución social”, el análisis de la UTAA a partir de sus ideas motrices, medios y fines se ajusta en esta literatura al rol desempeñado por Raúl Sendic en la prefiguración del proyecto revolucionario a partir de la creación del MLN-T y plantea dos tópicos recurrentes y complementarios: el alcance nacional de la lucha protagonizada por la UTAA y la descripción miserabilista (Grignon y Passeron, 1991) de sus integrantes. Respecto de la primera, Ruben Prieto afirma que “la gesta cañera” de la UTAA:

“promovió la reunificación de una ciudad macrocefálica como es Montevideo y un cuerpo desmembrado como es resto del territorio nacional, respondiendo ambos a orientaciones discordantes que se habían venido exacerbando en la época batllista (...) A partir de la agitación cañera a la cual se había consagrado Raúl Sendic (...) se alcanzó la unificación de signo nacional y así lo percibieron los sectores medios de la capital al hacer suya la lucha cañera (Prieto, 1986: 44).



Respecto de la segunda, “los campesinos” o “compañeros peludos” –ambas nominaciones utilizadas como sinónimos- son descriptos a partir de una clave biológica-étnica-política-territorial que busca explicar las razones por las que *los peludos* desarrollaron una experiencia sindical como la encarada por la UTAA:

“los cañeros, además de esa ‘sangre charrúa’, denotaban el aporte de los gauchos, que fueron producto de las circunstancias de la zona. Mezcla de ibéricos, esclavos negros fugados e indios libres, pese a su pobreza, mantenían la condición real de hombre libre, con una escasa participación en el proceso económico capitalista (...) [*Los peludos*] desarrollaron una psicología altiva e independiente (...) Sus normas y sus pautas ‘primitivas’ no coinciden con las leyes del sistema (...) Más cerca de la tierra y con un bagaje cultural distinto, ‘fronterizo’, estaban más próximos a la acción directa.” (Prieto, 1986: 134-35).

Esta literatura, producida en su mayor parte luego de la dictadura militar se ocupa, en mayor o menor grado, de inscribir al MLN-T en una tradición histórica uruguaya de larga duración en la que “los peludos” y su sindicato ocupan un lugar destacado. Los ejes de estas elaboraciones son el liderazgo de Sendic, la relación del sindicato con el MLN-T y la definición y descripción de “los peludos” como sujeto revolucionario. En su conjunto, esta literatura propone una épica anclada en crónicas costumbristas como la que sintetiza Samuel Blixen cuando describe a los cortadores de caña:

“que llaman peludos, porque trabajan encorvados sobre la tierra y porque quedan negros de tanta melaza adherida a la piel después de cortar la caña quemada; entonces se les ven solo los ojitos, una mirada inquieta y recelosa. Los peludos son crinudos, porque el indio, en las cruzas, ha sido más obstinado (...) Tienen una memoria alerta, porque siempre han sido golpeados (...) Se juntan debajo de los puentes y no necesitan más de 300 palabras, en una especie de portuñol, para dar cuenta de las novedades. (...) Si alguno, entre los infelices, merece ser privilegiado, ese es el peludo.” (Blixen, 2000: 62).

Si en las descripciones que formula la literatura militante predomina la imagen de la pobreza y la explotación a la que fueron y son sometidos “los peludos”, lo relevante es que sus determinantes resultan intrínsecos al medio rural, como una suerte de locus de continuidad histórica. Esta es la propuesta que Mauricio Rosencof hace en *La rebelión de los cañeros* ([1969] 1989) cuando identifica a “los peludos” con formas de producción precapitalistas y, por ende, con un modo de vida premoderno en el que

radicaría la clave de su esencialización. Me refiero a la idea de la pobreza como un estado originario de las cosas, como mística que resume en la subalternidad la virtud de los sentimientos que realzan, en este caso, la toma de conciencia revolucionaria. Según esta lógica argumentativa, la incorporación de “los peludos” a la militancia revolucionaria es producto de un largo proceso histórico, un proceso que Rosencof introduce con las trayectorias de los “cañeros viejos” que participaron de la Marcha de Luis Carlos Prestes en Brasil, de las tropas de Aparicio Saravia<sup>7</sup> y con la posta que habrían tomado los dirigentes de la UTAA que protagonizaron una de las primeras acciones armadas en el Uruguay, marcando con ello el inicio de lo que se conoció como “doble militancia”.<sup>8</sup>

En la recuperación de una suerte de tradición rebelde y combativa que los autores atribuyen a los habitantes del campo y a los efectos de la tarea sindical y formativa de Sendic, los textos elaboran la singularidad que implicó la UTAA en el sindicalismo uruguayo. Sus integrantes, dice Rosencof al explicar las razones de su propia incorporación al MLN-T:

“no pedían solamente aumentos de salarios (...) No vi nada igual en todo el país. Eran los más desposeídos. Eso fue lo que pesó en mí. Para mí, el punto de partida de mi conducta es la gesta de Raúl Sendic (...) Lo que me sacudió a mí no fue el pensamiento de Mao (...) Lo que más me tocó fue comprobar que era muy difícil organizar a los trabajadores rurales, pero cuando descubrieron la fuerza de la organización sindical, chau, se acabó. Era el alzamiento. ¡Iban a la guerra! ¡Era 1904 en el plano sindical! No había tiempo que perder.” (Rosencof en Campodónico, 2003: 123-24).

Referencias como estas a las “marchas cañeras”, protagonizadas por el sindicato en los años 1962, 1964, 1965, 1968 y 1971 pueden resumirse en el *impacto* o la *irrupción* del campo en la ciudad y, por ende, en el relato de las diversas reacciones de los habitantes de Montevideo ante el arribo de “los peludos”. De este encuentro la literatura hace un hito, especialmente la primera “marcha cañera” aparece como un hecho excepcional, dominado por la novedad<sup>9</sup>. El énfasis está centrado en la solidaridad

---

<sup>7</sup> Aparicio Saravia (1856-1904), caudillo y referente del Partido Nacional, protagonizó las sublevaciones contra los gobiernos colorados en 1897 y 1904. La historiografía considera la muerte de Saravia como indicador del fin de una etapa de la vida política uruguaya.

<sup>8</sup> Este término refiere el doble frente –político y sindical– en el que militaron “los peludos” que desde la UTAA se integraron al MLN-T.

<sup>9</sup> En este punto los autores realizan la operación contraria de la que impera en sus textos: las marchas no están inscriptas en una línea de continuidad histórica, aunque podrían estarlo. La primera manifestación realizada por trabajadores rurales en Montevideo data de 1928 – la “Marcha del Choclo”. A ella le

y el recibimiento que la UTAA encontró por parte de algunos sindicatos urbanos y los estudiantes, pero también en las divisiones y discrepancias de la izquierda (Fernández Huidobro, 1999 y Blixen, 2000). Las marchas hacia Montevideo, que consagran a los integrantes de la UTAA como militantes revolucionarios que “obligaron” a los montevideanos a tomar posición ante la situación del campo, abonan la construcción de las polarizaciones entre la izquierda y la derecha montevideana, entre la “realidad del campo” y la de “la ciudad”.

Sin embargo, al mismo tiempo que esta literatura construye a “los peludos de Bella Unión” como los actores que dinamizaron el proceso revolucionario en el Uruguay de los años ‘60, toma la precaución de no desmantelar su esencialización. Este modo de presentar a los militantes de UTAA, señalando como una suerte de contradicción la conciencia política y las muchas y diversas anécdotas que los tienen por protagonistas, ubica a “los peludos” sindicalizados e integrados al MLN-T en un lugar ejemplarizador, particularmente ligado a quienes fueron secuestrados, desaparecidos o asesinados en los años previos o en el transcurso de la dictadura en Uruguay o en los países vecinos. En *Historia de los tupamaros*, el texto de Eleuterio Fernández Huidobro, estos “heroicos cañeros” están sintetizados en la figura de Bentín, militante de la UTAA, desaparecido en territorio argentino en 1978. La representación de Bentín –y transitivamente la del resto de “los peludos” de la UTAA– como militantes valiosos y destacados asume, en la conclusión del autor, un carácter más que relevante: “no se exageraría al decir que de acuerdo al plan pensado, edificaríamos el nuevo MLN sobre la piedra fundamental de Bentín, el cañero. *Tú eres Pedro y sobre esta piedra...*” (Fernández Huidobro, 1999: 108, subrayado en el original).

Las intervenciones fundadas en el atraso, la miseria y la explotación que proponen los textos citados hasta aquí y la representación del mundo social que condensan en la figura de “los peludos” terminan de conformarse en las referencias a la ubicación territorial de Bella Unión. Los textos describen el departamento de Artigas como “la última frontera, el lugar más postergado” (Blixen, 2000: 64) y lo hacen en la tensión entre su histórica relegación desde la derrota del proyecto artiguista en el siglo XIX y su revalorización desde la fundación de la UTAA. Los autores piensan a Bella Unión como una suerte de bastión nacional, como un espacio en el que el MLN-T puede justificar su proyecto político y su inscripción latinoamericana, un proyecto tramado en

---

siguieron las marchas de los peones de tambo y los trabajadores de Fray Bentos, en la década de 1950 (González Sierra, 1994).

la multiplicidad de sentidos que los autores asignan a la noción de frontera: como zona o territorio vinculado directamente a la soberanía nacional y como frontera simbólica referida a proyectos políticos antagónicos (identificados con la ciudad y el campo) que se proponen sintetizar. Pero también como espacio de intercambio, creador de identidades transnacionales, ligadas al ideario artiguista. En paralelo a la construcción de la frontera como un espacio de identificación de “aquellos que están con la patria o contra la patria” (Actas Tupamaras, 2000), los autores recuperan y destacan la “hermandad latinoamericana” entre los trabajadores zafrales, “iguales en la ruta de sufrimiento y la explotación” (Blixen, 2000) y describen a Bella Unión como “una única *nación* en la que fraternizan correntinos, riograndenses y uruguayos” (Rosencof, 1989: 13, subrayado en el original). Así, si la distinción entre el campo y la ciudad opone dos proyectos políticos antagónicos, es decir, una capital que mira hacia el mar y hacia Europa y un pueblo de frontera que mira hacia Latinoamérica, la lucha de la UTAA y la labor de Sendic en Bella Unión ofician como signo de unificación nacional y reafirmación latinoamericana. En los textos, los conductores de esta identificación son “los peludos”, es para ellos que impera el discurso de hermandad que realiza la parábola artiguista de la “patria grande”.

En síntesis: el término nativo “peludo”, visiblemente esencializado y atemporal; caracterizado como un “tipo humano” propio del campo uruguayo, como “proletariado agrícola”, “trabajadores rurales” o “campesinado”, parece informar más sobre la necesidad de elaborar una serie de representaciones políticas del sujeto en cuestión que de comprender el universo cultural que este sujeto condensa. Sin embargo, en tren de comprender cómo “los peludos de la UTAA” fueron objeto de estas diversas representaciones, los textos citados hasta aquí deben considerarse como parte de las narrativas y lecturas que encuentran en ellos la impugnación de los alcances, atributos y potencialidades de la modernidad cuestionada por la izquierda uruguaya en los años ’60. Lo que sucede con estas representaciones en Bella Unión y los modos en que tanto “los peludos” como los miembros de sus familias dan cuenta de estas elaboraciones será abordado en el próximo acápite.

### **Generación y género: dos claves interpretativas para los relatos de “los peludos de la UTAA”**

Actualmente, en Bella Unión, es común escuchar referencias a la “vieja generación de UTAA” integrada por hombres y mujeres que vivieron el inicio de la producción azucarera en Bella Unión, fundaron el sindicato, llevaron adelante la huelga y el campamento en los montes del Itacumbú por cuatro meses en 1962, tomaron las instalaciones de la Compañía Agrícola e Industrial del Norte ese año, las de la Cooperativa Agraria Limitada de Industrialización de Caña de Azúcar en 1964 y organizaron las cinco marchas que unieron Bella Unión y Montevideo. Específicamente, estas marchas hacia la capital realizadas en demanda de modificaciones en las condiciones laborales y salariales de los trabajadores rurales, la expropiación del latifundio y de “tierra pa’ quien la trabaja” fueron uno de los soportes de las representaciones que vimos en el acápite anterior.

Hasta el año 1964 la plataforma de la UTAA básicamente incluyó el cumplimiento de la jornada de 8 horas de trabajo, el pago de horas extra, la radicación de la familia del cortador en el establecimiento azucarero, la creación de una bolsa de trabajo y la incorporación al salario de una compensación alimenticia para el trabajador y su núcleo familiar. Luego de la segunda marcha hacia Montevideo en 1964 y como parte de una estrategia que tuvo el doble objetivo de hacer del sindicato un espacio de participación activa de todos “los peludos” y los miembros de sus familias y de comenzar a dar respuesta a las necesidades sociales y sanitarias de sus afiliado/as, la UTAA inició la construcción de la policlínica Dr. Gotardo Bianchi, inaugurada el 25 de Agosto de 1971. Este fue el ámbito en el que, especialmente las mujeres, comenzaron a participar del sindicato; también fue el ámbito en el que la UTAA recibió el apoyo de diferentes contingentes de estudiantes universitarios y militantes políticos y sociales llegados a Bella Unión, principalmente desde Montevideo, para aportar su trabajo e incentivar el intercambio político e ideológico, actividad que en el caso de los/as militantes del MLN-T recibió por nombre “proceso de peludización”.

Paralelamente al interés por “lo social”, la UTAA asumió como eje de su lucha la cuestión de la tenencia de la tierra y la reforma agraria. Esta demanda cristalizó en las diversas gestiones realizadas para lograr la expropiación de 33.000 hectáreas improductivas en las proximidades de Bella Unión y en la consigna “por la tierra y con Sendic” que identificó al sindicato desde entonces. Tanto el cuestionamiento al sistema de tenencia de la tierra en el Uruguay como el reconocimiento público de Sendic como “líder campesino” marca en los relatos de los actuales o ex-miembros de la UTAA lo que describen como etapa de “radicalización del sindicato”. Dar cuenta de esta

“radicalización”, como síntesis de una serie de definiciones ideológicas, políticas y sindicales, supone identificar aliados y adversarios. Entre los primeros “los peludos” cuentan la adhesión al Partido Socialista al que perteneció Sendic hasta mediados de 1960, al MLN-T, a la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), al Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra (MNLTT) y al Frente Amplio. Entre los segundos, los adversarios, mencionan el enfrentamiento abierto con el Sindicato Unido Rural de Cañeros de Artigas (SURCA) y la Confederación Sindical del Uruguay (CSU) considerados un sindicato y una central de trabajadores “amarilla” respectivamente y con la “prensa grande”<sup>10</sup> editada en Montevideo. Según denunciaba la UTAA la prensa montevideana desprestigiaba las acciones de la UTAA difundiendo “ofensas y puras mentiras” acerca de las familias que integraban el sindicato. Las “ofensas”, a su vez, eran denunciadas y desmentidas en las páginas de *El Sol* y *El Popular*, los órganos de prensa del Partido Socialista y el Partido Comunista respectivamente.

En 1972, meses antes del golpe de Estado, la UTAA realizó su último acto público. Durante la dictadura, tal como explica el informe elaborado por la UTAA en 1986, “los verdes avanzaron sobre la policlínica del sindicato, ocuparon sus instalaciones, detuvieron a más de 100 compañeros y metieron miedo al resto de la población” (Archivo de UTAA, s/r) . Como veremos, el *miedo* o el *terror* constituyen dos experiencias masivas, ampliamente citadas a la hora de explicar la vida cotidiana en Bella Unión durante la dictadura y, al mismo tiempo, son explicativas, cuando no justificatorias, de los pasos seguidos en 1985 durante la reorganización del sindicato.

Los hombres y mujeres que se refieren este proceso o a alguno de sus eventos en primera persona se reconocen como miembros de la “vieja generación de UTAA”, buscando diferenciarse de este modo de la “nueva generación de UTAA”, integrada por quienes se sumaron al sindicato tras su reorganización luego de la dictadura. Esta distinción generacional no es menor ya que asume múltiples lecturas, divide aguas, experiencias y relatos. Entre lo/as integrantes de la “vieja UTAA” la cronología de la “represión” incluye los años anteriores al golpe de Estado de 1973. En ella ingresan las “listas negras” con los nombres de lo/as afiliado/as al sindicato que circulaban en las plantaciones<sup>11</sup>, los despidos de los sindicalistas, las persecuciones a sus familias, los

---

<sup>10</sup> *Prensa grande* remite a los diarios de mayor circulación en el período: *El Día*, *La Mañana* y *El País*. Los dos primeros, órganos de prensa del Partido Colorado. El tercero, identificado con el Partido Nacional.

<sup>11</sup> En 1963, en un comunicado de prensa, la UTAA denunciaba que el 70% de los afiliados del sindicato figuraban en las “listas negras”.

allanamientos en el transcurso de lo que denominan “rondas nocturnas” a cargo de los “azules” y la estigmatización de quienes eran considerados “rojos”, categoría que incluyó extensivamente a familiares, compadres/comadres o amigo/as de integrantes del sindicato. Todos estos indicadores de “eventos críticos” (Das, 1997) se remontan a los primeros años de la década de 1960 y tienen como uno de sus protagonistas a “los amarillos”, ellos son quienes median en los diversos relatos que narran disputas, enfrentamientos y diferencias con “la patronal”. En dichas instancias “los amarillos” proponen un universo de relaciones sociales fuertemente jerarquizado y masculino, regido más por valores y reglas morales que por normas jurídicas e imperio del derecho.

En Bella Unión, la década previa al golpe de Estado, los años de “represión” en términos nativos, condensan el complejo tránsito del “lenguaje de los sentimientos” al “lenguaje de los derechos” (Sigaud, 2004). En este tránsito, las acciones de “los amarillos” tanto como los contactos con Montevideo a partir de las “marchas cañeras”, permiten advertir el modo en que ambos lenguajes se combinan a la hora de brindar interpretaciones del proceso sociopolítico en Bella Unión. Así es como lo que en *El Sol*, órgano de prensa del Partido Socialista, aparece en términos de denuncia de las más diversas violaciones de las leyes laborales y sociales, de torturas y represión policial, en los testimonios de los integrantes de la “vieja UTAA” resultan claros ejemplos de “atropello”, “ofensa”, “insulto”, “ensañamiento” o “falta de hombría”. Es en estos términos que “los peludos” se refieren a “los amarillos”, quienes “obedecían las órdenes que les daba la empresa dejando de lado su dignidad como hombres” (*El Sol*, 22-6-1962, s/n). En la prensa de la izquierda las referencias también son eminentemente masculinas: se trata de “hombres que lucharon como hombres para ganarse el derecho a vivir como hombres” (*El Sol*, 15-6-1962, s/n); se trata de una lucha “noble y viril” (*El Sol*, 29-6-1962, s/n) registrada en clave de honor como cualidad masculina. En este registro el lugar de las mujeres integrantes de la UTAA es el del “apoyo”, el “acompañamiento”, la “comprensión” y la “solidaridad”. Pese a que ellas son parte de la denuncia –“en las azucareras las mujeres trabajan a la par de los hombres, pero reciben una paga muy inferior” (*El Sol*, 11-5-1962, s/n)- esto no necesariamente las ubica en el lugar de demandantes. Más bien, “la mujer heroica de las azucareras” es aquella que permanece incondicionalmente junto al esposo y los compañeros; son éstos quienes la significan, asignándole un lugar.

Aún cuando la cronología local de la “represión” se remonta a la década de 1960, los integrantes de la “vieja generación de UTAA” puntualizan un cambio a partir de

1973, año con que datan el arribo masivo de “azules” y “verdes” y, con ello, el inicio de la “guerra”<sup>12</sup>. El año 1973 y la presencia en Bella Unión de nuevos y más miembros del ejército, la prefectura y la policía uruguaya modifica los relatos que privilegian una suerte de “edad de oro” como descripción primaria de un pueblo en el que “todos se conocían”, “existía el respeto” y “los gurices jugaban al fútbol en el cuartel, los fines de semana”. Esta imagen para Bella Unión y sus vecino/as pone en tensión la descripción del “militar” como “enemigo”, posible en tanto ingresan en los relatos “azules” y “verdes” que no eran “hijos del pueblo”, es decir que no habían nacido en Bella Unión y, por ende, no pertenecían a alguno de los linajes conocidos y/o emparentados con el propio.

Hasta lo que “los peludos” describen como la “radicalización del sindicato” y la “militarización del pueblo”, “los milicos” resultarían menos “enemigos” que “los amarillos” carentes de hombría o, al menos, no representarían el mismo peligro. Narrar y dar cabida a la transformación de este retrato supone establecer un tiempo y hallar un espacio diferencial que la “vieja generación” sitúa en la frontera territorial. Así, testimoniar la modificación de la escena primaria del pueblo se vincula al “cruce” de las fronteras con Argentina y Brasil tras el incremento de los controles en los pasos territoriales. “Los peludos”, pero especialmente sus esposas o parejas que se dedicaron a “chivear”<sup>13</sup> en la década de 1970 se muestran particularmente reticentes a la hora de narrar cómo o por qué cruzar la frontera “se puso feo” o “malo”. Las argumentaciones suelen comenzar señalando el incremento de los controles en la aduana, la presencia de perros y armas que nunca habían visto en estos pasos fronterizos y el cacheo corporal al que eran sometido/as cuando en la frontera “se andaba buscando algo”. De este modo “los peludos” y los miembros de sus familias se refieren a los secuestros y desapariciones de quienes “cruzaron” la frontera hacia territorio argentino. En estos eventos la frontera territorial resulta el espacio físico y simbólico condensador de los relatos más trágicos sobre el terrorismo de Estado. En ellos, la liminaridad de la desaparición, sumada a la liminaridad con que se caracteriza al territorio en que se la sitúa –la frontera-, gana potencial explicativo por sobre otras interpretaciones posibles

---

<sup>12</sup> Los usos del termino “guerra” entre “los peludos” son muchos y diversos. Hombres y mujeres se refieren de este modo a un enfrentamiento entre dos o más personas que llegó a la agresión física o verbal, pero también denominan “guerras” a las marchas, las huelgas y las luchas sindicales.

<sup>13</sup> “Chivear” consiste en comprar mercaderías de un lado de la frontera para revenderla en el otro. “Chivero/a” es el nombre que recibe la persona que realiza esta actividad.



que implicarían determinar responsabilidades y entablar denuncias que superarían ampliamente los objetivos del sistema clasificatorio que venimos analizando.

En los relatos de las mujeres que militaron en la “vieja generación” del sindicato –como es el caso de Elsa, Angélica y Elizabeth, todas ellas casadas con militantes activos de la UTAA que fueron detenidos y encarcelados entre 1972 y 1975– la presencia en Bella Unión de “azules” y “verdes” que no eran “hijos del pueblo” funciona como disrupción. Doña Angélica, viuda de uno de los fundadores y dirigentes del sindicato, propone esta distinción de la siguiente manera:

“al principio [se refiere a los años ‘60], cada dos por tres, alguno andaba preso [se refiere a los militantes de UTAA]. Cuando S [su marido] faltaba de las casas uno o dos días yo ya sabía que andaba preso, no me preocupaba. Venía el abogado del sindicato y yo le avisaba. En un ratito me decía dónde estaba S. Entonces íbamos con los compañeros del sindicato a la comisaría, ahí había un policía que era compadre mío de Gomensoro<sup>14</sup>, gritábamos, hacíamos un poco de barullo, nos íbamos, y atrás nos alcanzaba S, que lo habían largado. Pero esta vez que te digo de la estancia no, ahí ya quedó preso, él estaba escondido en una estancia. Lo fueron a buscar los verdes, lo rodearon, eran como cinco y no podían con él. Lo acorralaron, a palo y garrote se defendió él, luchó mucho, mucho, se defendió a coraje limpio, pero lo agarraron y se lo llevaron a Paysandú y [después] a la cárcel de Libertad”. (Entrevista a Angélica, 6-12-2006, Bella Unión)

El modo en que doña Angélica describe a su marido –“un hombre muy rebelde, pero de buen corazón”-, así como la escena de su detención debe interpretarse en el marco del sistema clasificatorio señalado, que funciona para establecer una cronología y una lectura de la “represión” y para identificar quienes ingresan o egresan de ella en calidad de responsables. En este punto es importante destacar lo que sucede con el término “rojo”, que también parecería designar una presencia externa al pueblo en tanto se refiere a quienes “venían de Montevideo”. Mientras que en algunos relatos esta categoría asume una acepción positiva –“los gurices venían a ayudar, a aprender”– en otros, esta presencia, imprime cierto recelo. Aún hoy algunas mujeres murmuran sobre “esa época” en que llegaban a Bella Unión “chiquilinas que buscaban un peludo pa’ casarse”.

A partir de operaciones complejas, las tensiones que atraviesan la categoría “rojos”, no comprenden la figura de Sendic que, aunque sujeto de múltiples lecturas, parecería quedar fuera de este sistema clasificatorio. Las mujeres de la “vieja generación

---

<sup>14</sup> Localidad del departamento de Artigas, ubicada a 25 km al sur de Bella Unión.

de UTAA” recuerdan a “Raúl” por las conquistas laborales, mientras que los hombres enfatizan su rol sindical, el carisma y la capacidad que tenía para convocar y organizar al “peludaje”, así como el coraje que demostraba a la hora de enfrentar a los gringos. Los hombres y las mujeres de la “vieja UTAA” coinciden en señalar a Sendic como un hombre “luchador”, “justiciero”, “valiente”, “peleador” y “solidario”, pero son pocas las referencias a su liderazgo político y, menores aún, las referencias que lo vinculan al MLN-T. “Yo le puedo hablar de Raúl sindicalista” constituye un modo frecuente de advertir al interlocutor que, aún cuando se reconoce el vínculo de Sendic con el MLN-T, no se está dispuesto a hablar sobre ello o que, por alguna razón, se considera que su acción sindical “es más importante que todo lo otro”. Sucede que, para la “vieja generación de UTAA”, la figura de Sendic, como la de “los amarillos”, resulta una interfase vital en el cambio de lenguaje ya mencionado.

Por otra parte, el poder testimoniar un vínculo con Sendic es uno de los modos posibles para legitimar valoraciones u opiniones personales que buscan marcar diferencias con la “nueva generación de UTAA”. Comenzar un relato con frases como “una vez Sendic dijo para mí” o “con Raúl decidimos que” parecería contener un fuerte poder legitimador que posiciona ante los otros a quien puede expresarse de este modo. En el caso de Hernández, quien se define como un “peludo guerrero” y testimonia con orgullo su militancia en la UTAA desde su fundación, la referencia a Sendic viene a decir algo sobre su persona, pero también sobre el protagonismo que adjudica a “los peludos” en el proceso político:

“yo le puedo contar muchas cosas. Yo le puedo decir, porque tengo conocimiento, de dónde viene la palabra ‘tupamaro’, porque eso tiene que ver con nosotros los peludos, ¿sabe? Resulta que Artigas tenía un hombre de confianza, un indio que se llamaba Tupemará. Ese indio se murió sin decir una palabra sobre dónde estaba Artigas, que estaba requerido<sup>15</sup>. Entonces Sendic vio a los peludos y se acordó de este indio y le puso “Tupamaros”, porque los peludos nos parecíamos a Tupemará.”<sup>16</sup> (Entrevista a Hernández, 19-7-2005, Bella Unión)

Por su parte, la relación que la “nueva generación de UTAA” mantiene con la figura de Sendic es bastante más compleja que la planteada por Hernández. “El viejo” o “el veterano”, tal como se refieren a Sendic, condensa una tensión de difícil resolución. Si, por una parte, pertenecer al “sindicato de Sendic” asegura un reconocimiento hacia

---

<sup>15</sup> “Requerido” es un modo de referirse a quienes tienen librada una orden de captura.

<sup>16</sup> Aclarar la inexistencia de “Tupemará” puede resultar una obviedad al lector. Sin embargo, no es una obviedad el sentido que Hernández asigna a su relato y que dista de las lecturas y representaciones que vimos en el primer acápite de este texto.

fuera cuando se trata de dialogar con la izquierda y con los movimientos sociales uruguayos y latinoamericanos, también funciona como límite a la hora de llevar a cabo acciones o políticas sindicales que no serían compatibles con la “herencia” o la “tradicición” combativa depositada en la UTAA, sintetizada por la “nueva generación” en la expresión “hay veces que la historia pesa”.

Esta última definición, en los relatos de las mujeres de la “vieja generación de UTAA” adquiere diversos sentidos en tanto las detenciones de sus parejas o maridos proponen una serie de tensiones entre las que deben incluirse el hecho de haberse transformado en sostén económico de sus familias, el orgullo personal de haber “progresado” en tales circunstancias, las consecuentes dificultades para testimoniar la “represión” política y el “progreso” económico. Aun cuando doña Angélica describe los años de terrorismo de Estado como “épocas de mucha muerte, épocas en las que muchos murieron, compañeros que eran para estar vivos”, y doña Elsa señala que “fueron años duros, de tener miedo y miedo”, ambas incluyen en sus biografías la descripción pormenorizada de todos los trabajos realizados para “sacar adelante” a sus familias: el empleo en el servicio doméstico, la venta callejera de alimentos, el “chiveo” a través de las fronteras territoriales, la venta de manualidades y la realización de labores como costura, bordado y tejido.

Para estas mujeres, testimoniar sus “progresos” personales lleva a dar cuenta de un contexto mayor, de una época en la que “había plata, todavía había zafras largas<sup>17</sup>, llegaban al pueblo dos o tres familias por día”, Bella Unión tenía poco más de 20.000 habitantes, la industria alzaba la anhelada sustitución de importación de azúcar<sup>18</sup> y se ponían en marcha una serie de obras públicas que incluyeron, entre otras, la construcción de la plaza Misiones Orientales, del puente sobre el arroyo Itacumbú y del Puente Internacional Quaraí que une Bella Unión y Barra do Quaraí (Brasil). Este plan de obras públicas, que buscó incrementar la presencia del Estado en Bella Unión, es valorado como un tiempo en el que “el pueblo creció” y en el que “había trabajo”. De las mujeres que conocí en Bella Unión y que integran la “vieja generación de UTAA”, sólo Elsa señaló que todas estas obras incrementaron la deuda externa y “fundieron al país”, mientras que el resto parece convalidar el privilegio de la política “micro” –caminería,

---

<sup>17</sup> La diferencia entre las “zafras largas” y las “cortas”, es decir de más o de menos de 3 meses de duración, constituye en los relatos de “los peludos” un dato directamente vinculado a sus condiciones de vida.

<sup>18</sup> El área agrícola sembrada de caña de azúcar (Bella Unión y El Espinillar) evolucionó de 1800 has. en 1950/51, a 4900 en 1965/66, teniendo como pico máximo algo más de 11000 en la cosecha 1976/77 (González Sierra, 1992: 176).

administración comunal, industrias locales— señalada por Demasi (1995: 41) como rasgo de la “opinión pública” sobre la dictadura en el interior del país.

Sin embargo, esta lectura no sólo atañe al “interior”. La “prensa grande”, es decir los diarios *El Día*, *El País* y *La Mañana* registraron en sus páginas cada uno de estos hechos para señalar no sólo las extraordinarias cifras alcanzadas en materia de industria azucarera, sino también para brindar la imagen de una Bella Unión “pacificada”, en la que “todo es actividad, movimiento y trabajo” (*El Día*, 27-7-1976). Éstos, básicamente, fueron los sentidos que persiguió la semana de festejos realizados en el marco del 150º aniversario del proceso fundacional de Bella Unión, en mayo de 1979. Con este festejo, y con menos justificación histórico- fáctica que estrategia y aspiraciones políticas, las autoridades locales y nacionales se ocuparon de mostrar, en franca alusión a las acciones de la UTAA y el MLN-T, que “Bella Unión y su población han logrado destruir, sobre la base de su propio esfuerzo, una imagen que había desdibujado totalmente a la zona y que la hacía aparecer diferente a lo que realmente es” (*El Día*, 12-5-1979, página 10). En el marco de la inauguración de algunas de las obras públicas ya mencionadas y de la presentación de la Cooperativa Agropecuaria Limitada del Norte Uruguayo (CALNU), el ingenio de Bella Unión, como “un emporio de trabajo y orgullo de la zona y el país”, la prensa incluyó entre los rasgos del progreso de la ciudad “la decantación operada en lo referente al aspecto humano, que ha permitido liberar de *quiméricos idealismos importados* a los trabajadores del campo que nunca debieron prestar oídos a prédicas solamente orientadas al divisionismo” (*El Día*, 12-5-1979, página 11, el subrayado me pertenece).

Para las mujeres de la “vieja generación de UTAA”, testimoniar esta lectura del *progreso* es posible en tanto eviten mencionar la estigmatización social que implicaba ser considerada “mujer de tupamaro” o “hijo/a de tupamaro”. Al respecto, Elizabeth me confesó el “dolor profundo” que sentía cuando sus gurices le contaban que, en la escuela, les gritaban “rojos” y Elsa mencionaba “esa cosa de vergüenza” que sintió cuando los “verdes” realizaron un allanamiento en la casa de un vecino, argumentando que buscaban a su marido. Todas ellas, como mujeres/madres se ocuparon de ser sostén económico de sus familias, pero también, como mujeres/esposas/parejas debieron resguardar, con sus conductas morales, “el nombre” de sus maridos/parejas ante los rumores que circulaban en el pueblo. En sus relatos, el hecho de volverse “más caseras” tras la detención de sus maridos parece ser una conducta casi tan obvia como esperada e implicaría dar cuenta de una cualidad moral en sí misma. Desarticulado el sindicato,

perseguidos sus militantes y estigmatizados sus parientes, algunas de ellas, como Mabel y Angélica, procuraron espacios moralmente aceptados en los que, además de reconstruir sus redes sociales, hallaron modos de interpretar el terrorismo de Estado. Es así como Angélica, en su condición de fiel pentecostal, incluye entre las señales de manifestación del diablo a “los torturadores que hicieron sufrir a los compañeros como Cristo sufrió” y critica la opción por la lucha armada del MLN-T, porque “las armas son diabólicas y no deben entrar en las casas”.

Con una mezcla de *orgullo* personal, silencios y cierta bronca contenida, las mujeres que integran la “vieja generación de UTAA” señalan como inicio de la “crisis del pueblo” a 1985, año en que paradójicamente finaliza la última dictadura. En términos biográficos, para estas mujeres, la liberación de los presos políticos tras la amnistía decretada en 1985 significó el regreso de sus maridos a sus hogares. En el caso de Angélica, el retorno de su marido implicó volver a enfrentarse con la adicción de éste al alcohol, ya que “él siempre tenía que estar con un vino para comer, porque salió mal de la cárcel y no conseguía trabajo”. Elizabeth, en cambio, relataba con cierto fastidio que su marido, al regresar a Bella Unión tras 8 años de prisión política, “al otro día tenía trabajo, porque resulta que en esa época [1985], tener un [ex] preso político trabajando era bien visto, para acomodarse con los nuevos políticos”.

La gran mayoría de los “peludos de Sendic” –tal como suelen ser referidos en la literatura presentada en el acápite anterior– que regresaron a Bella Unión luego de la cárcel y/o el exilio, retomaron la actividad sindical y se dieron a la tarea de reorganizar la UTAA. Hasta el año 1986 se concentraron en la recuperación del terreno, reconstrucción y puesta en marcha de la policlínica sindical, realizada con los aportes de distintas ONG como Paz y Bien y del Comité Ataliva Castillo con sede en Estocolmo. La intención de recomenzar por “la salud de los peludos” y sus familias fue parte de la estrategia tendiente a lograr que “los trabajadores rurales de Bella Unión [perdieran] el miedo a la UTAA”. Esta expresión, repetida constantemente tanto por la “vieja” como por “la nueva generación de UTAA” a la hora de sintetizar las consecuencias del terrorismo de Estado en la ciudad, fue parte de los argumentos utilizados para justificar la creación del Sindicato Único de Trabajadores Rurales de Artigas (SUTRA), en enero de 1985.

Así, entre la espera por el regreso de los “dirigentes naturales de la UTAA” y las asociaciones acrílicas que remarcaban “el miedo a la UTAA por la vinculación de algunos de sus dirigentes con la guerrilla” (*La voz de UTAA*, noviembre de 1986), un

grupo de “peludos” fundó el SUTRA, un sindicato que fue acusado por los miembros de la UTAA de “amarillo” y cuya creación implicó una situación excepcional en el sindicalismo uruguayo: “la existencia de un paralelismo sindical de organizaciones que se reclamaban ambas pertenecientes a la misma central”, el Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores” (González Sierra, 1994: 250).<sup>19</sup>

Tras sus regresos a Bella Unión los “dirigentes históricos” integrantes de la “vieja UTAA” enfrentaron una dura labor que abarcó diversos aspectos. Por una parte, todo lo que significó de reconfiguración de la unidad doméstica el regreso a sus hogares y, por la otra, el encuentro con una nueva generación de “peludos” dispuestos a integrarse a la militancia sindical. Juan, quien se sumó a la UTAA en 1987, hijo de un militante despedido de la Cooperativa Agropecuaria Limitada de Industrialización de Caña de Azúcar (CALPICA) tras la “marcha cañera” de 1964, describía “la vuelta de los viejos” con cierta perplejidad, al tiempo que intentaba establecer una serie de diferencias entre la actual situación del sindicato y la que se correspondería con la de los años ‘60:

“Al principio del sindicato [1985] las reuniones eran terribles discusiones, los viejos se terminaban parando y yendo, porque salía todo lo anterior ¿Vos podés creer que salieron de la cárcel todos peleados? En las reuniones del sindicato discutían y se decían ‘porque vos me vendiste’ y esas cosas. Después venían y decían que el sindicato ya no era radical, pero yo no entiendo la palabra esa, ‘radical’ ¿Qué es ‘radical’? Con 10.000 hectáreas de caña como había en esa época [se refiere a la década de 1960] y con la cantidad de afiliados que tenía el sindicato... hoy es otra cosa, vos hoy tenés que luchar por lo mínimo, que es que siga habiendo caña.” (Entrevista a Juan, 27-11-2004, Bella Unión)

En este contexto en el que lo nuevo y lo viejo asume la imagen de la fractura hay una categoría que en los relatos de ambas generaciones se vuelve central: me refiero a la “experiencia”, que indicaría un modo específico de dar cuenta de una trayectoria personal y de la pertenencia a un colectivo. Desde la perspectiva de los “dirigentes históricos”, los jóvenes “no aceptan la experiencia de los peludos viejos” y explican esta situación como parte de la “derrota” del proyecto revolucionario del que formaron parte. En tanto, la “nueva generación de UTAA”, vive la tensión entre sostener que “las banderas del sindicato son las mismas que las de ayer” y señalar que “las cosas

---

<sup>19</sup> Los enfrentamientos entre la UTAA y el SUTRA continuaron hasta 1992, cuando el lugar de la industria azucarera uruguaya en el contexto del Mercosur se leyó como “peligro” y ambos sindicatos comenzaron a trabajar conjuntamente bajo la consigna “En defensa de la Industria Azucarera, Bella Unión no se rinde”.

cambiaron”. Parte de este “cambio” es explicado a partir de los sentidos asignados al Mercosur y a los efectos de la política azucarera en la región desde su creación.

Los resultados de los proyectos de diversificación productiva aplicados desde la década de 1980, la competencia con la industria azucarera brasileña y la política del gobierno encabezado por Jorge Batlle, que en el año 2000 propuso eliminar el subsidio a la producción azucarera, motorizó la creación de la *Intersectorial de Bella Unión*, integrada por los gremios, partidos políticos y movimientos sociales de la ciudad decididos a denunciar la drástica disminución del área sembrada con caña de azúcar, la desocupación, el descenso de la matrícula escolar, el aumento de la demanda de la atención sanitaria pública, el cierre de comercios, la morosidad bancaria de los productores, etc.<sup>20</sup> Así, la “crisis de Bella Unión”, percibida en sus múltiples efectos y ramificaciones, reconfiguró la dinámica y las redes de la UTAA que pasó a autodefinirse como “el sindicato de los pobres, de los desocupados”, al tiempo que “los peludos” y los miembros de sus familias encontraron en esta apertura un nuevo marco interpretativo desde el cual evaluar y valorar la “represión” iniciada en los años ‘60, pero especialmente de ponderar el “progreso” para los años ‘70. Sintéticamente, el marco interpretativo que muestra la década de 1970 como tiempo de “progreso” parece construirse en las fronteras y límites trazados por la “represión” en la década anterior, pero también por la “amenaza” en los años ‘90.

Dentro de la UTAA el proceso de integración regional leído como “amenaza” abrió la posibilidad de un diálogo entre las dos generaciones no exento de tensiones expresadas en múltiples disputas, peleas, ofensas y alejamientos temporales que nos regresan al modo en que “los peludos” interpretan la cronología y los “cambios” operados en cada “época”. Luego de una fuerte discusión entre quienes hoy son los referentes de ambas generaciones dentro del sindicato, doña Elsa ofreció la siguiente lectura:

“lo peor es que G [referente de la “nueva generación”] no se disculpó con C [referente de la “vieja generación”]. Antes, cuando un compañero equivocaba una palabra, reconocía la palabra

---

<sup>20</sup> La *Intersectorial*, integrada por representantes del Partido Colorado, el Partido Nacional, el Frente Amplio, el Centro Comercial e Industrial de Bella Unión, la Asociación de Plantadores de Caña de Azúcar del Norte Uruguayo, la Parroquia Santa Rosa del Cuareim, el Sindicato Obreros de Calnu Artigas, la Federación Uruguaya de la Salud y la Asociación de Maestros, entre otras organizaciones, denunciaba que entre 1990 y 2000 se perdieron en Bella Unión unas 6.000 hectáreas de caña, que de los 450 productores quedaban en actividad 150 y que, de los 3.000 puestos de trabajo que ocupaban los obreros rurales e industriales durante 189 días de zafra, se pasó a ocupar a 2.000 en 71 días de trabajo (Memorandum, Intersectorial de Bella Unión, 2.000: 1).

equivocada. Las cosas, m' hija, ya no se arreglan a facón, ni pecheando. Eso ya vimos que no sirve, ahí tenés a los rojos ¿Por qué la gente acá no los quiere? Porque ellos no dicen 'nos equivocamos en esto y en aquello'. Si hay ofensa, tiene que haber disculpa." (Entrevista a Elsa, 30-9-2004, Bella Unión)

Esta última afirmación –“si hay ofensa, tiene que haber disculpa”-, que funciona como ideal del modo en que deben desarrollarse las relaciones entre “los peludos” es aplicada para evaluar el resultado de un proceso político, así como la frase que sentencia que “quien mata está dispuesto a morir” es citada para dar cuenta del compromiso asumido por quienes militaron en la UTAA y el MLN-T en los años '60 y '70. Cabe sugerir que este tipo de valoraciones -que resaltan ideales morales vinculados a las relaciones interpersonales- constituyen un modo de testimoniar lecturas del proceso sociopolítico abordado que pueden abrir nuevos caminos a la hora de comprender la compleja trama de condiciones y relaciones sociales en que se inscriben los relatos y las prácticas que presentamos en este texto.

### **Palabras finales**

Hasta aquí nos propusimos avanzar en la comprensión de los relatos acerca del pasado reciente que proponen “los peludos” y los miembros de sus familias que integran o integraron la UTAA. Vimos que estos relatos, abordados a partir de las claves generación y género, ofrecen interpretaciones de la “represión” que, en algunos casos, recuperan críticamente relatos de mayor alcance y, en otros, proponen lecturas sumamente distintas y opuestas a aquellas que los/as consagran como sujeto/motor del proceso político iniciado en la década de 1960 en Uruguay, tal como vimos en el primer acápite de este texto. Considerar las prácticas de historización que ponen en juego los hombres y las mujeres que se identifican como parte de la “vieja” o la “nueva generación de UTAA” permite observar distintos modos de datar y de interpretar la experiencia, compuesta de avatares y progresos, de orgullos y estigmatizaciones, de “peligro” y “coraje”.

Los relatos citados a lo largo de este texto interpelan al mismo tiempo que son interpelados por lo que Demasi (1995: 41) define como una “imagen netamente montevideana” del terrorismo de Estado y sus consecuencias. En ese diálogo, estos relatos, abren un abanico de representaciones ancladas en trayectorias personales y



familiares que ponderan categorías e interpretaciones cuyos sentidos “locales” parecerían tener por objetivo testimoniar la disrupción que supone la “represión” de modo tal que el sentido comunitario quede a resguardo de imputaciones, acusaciones, autorías y responsabilidades personales.

Trabajos como los de Isla (1999), da Silva Catela (2004) y del Pino (2004), entre otros, mostraron los registros locales que asumen, en distintos contextos, los procesos de violencia política, así como la necesidad de avanzar en la línea de investigaciones empíricas que permitirían echar luz sobre el pasado reciente. En este sentido, el sistema clasificatorio con que comenzamos este trabajo funciona, más que como borradura de la política para hablar de lo político, como una traducción de lo factible en términos locales que, con la oposición dentro/fuera –con la distinción selectiva entre quienes son y no “hijos del pueblo”–, promueve lecturas del terrorismo de Estado en Uruguay. Sin embargo, hay algo que escapa a este sistema clasificatorio, revelándose como una de las consecuencias del terrorismo de Estado que no debe desestimarse en este espacio sindical. Me refiero a las sedimentaciones y tensiones, que muchas veces son abismos, entre las generaciones de “peludos” que fueron o son parte de la UTAA: entre la “tradición”, la “herencia” y la “historia”, entre el “cambio”, la “experiencia” y su transmisión se encuentra una clave de lectura posible para estas páginas.

### **Bibliografía**

- Actas tupamaras (2000) *Una experiencia de guerrilla urbana*. Buenos Aires, Cucaña.
- Aldrigui, Clara (2001) *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo, Trilce.
- Arocena, Felipe (1989) *Violencia política en el Uruguay de los 60. El caso de los tupamaros*. Montevideo, Publicación del CIESU.
- Blixen, Samuel (2000) *Sendic*. Montevideo, Trilce.
- Caetano, Gerardo, Rilla, José, Gallardo, Javier (1995) *La izquierda uruguaya*. Montevideo, Trilce.
- Campodónico, Miguel Ángel (2003) *Las vidas de Rosencof*. Montevideo, Aguilar.
- Da Silva Catela, Ludmila (2004) “Apagón en el Ingenio, escrache en el museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión”, en Ponciano del Pino y Elizabeth Jelin, *Luchas locales, comunidades e identidades*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Das, Veena (1997) *Critical events: an anthropological perspective on contemporary India*, Oxford India, Paperbacks.
- Del Pino, Ponciano (2004) “Uchuraccay: memoria y representación de la violencia política en los Andes”, en Ponciano del Pino y Elizabeth Jelin *Luchas locales, comunidades e identidades*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Demasi, Carlos (1995) “La dictadura militar: un tema pendiente”, en Achugar, Hugo, Demasi, Carlos; Mirza, Roger; Rico, Alvaro y Viñar, Marcelo, *Uruguay cuentas pendientes: dictadura memorias y desmemorias*, Montevideo: Trilce.
- Fernández Huidobro, Eleuterio (1999) *Historia de los Tupamaros*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, t. 3.
- González Sierra, Yamandú (1994) *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo, FESUR-CIEDUR- Nordan Comunidad.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude (1991) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Isla, Alejandro (1999) “El terror y la producción de sentidos”, *Revista de Investigaciones folclóricas*. Buenos Aires, v. 14, pp. 36-46.
- Merenson, Silvina (2005) “Peludos, caramelos y sucedidos: la incorporación del campo y de los trabajadores rurales en la construcción de un pasado para la militancia tupamara montevideana”, *Lucha Armada en Argentina*, n. 1, v. 1, pp. 78-91.
- Moraes, María Inés (1992) *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Prieto, Ruben Gerardo (1986) *Por la tierra y por la libertad*. Montevideo, Nordan-Comunidad.
- Rosencof, Mauricio ([1969] 1989) *La rebelión de los cañeros y “Los hombres del arroz”*. Montevideo, Tae.
- Sigaud, Lygia (2004) Armadilhas da honra e do perdão: usos sociais do direito na mata pernambucana, *Mana*, Rio de Janeiro, v.1, nº10, pp. 131-163.

## **Trabalhadores e sindicatos brasileiros em ritmo de ditadura (1964-1985)**

Marco Aurélio Santana

### **Introdução**

Os anos de 1950 marcam um período de extrema importância para os trabalhadores brasileiros. O movimento sindical, liderado pela aliança das militâncias comunista e trabalhista, conseguiu grande avanço organizativo e mobilizatório, o que resultou em uma forte participação dos trabalhadores no seio da sociedade e na vida política nacional.

Após mais de uma década desse intenso crescimento e atividade, toda a estrutura organizacional dos trabalhadores brasileiros, na base e na cúpula, foi duramente atingida pelo golpe civil-militar de 1964, o qual tinha como uma das suas justificativas exatamente impedir a implantação de uma “república sindicalista” no país. A prisão de lideranças, a perseguição de militantes, bem como a desestruturação do trabalho nos sindicatos e nas fábricas desbarataram atividades que levariam bastante tempo para serem recompostas. Em termos do movimento operário, o que restou, como tradicionalmente restava em períodos como este, foi o trabalho pequeno e silencioso no chão de fábrica. Era preciso recompor forças e somar esforços para enfrentar a ditadura.

O problema maior é que a implantação do regime militar abriu, no seio da esquerda em geral, e no interior do até então partido hegemônico da esquerda, o Partido Comunista Brasileiro (PCB) em particular, um duro e sério debate acerca dos caminhos percorridos antes e depois do golpe. Da crítica e autocrítica resultou uma série de outros grupos e concepções dos novos rumos a serem trilhados. O PCB, diante das posturas assumidas pré e pós golpe (com sua política de alianças e frente pela democracia), era responsabilizado e colocado em uma posição como que à margem do processo de luta das esquerdas. Enquanto o partido clamava pela organização de base e pela via pacífica de luta contra a ditadura e pela democracia; entrava em voga a via da luta armada enquanto opção única de oposição ao regime. Um dado importante é que, contrabalançando a opção quase geral dos grupos de esquerda pela luta armada, o PCB optou por uma tentativa de penetrar na estrutura sindical de onde havia sido banido.

Ao longo deste período vão se radicalizar algumas tendências em termos da economia que produzirão uma intensa transformação na face do país como um todo, e principalmente de sua classe operária. A intensificação da introdução de plantas industriais modernas e sua concentração geográfica (processo que se inicia em fins dos anos 50) vão possibilitar o surgimento do que se convencionou chamar de “nova classe operária”. Ainda que não exclusivamente, serão estes os atores que despontarão mais tarde auxiliando na crise final da ditadura militar.

Este artigo visa analisar a trajetória do movimento sindical brasileiro no período, dando ênfase aos fatores internos à vida deste movimento, entre os quais figuram as suas forças constitutivas e as disputas internas existentes em seu seio, as orientações político-ideológicas e suas influências na organização e nas práticas do mesmo, bem como as formas de luta empreendidas. Estarão em tela, também os fatores condicionantes externos, tais como as conjunturas políticas e econômicas, que servem de cenário para a ação do ator sindical, ao mesmo tempo modificando e sendo por este modificado.

### **Os trabalhadores e a ditadura: uma história ainda a ser escrita**

Deve-se dizer que muito ainda há para ser feito quando se tratadas análises dos movimentos dos trabalhadores no período da ditadura militar. Acreditamos não ser o espaço aqui de fazer uma análise exaustiva de todos os estudos efetivados acerca da questão<sup>21</sup>. Contudo, pode-se indicar que não são muitas as análises que se debruçaram sobre esse tema, comparando-se a outros períodos. Creio que isso se deve, entre outras coisas, tanto as dificuldades com as fontes trazidas pelo regime de exceção, quanto pelas orientações de muitos analistas que acabaram, talvez por críticas ao movimento operário, mirando muito mais em outros movimentos, como a estudantil e o da esquerda armada, por exemplo.

Tomadas em seu conjunto, podemos identificar algumas linhas seguidas no interior das pesquisas e da literatura. Alguns setores da literatura se dedicaram no próprio período da ditadura muito mais a investigar as formas de orientação e organização dos trabalhadores antes do golpe de 1964 e que pudessem esclarecer também sua postura frente à implantação do regime militar. Muitos desses trabalhos são

---

<sup>21</sup> Uma análise mais detalhada do debate acerca do movimento operário na virada dos anos 1970 e 1980, pode ser encontrada em Santana(1999).

duramente críticos das ações e orientações do PCB (Weffort,1978). Eles também abrirão um flanco interessante de análise, aí já sobre o pós-1964, quando analisam os movimentos de Contagem e Osasco de 1968 (Weffort, 1972). Uma outra linha que visou entender a vida e as ações dos trabalhadores durante a ditadura militar teve a ver com estudos mais quantitativos e sociológicos no sentido de, a partir de determinados perfis sociais, entender as atitudes operárias no bojo das transformações econômicas por que passava o capitalismo brasileiro (Rodrigues, 1970) e quais as possíveis decorrências disso em termos políticos e sindicais (Almeida, 1975).

Se o período inicial da ditadura e seus primeiros momentos ainda padecem de uma análise mais detalhada e profunda, e o período 1968 e após, recebeu análises importantes, mas pontuais; o período pós-1978 acabou por receber uma grande atenção. A partir do ressurgimento de seu movimento com as greves da região industrial do ABC paulista, os trabalhadores voltam à cena política e das preocupações analíticas. Isso produziu trabalhos não só acerca do presente daquele movimento, mas também acerca de seu passado. Nesse sentido, podemos indicar aqueles mais específicos sobre a experiência do ABC (Antunes, 1988; Abramo, 1999 e Paranhos, 1999) e o papel de setores ligados à Igreja (Martins,1994), sobre a atuação do PCB ao longo do período (Santana, 1999) ou ainda acerca da experiência em outras localidades, como o Rio de Janeiro (Mattos, 1998). Além disso, existem outras obras que tentam dar conta das articulações entre os setores de esquerda e o movimento operário (Frederico, 1987 e 1990) e do ressurgimento desse e dos outros movimentos sociais no período (Sader, 1988) ou de sua articulação como “novo sindicalismo” e posterior politização (Móises, 1981).

De todo modo, apesar dos variados esforços efetivados ao longo do tempo, esse pode ser considerado um período ainda a ser analisado de forma mais profunda, em termos de conjunto, desvelando mais aspectos da história dos trabalhadores sob o jugo da ditadura militar.

### **O movimento sindical pós-64: a ditadura e as novas tarefas sindicais**

Após o golpe civil-militar, a extensão das intervenções perpetradas pelo governo do general Castelo Branco (1964-1967), teve um alcance bastante grande, podendo ser sentida em todas as esferas da vida sindical, principalmente naqueles setores liderados

pelos sindicalistas progressistas<sup>22</sup>. Além de trabalhar neste ataque direto às entidades, castrando-as de forma imediata, a ditadura vai também buscar atacar em termos do longo prazo, atuando sobre a legislação (Almeida, 1975). O governo passa, através de uma série de medidas, a reforçar o caráter de controle sobre o movimento sindical, já presente previamente na Consolidação das Leis do Trabalho (CLT). Assim, se estabelecem regras estritas para a ocupação do espaço sindical, com candidatos sujeitos à avaliação pelo Ministério do Trabalho e pela polícia política, e restringe-se o uso e o acesso aos recursos dos institutos de previdência, agora centralizados no Instituto Nacional da Previdência Social (INPS), cuja direção não se faria mais parcialmente sob o controle dos trabalhadores, como nos antigos institutos de pensão, e sim com a indicação direta pelo governo. No que diz respeito às mobilizações, apesar de uma suposta regulamentação e garantia do direito de greve, o que se deu de fato, foi a proibição do que seriam greves políticas e de solidariedade, quase que limitando a possibilidade de greves à cobrança de salários atrasados.

O primeiro governo militar vai implantar o Fundo de Garantia por Tempo de Serviço (FGTS). Este dispositivo, que punha fim a estabilidade no emprego, incentivava diretamente a alta rotatividade de mão-de-obra por parte dos patrões e, correlatamente, dificultava uma ação sindical mais *combativa* a partir dos locais de trabalho. Outro pólo de ataque da ditadura foi a tentativa de contenção da inflação via uma política de “arrocho salarial”. Esta política foi sendo estabelecida aos poucos e quebrando a resistência encontrada entre setores da Justiça do Trabalho. Depois de muitos mecanismos intermediários para ultrapassar tais resistências, que acabavam por burlar sua política, o governo baixa um decreto lei, em meados de 1966, buscando regulamentar de forma rigorosa as determinações anteriores, tais como aquela que estabelecia que se os tribunais trabalhistas concedessem qualquer acordo salarial superior ao definido na lei, a percentagem que superasse as determinações oficiais seria subtraída do fator de inflação projetada para o acordo salarial seguinte.

De certa forma, serão estas duas perspectivas que marcarão os embates do movimento sindical nos anos vindouros. O Estado passa a alterar sua posição, no

---

<sup>22</sup>“De fato, o governo interveio em 67% das confederações, em 42% das federações e em apenas 19% dos sindicatos. Organizações sindicais de bancários e trabalhadores em transportes figuraram de modo proeminente nas greves políticas, entre 1960 e 1964, e foram atingidas com maior intensidade, proporcionalmente, que os outros setores. E significativamente, os grandes sindicatos sofreram mais que os pequenos: o Ministério interveio em 70% dos sindicatos com mais de 5.000 membros; em 38% dos com 1.000 a 5.000 membros; e em apenas 19% daqueles com menos de 1.000 membros. O governo militar simplesmente decapitou o movimento trabalhista radical” (Erickson, 1979: 209).

tocante tanto às questões trabalhistas como às questões sindicais. Ainda que também se pautando pelo lastro da CLT, passava-se agora a dar realce aos seus ditames repressivos e de controle. Por não se propor a manter relações próximas aos sindicatos e relegando estes ao papel de controle sobre os trabalhadores, o Estado corta o canal de acesso em termos políticos que os sindicatos vinham tendo no período anterior e reforça a lógica assistencial naquelas entidades. Com isso, não se visa propriamente enfraquecer os sindicatos; antes, busca-se dar-lhes outro tipo de força. A idéia era fortalecer os sindicatos e o sistema corporativo para seu papel na construção da nação e da coesão social. Não é por acaso, portanto, que através dos dirigentes impostos aos sindicatos, visou-se tornar atrativa a filiação aos sindicatos, fornecendo mais benesses dos que as já dispostas na CLT<sup>23</sup>. A expansão do sistema corporativo vai atingir a área rural, onde fechando as Ligas Camponesas e intervindo nos sindicatos mais atuantes, o governo espalha sindicatos oficiais sob o controle de líderes aprovados previamente.

Quanto às questões trabalhistas, a intervenção governamental direta em termos das definições salariais, faz com que o Estado se transforme no centro do conflito. Claro que a batalha dos trabalhadores se dava, ainda, no confronto com o patronato para soluções de seus problemas. Porém, como passa a determinar os limites dos aumentos salariais, o Estado atrai sobre si parte dos conflitos antes direcionados aos patrões. Desta forma, e mantendo os sindicatos sobre controle, o Estado passa a ser visto pelos trabalhadores não como um centro próximo, com o qual se pode ter contato imediato e travar negociações; mas, como mais um empecilho a ser vencido.

### **Militância sindical sob pressão**

Nas fábricas, os operários iam enfrentando como podiam a política de “arrocho salarial” e controle sindical da ditadura militar. Como já assinalamos, em termos concretos, a ditadura visava uma reestruturação da vida sindical. Para tanto, ela tenta cortar os elementos e mecanismos da forma de funcionamento anterior. Além de intervir nas cúpulas sindicais, atacava duramente a estrutura de organizações nos locais de

---

<sup>23</sup> Com isso, os associados passavam também a ter, entre outras coisas, “preferência em indicações para o serviço público, se ficam desempregados; em crédito no Banco Nacional de Habitação ou outras instituições oficiais para compra de sua casa própria; (...) na compra ou aluguel de apartamentos sob o controle do governo, quando vagos por decisão judicial; (...) e em bolsa de estudo para educação secundária ou treinamento técnico, para eles próprios ou para os filhos” (Erickson, 1979: 214).

trabalho que podiam servir de pilar para a recomposição do movimento sindical “combativo”.

Visando dificultar ainda mais o caminho de recomposição do sindicalismo “combativo”, o ministro do Trabalho de Castelo Branco, Arnaldo Sussekind, após autorizar a realização de eleições em centenas de sindicatos, elabora a portaria de N.º. 40 Tal portaria buscava limitar os acessos às direções dos órgãos sindicais, por indivíduos alheios à vontade do governo. Ela instruía os interventores a iniciar processos contra as direções depostas pelo golpe, por supostas irregularidades, impedindo-os, pelo exposto na portaria, de tentarem retornar ao sindicato via eleição. Por todo o país, chapas independentes vão ter de lutar para formar sua chapa, vencer os interventores e conseguir assumir depois. Esta mobilização em termos da cúpula sindical tinha como lastro, as mobilizações, ainda que surdas, nos locais de trabalho.

A visão de ocupação dos espaços, impedindo que os sindicatos fossem colocados a serviço do regime militar, assume lugar importante na preocupação de alguns grupos de esquerda, principalmente a militância do PCB. O partido conclama os militantes a participar de forma organizada das eleições sindicais, de reuniões, convenções e congressos, impedindo, juntamente com outras forças, a colaboração com a ditadura. Eles deveriam atuar nas entidades sindicais, mas tendo como centro a atividade nos locais de trabalho, levantando com ações unitárias, a luta pelas reivindicações econômicas, políticas e sociais dos trabalhadores<sup>24</sup>. O PCB, que de certa forma, vê no espaço sindical o elemento chave de reativação do movimento operário, trabalha no sentido deste retorno aos sindicatos apesar dos limites a que estavam submetidos. Nesta luta os comunistas, como já fizeram em outras conjunturas, também vão travar batalhas contra os setores mais conservadores do movimento sindical. Além disso, eles trabalham no sentido da recuperação das entidades intersindicais, que possam articular de forma geral a luta dos trabalhadores.

No caso do enfrentamento com os setores conservadores, os comunistas atacam as posições da diretoria de interventores da Confederação Nacional dos Trabalhadores na Indústria (CNTI). Em setembro de 1965, a direção do órgão se pronuncia contra a revisão dos níveis do salário mínimo, argumentando que isto acarretaria um aumento

---

<sup>24</sup> Na verdade, esta visão do PCB acerca da ocupação dos espaços sindicais e da constituição das organizações por local de trabalho, estavam presentes também nas preocupações de outros setores da esquerda. Podemos indicar aqui pelo menos duas dessas posições já atuantes desde o pré-64. Uma defendida pela Política Operária (POLOP) e a outra pela Ação Popular (AP). Ver Frederico (1987) e Carone (1982).



generalizado do custo de vida. Diante do suporte que a entidade vai concedendo às políticas do regime militar, o PCB define como prática de contra ataque, que seus militantes sindicais deveriam organizar os trabalhadores e “desmascarar” estes elementos, verdadeiros “traidores” da classe. Nesta sua luta contra os setores mais conservadores, os comunistas vão denunciar as pressões e as tentativas de aliciamento que os dirigentes sindicais “mais combativos e honestos” vinham sofrendo. Segundo eles, no plano da pressão atuavam o Departamento de Ordem Política e Social (DOPS) e o Serviço Nacional de Informação (SNI). A ação destes órgãos, vinha no sentido de coagir com ameaças as atividades sindicais (Frederico 1987: 80).

No plano do aliciamento, entravam as entidades sindicais internacionais ligadas ao sindicalismo americano, que instalaram vários departamentos no Brasil, no período pós-golpe. Uma destas entidades, a Confederação Internacional de Operários e Sindicatos Livres (CIOSL), por exemplo, ofertava benesses aos interessados, tais como “diárias, passagens e outras vantagens aos dirigentes sindicais que desejarem ir aos Estados Unidos, ao México e a outros países onde lhes serão ministrados cursos cujas aulas estão impregnadas do anticomunismo” (Frederico, 1987: 81). Na visão dos comunistas estas ações tinham como objetivo esvaziar as entidades sindicais, enfraquecê-las e transformá-las em simples órgãos de caráter assistencial. De órgão de unidade e de luta dos trabalhadores por seus direitos e reivindicações, a ditadura desejava transformar as entidades sindicais dos trabalhadores em agências de “paz social”.

### **A esquerda e suas redefinições**

Estas características, estabelecidas pelo regime militar, serão importantes na conformação das identidades que o movimento sindical e suas tendências buscarão constituir neste período. Outro elemento importante na constituição desta identidade seriam as orientações seguidas pelos grupos de esquerda que, embora por caminhos diferentes, tentaram estabelecer relações com o movimento dos trabalhadores. Se ao longo de toda a conjuntura 1945/1964 o PCB desfrutou da hegemonia em termos da representação não só dos trabalhadores, mas também dos setores de esquerda, este quadro se alteraria bastante a partir de meados dos anos 60. Não estamos esquecendo aqui a contribuição que outros setores já vinham dando, de longa data, em termos da luta dos trabalhadores, entre os quais, trotskistas, socialistas, trabalhistas etc. Porém,

apesar de sua importância, nenhum destes agrupamentos atingiu o patamar conseguido pelo PCB. Seria só mais tarde, com os impactos do “racha” que deu origem em 1962 ao Partido Comunista do Brasil (PC do B) e de muitas outras defecções, bem como do surgimento e/ou reforço de propostas alternativas externas ao partido no pós-golpe, que o PCB começaria a perder o posto como referência na esquerda brasileira.

Com o golpe civil-militar a esquerda inicia uma longa discussão pela busca de responsáveis pela derrota dos setores progressistas<sup>25</sup>. Devido à sua posição proeminente no período pré-1964, recai sobre o PCB, crítica e autocriticamente, toda a carga de responsabilidade acerca dos erros cometidos. A esquerda se fragmentava nos pós-1964, com rebatimentos no campo sindical. Ainda que de forma esquemática, pode-se dizer que duas posições se enfrentavam por corações e mentes dos trabalhadores. Isto porque o PCB, até então hegemônico no sindicalismo nacional, vai se enfronhar cada vez mais em sua relação com as direções sindicais pouco “combativas”, e os setores mais radicais vão intensificar a busca de caminhos alternativos, seja no meio sindical ou na política mais ampla. A lógica de ação do PCB, na *grande política*, era a conformação da frente democrática contra a ditadura. Já os setores mais à esquerda, com raras exceções, se definiam pelo ataque frontal ao regime, baseado em ações de luta armada.

Mesmo que, devido às suas concepções políticas, muitas dessas organizações não mantivessem estreitos laços com o movimento operário, e menos ainda com o sindicalismo oficial; alguns desses grupos, seja por definição, seja por que ainda não haviam se envolvido de corpo e alma na luta armada -o que fariam em escala crescente posteriormente-, vão desenvolver um trabalho que, a partir do interior das empresas e das *Oposições Sindicais*, alcançou diretorias de sindicatos e promoveu movimentos grevistas de impacto no período. Marcado por ações arrojadas e radicais, o sindicalismo desenvolvido por esses grupos buscou romper, na prática, com as orientações seja dos tradicionais “pelegos”, seja dos “reformistas” do PCB, e por isso granjeou suas críticas.

A divergência de concepções nas lutas desenvolvidas no pós-64, ficaram estampadas nos encaminhamentos das movimentações contra o “arrocho salarial” e contra a ditadura. O movimento operário e sindical no pós-64, vai travar uma árdua luta contra esta política. Muitas vezes, esta luta, que explodiu isoladamente em fábricas ou setores, não conseguiu evitar a repressão militar nem alterar em muito o quadro vigente.

---

<sup>25</sup> Segundo Aarão Reis F.º (1986: 52), “Nos anos 60 desenvolveu-se toda uma linha de reflexão sobre a ‘culpa’ dos comunistas, que seriam os grandes responsáveis pelos erros e desacertos e derrotas do movimento popular”.

Em termos gerais, os encontros intersindicais propunham a mudança geral da lei do “arrocho”, encaminhando abaixo-assinados como forma de luta.

### **A luta contra o arrocho salarial**

É neste quadro de luta mais geral, que surgem, por exemplo, a Frente Intersindical Antiarrocho, no Rio de Janeiro, o Comitê Intersindical Antiarrocho, em Minas Gerais, e o Movimento Intersindical Antiarrocho (MIA) em São Paulo. Embora de forma limitada e tímida, estas serão as mais importantes tentativas intersindicais desenvolvidas pelos trabalhadores neste período. Elas decorrem dos sucessivos encontros regionais que se desenvolveram a partir da Campanha Nacional de Proteção Contra a Política de Arrocho Salarial, definida pelo II Encontro Nacional de Dirigentes Sindicais, de 1967. Esta conferência, que se realizou sob o fogo cerrado da pressão da ditadura e contou, como sempre, com a oposição das direções da CNTI e da Confederação Nacional dos Trabalhadores no Comércio (CNTC), que se negaram a participar do encontro. O caso mais expressivo e simbólico das distintas posições que se faziam sentir no movimento foi o MIA. Segundo os relatos de José Barbosa, em 1966 começou-se “a discutir sobre o (...) que se poderia fazer contra a lei do arrocho. O movimento intersindical antiarrocho foi criado, pensado e articulado em São Bernardo. Nossa idéia primeira era reunir os dirigentes sindicais mais progressistas do ABC<sup>26</sup> para um movimento conjunto contra a lei salarial” (Cadernos do Presente, 1978: 23).

A adesão de outros líderes sindicais à idéia do MIA se deveu às supostas indicativas dadas pelo coronel Jarbas Passarinho, então Ministro do Trabalho do recém empossado governo Costa e Silva (1967-1969), que substituíra Castelo Branco na presidência, de que se opunha às leis de compressão salarial. Passarinho propunha, em termos sindicais, o que ele chamava de “renovação sindical”. Com isso, vários setores mais conservadores também puderam se integrar ao MIA supondo que haveria tolerância por parte do Estado (Erickson, 1979). Diante de uma conjuntura tendente à radicalização, onde seria difícil prever controles sobre os movimentos, como já vinha acontecendo, e sem querer por em risco seus postos na estrutura sindical, os “pelegos” vão trabalhar para que as ações do MIA não tomem vulto. Além disso, outros fatores iriam contribuir para colocar a intersindical em dificuldades. Primeiro, a ação da

---

<sup>26</sup> Cinturão industrial da cidade de São Paulo.

vigilância policial, sempre alerta aos passos seguidos pela entidade. Segundo, havia desconfiança entre os diversos setores que compunham sua linha de frente. Terceiro, com a não aproximação das confederações e federações mais importantes ficou limitado o alcance da entidade. Por último, a forte pressão do movimento estudantil “que insistia em participar das reuniões sindicais para convocar os trabalhadores para a luta aberta contra a ditadura militar” (Frederico, 1987: 56).

### **Braços cruzados em Contagem**

A chegada do ano de 1968 trará momentos marcantes para o movimento sindical. Como assinala Gorender (1987), este “Já é um ano de franco ascenso econômico, o primeiro do ‘milagre brasileiro’, porém, a classe operária continua a sofrer os efeitos do arrocho salarial e de outras medidas compressivas do nível de vida” (1987: 142). No dia 16 de abril, em um contexto de muitas demissões, falências de empresas e atrasos no pagamento dos salários, os operários da siderúrgica Belgo Mineira, situada em Contagem, Minas Gerais, paralisam suas atividades e vão se concentrar na sede de seu sindicato. A ação grevista que reivindicava um reajuste salarial acima do teto de 17% proposto pelo governo. Pode-se perceber claramente o trabalho “clandestino” dos grupos de esquerda, principalmente da Ação Popular (AP), da Corrente Revolucionária e do Comando de Libertação Nacional (COLINA). A chapa identificada com estes setores ganhou as eleições sindicais em meados de 1967; mas, alguns nomes, entre eles o cabeça de chapa Enio Seabra (presidente da entidade cassado em 1964), foram vetados pelo Ministério do Trabalho. Ainda assim, as organizações citadas continuaram influenciando as atividades do sindicato e começaram a desenvolver intenso trabalho de agitação nas fábricas. Sempre que puderam, utilizaram a estrutura do órgão nesta tarefa, sem que ficasse muito aparente, camuflando deliberadamente a participação do sindicato nas ações.

O trabalho da oposição foi sentido ao longo de todo o período após o golpe. Ela vai combater o interventor e avançar no trabalho de organização dentro das empresas, formando comissões. Estas comissões, chamadas “comissões de cinco”, surgiram após o dissídio de 1967. Depois de sucessivos dissídios, nos quais os metalúrgicos haviam saído frustrados com o índice recebido, animados pelas organizações de esquerda, buscou-se dar caráter mais orgânico ao movimento. A proposta das comissões se

espalhou por várias fábricas, entre elas a Belgo Mineira onde a greve foi deflagrada<sup>27</sup>. Nos primeiros dois dias, os operários ocuparam a empresa. Ainda que preparados para resistir à intervenção militar, diante da possibilidade da mesma, eles se retiraram da fábrica. Com três dias começam as adesões tais como a dos trabalhadores da Mannesmann, da Belgo Mineira de João Monlevade e da Sociedade Brasileira de Eletrificação (SBE), com isso o movimento inicial de 1200 operários já contava com mais de 15000 trabalhadores. O ministro Passarinho, após pronunciamento contra a “agitação” na greve, se deslocou para a cidade em busca da resolução do problema, chegando a falar com grevistas na assembléia. Sua proposta garantia um abono salarial de 10%, via um decreto de emergência, o que, apesar das discordâncias, possibilitava o fim da greve<sup>28</sup>. Na verdade, após a resistência de alguns setores na aceitação do abono, e já em um tom de guerra, uma demonstração de força foi feita na cidade, pela polícia, que proibiu as reuniões sindicais e efetuou prisões, criando um clima pesado de repressão. Este tipo de intervenção, conjugada à “proposta de conciliação” do ministro e a pressão da patronal sobre os trabalhadores faz refluir o movimento grevista.

### **O movimento de Osasco**

Mas, se este movimento refluía, outros já estavam a caminho. Nas comemorações do 1º de maio de 1968 na Praça da Sé, em São Paulo, a atenção nacional se volta novamente para o movimento operário brasileiro. O evento assinalaria outro confronto entre os setores mais radicalizados do movimento e os setores que buscavam uma ação mais institucional. No processo organizativo das festividades do 1º de maio, já despontavam as divergências simbolizadas nas posições defendidas pelo Sindicato dos Metalúrgicos de Osasco e as lideranças sindicais do MIA. O Sindicato dos Metalúrgicos de Osasco vai ser uma peça importante não só neste episódio, como também na organização do processo grevista, que seria um dos marcos do período.

Em 1967, a chapa de oposição vence as eleições para a direção do sindicato. O presidente seria José Ibrahim. De modo geral, ele tinha sustentação de dois blocos. O chamado grupo de Osasco e a Frente Nacional do Trabalho. As raízes deste movimento de oposição remontam ao período pré-1964. A FNT foi criada em 1962 e tinha como

---

<sup>27</sup> A organização da greve estava pensada para o duro embate que se daria em outubro, época da campanha salarial. Contudo, a dinâmica da conjuntura e dos grupos políticos acabou precipitando o movimento em abril.

<sup>28</sup> Mais detalhes sobre a greve ver Weffort (1972), Erickson (1979) e Gorender (1987).

base operários-cristãos congregados na Ação Católica Operária (ACO) e na Juventude Operária Católica (JOC). Ela se opunha às diretivas do sindicato dirigido pelos comunistas e buscava realizar um trabalho no interior das empresas; segundo eles, abandonado pelo sindicato e suas preocupações de agitação política. Em 1963, um grupo de militantes do PCB, discordando das ações que consideravam “cupulistas” do partido e de seu sindicato, resolve deles se afastar e ir realizar um intenso trabalho de organização na base. Começando pela empresa Braseixos, de onde eram egressos, terão influência em outras empresas de porte e importância como, por exemplo, a Cobrasma. O trabalho deste grupo era a constituição de “comitês clandestinos de fábrica”. O grupo ligado à FNT organiza, dentro da Cobrasma, uma comissão semi-legal de trabalhadores que pleiteou, inicialmente, o seu reconhecimento pela empresa, que respondeu com a dispensa dos mais engajados. Ao longo do processo, o grupo clandestino vai se aproximar da comissão semi-legal. Mesmo a ação do grupo clandestino era a de atuar dentro do sindicato, ainda que reconhecendo seus limites como instrumento de luta.

É só após o golpe, e depois de embates com a direção da empresa, que os operários da Cobrasma conquistam o direito de eleger uma comissão de fábrica reconhecida pelos patrões e com imunidade para seus representantes. Membros do grupo clandestino foram eleitos, mas mantiveram seu trabalho enquanto grupo clandestino, tendo em vista a possibilidade de retrocesso nas ações da comissão e dos patrões. A força majoritária era a FNT e ao longo do tempo as divergências vão aparecer, à medida que, para o grupo clandestino, a comissão se enredara nas negociações de “cúpula” com a direção da empresa, “servindo de amortecedor entre patrões e operários”. Intensificando seu trabalho e se aproveitando do desgaste da FNT, o grupo clandestino vai ganhando cada vez mais espaços e consegue eleger grande parte dos membros da segunda comissão. O trabalho de oposição à direção sindical vai se intensificando. Eles trabalham pelo fim da intervenção no sindicato e depois continuam a oposição à chapa eleita com os auspícios do interventor, que agrupava também membros da FNT. Segundo Ibrahim, o “nosso trabalho na Cobrasma nos deu uma grande autoridade para atuar nas assembléias sindicais e atrair para nossas posições os elementos de outras fábricas” (Cadernos do Presente, 1978: 10).<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Este trabalho vai consolidar o chamado grupo de Osasco Segundo Espinosa (Cadernos do Presente, 1978: 42-43), esta era apenas uma expressão criada posteriormente para designar “o conjunto de operários, operários-estudantes e estudantes que viviam em Osasco e atuavam nos movimentos locais. As relações que uniam o grupo eram informais, ou seja, ele não tinha caráter partidário. Um conjunto de definições vagas, entretanto, dava-lhe certa unidade”. Entre essas concepções estava as comissões de

O trabalho cresceu, e a oposição se credencia para uma chapa nas eleições sindicais de 1967. Como a visão do grupo clandestino era a de manutenção do trabalho na base, ele não pretendia se diluir no interior do sindicato. Só Ibrahim fará parte da chapa, como presidente. A posição de “confronto” defendida pela oposição na Cobrasma e a posição “legalista” da direção sindical, marcariam as linhas do processo. A oposição conseguiu a vitória na eleição. Em termos gerais, a direção do sindicato busca se articular com as lutas mais amplas do movimento operário e sindical brasileiro. É a partir desta perspectiva que o sindicato de Osasco passa a integrar o MIA. A participação do sindicato sempre se deu de forma crítica e tensa. A tensão entre Osasco e o MIA ficou patente em várias oportunidades. A principal delas se deu nas comemorações do 1º de Maio de 1968 na Praça da Sé, em São Paulo. A posição majoritária do MIA era fazer um evento com a participação de figuras públicas e autoridades convidando, entre outros, o governador de São Paulo, Abreu Sodré. Para o grupo de Osasco deveriam tomar parte apenas trabalhadores, para que não se descaracterizasse a solenidade e não se identificasse as lideranças com o governo. Como a posição de Osasco não foi aceita, uma articulação se inicia no sentido de “tomar de assalto” o evento. E foi o que aconteceu. O ato *oficializante*, como boa afluência de trabalhadores, foi “tomado” por grupos de manifestantes que colocaram o governador do estado para fora, sob uma chuva de paus e pedras, tendo incendiado o palanque. Dali saíram em passeata até a Praça da República onde um comício foi realizado.

Os efeitos posteriores demonstram a ditadura tentando reverter o jogo. Muitos dos participantes não conseguiram permanecer nas fábricas onde atuavam. Alguns deles, que até então tinham vida legal, necessitaram passar à vida clandestina, paralisando os trabalhos na esfera em que vinham realizando. O clima imperante era de certa euforia com os desdobramentos que a conjuntura ia sofrendo, aparentemente indicando um enfraquecimento da ditadura e um ascenso dos movimentos de oposição. Este tipo de clima vai ter seu rebatimento no meio operário. Novamente Osasco se tornará centro de precipitação de turbulência. Segundo relatos de Ibrahim (Cadernos do Presente, 1978), nos momentos seguintes ao primeiro de maio, a radicalização se espalhou por fábricas de Osasco. Era o início do processo que levaria a um dos mais importantes desafios operários no quadro de ditadura.

---

empresa, o uso legal de todas as formas de organização, uma simpatia pela Revolução Cubana e pela luta armada. Este grupo acabou por se identificar com a organização guerrilheira Vanguarda Popular Revolucionária (VPR).

A greve de Osasco<sup>30</sup>, como ficou conhecida, foi bastante estruturada e planejada, ainda que se possa questionar alguma de suas avaliações. A perspectiva era ocupar fábricas de forma sucessiva, estendendo para toda Osasco; e depois para São Paulo. A visão dos planejadores era de que a repressão ao movimento demoraria um pouco levando-se em conta as ações do governador Abreu Sodré com relação aos movimentos dos estudantes e a posição assumida pelo governo quando da greve de Contagem. Não foi o que aconteceu. Diante do crescimento das manifestações populares e do recuo que significou sua aceitação, ainda que relativa, das condições em Contagem, a ditadura reagiu rápido conjugando negociação e repressão. Apesar do clima de entusiasmo reinante, ao fim do primeiro dia uma forte repressão se abateu sobre a cidade. Fábricas cercadas, prisões e tensão imperaram em Osasco. Na Cobrasma, foco maior de tensão, apesar dos apelos operários para que os soldados não invadissem a empresa, os militares o fizeram no final da noite daquele mesmo dia. No segundo dia, apesar de toda a ocupação policial na cidade, outras fábricas tentaram parar, o que, diante da repressão, tornara-se bastante difícil. Nesta noite, o sindicato sofreu a ação da polícia que desocupou o prédio para que o interventor pudesse assumir seu papel, o que havia sido impedido pelos operários que ocupavam o sindicato. As lideranças que ainda não estavam detidas são caçadas pela polícia. A partir do quarto dia, já não se tinha mais controle sobre o movimento. Embora já sem lideranças, o movimento se arrasta. As prisões se estendem pelas igrejas, bairros etc. Já no sexto dia, as fábricas de Osasco funcionavam normalmente.

### **Os anos de chumbo**

Seriam de grande monta os impactos da greve e dos destinos de suas lideranças sobre o movimento de Osasco. Mesmo tendo mantido núcleos dentro das empresas, a articulação da oposição seria dificultada pelo fato da atenção jogada cada vez mais para o interior da organização de esquerda armada à que pertenciam, o que também faz com que muitos dos militantes mudem da cidade e/ou sejam presos por conta de ações do grupo. Este tipo de impacto se verá também no segundo movimento de Contagem, deflagrado em outubro de 1968, tendo como base os grupos de esquerda dentro das empresas. Em uma escala repressiva da ditadura já em marcha, a segunda greve de

---

<sup>30</sup>Ver mais detalhes sobre a greve em Weffort (1972) e Gorender (1987).



Contagem sofreu dura repressão e resultou na intervenção no sindicato, encerrando o que seria o 1968 operário.

Ao fim de 1968 os passos do endurecimento do regime estavam lançados, e se consolidam com a decretação, em dezembro, do Ato Institucional N. 5<sup>31</sup>. O “milagre econômico” ia deslanchando, os grupos de esquerda, com raras exceções, se engolfam cada vez mais nas ações armadas e o regime replica com mão de ferro. Para o movimento operário e sindical, começa mais um momento de espera e ações subterrâneas. A situação se agravaria com a chegada à presidência do general Emílio Médici (1969-1970). Seriam necessários mais dez anos para que o movimento operário viesse à tona novamente, abrindo uma de suas mais luminosas etapas. É importante ressaltar que apesar da repressão feroz, com a prisão e tortura como práticas correntes, que visava os alcançar em todas as partes, os militantes operários fizeram da fábrica seu *locus* privilegiado de ação. Este tipo de alteração atingiu diversos setores envolvidos no trabalho sindical e pode ser sentida mesmo na prática dos militantes cristãos do ABC paulista. Para Martins (1994: 214), isto significou a “volta ao trabalho de fábrica, ao trabalho de bairro, procurando organizar equipes e levar adiante não só o movimento, mas, principalmente, a resistência ao sistema”. No cenário sindical, a ditadura utiliza de todos os mecanismos para barrar os avanços ainda que tênues de qualquer posição mais contestadora. As tentativas de prosseguimento da luta sindical, sempre esbarravam com os limites estreitos da ditadura militar. Até os eventos de cunhos officiosos, organizados por lideranças pouco “combativas”, podiam ser palco das ações e violências policiais. Assim, os militantes sindicais trabalhavam em um território extremamente minado.

No plano dos encontros sindicais, os trabalhadores vão tentando maior articulação de suas demandas. Observando-se atas e pautas decorrentes dos vários encontros sindicais de categorias profissionais, podemos verificar que o enfrentamento da questão do “arrocho salarial” se encontra ainda na ordem do dia. Os trabalhadores visavam intensificar a luta por melhores condições salariais e de vida. Note-se entre estes: os encontros nacionais dos metalúrgicos, o encontro da CNTI, em novembro de 1970; e o da Confederação dos Trabalhadores em Estabelecimentos de Crédito (CONTEC), ocorrido logo depois. Os avanços sentidos em termos do trabalho no interior destas confederações, por exemplo, serão também alvo de ação do regime que,

---

<sup>31</sup> Esse Ato, entre outras medidas, fecha o Congresso Nacional, cassa mandatos de senadores, deputados, prefeitos e governadores, intervém no Poder Judiciário, decreta estado de sítio, interdita qualquer reunião, aumenta a censura e suspendeu o “habeas corpus” para “crimes” políticos

após vetar sucessivos nomes à direção da CONTEC, intervém na organização em 1972. Todo este trabalho silencioso e acobertado, que articulava diversos grupos em diversos setores, vai mantendo a chama do movimento operário-sindical brasileiro, apesar dos sucessivos ataques desfechados pelo regime. É em fins da década de 1970 que toda uma série de movimentações ganha visibilidade, rompendo os limites impostos pela ditadura aos trabalhadores. Isto ocorrerá com as mobilizações dos metalúrgicos do ABC paulista.

### **Os trabalhadores e o declínio da ditadura**

O quadro de ascensão do movimento dos trabalhadores vai encontrar o regime militar repensando suas estratégias. O esgotamento do “milagre brasileiro”, catapultado pela alta internacional dos preços do petróleo, no plano econômico e as sucessivas derrotas eleitorais, com destaque para a de 1974, impuseram a ditadura um momento de inflexão e de alteração de rota. Vencida a luta armada, ainda que os resquícios da máquina repressiva fiquem expostos em ações que provocaram mortes e desaparecimentos, o governo militar a partir de 1974, com a chegada do general Ernesto Geisel (1974-1979) à presidência, se propõe a estratégia da “abertura” política. Este processo, garantindo a sobrevivência do regime, se daria de forma “lenta e gradual”.

Mas, o movimento dos trabalhadores traria mais complexidade ao quadro. Como que um elemento surpresa, eles irromperam à cena e estremecem os arranjos que se pensavam sem eles. A sociedade brasileira vai reconquistando seus espaços de participação política. Vivendo um ambiente de efervescência, ela verá surgirem inúmeros movimentos sociais que irão pavimentando o caminho para o processo de redemocratização, acelerando a crise do regime militar (Krischke, 1982 e Sader, 1988). Dentre esses movimentos, podem ser listados o estudantil, o de mulheres, o de bairros e o contra a carestia. Articulados ou não ao movimento sindical, os movimentos sociais, em seu conjunto, engrossarão a luta democrática do período. Esta luta terá nos trabalhadores um sólido sustentáculo.

Quando os metalúrgicos do ABC paulista entraram em greve em 1978, abrindo caminho para a paralisação que se seguiu em outras categorias, eles rompiam com os limites estreitos estabelecidos pela lei antigreve, com o “arrocho salarial” e o silêncio geral ao qual havia sido forçada a classe trabalhadora. Com isso, eles impactaram alguns dos pilares de sustentação política e econômica da ditadura militar. Um dos fatores importantes para a deflagração do movimento foi, sem sombra de dúvida, a

denúncia de que o regime militar, em 1973 e 1974, maquilara os índices de inflação, mascarando o verdadeiro patamar do custo de vida (Humphrey 1982). Isto levou a que os trabalhadores fossem penalizados em 34,1%. O sindicato dos metalúrgicos de São Bernardo do Campo, sob a presidência de Luiz Inácio da Silva, o Lula, começa uma campanha pela reposição salarial em busca daquilo que lhes havia sido retirado. Ainda que experimentasse o pouco interesse dos patrões e do governo no sentido da reposição, esta campanha semeará o terreno para as mobilizações futuras.

A campanha salarial de 1978 se nutrirá desse solo fértil. A campanha deste ano, em si, não trazia nenhuma novidade. Ela termina como as anteriores, homologando-se os índices oficiais. Porém, o sindicato tinha como estratégia desmascarar todo o processo. É por isso, que ele se recusa à negociação tutelada pela justiça do trabalho, abrindo mão de sua participação no dissídio. A política do sindicato, então, era trazer a público o que seria uma farsa de participação gerada pelo governo e deixar um vazio em termos da parte referente à representação dos trabalhadores. O sindicato, que ao longo da campanha de reposição que precedeu a campanha salarial de 1978 já vinha batendo na tecla do roubo efetuado pelo governo, preparava o caminho para uma desilusão ainda maior ao término desta campanha.

Em fins de março, os trabalhadores da Mercedes-Benz já haviam paralisado o trabalho por não terem recebido o aumento que a empresa costumava conceder. O desenvolvimento da paralisação em vários setores da fábrica levou a demissão de 17 operários, fazendo o movimento refluir. A própria postura da empresa posteriormente indicava certa alteração nos padrões de negociação. O endurecimento era sensível. Em 12 de maio de 1978, os trabalhadores da Saab-Scania entraram em greve. Na verdade, a Scania já havia passado em fins de 1977 por tensões internas entre a direção da empresa e seus empregados o que resultara na demissão de alguns operários. O sindicato reverteu as demissões na justiça, mas elas acabaram prevalecendo na prática. A greve de 12 de maio de 1978 pegou o sindicato um tanto de surpresa. O movimento se estendeu por quatro dias, findos os quais a diretoria do sindicato arranca um acordo “de boca” da direção da empresa, acordo que depois pressionada pelos outros setores da indústria automobilística, a Scania não cumpriu, trocando os 20% das reivindicações por meros 6,5%. Nova mobilização é tentada, mas, mediante as práticas repressivas da empresa, não se efetivou. Contudo, as mobilizações por fábrica já se alastravam pelo ABC paulista. No dia 15 de maio pára a Ford, e no dia 16 a Volkswagen. Apesar da posição do TRT de considerar as greves ilegais, isto foi o início de uma onda mobilizatória que

alcançou grandes, médias e pequenas empresas, desenvolvendo tipos variados de greve e com duração diversa, alcançando outros municípios como Osasco e São Paulo. A mobilização atinge também outros setores da economia (Antunes, 1988), trazendo preocupação para todo o patronato e para o governo militar.

### **Os anos de 1980: ascenso sindical e transição democrática**

Esta greve foi de grande relevância para o movimento dos trabalhadores, em particular, e para a sociedade, em geral, já que demonstrava sua capacidade de organização, mobilização e disposição de luta, ainda que frente ao temível regime militar. Após a greve de 1978, tornaram-se possíveis outras mobilizações, em um processo que se consolida e amplia com as greves de metalúrgicos em 1979 e 1980, às quais, em volume ainda maior que na anterior, se incorporam outras categorias (bancários, petroleiros, professores etc.) em todo o país, em uma verdadeira ascensão da classe trabalhadora no Brasil do período (Santana, 2001). A riqueza deste ressurgimento dos trabalhadores no cenário político nacional pode ser constatada, entre outras coisas, na fundação de um partido político, o Partido dos Trabalhadores (PT), em 1980; e na criação, pouco tempo depois, de organismos intersindicais de cúpula. O retorno dos trabalhadores foi marcado, também, pelo aparecimento do que se convencionou chamar de “novo sindicalismo”, supostamente caracterizado por práticas que indicariam sua novidade na recente história sindical brasileira (Santana, 1999). Desta forma, os trabalhadores foram escrevendo seu nome na luta pelo retorno do regime democrático no Brasil.

Deve-se assinalar, contudo, que apesar de seu sentido enfraquecimento, a ditadura ainda tentou conter a emergência do movimento dos trabalhadores da forma que pode. Por exemplo, em breve o governo do general João Figueiredo (1979-1985) promoveria a intervenção em sindicatos (como o dos metalúrgicos do ABC paulista e dos bancários de Porto Alegre) e a prisão de militantes e direções sindicais, alguns inclusive processados pela Lei de Segurança Nacional (LSN). Mas, os militares não tinham muito mais fôlego para impedir que a sociedade brasileira em geral e os trabalhadores em particular, fossem reconquistando seus direitos. O sentido avanço e expansão do movimento sindical deságuam na busca de uma unificação, que o fortalecesse e lhe desse uma coordenação nacional. Porém, este processo vai explicitar

as subjacentes tensões acerca das práticas e orientações seguidas pelos grupos envolvidos.

De forma geral, podemos caracterizar dois blocos, ao longo do processo (Rodrigues, 1991). De um lado, os chamados sindicalistas “autênticos” reunidos em torno dos sindicalistas metalúrgicos do ABC, agregando sindicalistas de diversas categorias e partes do país, os quais, com os grupos integrantes das chamadas “Oposições Sindicais”<sup>32</sup>, compunham o autodenominado bloco “combativo”. Tendo sindicalistas como Lula (metalúrgicos de São Bernardo), Olívio Dutra (bancários de Porto Alegre) e Jacó Bitar (petroleiros de Campinas), como nomes de ponta, este setor formaria a base do chamado “novo sindicalismo”. De outro, a “Unidade Sindical” que agrupava lideranças tradicionais no interior do movimento sindical (muitas delas vinculadas ao setor conservador do sindicalismo, denominado “pelego”), e os militantes de setores da esquerda dita “tradicional”, tais como o PCB, o PC do B e o Movimento Revolucionário 8 de Outubro (MR8).

Fatores de ordem sindical e política desempenharam seu papel na recomposição das forças que disputavam a liderança do movimento que emergia. É preciso notar que nos primórdios destes movimentos, setores que posteriormente formarão a “Unidade Sindical” caminharam em aproximação com os chamados sindicalistas “autênticos”. Um dos marcos de surgimento do sindicalismo “autênticos” foi o V Congresso da CNTI, em 1978, quando um grupo de sindicalistas se opôs as orientações dos setores “pelegos” na direção confederação. Deste grupo constavam nomes associados tanto ao que seria o “novo sindicalismo”, como nomes relacionados à chamada esquerda “tradicional”. Esta aproximação se dava à medida que aqueles setores, apesar das divergências, buscavam se movimentar no interior da estrutura sindical corporativa, já que eram todos membros de direções sindicais e, portanto, eram oriundos e atuavam dentro da estrutura. Ao longo da conjuntura as divergências acerca das relações do movimento sindical com a estrutura sindical e quanto à participação das “Oposições Sindicais” e de setores populares no interior de seus movimentos, entre outras, fez com que estes militantes, que se identificarão com a “Unidade Sindical”, fossem se afastando dos “autênticos”. Por seu lado, a aproximação cada vez maior dos sindicalistas

---

<sup>32</sup> Agrupando militantes egressos ou não da experiência da luta armada e/ou militantes ligados à Igreja progressista, este setor defendia o combate à estrutura sindical corporativa a partir de um intenso trabalho de base via comissões de fábrica. Sua maior expressão estava na Oposição Sindical Metalúrgica de São Paulo (OSM-SP) e podia apresentar posições que iam desde a aceitação do trabalho conjunto com o *sindicato oficial*, até aquelas contrárias a este tipo de articulação.

“autênticos” com os setores de oposição sindical, em um arranjo que também não se deu sem tensões, garantiu a distinção definitiva dos blocos que acabará por desaguar, em meados dos anos de 1980, na constituição de centrais sindicais em separado.

Assim, o primeiro bloco considerava a estratégia da “Unidade Sindical” como “negocista”, “conciliadora” e “reformista” e fundará, em 1983, a Central Única dos Trabalhadores (CUT). A “Unidade Sindical”, por sua vez, avaliava a estratégia do outro setor como sendo “esquerdista” e “desestabilizadora” e fundará, em 1986, a Central Geral dos Trabalhadores (CGT). Em termos gerais, será dividido entre tais vertentes que o movimento sindical brasileiro entrará na década de 80, um período extremamente rico de sua história político-organizacional.

Em meados da década de 1980, o país ia deixando para trás longos anos de ditadura militar (1964-1985). O sindicalismo nacional, facilitado por um período de transição política para a democracia –que ajudara a conquistar e que lhe garantia campo de atuação- e por uma conjuntura econômica de elevada inflação –que lhe fornecia combustível mobilizatório-, acumulou vitórias organizativas importantes, reocupando o espaço político do qual havia sido privado pelos governos militares. Em seu conjunto, o sindicalismo brasileiro viverá no período o que pode ser considerado um de seus momentos de ouro, uma “década sindical”. Qualquer balanço de sua trajetória naqueles anos deve apontar para três de suas características: a rápida consolidação no plano organizacional e a pujança mobilizatória, bem como sua importância na luta pela democratização do país, espelhada, entre outras, em sua participação no movimento por eleições livres e diretas para presidente (o *Diretas Já*) e pelo estabelecimento de uma Assembléia Nacional Constituinte.

Em 1985 é eleito, por via indireta, no parlamento, o primeiro governo civil pós-1964. Ele poria fim aos governos militares, vinte e um anos depois. Uma análise geral das ações dos trabalhadores durante a ditadura indica que uma série de mudanças se estabeleceu. O capitalismo se redefine nos países, produzindo mudanças substantivas na produção e no mundo do trabalho, o que traria óbvias alterações na composição das classes trabalhadoras. O regime militar buscou redefinir e limitar as ações mais progressistas no seio sindical. Tal estratégia só foi bem sucedida em certos momentos, não sendo capaz de imobilizar tais setores como desejado. A luta dos trabalhadores, apesar das claras dificuldades, de uma forma ou de outra, não cessou um só momento, não dando tréguas aos patrões e aos militares. A esquerda passou por sensíveis mudanças de orientação, com claros rebatimentos em suas ações nos sindicatos. Ao fim

do período, um novo setor assumirá a hegemonia do sindicalismo passando a orientar a parcela mais significativa, organizada e ativa do movimento. Será a partir de seu ressurgimento na cena política e de sua re-organização nacional que os trabalhadores contribuirão sobremaneira para o fim da ditadura no Brasil.

### **Referências bibliográficas**

- Aarão Reis F.º Daniel (1986), “Questões históricas (exposição)”, in Garcia, M.A. (org.) *As esquerdas e a democracia*, Rio de Janeiro, Paz e Terra/Cedec. pp. 17-30
- (1997), “A maldição do populismo”, *Linha Direta*, 330, São Paulo, Partido dos Trabalhadores, setembro, pp. 5-7.
- Abramo, Lais. O resgate da Dignidade: greve metalúrgica e subjetividade, Editora da Unicamp, 1999.
- Almeida, Maria Hermínia T. de (1975), “O sindicato no Brasil: novos problemas, velhas estruturas”, *Debate e Crítica*, 6, São Paulo, julho. pp. 49-74
- Antunes, Ricardo (1988), *A rebeldia do trabalho*. Campinas, Unicamp/Ensaio.
- Boito Jr., Armando (org.) (1991) *O sindicalismo brasileiro nos anos 80*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Cadernos do Presente*, 2, Especial (1978). Greves operárias (1968-1978). Belo Horizonte: Aparte.
- Carone, Edgard (1982), *O PCB - 1964/1982* -Vol. 3. São Paulo, Difel..
- Erickson, Kenneth P. (1979) *Sindicalismo no processo político no Brasil*. São Paulo, Brasiliense.
- Frederico, Celso (1987), *A esquerda e o movimento operário 1964/1984* (vol.1). São Paulo, Novos Rumos. p.250.
- (1990), *A esquerda e o movimento operário 1964/1984* (vol 2). Belo Horizonte, Oficina de Livros.
- Gorender, Jacob (1987), *Combate nas trevas*. São Paulo, Ática..
- Humphrey, John (1980), “As raízes e os desafios do “Novo” Sindicalismo da indústria automobilística”, *Estudos Cebrap*, 26, São Paulo, Cebrap.
- (1982) *Fazendo o milagre*. Petrópolis, Vozes/Cebrap.
- Krischke, Paulo.J. (1982), *Brasil: do “milagre” à “abertura”*. São Paulo, Cortez.
- Mattos, Marcelo. B. (1998), *Novos e velhos sindicalismos no Rio de Janeiro (1955/1988)*. Niterói, Vício de Leitura.

- Martins, Heloisa de Souza (1994), *Igreja e movimento operário no ABC*. São Paulo/S.C.do Sul, Hucitec/Pref. S.C. do Sul.
- Meneguello, Rachel (1989), *PT - a formação de um partido*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Moisés, J. Álvaro. (1981), "As estratégias do novo sindicalismo". *Revista de Cultura e Política*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 5(6):15-30.
- Oliveira, Isabel Ribeiro de (1988), *Trabalho e Política*, Petrópolis, Vozes.
- Paranhos, Kátia . Era uma vez em São Bernardo: o discurso sindical dos metalúrgicos - 1971/1982. Campinas-SP: Editora da Unicamp/Centro de Memória, 1999
- Rodrigues, Iram J. (1997), *Sindicalismo e Política: A Trajetória da CUT*. 1. ed. São Paulo: Scritta; FAPESP.
- Rodrigues, Leoncio M. (1970), *Industrialização e atitudes operárias*. São Paulo, Brasiliense.
- (1991), "As tendências políticas na formação das centrais sindicais", in A. Boito Jr, (org) (1991). *O sindicalismo brasileiro nos anos 80*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Sader, Eder (1988), *Quando novos personagens entraram em cena*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Santana, Marco A. (1999), "Entre a ruptura e a continuidade: visões da história do movimento sindical brasileiro". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 41, São Paulo, ANPOCS. pp. 103-120.
- (2001) *Homens Partidos: comunistas e sindicatos no Brasil*. São Paulo/Rio de Janeiro, Boitempo/Unirio.
- Vianna, Luiz W. (1983), *A classe operária e a abertura*. São Paulo, Cerifa.
- Weffort, Francisco (1972), *Participação e conflito industrial: Contagem e Osasco*, 1968, São Paulo, Cebrap.
- (1978), "Os sindicatos na política (Brasil: 1955-1964)". *Ensaio de Opinião*, Rio de Janeiro, Enubia, N.1.



## **La organización y la militancia obrera en el lugar de trabajo: hacia una historia de los delegados y comisiones internas en Argentina, desde la década de 1940 a la actualidad**

Victoria Basualdo

El presente artículo aborda una dimensión escasamente explorada en el campo de los estudios del trabajo en Argentina: la historia de la organización y la militancia obrera en el lugar de trabajo, y en particular, el papel de los delegados y las comisiones internas desde la década del '40 en adelante. Tiene como objetivos centrales no sólo destacar la importancia de esta temática, sino también proponer caminos posibles para la profundización de su investigación. En primer lugar, se analizarán en forma sintética algunas de las contribuciones en la historiografía existente, y los principales desafíos pendientes. En forma complementaria, se analizarán estudios de caso de empresas específicas que, aunque no se centran en las instancias de representación en la fábrica, iluminan las potencialidades de este tipo de estudios para el análisis de la organización y la militancia obrera en el lugar de trabajo. En segunda instancia, para ilustrar el tipo de contribuciones que podrían realizar los estudios de caso, se sintetizarán algunos de los hallazgos provenientes de una investigación sobre las transformaciones en la organización y militancia obrera en los casos de dos grandes empresas industriales: Alpargatas (fábricas de Barracas y Florencio Varela) y Acindar (en Villa Constitución), entre los años '50 y los '80, con especial énfasis en sus aportes respecto a la historia de las comisiones internas. Para concluir, se formularán algunas observaciones finales.

### **Síntesis de algunas de las principales contribuciones sobre la historia de las comisiones internas en Argentina**

Aunque la historia del movimiento obrero y del sindicalismo en Argentina ha sido uno de los campos de más intensa producción y controversia historiográfica, la dimensión específica de la organización obrera en el lugar de trabajo no ha sido estudiada en forma exhaustiva. Este déficit de investigación resulta especialmente destacable no sólo teniendo en cuenta que, en la historiografía internacional sobre trabajo y trabajadores, los estudios centrados en establecimientos laborales -

denominados en inglés *shop-floor studies*- constituyen un campo de tradicional importancia, sino también debido a las particularidades que asumió el caso argentino. La existencia y la propagación, desde mediados de los años '40, de los delegados (representantes de los trabajadores de una sección o sub-sección de un determinado establecimiento laboral) y las comisiones internas (órganos colegiados, compuestos por un grupo de estos delegados, que representan los intereses de los trabajadores frente a la patronal) marcó a la organización obrera en los establecimientos laborales con una fuerte impronta distintiva. Estas instituciones han sido calificadas como “uno de los logros más importantes del movimiento obrero argentino después de 1945”, y son concebidas por los escasos estudios sobre la materia como un rasgo distintivo fundamental de este movimiento sindical en el contexto latinoamericano (Doyon, 1984: 210).<sup>33</sup>

Si bien estas instancias de representación han sido muy excepcionalmente tomadas como objeto central de estudio, existe un conjunto de trabajos cuyos aportes constituyen un imprescindible punto de partida para futuras aproximaciones. Una de las investigaciones fundacionales en este sentido es la de la historiadora Louise Doyon (1984 y 2006). En su estudio sobre la política laboral entre 1946 y 1955 y la relación entre Juan Domingo Perón, los sindicatos y los trabajadores, Doyon prestó especial atención al surgimiento y expansión de las comisiones internas durante los dos primeros gobiernos peronistas, destacando que el alto grado de penetración que alcanzó la estructura sindical en el nivel de planta a través de estos cuerpos colegiados integrados a la estructura del sindicato, significó el fin del control unilateral de la patronal sobre la vida laboral en las empresas (Doyon, 1984: 210-1). Sus trabajos, al igual que los de Daniel James (1978, 1981 y 1990), proporcionan elementos que prueban que estas comisiones internas habrían surgido en los inicios del primer gobierno peronista.<sup>34</sup> Doyon enfatiza que la debilidad del soporte legal inicial para los representantes de las bases en el lugar de trabajo sugiere que la creación de estos cuerpos colegiados fue una

---

<sup>33</sup> La forma de elección de estos representantes de los trabajadores en la planta (tanto los delegados como las comisiones internas) ha sufrido variaciones importantes en el tiempo (desde un origen en el que algunos de los representantes eran directamente designados por los sindicatos a una progresiva generalización de la elección por parte de los propios trabajadores de sección y sub-sección) y presenta diferencias también en los distintos sindicatos, que expresan en sus reglamentos distintas modalidades.

<sup>34</sup> James (1981: 333) sostiene que los convenios que se firmaron en esa época contenían cláusulas que garantizaban, por parte del empresariado, el reconocimiento de las comisiones y aseguraban a los delegados la estabilidad en su empleo tanto durante como después del ejercicio de sus funciones.

imposición directa de los trabajadores y sus organizaciones (Doyon, 1984: 211).<sup>35</sup> Según esta autora, a pesar de la resistencia en su contra, estas instancias de representación comenzaron a ser reconocidas en los convenios colectivos a partir de 1947. Las comisiones internas se habían extendido a la mayor parte de las actividades productivas alrededor de 1950, aunque sus funciones variaban de acuerdo con las relaciones de poder presentes en cada industria y en cada planta (Doyon, 1984: 210).<sup>36</sup>

De las evidencias proporcionadas tanto por Doyon como por James se desprende que las comisiones internas establecieron una vinculación permanente entre las organizaciones sindicales y las bases obreras, lo que a su vez contribuyó de manera decisiva a garantizar la implementación efectiva de la legislación laboral y los convenios colectivos en la vida diaria de las fábricas (Doyon, 1984: 210). Uno de los aportes más interesantes de esta autora es que permite apreciar el doble papel que tuvieron las comisiones internas desde su origen. Por un lado, la existencia de un cuerpo colegiado, reconocido por la patronal y autorizado para negociar sin temor a represalias, aseguró un canal directo de comunicación entre los trabajadores y los sindicatos, y una transmisión directa de los problemas y reivindicaciones de las bases. Por otro, estos cuerpos colegiados permitían a los sindicatos ejercer un control sobre los trabajadores de base, sus formas de organización y protesta, al tiempo que promovían la afiliación y el permanente contacto con las organizaciones sindicales y eran de importancia estratégica a la hora de garantizar la implementación efectiva de medidas de fuerza (Doyon, 1984: 210).

Mientras que Doyon centró sus investigaciones en el período extendido entre 1946 y 1955, Daniel James, aunque examinó algunas de las características de esa década como antecedentes necesarios, focalizó su investigación en la etapa entre 1955 y

---

<sup>35</sup> Existe además un debate entre Doyon y Robert Alexander (1962: 196) respecto de si estas comisiones internas tenían una relación de continuidad o no con las previas “comisiones de reclamos” que casi todos los sindicatos habían logrado introducir en los lugares de trabajo antes del golpe de 1943. Doyon sostiene al respecto que las comisiones previas habían sido alentadas por la patronal para alentar una “comunidad de intereses”, mientras que las comisiones internas establecidas a partir de mediados de los años ’40 suscitaron una fuerte resistencia patronal en tanto defendían los intereses de los trabajadores y sus organizaciones (Doyon, 1984: 211).

<sup>36</sup> Es posible deducir las atribuciones de estos cuerpos colegiados en el nivel de la fábrica a partir del convenio colectivo de los trabajadores metalúrgicos de 1949. Entre las funciones enumeradas de las comisiones internas, el convenio menciona la presentación de reclamos de los trabajadores a los empleadores, la supervisión de la correcta implementación de la legislación laboral y de seguridad, de los convenios colectivos y del correcto tratamiento de los trabajadores por parte de capataces y supervisores, la colaboración en la disciplina interna de la fábrica y en las mejoras en la misma, la discusión con los empleadores antes de que cualquier medida disciplinaria pueda tomarse respecto a los trabajadores, la colaboración para el descenso del conflicto laboral, y la atribución de total movilidad en el lugar de trabajo (Doyon, 1984: 212).

1976. James acuerda con Doyon en que los trabajadores habían logrado obtener un grado relativamente alto de control de importantes áreas en las fábricas durante los dos primeros gobiernos peronistas, incluso teniendo en cuenta los últimos años, en los que parte de las conquistas obreras experimentaron ciertos congelamientos o cuestionamientos.<sup>37</sup> Después del golpe militar de 1955 existió, según James, un período inicial de gran actividad de las comisiones internas que coincidió con la etapa de la Resistencia Peronista, y con los gobiernos de la Revolución Libertadora y los inicios de la presidencia de Arturo Frondizi. Este autor considera que durante esta primera etapa, en la que los ataques e intentos de desmantelamiento por parte de las sucesivas dictaduras militares y del gobierno de Frondizi se centraron en la estructura sindical nacional, las comisiones internas, aunque debilitadas, sobrevivieron y constituyeron, en algunos casos, núcleos de oposición en un contexto de luchas descentralizadas y autónomas. En cambio, sostiene que a partir de 1959, cuando se produjeron una serie de importantes derrotas obreras, entre las que se destaca la huelga contra la privatización del frigorífico “Lisandro de la Torre”, la erosión del poder de estos cuerpos colegiados de base se aceleró (James, 1978 y 1990).

El impacto del proceso de “racionalización” de la producción llevado adelante por la política “desarrollista” del gobierno de Frondizi sobre las formas de organización de los trabajadores entre fines de los años ‘50 y comienzos de los años ‘60 es objeto de una controversia en la historiografía. En particular, el debate se centra en uno de los documentos considerados más importantes por James para justificar su concepción de que los años 1959 y 1960 marcaron un punto de inflexión en la historia de las comisiones internas y de la lucha obrera. Se trata del convenio metalúrgico firmado en 1960, que otorgaba, según James, extensas atribuciones a los empleadores en el campo de las relaciones de producción, y que conllevaba una renuncia del sindicato a todo derecho de interferir en la distribución de la mano de obra, y los turnos laborales, así como los ritmos de trabajo y los controles de calidad. De acuerdo a este autor, el convenio colectivo contenía, por primera vez, limitaciones respecto de la actividad de los delegados, cláusulas que se habrían expandido en los años siguientes a la totalidad de las industrias (James, 1990: 194-6). En base a estas consideraciones, James

---

<sup>37</sup> Resulta imposible abordar aquí en detalle las discusiones sobre las comisiones internas durante los últimos años del peronismo. Basta con aclarar que, aún considerando este último período, la mayor parte de los autores, incluso aquellos pertenecientes a las corrientes liberales más críticas del legado del peronismo, acuerda en que los trabajadores conservaron hasta el derrocamiento de Perón en 1955 “un considerable poder obrero en la vida diaria de las fábricas” (Gerchunoff y Llach, 1975: 17-8).

argumenta que los convenios en las principales industrias firmados durante los primeros años de la década del '60 que incluían limitaciones en la actividad de los delegados, marcaron el comienzo de la erosión de las comisiones internas y de su incidencia y de pasividad de las bases que contribuyó de manera decisiva a la consolidación y el mantenimiento de un liderazgo sindical, cada vez más burocratizado. De acuerdo a (James, 1978, 27-28 y 1990: 174-178)., las comisiones internas habrían estado en un estado de crisis durante la mayor parte de los años '60

En un trabajo sobre la historia de los trabajadores del conurbano bonaerense entre 1955 y 1973, Alejandro Schneider (2006: 146-150) cuestionó la interpretación de James del convenio de 1960. Sostuvo, en primer lugar, que aunque el convenio incluía cláusulas que permitían la posibilidad de alterar los niveles de producción, no se puede deducir que, efectivamente, éstas hayan sido aplicadas en la práctica. En segundo lugar, afirmó que las cláusulas sobre la movilidad de los trabajadores no quedaron establecidas en la paritaria metalúrgica, por el contrario, como lo indican diversos artículos (13, 55, 56) los obreros cobraban por la tarea que le correspondía a la categoría designada. Finalmente, y contra las afirmaciones de James, Schneider resaltó que en la nueva paritaria quedó estipulado el reconocimiento de las comisiones internas y de los cuerpos de delegados, aceptando su presencia jurídica y su poder en la discusión en la determinación de los problemas laborales.<sup>38</sup>

Dentro de la abundante historiografía sobre historia de los años '60 y '70, en particular de la referida al ascenso de la militancia de izquierda y las luchas obreras, existen varios trabajos en los que se abordan, de algún modo, las formas de organización y representación en los lugares de trabajo. Un ejemplo de estos aportes es el libro de Ruth Werner y Facundo Aguirre (2007:187-197) sobre la “insurgencia obrera” entre 1969 y 1976, en el que destacan la centralidad de las comisiones internas como instituciones de organización y representación de las bases obreras, retomando aportes previos, entre los cuales se destacan los de Adolfo Gilly (1980 y 1990), quien

---

<sup>38</sup> Las críticas de Schneider se basan, en primer lugar, en la concepción de que los convenios no constituyen fuentes que reflejen cabalmente la evolución efectiva del proceso de “racionalización” de la producción y del conflicto, sino que, en cambio, establecen pautas y lineamientos que luego deben ser disputados en cada establecimiento, rama y sector, y cuya aplicación se encuentra sujeta a la relación de fuerzas entre capital y trabajo. Esta, a su vez, se encuentra no sólo condicionada por la historia de cada fábrica y gremio, sino por condicionantes estructurales, en particular la evolución de cada rama y su relativo peso en la estructura industrial. Desde el punto de vista de Schneider, no resulta convincente, por lo tanto, deducir a partir de la letra escrita de los convenios (cuya interpretación es, además discutible) que se habría producido un avance de la patronal sobre los trabajadores de tal magnitud que habría puesto a los establecimientos fabriles bajo absoluto dominio del capital, desplazando a los trabajadores y sus representantes (Schneider, 2006: 146-150).

tempranamente se había detenido en este tema. Aunque sin duda estos trabajos representan un paso adelante por su análisis general sobre la importancia de estas instancias de organización en la historia de los trabajadores en el período, las comisiones internas y delegados no son el foco principal de las investigaciones, por lo que son escasas las contribuciones empíricas que éstos aportan.

Tampoco se han realizado estudios históricos sistemáticos y específicos sobre la evolución de las comisiones internas y los delegados durante la última dictadura militar (1976-1983), a pesar de que en trabajos llevados adelante desde distintas corrientes historiográficas se han abordado aspectos parciales de la organización y resistencia de base, y se ha afirmado que los delegados y especialmente los miembros de comisiones internas de las grandes fábricas fueron blancos privilegiados de la represión dictatorial (Pozzi, 1988; Gallitelli y Thompson, 1990; Fernández, 1985, entre otros). Existen, en efecto, una multiplicidad de fuentes, entre las que pueden contarse testimonios judiciales, documentos e informes de organizaciones de derechos humanos y de organizaciones sindicales, documentos diplomáticos y gubernamentales, entre otros, que confirman estas aseveraciones pero que, sin embargo, no han sido sistemática ni globalmente analizadas hasta el presente.

Faltan también estudios sobre las transformaciones de estas formas de organización desde la transición a la democracia hasta la actualidad. Dentro del campo de estudios sobre el mercado de trabajo y las relaciones laborales, existen contribuciones que proveen información importante sobre las grandes tendencias en términos de modelos de organización y negociación sindical, aunque en su mayoría no se han concentrado en las formas de organización en el nivel de la planta. Trabajos de autores diversos entre los que puede citarse a los de Marta Novick (2001) y Adrián Goldín (1997) resultan útiles como marco para el análisis sobre los cambios operados desde la segunda etapa de la industrialización sustitutiva (1955-1976) y el nuevo modelo instaurado a mediados de los '70 y cuyas tendencias se profundizaron en la década del '90. Sin embargo, y aún cuando reconocen que el modelo sindical argentino se estructuró en dos niveles -el de las bases, a partir de las comisiones internas y delegados, y el de la cúpula, compuesto por una dirigencia que llevaba adelante una negociación centralizada en materia de salarios y relaciones de trabajo- no se estudia en profundidad la evolución de la organización de base ni la interacción de ambos niveles.

La contribución más reciente referida a los delegados y las comisiones internas no provino de la academia, sino del Ministerio de Trabajo de Nación (MTESSN, 2007). En un informe del equipo de encuesta de relaciones laborales, que recuerda que este tema no es únicamente pertinente en términos de la historia de la clase trabajadora sino también de gran actualidad para el presente, se proporcionan datos sobre el nivel de sindicalización y la representación de los trabajadores en los establecimientos laborales en 2005. De acuerdo a la encuesta, poco más del 12% del total de las firmas poseía al menos un representante de base (delegado) en el lugar de trabajo. Se encontraron, como era predecible, diferencias de acuerdo al tamaño de los establecimientos: mientras el 50% de las empresas de mayor tamaño (más de 200 trabajadores) tenían a esa fecha algún delegado, en los establecimientos más pequeños (de menos de 5 trabajadores) el porcentaje desciende al 7,5%. Aunque no permiten hacer una apreciación cualitativa completa, estos datos cuantitativos son en sí mismos muy interesantes, ya que aportan, por primera vez en décadas, cifras que reflejan que el estado actual de penetración sindical en los establecimientos laborales ha alcanzado un nivel críticamente bajo, demostrando al mismo tiempo que aún perviven, especialmente en los grandes establecimientos, rastros de la fuerte presencia que delegados y comisiones internas tuvieron en el período de conformación de la estructura sindical. En este contexto, se vuelve urgente la necesidad de reconstruir la trayectoria desde el origen de estos cuerpos colegiados de representación, a su estado crítico actual.

Esta breve y ajustada síntesis, sin pretender ser exhaustiva debido a limitaciones de espacio y objeto, tuvo el propósito de reevaluar algunas de las contribuciones centrales realizadas sobre esta problemática para luego plantear posibles estrategias de profundización y abordaje del tema. Puede afirmarse, a partir de ella, que más allá de que los trabajos mencionados han realizado valiosos aportes acerca de la historia de las comisiones internas, quedan aún muchos aspectos pendientes de un estudio más exhaustivo que pueden agruparse, con el objetivo de simplificar su abordaje, en cuatro direcciones centrales. En primer lugar, se pone de manifiesto la necesidad de estudios sistemáticos de la legislación laboral y los convenios colectivos, esenciales para precisar los cambios en las disposiciones normativas respecto a estas instancias de representación en cada una de las etapas. En segundo lugar, se destaca la falta de estudios estadísticos sobre niveles de sindicalización y organización laboral en los lugares de trabajo que permitan evaluar con cierta precisión el grado de organización obrera en los establecimientos laborales en cada período (aún cuando se tomaran

indicadores de carácter estimativo o aproximado para delinear tendencias). En tercer lugar, se requieren estudios cualitativos que permitan abordar, no ya los cambios normativos o las grandes tendencias, sino las transformaciones en la práctica del papel, atribuciones y funciones de los delegados y comisiones internas a lo largo del tiempo, y su impacto en términos de las relaciones entre capital y trabajo. Por último, sería necesario elaborar, a partir de toda la evidencia disponible, un análisis sintético de la historia de las comisiones internas en la Argentina, desde su origen a la actualidad.

Nos proponemos en este artículo realizar un primer aporte para la profundización de la tercera línea mencionada, que permita avanzar en el conocimiento de las transformaciones operadas en estas formas de organización en los establecimientos laborales en las distintas etapas. A la hora de definir una estrategia de aproximación a un análisis en profundidad de las funciones de los representantes obreros de base en las fábricas, consideramos útil tomar, como punto de partida, una serie de contribuciones recientes en la historiografía del trabajo. Su común denominador es la menor escala de observación centrada, no ya en localidades o áreas (la dimensión regional o local ha sido otro de los criterios tradicionales de recorte de estudios de caso) sino en establecimientos fabriles. Este recorte implica enormes desafíos, en particular en un contexto como el de Argentina, en el cual el acceso a los archivos de empresas (especialmente de capital privado) es en la mayor parte de los casos difícil o directamente imposible para los investigadores.<sup>39</sup> Sin embargo, estas investigaciones encontraron formas de superar o por lo menos matizar estas restricciones, por lo que sintetizar sus aportes se vuelve especialmente relevante.

Un trabajo importante en este sentido fue el del historiador James Brennan (1992 y 1994) sobre los obreros industriales de Córdoba entre 1955 y 1976. Aunque su análisis propone una mirada que excede una empresa particular, y aborda relaciones y problemáticas vinculadas con la historia económica y social (y particularmente del trabajo) de la provincia y su capital en esos años, incluye también un útil y novedoso análisis de los procesos productivos y las relaciones de trabajo en las fábricas automotrices de Fiat e IKA-Renault en Córdoba. Este autor no sólo analiza la naturaleza

---

<sup>39</sup> En la última década, distintas iniciativas han intentado contrarrestar esta tradicional dificultad en lo que se refiere a archivos de empresas. La Universidad Torcuato di Tella ha avanzado en la constitución de un archivo de empresas, y se ha constituido una red de estudios de historia de empresas compuesta por investigadores de distintas instituciones académicas, que se ha encargado de difundir información sobre archivos, trabajos publicados y tesis sobre historia de empresas en Argentina (<http://163.10.30.238:9673/aahe/folder.2006-06-05.9059218921>). A pesar de estos avances, las dificultades para el acceso a archivos de grandes empresas persisten, en particular en lo que se refiere a la documentación referida a las últimas décadas.



de estos procesos de producción, el grado de calificación de los obreros y las relaciones en el contexto de la fábrica, sino que propone hipótesis acerca de cómo estos aspectos del ámbito de la producción se vinculan con las políticas y características de la seccional cordobesa del sindicato de los trabajadores mecánicos (SMATA). Las fuentes centrales para esta reconstrucción provinieron de los archivos de Renault en Francia y de Fiat en Italia, que permitieron superar las restricciones de acceso a la documentación de las plantas en Argentina.

En los últimos años existieron otros trabajos que, aunque se presentaron desde sus títulos como focalizados en diversas localidades, concentraron en realidad su análisis en fábricas específicas. Uno de ellos es el libro de Mirta Lobato (2001) sobre las dimensiones del trabajo, la protesta y la política en la comunidad obrera de Berisso entre 1904 y 1970, y cuyo núcleo central es el estudio sobre los trabajadores de los frigoríficos de capital norteamericano Swift y Armour. Este libro analiza no sólo la composición de los trabajadores en términos étnicos, de género y de edad, sino también la política empresarial hacia ellos, las relaciones de producción y las formas de organización de los trabajadores de estas empresas. Un factor central que posibilitó la realización de este trabajo fue el acceso a los archivos empresariales, aunque estas fuentes fueron complementadas con otras varias, entre las que se cuentan publicaciones periódicas, documentos sindicales, judiciales, gubernamentales y de asociaciones mutuales, además de fuentes orales.

Otro ejemplo muy reciente de análisis centrados en los trabajadores de un establecimiento fabril particular es el trabajo del historiador Federico Lorenz (2007). Su “historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta”, centra su análisis en los trabajadores de los Astilleros Argentinos Río de la Plata S.A. (ASTARSA) en esa zona. En este trabajo, la atención no estuvo puesta tanto en el proceso productivo, que sin embargo fue también analizado, sino en la experiencia de construcción de una organización de base de los trabajadores del astillero, en un contexto de creciente radicalización del enfrentamiento político y social y de profundos cambios en la economía. Debido al objeto de estudio y a los propósitos de esta investigación, las entrevistas, muchas de ellas realizadas en el contexto del archivo oral de Memoria Abierta, constituyeron fuentes centrales, complementadas por fuentes periódicas y documentales de variado tipo, entre las que se destacan los provenientes del archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), gestionado por la Comisión Provincial por la Memoria. Este libro se sumó a otro

análisis previo de establecimientos de zona norte elaborado por Rafael Bitrán y Alejandro Schneider (1992) sobre las fábricas Del Carlo y Ford Motors durante la última dictadura militar, que abordó la resistencia obrera al régimen, sus características e impactos.

Aunque menos encuadrado en un marco estrictamente académico, el libro de Leónidas Ceruti y Mariano Resels (2006) sobre los trabajadores de PASA Petroquímica, fábrica de la localidad de San Lorenzo, Provincia de Santa Fe, entre 1962 y 1976, es otro ejemplo de esta tendencia. El estudio preliminar también pone el acento en el proceso de organización de los trabajadores, y está acompañado por una selección de fuentes. Trabajos como el de Marcela Jabbaz (1996) sobre el proceso de reconversión industrial en Acindar y el conflicto de 1991 abordan, en cambio, el estudio de caso desde una perspectiva de la sociología del trabajo y se concentran en los cambios organizacionales y de condiciones de trabajo, así como en las estrategias de resistencia desarrolladas. Finalmente, otras investigaciones aún inéditas estudiaron también distintos aspectos de la historia de los trabajadores de fábricas particulares. Este es el caso de la tesis de doctorado de María Cecilia Cangiano (1996) sobre la historia de los trabajadores de Villa Constitución entre 1945 y 1996, que aborda aspectos importantes de las relaciones de trabajo en la fábrica siderúrgica Acindar y la de Mariela Ceva (2005) sobre empresas, inmigración y trabajo, que se centra en los casos de las plantas textiles Fábrica Argentina de Alpargatas y Algodonera Flandria entre 1884 y 1960.<sup>40</sup>

Estas contribuciones abrieron nuevos caminos en la historiografía al desplazar la mirada de las temáticas predominantes en la producción académica sobre estudios sobre trabajo y trabajadores en Argentina, que tradicionalmente privilegió la historia de las organizaciones sindicales y sus líderes, las vinculaciones con el poder político y económico, y las luchas y conflictos a nivel nacional. En cambio, esta nueva corriente de estudios abordó diversos aspectos de las relaciones de producción y las experiencias de organización y militancia, las estrategias de los obreros de base, y las políticas laborales aplicadas por la patronal en establecimientos específicos. Resulta especialmente importante tener en cuenta estos aportes porque, a pesar de que la problemática específica de los delegados y comisiones internas no constituyó en ellas el

---

<sup>40</sup> La historiadora Mariela Ceva llevó adelante, luego de finalizada esta investigación una iniciativa para la conservación del fondo documental de la empresa que derivó en la creación del archivo empresarial de la ex Algodonera Flandria y un museo textil abiertos para la consulta y visita de investigadores en la localidad de Jáuregui, Provincia de Buenos Aires.

objeto privilegiado, iluminaron opciones en términos de fuentes y de aproximación metodológica que resultaron de enorme utilidad para su abordaje.

### **Contribuciones provenientes de estudios de caso de las empresas Acindar (Villa Constitución) y Alpargatas (Barracas y Florencio Varela)**

Este apartado tiene como objetivo ilustrar algunas de las contribuciones que pueden realizar los estudios de caso de establecimientos específicos para un estudio cualitativo de las formas de organización y lucha obrera en las fábricas. Con este propósito, se abordarán en forma muy sintética algunos de los hallazgos en el curso de una investigación sobre las transformaciones de las formas de organización y militancia de los trabajadores de base entre la segunda etapa de la industrialización por sustitución de importaciones (1958-1976) y los comienzos del modelo de valorización financiera y desindustrialización (1976-2001), realizada en el marco de un doctorado en historia en la Universidad de Columbia. Partiendo de un análisis histórico de las vinculaciones entre los cambios estructurales y las formas de organización, militancia y lucha obrera en los lugares de trabajo, esta investigación escogió como dimensión central la evolución de los delegados y comisiones internas. Se propuso, como forma de abordaje en profundidad, el análisis de los casos de la fábrica siderúrgica Acindar en Villa Constitución (provincia de Santa Fe) y las plantas de la empresa textil Alpargatas localizadas en Barracas (ciudad de Buenos Aires) y en Florencio Varela (provincia de Buenos Aires), desde la conformación de las comisiones internas aunque con especial énfasis entre los años '60 y '80, período central de interés en la investigación.

Estos casos fueron seleccionados teniendo en cuenta no sólo sus similitudes, sino también sus diferencias. Por un lado, resultaban comparables ya que son dos grandes firmas industriales, con posiciones preeminentes en dos ramas que constituyeron núcleos dinámicos de la de la industrialización sustitutiva: en el caso de la industria textil, durante la primera etapa de la misma (1930-1955), y en el caso de la siderúrgica, en la segunda etapa (1958-1976). Por otro, son ejemplos de trayectorias distintas en lo que se refiere a la fecha de fundación de los establecimientos, el tipo de actividad industrial desarrollada, la localización geográfica, la aproximación patronal a las relaciones laborales y desarrollo histórico de las formas de militancia de sus trabajadores. El conjunto de coincidencias y elementos dispares volvía a estas dos firmas casos interesantes para analizar en contrapunto.

Esta investigación se benefició, en términos generales, de la historiografía ya analizada en el apartado previo, entre otras corrientes y aportes tanto temáticos como teóricos y metodológicos. En lo que se refiere a los casos seleccionados, fueron importantes las contribuciones ya mencionadas de Cangiano (1996) y Ceva (2005) que, aunque no abordaron específicamente la problemática, y en el caso de Ceva no coincidía tampoco con el marco cronológico del estudio propuesto, proporcionaron evidencia importante como punto de partida. A estos materiales, se agregaron otros centrados en las respectivas localidades que aportaron información valiosa, así como bibliografía económica sobre la historia y evolución de las empresas en cuestión, y en algunos casos sobre las luchas de los trabajadores metalúrgicos y textiles (Basualdo et al., 1991; Paulón et al., 1999; Santella y Andújar, 2007).

En lo que se refiere a las fuentes primarias, el análisis de los casos se enfrentó a las dificultades ya mencionadas de acceso a los archivos de empresas, a lo que se sumó la dificultad de acceder a fondos documentales de las organizaciones sindicales y la dispersión de las fuentes relacionadas con la historia de los trabajadores. Frente a esto, se delinearon dos estrategias diferenciadas. En primer lugar, se localizaron archivos y fondos documentales que permitieron disponer de documentación crucial. Uno de ellos, de gran importancia, fue el de la ex Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), en custodia de la Comisión Provincial por la Memoria de la provincia de Buenos Aires. La documentación obtenida proveyó información de gran utilidad sobre los conflictos en las fábricas y las estrategias de organización y lucha de los trabajadores. Cabe destacar, sin embargo, que la utilización de esta documentación que responde a la lógica de un seguimiento de inteligencia sobre los trabajadores, presentó desafíos de interpretación y análisis y obligó a una serie de recaudos metodológicos y éticos específicos (Da Silva Catela, 2007). En lo que se refiere a fuentes periódicas vinculadas a la historia sindical, se acudió al Archivo de prensa Senén González de la Universidad Torcuato di Tella, y a la hemeroteca del Congreso de la Nación y en el caso de publicaciones, volantes, y documentos sobre la militancia de izquierda y de los trabajadores de base, al Centro de Documentación e Investigación sobre la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI). Se recurrió además a los sindicatos, la Asociación Obrera Textil (AOT) y la Unión Obrera Metalúrgica de Villa Constitución, que

proveyeron material interesante, y a numerosos acervos personales de entrevistados e investigadores que con gran generosidad brindaron acceso a los mismos.<sup>41</sup>

En segundo lugar, se acudió fuentes que, como ya hemos visto en la revisión de otros estudios de caso, resultaron extremadamente valiosas para abordar la militancia y la organización sindical de base: las entrevistas orales. Se realizaron, para este proyecto, alrededor de cincuenta entrevistas en profundidad con trabajadores, delegados y dirigentes sindicales, que en el caso de Alpargatas incluyeron también a representantes de las corrientes “burocráticas”, y sólo excepcionalmente, a personal técnico y jerárquico de las empresas. El proceso de elaboración y análisis de estas fuentes requirió el desarrollo de estrategias diferenciadas para el caso de Acindar, que había sido objeto de estudios previos y que se caracterizó por una gran continuidad histórica en términos de la representación sindical, respecto al de Alpargatas, sobre el cual había muy escasos estudios y reconstrucción previa, y que evidenció importantes rupturas en la trayectoria de trabajadores y militantes (Basualdo, 2008). A las fuentes orales elaboradas especialmente para esta investigación se sumaron entrevistas realizadas por otros investigadores en el marco de trabajos previos, así como de testimonios brindados en el contexto de procesos judiciales.

En lo que se refiere a los datos básicos de estas empresas, la Fábrica Argentina de Alpargatas S.A. fue fundada en el año 1883 por la familia Fraser, de origen escocés, y tuvo como objetivo inicial la fabricación de paños para la navegación y zapatillas de lona con suela de cuerdas, destinadas fundamentalmente al consumo de los miles de inmigrantes europeos que arribaban a la Argentina. En 1885 el Poder Ejecutivo de la Nación autorizó la conformación de la Sociedad Anónima y poco tiempo más tarde la fábrica se trasladó al histórico solar de la Avenida Patricios, en el barrio de Barracas. El edificio erigido allí, conocido como fábrica 1, fue el punto de partida del conglomerado industrial integrado por las fábricas 2 y 3 y los depósitos centralizados, además de las oficinas y otras dependencias, que requirieron la compra de terrenos lindantes en etapas posteriores. A partir de 1945, la empresa Alpargatas adquirió extensos terrenos en la

---

<sup>41</sup> En el transcurso de la investigación se consultaron otros archivos que aunque no proveyeron información sobre la organización obrera en estas plantas en particular, proporcionaron datos clave sobre la organización y estrategias sindicales durante la dictadura militar que resultaron muy importantes para la investigación. Se trata de los archivos de las confederaciones francesas Confédération Française Démocratique du Travail y Confédération Générale du Travail (París), Fédération Syndicale Mondiale (París). También se accedió al archivo del Institute of International Social History (Amsterdam), de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (archivo administrativo en Bruselas, fondo documental en IISH), Confederación Mundial del Trabajo (Lovaina), Organización Internacional del Trabajo (Ginebra), y al acervo documental de la B.D.I.C. (París, Nanterre).

localidad de Florencio Varela, en la provincia de Buenos Aires, donde construyó entre 1947 y 1949 una fábrica para la manufactura de calzado de goma, que entró en funcionamiento en 1950.

Acindar Industria Argentina de Aceros S.R.L. se fundó en Rosario en 1942, y fue uno de los primeros laminadores privados instalados en el país, cuyo establecimiento estuvo vinculado a la necesidad de acero que no se podía satisfacer por las restricciones a la importación ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial. En 1951 la empresa realizó su primera ampliación, instalando en Villa Constitución la denominada “planta 2”, que tenía un tren de laminación en caliente comprado a la empresa norteamericana Morgan Corporation. Este emplazamiento tenía la ventaja de estar muy cercano a SOMISA, la empresa siderúrgica estatal.

En cuanto a la historia de los trabajadores, en el caso de las dos plantas de Alpargatas, aunque durante los años '60 y '70 numerosas corrientes de la izquierda tuvieron presencia en las fábricas y lograron apoyo de sectores de los trabajadores, no lograron obtener un cambio de la representación gremial, que quedó en manos de la dirigencia tradicional peronista de la corriente “burocrática”, que desarrollaba una política generalmente descripta, al menos en primera instancia, como conciliatoria entre el capital y el trabajo. Cuando se seleccionó el caso de Alpargatas, no aparecía tampoco como un caso en el que la represión durante los años '60 y '70, y en particular desde el golpe militar de 1976, hubiera sido particularmente visible ni extrema.

Acindar, que ocupa un lugar central en la economía de la localidad, presenta, por el contrario, por una larga historia de combatividad obrera y sindical. Sus trabajadores experimentaron un fuerte proceso de radicalización durante fines de los años '60 y comienzos de los '70 que culminó en el triunfo de la lista Marrón, que adscribía a los sectores “combativos” del sindicalismo argentino, en las elecciones de la seccional del gremio metalúrgico en 1974. Desde 1975 los trabajadores de Acindar fueron brutalmente reprimidos. En marzo, y en el marco de un operativo conjunto de las fuerzas militares, fueron detenidos los directivos de la seccional local del sindicato metalúrgico, junto con miembros de la comisión interna de la empresa, dando inicio a una prolongada política represiva que incluyó asesinatos, secuestros, listas negras y todo tipo de prohibiciones.

Resultaría imposible abordar aquí en forma exhaustiva a los diferentes aspectos, abordados en el transcurso de la investigación, referidos a las estrategias de lucha y las formas de militancia y organización de los trabajadores en el lugar de la fábrica, y a sus

transformaciones a lo largo del tiempo. En cambio nos referiremos, en forma breve y estilizada, a algunas de las contribuciones de estos estudios de respecto a la historia de las comisiones internas, y al diálogo e intercambio que puede proponerse con la bibliografía existente.<sup>42</sup>

En cuanto a los orígenes de las comisiones internas y la elección de delegados por sección, los casos confirmaron lo sostenido por la bibliografía especializada respecto a que los dos primeros gobiernos peronistas constituyeron una época de importancia decisiva. En el caso de Alpargatas de Barracas, la empresa había resistido exitosamente la sindicalización de sus trabajadores hasta los primeros años de la década del '40, pero el ascenso del peronismo ocasionó cambios dramáticos. En 1944 se eligió a la primera comisión interna en la historia de la fábrica, que sin embargo no pudo funcionar plenamente hasta 1945. Fue en este año cuando la empresa fue forzada a reconocerla, lo cual fue vivido por los trabajadores como un triunfo indiscutible. Los testimonios de quienes eran trabajadores de la fábrica en aquella época iluminan tanto los desafíos de esa construcción sindical temprana en la planta, como las estrategias patronales para impedirla o retrasarla, así como el impacto profundo del cambio operado por la llegada del peronismo. Tanto en Alpargatas de Florencio Varela como en Acindar, la fundación de las fábricas en 1950 fue acompañada por la elección de delegados y de comisiones internas, lo cual contribuye a confirmar que, en efecto, la representación de los trabajadores en el lugar de trabajo se encontraba ya extendida y aceptada hacia mediados de los dos gobiernos peronistas.

En lo que se refiere a los debates sobre el impacto del proceso de racionalización y de incremento de la productividad, los estudios de caso otorgan la posibilidad de matizar las visiones vigentes. Aún cuando Alpargatas es un caso paradigmático de los avances de la “racionalización” de la producción en las fábricas industriales, del incremento en la productividad y del avance de las patronales sobre las conquistas obreras a fines de la década del '50 y comienzos de la década del '60, las afirmaciones de James respecto de la inmovilidad de las bases y de una etapa crítica de las comisiones internas no parecen aplicarse muy fácilmente. Asimismo, partiendo de la caracterización de James del “estado de crisis” de las comisiones internas y de la derrota e inmovilidad total de los trabajadores resulta difícil explicar cómo, a partir de este

---

<sup>42</sup> Para una profundización del análisis de cada uno de los puntos sintetizados a partir de aquí, así como para acceder a un tratamiento detallado de las fuentes y la metodología utilizada en cada caso, recomendamos la lectura de la tesis de doctorado.

estado de “tierra arrasada” fue posible que, a fines de los años ‘60, se iniciara un período de gran activismo y radicalización de las bases, así como el hecho de que los desafíos contra los liderazgos sindicales nacionales tuvieran su origen, en una gran cantidad de casos, en procesos de organización y militancia en el nivel de la fábrica.

Las evidencias obtenidas a partir de estos casos permiten reconstruir una historia más compleja y matizada. Los testimonios y documentos referidos a los tres establecimientos ponen en evidencia que las comisiones internas se mantuvieron en funcionamiento y activas durante los años ‘60. La creciente burocratización de los representantes sindicales, tan bien descrita por Daniel James en su trabajo, no implicó que estas instancias de representación se hubieran desactivado o erosionado en términos de su estructura institucional. Un proceso histórico importante en este sentido que parece cuestionar la tesis de la inmovilidad y de la crisis es el Plan de Lucha impulsado por la CGT, y en particular de la segunda etapa, concretada entre el 18 de mayo y el 24 de junio de 1964, en el contexto del cual se movilizaron de manera planificada casi 4.000.000 de trabajadores y se concretó la toma de alrededor de 11.000 establecimientos fabriles. El desarrollo del Plan de Lucha, lejos de mostrar que las bases estaban inmovilizadas y las instancias de representación en los lugares de trabajo estaban desarticuladas, demuestra que pudo alcanzarse, debido a un conjunto de razones que no podemos analizar en profundidad aquí, una estrecha coordinación entre líderes y bases, y entre estructura sindical a nivel nacional y los delegados y comisiones internas que cumplieron un papel fundamental en el desarrollo de las tomas de fábrica de manera sincronizada.

En esta etapa, los representantes de base seguían siendo electos, ejerciendo sus funciones e incluso obteniendo mejoras en la situación de los trabajadores, aunque a expensas del sostenimiento de una relación cordial y cercana con la gerencia y del abandono de las tácticas de confrontación. Ciertamente, los representantes estudiados fueron adquiriendo progresivamente, desde principios hasta finales de la década del ‘60 un carácter más conservador y conciliador con la patronal y menos representativo de los intereses obreros. Pero las comisiones internas de estos tres casos analizados no desaparecieron sino que mostraron de manera prevaleciente (aunque no exclusiva) una de las dos caras atribuidas por Louise Doyon a estos cuerpos colegiados desde su origen: las funciones de control sobre las bases, de sometimiento a las estructuras sindicales centrales y de intermediación frente al capital, atenuando al mismo tiempo



sus funciones de representación efectiva de los trabajadores, y de organización de estrategias de confrontación y de lucha por las demandas de las bases.

Al mismo tiempo, en todos los casos se observa que en los últimos años de la década del '60, en un contexto de incremento sostenido de la actividad industrial que se prolongó desde 1964 hasta 1974, de creciente cuestionamiento por parte de distintos sectores sociales y políticos a la dictadura de Onganía y de rearticulación de las corrientes de la izquierda, los trabajadores comenzaron a presionar por mayor representatividad y agresividad en la defensa de sus demandas. Este conjunto de observaciones constituye un avance hacia la reconstrucción de la evolución de las comisiones internas durante esta década crucial, que la historiografía ha abordado de manera insuficiente hasta el momento.

Los testimonios de los representantes sindicales pertenecientes a las corrientes del Peronismo “ortodoxo” o “burocrático” en Alpargatas de Barracas y de Florencio Varela resultaron de gran valor y utilidad para comprender sus concepciones sobre el papel de los sindicatos y los representantes sindicales, así como de la relación entre capital y trabajo, cuya armonía y entendimiento pacífico defendían como un ideal. Las posiciones de estas corrientes se distinguían muy claramente de los delegados y líderes de las líneas combativas y antiburocráticas, por lo que estudios de caso como éstos resultarían de gran importancia para contribuir al análisis de las concepciones y modelos sindicales subyacentes a las divisiones del movimiento sindical en este período, que generaron respuestas y estrategias radicalmente diferentes frente a las contradicciones inherentes a la posición de los representantes sindicales en el sistema capitalista.

El caso de Acindar ilustra la trayectoria de ascenso de representantes sindicales de base a puestos sindicales directivos, en vinculación con otra problemática muy importante en los años '60: las relaciones de tensión entre las seccionales y el poder sindical central. Entre 1955 y 1967, el período de ascenso del líder sindical al frente de la seccional metalúrgica Roberto Natalio Nartayo, trabajador y delegado de Acindar, afiliado al peronismo y cercano a la corriente vandorista, se caracterizó por demandas de autonomía frente a la secretaría general nacional. Estos conflictos en torno a la autonomía de la seccional terminaron por ocasionar la intervención de la seccional por parte de la conducción nacional del sindicato a fines del período mencionado. Esta demanda de capacidad de decisión y organización local fue retomada más tarde por los sectores combativos.

Los tres casos en conjunto ponen de manifiesto, también, otra cuestión escasamente investigada en vinculación con las comisiones internas: las condiciones de trabajo y salubridad durante la segunda etapa de la industrialización por sustitución de importaciones (1958-1976). Testimonios y documentos enfatizan, en los tres casos, la existencia de críticas condiciones de trabajo en secciones específicas, y de demandas por más eficientes medidas de seguridad, de prevención de accidentes y de controles de higiene y salubridad, así como de políticas concretas para los casos de emergencias y de enfermedades ocupacionales. Por otra parte, estudios de caso como éstos resultan de gran utilidad para reforzar el análisis del proceso de radicalización de sectores del movimiento obrero, hasta el presente excesivamente centrado en la historiografía en el sindicalismo clasista cordobés y en algunos otros casos. Es interesante destacar que el año 1968 fue clave, tanto en el caso de Alpargatas Barracas como en el de Villa Constitución. En Acindar, fue el momento en el cual se originó una corriente de oposición al liderazgo oficial. Esta corriente, que a través de uno de los trabajadores, Orlando Sacristani, tenía influencia de la organización Vanguardia Comunista, recibió el apoyo de los trabajadores y comenzó un proceso de lucha y organización que terminó en una dura derrota en 1970, cuando, la empresa logró que los más prominentes líderes obreros del movimiento aceptaran renunciar a la empresa con una indemnización. A pesar de que en un principio este proceso de organización y lucha pareció haber sido interrumpido exitosamente, luego fue continuado por otros trabajadores desde comienzos de los '70. Estos constituyeron distintos agrupamientos que culminaron en la conformación de la Lista Marrón liderada por Alberto Piccinini, la cual obtuvo, mediante elecciones, la conducción de la seccional en 1974.

En el caso de Alpargatas de Barracas, distintos representantes de las corrientes “burocráticas” aseveraron en varias entrevistas que fue en 1968 cuando los “izquierdistas” comenzaron a ganar influencia dentro de la fábrica, en lo que coincidieron con los militantes de corrientes de la izquierda. En el caso de Alpargatas de Florencio Varela, fue también en los últimos años de la década del '60 que se produjo el ingreso de militantes a la fábrica que comenzaron a alentar a los trabajadores a cuestionar el liderazgo tradicional, fuertemente encuadrado con la AOT a nivel nacional y con una relación armónica con la patronal.

Se evidencia, en este sentido, la necesidad de profundizar el estudio de las relaciones entre los trabajadores industriales de base y sus representantes directos con las distintas organizaciones de la izquierda, tema escasamente explorado desde una

mirada centrada en establecimientos específicos (un trabajo pionero en este sentido es el de Lorenz, 2007, y para una propuesta de agenda de investigación sobre trabajadores industriales en los '70, ver Basualdo y Lorenz, 2008). En los tres casos, los testimonios y documentos muestran el carácter dinámico e interrelacionado de los cambios, al sugerir que el ascenso de la movilización y la influencia de las organizaciones de izquierda y la radicalización de parte de los trabajadores de las firmas contribuyeron a acercar las posiciones de los dirigentes burocráticos a las de la patronal, tendiendo a la constitución de una alianza estratégica.

Resulta interesante observar, además, que analizándolos en términos estilizados, los casos de Acindar y Alpargatas presentan trayectorias y características diferentes en la relación entre corrientes de izquierda y trabajadores. Mientras que en el caso de Acindar se produjo una creciente radicalización de importantes sectores de representantes obreros, que culminó en el ingreso de varios de los delegados y miembros de la comisión interna en organizaciones políticas y político-militares de esa tendencia, en el caso de Alpargatas una vía importante de contacto entre los obreros y representantes de base y las corrientes políticas y político-militares fue la proletarianización de militantes de estas corrientes.

En particular, estos estudios de caso proveen evidencias interesantes para examinar en mayor profundidad la relación con las organizaciones político-militares. Los testimonios de los trabajadores y militantes ponen de relieve las contradicciones que implicaba el cruce entre actividad sindical y acción guerrillera. En el caso de Acindar, éste se puso de manifiesto en episodios como el secuestro por parte del PRT-ERP de Erich Breuss, gerente de Acindar, en julio de 1974, con el objetivo de presionar a la empresa para que aceptara las demandas obreras de normalización de la seccional, que fue considerado, por muchos trabajadores, como una subestimación del poder de la actividad sindical y como una medida que implicaba un gran peligro, al facilitar la consideración de los trabajadores como guerrilleros. En el caso de Alpargatas, los testimonios de militantes de organizaciones político-militares se refirieron a las pérdidas de compañeros muy valiosos y de gran trayectoria en la actividad sindical en actividades armadas sin importancia, así como a la exposición de muchos de los militantes sindicales, que no contaban con medidas básicas de seguridad, y que fueron reprimidos con la misma intensidad que los miembros de la guerrilla por habérselos visto en su compañía.

Los estudios de caso pueden iluminar también cuestiones vinculadas al impacto de la política represiva desatada sobre las comisiones internas a partir de mediados de los años '70, y de manera sistemática a partir del golpe de marzo de 1976. Los casos analizados muestran trayectorias diferentes. La correlación más evidente que parecen sugerir es la existente entre el grado de radicalización obrera y de avances de las corrientes combativas y la profundidad represiva que soportaron los obreros y sus representantes inmediatos. En efecto, la represión en Acindar y en Villa Constitución en general comenzó un año antes del golpe, y adquirió gran profundidad y violencia, mientras que en Alpargatas se preservó cierta normalidad en las relaciones laborales hasta el golpe de estado, al tiempo que no existían, en un comienzo, evidencias de significativos episodios represivos después del mismo. Un examen en profundidad reveló que esta historia presenta aspectos más complejos. Acindar constituye, de hecho, uno de los casos más extremos de complicidad de la empresa con la represión a sus trabajadores, que se puso de manifiesto de manera clara, no sólo en la figura de José Alfredo Martínez de Hoz, quien pasó de presidir la empresa a ser Ministro de Economía de la dictadura militar, sino también por la existencia de un campo de concentración dentro del predio de la fábrica, y por las políticas de detención, asesinato, desaparición, que además forzaron al exilio externo o interno a los activistas que lograron sobrevivir (Basualdo, 2006). El control militar dentro de la fábrica fue muy intenso, y la disciplina adquirió un ritmo y carácter militar en varias secciones. A esto hay que agregar que la presencia de las fuerzas armadas excedía el lugar de trabajo y se extendía a la comunidad y a las condiciones de vida diaria de la población. El toque de queda declarado en la localidad y la presencia de las fuerzas armadas, así como el sonido de los disparos en la noche, son recordados en numerosos testimonios como permanentes y poderosos disuasivos de toda tentativa de reunión, opinión u oposición.

Seguramente esta mayor intensidad de la represión, que afectó a la totalidad de la ciudad de Villa Constitución y se prolongó en el tiempo, es una variable explicativa fundamental para comprender la ausencia, en Acindar, de movimientos de resistencia significativos a la dictadura militar. Aquellos que continuaron en la planta encontraron estrategias –más de supervivencia que de oposición efectiva- que consistieron en recordar la historia de la organización y la represión, y en contar esta historia a aquellos trabajadores jóvenes y nuevos que no la habían vivido, o en recordársela a aquellos que quizás hubieran preferido olvidarla. Para muchos, esta experiencia se sintetizaba en la figura de Alberto Piccinini, sobre el cual se contaban en voz baja recuerdos y anécdotas.

En los dos establecimientos de Alpargatas, en cambio, las relaciones laborales mantuvieron cierta regularidad, de acuerdo a los testimonios y las fuentes consultadas, hasta el golpe militar, no registrándose episodios significativos en materia represiva. Varios de los militantes entrevistados sostuvieron, incluso que al declararse el golpe militar tomaron la decisión de retirarse de la fábrica por sí mismos, sin llegar a ser despedidos, expulsados o secuestrados. Esta política, muy diferente a la encontrada en el caso de Acindar, puede correlacionarse con la existencia de episodios de resistencia abierta en las dos plantas de Alpargatas durante la dictadura. En el caso de la de Florencio Varela, se declaró una huelga en noviembre de 1977, mientras que en la de Barracas se declaró un paro en abril de 1979. En una primera instancia puede parecer paradójico que se hayan producido estos episodios de resistencia, que habían sido inexistentes en el caso de Acindar, en una fábrica como Alpargatas que tenía una tradición de menor combatividad y oposición. Tomando en cuenta que se trata de un proceso dinámico, y teniendo en cuenta la distinta influencia de las políticas represivas, la paradoja se desvanece.

Los testimonios y documentos demuestran que en ambos casos las protestas obreras fueron acalladas mediante la presencia de las fuerzas militares en las fábricas que desalojaron a los trabajadores y pusieron fin a las medidas. Para el caso de la fábrica de Florencio Varela, varios testimonios otorgados en los Juicios por la Verdad denunciaron secuestros de trabajadores de Alpargatas en 1978, que aparecían vinculados con su actividad como delegados o trabajadores de la planta.<sup>43</sup> Considerando esta evidencia, las que parecían políticas completamente opuestas respecto a la organización de los trabajadores, comenzaron, a partir de un análisis más detallado, a presentar posiciones más cercanas. Si bien en una etapa temprana la política represiva de Alpargatas parecía moderada, a partir del surgimiento de desafíos concretos por parte de los trabajadores y sus representantes, y del estrechamiento de los vínculos con el gobierno militar, evidenciado en la participación de funcionarios de la empresa en diversas funciones oficiales, se evidenció un importante cambio de signo en las respuestas patronales.

---

<sup>43</sup> Ver testimonios de Horacio Chayan, Horacio Edgardo y Norma Pereyra de Bohn, entre otros, brindados en el marco de los Juicios por la Verdad en la ciudad de La Plata. El Juicio por la Verdad es un proceso judicial que se desarrolló en la Cámara Federal de La Plata con el objetivo de investigar el destino de los desaparecidos de la región durante la última dictadura-cívico militar, y determinar quiénes fueron los responsables de los crímenes. Se originó a partir de una presentación de la Asociación Permanente por los Derechos Humanos (APDH) de La Plata, realizada en abril de 1998. Para acceder a los testimonios es necesario contactar a dicha Cámara Federal.

Otro aspecto importante que surge de los casos es el impacto de las políticas económicas y sus efectos estructurales en las posibilidades y formas de organización de los trabajadores. La reestructuración industrial operada desde mediados de los años '70 consolidó un proceso de concentración económica que fortaleció la posición de las patronales frente a sus trabajadores. Pero además se produjeron, primero en el caso de Alpargatas y luego en el de Acindar, procesos de descentralización de la producción, enmarcados en programas de promoción industrial que otorgaban grandes ventajas impositivas, que no sólo implicaron importantes transferencias a estas empresas sino que ocasionaron fragmentación y desocupación en las zonas industriales en las que existía una trayectoria importante de organización obrera, al trasladar parte del proceso productivo a nuevas áreas sin tradición de organización sindical. En el caso de Alpargatas, esto sucedió desde los tempranos años '70, con la inauguración en 1972 de una planta en Aguilares en la provincia de Tucumán y la inauguración durante la dictadura militar de dos nuevas fábricas en el interior del país: la de Catamarca Textil para tejidos planos en 1977 en la provincia de Catamarca y las textiles en Formosa y Corrientes en 1981. En el caso de Acindar, este proceso se inició más tardíamente, hacia mediados de los '80. Entre 1985 y 1987, y también en el marco de los regímenes de promoción industrial, la empresa relocalizó procesos de terminación de productos que envió a la provincia de San Luis, en un proceso que también debilitó la unidad y organización de los trabajadores. Los casos ponen en evidencia, de esta manera, la confluencia entre las políticas laborales de intervención de las organizaciones sindicales y la prohibición de la organización, las políticas represivas que se aplicaron con especial violencia sobre los representantes y activistas de base, y las políticas económicas que no sólo promovieron una desindustrialización en términos agregados, sino que fomentaron una reestructuración regresiva del sector a partir de medidas que afectaron de manera directa las posibilidades y condiciones de organización obrera en las fábricas.

### **A modo de conclusión**

Esta breve y estilizada síntesis de aportes provenientes de estudios de casos específicos permitió ilustrar algunas de las temáticas o discusiones en las que las investigaciones concentradas en establecimientos laborales pueden realizar contribuciones de gran importancia para reexaminar y enriquecer las visiones presentes en los trabajos disponibles sobre las comisiones internas. El estudio de las relaciones

entre el capital y el trabajo en las fábricas, y de las transformaciones de las instancias de organización obrera permiten tanto confirmar algunos puntos importantes de la historiografía, como introducir matices o modificaciones, así como acumular evidencias preliminares sobre los períodos que se encuentran pendientes de exploración por no disponer de abordajes específicos con sustento empírico.

La profundización de esta línea de investigación sobre los orígenes, evolución y características de los delegados y las comisiones internas permitiría a su vez contribuir a una reevaluación de temas claves en la historiografía como las características del legado sindical de los dos primeros gobiernos peronistas, ya que mientras gran parte de la historiografía enfatiza el legado de homogeneización, centralización, verticalización y subordinación estatal de la estructura sindical a partir del peronismo, la historia de las comisiones internas pone en evidencia, en cambio, una herencia más compleja. Asimismo, posibilitaría un nuevo abordaje de las formas que asumió la militancia y la organización obrera de base en los años '60 y '70 y de su vinculación con el proceso de radicalización política, así como una revisión del impacto de las políticas represivas, laborales y económicas de la última dictadura militar, y de las estrategias de resistencia de la clase trabajadora frente a éstas. El desarrollo de investigaciones centradas en esta dimensión tan decisiva como relegada permitiría avanzar en la construcción de nuevas síntesis históricas que incluyeran estos aspectos centrales de la historia de clase trabajadora argentina.

### **Bibliografía**

Alexander, Robert (1962), *Labor relations in Argentina, Brazil and Chile*, New York, McGraw Hill.

Basualdo, Eduardo, Lozano, Claudio y Fuks, Miguel Angel (1991), *El conflicto de Villa Constitución. Ajuste y flexibilidad sobre los trabajadores*, Buenos Aires, ATE-IDEP.

Basualdo, Victoria (2006), “Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina: Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz”, en Suplemento especial Revista *Engranajes*, FETIA. Disponible en: <http://www.riehr.com.ar/archivos/Investigacion/Basualdo%20Complicidad%20patronal-militar%20en%20la%20ultima%20dictadura.pdf>

----- (2008) “Memoria e historia reciente de los trabajadores industriales argentinos. El papel de los testimonios en la reconstrucción histórica de la dictadura” en Rosa Ma. Doménech, Beatriz Molina Rueda y María García Miguel (comps.), *Memoria*

*y reconstrucción de la paz. Enfoques multidisciplinares en contextos mundiales*, Madrid, de la Catarata.

----- y Lorenz, Federico (2008), “Los trabajadores industriales argentinos en la década del ’70: propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparativo de casos”, mimeo.

Bitrán, Rafael y Schneider, Alejandro (1992), “Dinámica social y clase trabajadora durante la dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires en particular de las fábricas Del Carlo y Ford Motors” en L. M. Rodríguez y otros, *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Biblos – Simón Rodríguez.

Brennan, James (1994), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.

----- (1992), “El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75”, *Desarrollo Económico*, Vol. 32, No. 125, pp. 3-22.

Cangiano, María Cecilia (1996), *What did it mean to be a revolutionary? Peronism, Clasismo and the steel workers of Villa Constitución. Argentina, 1945-1996*, Ph.D. dissertation, SUNY Stony Brook.

Ceva, Mariela (2005), *Empresas, inmigración y trabajo en la Argentina: dos estudios de caso (Fábrica Argentina de Alpargatas y Algodonera Flandria, 1884-1960)*. Tesis de Doctorado presentada ante la UNCPBA, Tandil.

Ceruti, Leónidas y Resels, Mariano, *Democracia directa y gestión obrera. El S.O.E.P.U., la Intersindical de San Lorenzo y la coordinadora de gremios, 1962-1976*, Rosario, Ediciones del Castillo.

Da Silva Catela, Ludmila (2007), “Etnografía de los archivos de la represión en Argentina” en Marina Franco y Florencia Levín (eds.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós.

Doyon, Louise (2006), *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires, Siglo XXI.

----- (1984), “La organización del movimiento sindical peronista, 1946-1955”, *Desarrollo Económico*, Vol. 24, No. 94, pp. 210-211.

Fernández, Arturo (1985), *Las prácticas sociales del sindicalismo, 1976-1982*, Buenos Aires, CEAL.



- Gallitelli, Bernardo y Thompson, Andrés (1990), “La política laboral en la Argentina del “Proceso”, en Manuel Barrera y Gonzalo Fallabella (comps.), *Sindicatos bajo regímenes militares. Argentina, Brasil, Chile*, Santiago de Chile, CES-Naciones Unidas.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Juan J. (1975), “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas, 1950-1972”, *Desarrollo Económico*, Vol. 15, No. 57,
- Gilly, Adolfo (1990), “La anomalía Argentina. Estado, corporaciones y trabajadores”, en *El Estado en América Latina: teoría y práctica*. México, D.F., Siglo XXI.
- (1980), “Consejos obreros y democracia socialista”, en A.A.V.V., *Movimientos populares y alternativa de poder en América Latina*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Goldín, Adrián (1997), *El trabajo y los mercados. Sobre las relaciones laborales en la Argentina*. Buenos Aires, Eudeba.
- Jabbaz, Marcela (1996), *Modernización social o flexibilidad salarial. Impacto selectivo de un cambio organizacional en una empresa siderúrgica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- James, Daniel (1978), “Power and Politics in Peronist Trade Unions”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Volume 20, Issue 1, pp. 3-36.
- (1981), “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en Argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. 21, No. 83.
- (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Lobato, Mirta (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo.
- Lorenz, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires, Editorial Norma.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Sociolaborales (2007), *Encuesta de relaciones laborales*, Buenos Aires, DCGyEL y CEIS.
- Novick, Marta (2001) “Nuevas reglas de juego en la Argentina, competitividad y actores sociales” en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO.

Paulón, Victorio et al. (1999), *El Villazo. La experiencia de una ciudad y su movimiento obrero*, Tomo I. Villa Constitución, Libros de la Revista de Historia Regional.

Pozzi, Pablo (1988), *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Contrapunto.

Santella, Agustín y Andújar, Andrea (2007), “*El Perón de la fábrica éramos nosotros*”. *Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución. 1970-1976*, Buenos Aires, Desde el subte.

Schneider, Alejandro (2006), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, IPS.

## **Integración e impacto del movimiento por los derechos humanos en una ciudad del litoral argentino**

Luciano Alonso\*

### **Propósito**

En la bibliografía relativa al desarrollo del movimiento de derechos humanos en Argentina se suele tomar como punto de partida la consolidación de sus agrupaciones, con mayor o menor alusión a un período de gestación. De tal manera 1974-1975 es el momento de inicio de las asociaciones civiles que tratan de resistir al terror de Estado y 1977 el de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. En ocasiones el esfuerzo de datación supera las fallas de la memoria, esquivo los modos de la historia y se vuelve mito fundador: “*Cuando ellas lo deciden, un 30 de abril de 1977, se sienten unidas, son una sola...*” (AA.VV., 2003: 5). Otras veces se fija la aparición de cada agrupación con su conformación como persona jurídica en la ciudad de Buenos Aires: el Servicio Paz y Justicia en 1974, Familiares de Detenidos y Desaparecidos y la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos en septiembre y diciembre de 1975 respectivamente, el Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos en febrero de 1976 (v. g. Revista *Puentes*, varias ediciones y criterio similar en Leis, 1989 y Frühling, Alberti y Portales, 1989). Paralelamente, en muchos textos elaborados en el marco del movimiento o en estudios no propiamente atribuibles a un organismo en particular pero que comparten sus interpretaciones o reproducen sus discursos, se enfatiza su novedad y la falta de experiencia de los nuevos militantes (AA. VV., 2003; AMPM, 2007; Galante, 2006; Gorini, 2006; Vázquez, 2007).

Esas dataciones van acompañadas muchas veces por una evaluación general del tipo de resistencia excepcional que el movimiento representó frente a la dictadura y de su papel relevante en el proceso de transición desde ésta al orden republicano. Si bien resulta difícil aceptar la idea de una “*absoluta preeminencia*” de las acciones del movimiento (Novaro y Palermo, 2003: 509), es evidente que la tardía movilización partidaria y las inconsistencias de las respuestas dictatoriales permitieron a sus agrupaciones una ocupación privilegiada del espacio público al tiempo que su presión constante minó la legitimidad del gobierno de facto, contribuyó al establecimiento de

---

\* El presente texto es derivación de una tesis de maestría con orientación en sociología política realizada en la Universidad Nacional del Litoral y dirigida por el Dr. Waldo Ansaldi.

agendas de debate y promovió la memoria de los crímenes de Estado como lugar privilegiado del nuevo imaginario republicano (Jelin, 1995; Leis, 1989; González Bombal, 2004).

En las presentes páginas trataré de relativizar esas concepciones sobre el momento de integración y el impacto social del movimiento por los derechos humanos, que entiendo más ajustadas a la experiencia de la ciudad de Buenos Aires y de zonas de su inmediata influencia que al territorio argentino en su conjunto. Sin disputar la validez de esas interpretaciones en su propia inscripción regional, intentaré poner en cuestión su validez general con una caracterización del movimiento tal cual se desplegó en la ciudad de Santa Fe, capital de la provincia argentina del mismo nombre<sup>44</sup>, desde sus tempranos antecedentes hasta su primer auge hacia mediados de la década de 1980. Como nos muestra el caso santafesino: 1) se pueden identificarse sujetos individuales y colectivos que realizaban acciones en defensa de los derechos humanos desde antes del período de terror de Estado iniciado hacia 1974 y es el nuevo modo de integración simbólica adoptado el que permite hablar de la invención de un movimiento social distinto; 2) hay un desfase temporal respecto de Buenos Aires en la constitución del movimiento, mientras que el trasvase de repertorios de acción y discursivos se encuentra limitado por las condiciones locales; y 3) si bien el movimiento gana en protagonismo y registra un auge hacia el período 1983-1985 no logra superar una relativa marginalidad respecto del espectro partidario e institucional santafesino. Espero que esas observaciones sirvan tanto para iniciar comparaciones interregionales sistemáticas como para revisar algunos de los tópicos consagrados en los relatos sobre el movimiento.

### **Antecedentes y constitución del movimiento en la zona santafesina**

El recurso a formas progresivamente acrecentadas de violencia estatal y paraestatal contra las fuerzas de oposición y la inauguración del método de desaparición sistemática de opositores ya había caracterizado a la dictadura de la “revolución argentina” de 1966-1973, contra la cual se enfrentaron amplios sectores de una sociedad

---

<sup>44</sup> Si bien Santa Fe es la capital provincial, la localidad de mayor importancia demográfica, económica y cultural es Rosario. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, la población del Departamento La Capital (ciudad de Santa Fe y localidades cercanas) llegó en el Censo 1970 a 312.427 habitantes (14,63 % de la población total de la provincia) y a 381.449 (15,47 %) en el Censo 1980.

civil altamente politizada (Sidicaro, 2004: 86-87). Los antecedentes inmediatos de acciones en defensa de los derechos humanos pueden rastrearse claramente en la actividad de distintos colectivos, concentrada especialmente en el período 1969-1973 en función del crecimiento y transformación cualitativa de la represión. En el caso particular de Santa Fe se registran en esa etapa filiales locales de organismos de alcance nacional, algunas de las cuales no perduraron, se fundieron en otras o fueron cambiando su identificación. La Organización de Solidaridad con los Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (OSPPEG), constituida en la ciudad el 10 de julio de 1971 (*Nuevo Diario*, 11/6/1971), fue la agrupación con mayor presencia. En ocasiones se destacaban actividades del Movimiento Nacional de Solidaridad con los Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (MNSPPEG, derivación del anterior), la Comisión Peronista de Apoyo a los Presos Políticos y la Comisión de Familiares de Presos Políticos. No hay registros de una presencia firme del Movimiento contra la Represión y la Tortura, actuante a nivel nacional. También organizaciones políticas definidas dentro del marco de la izquierda católica, neoperonista o marxista tuvieron acciones descolantes en el ámbito de la defensa de los presos políticos y la denuncia de la represión, como el Movimiento Ateneísta, el Partido Popular Santafecino o el Partido Comunista Revolucionario.

Las intervenciones públicas de esas agrupaciones solían ser discontinuas y tendieron a diluirse hacia 1973, con el fin de la dictadura y la asunción de la presidencia por Héctor Cámpora. En ocasiones se destacó un activo grupo de letrados de la Asociación Gremial de Abogados y familiares directos de presos o desaparecidos. Muy señaladamente, las madres de los detenidos tuvieron una presencia importante en los medios gráficos como los diarios *El Litoral* y *Nuevo Diario*. Los formatos de acción fueron variando conforme crecían las posibilidades de movilización y se modificaba la estructura de oportunidades políticas con la debacle de la “revolución argentina” y la apertura política. Hacia 1969-1971 predominaban las presentaciones judiciales, petitorios, conferencias de prensa y declaraciones públicas o comunicados, acompañadas crecientemente de volanteadas, pegatinas de carteles y pintadas callejeras, sin que la defensa de los derechos humanos apareciera claramente diferenciada de acciones políticas de otra índole. Aunque se privilegiaba la legalidad, esas vías de acción se combinaban con prácticas de confrontación como los “actos relámpagos”, en los cuales la defensa de los derechos humanos y el desarrollo de políticas insurgentes se superponían con mayor claridad (Hugo Koffman, entrevista 6/11/2002).

En las postrimerías de esa dictadura el repertorio de acción se volvió más amplio y efectivo, ganándose la calle y reuniendo a varias corrientes políticas y entidades intermedias<sup>45</sup>. Un modo de acción contenciosa crecientemente utilizado desde fines de 1971 fue la huelga de hambre de presos políticos en reclamo de su liberación o de mejoras en las condiciones de reclusión, coordinada por grupos de apoyo. Ese formato era promovido especialmente por los colectivos cercanos al ámbito católico y considerado un modelo de acción no violenta por excelencia, al tiempo que se combinaba con caravanas de autos y volanteadas<sup>46</sup>.

Con una dependencia fuerte respecto del accionar de las organizaciones políticas y político-militares y una identidad a veces hasta partidista, las organizaciones de derechos humanos sólo podían ser comprendidas como “*colaterales*” y su representación de ese papel como parte de uno de los frentes de lucha fue suscripta por propios y extraños. Los comunicados o arengas y consignas en actos podían tener por finalidad establecer un diálogo con los contendientes –las autoridades– en función de reclamos puntuales, pero en verdad se dirigían más a un pueblo del que se identificaban como miembros o representantes y al que querían sumar a la lucha. Las demandas concretas se centraban en la denuncia de la situación de los detenidos y en la exigencia de cambios en sus condiciones de reclusión, abarcando desde el reclamo de apertura de celdas, eliminación de locutorios, eficiente atención médica y mejora de las comidas, hasta la imputación de torturas y la exigencia de liberación. Desde fines de 1972 ese reclamo de libertad se planteó como exigencia de indulto y amnistía amplia para los

---

<sup>45</sup> Por ejemplo, el acto realizado el 15 de diciembre de 1972, en reclamo de “...una Navidad sin Presos Políticos, Gremiales y Conexos” y en consonancia con una jornada nacional de protesta laboral, fue convocado conjuntamente por MNSPPEG y la LADH, la Intersindical de Santa Fe, el Partido Popular Santafesino, el Movimiento Renovación y Cambio de la Unión Cívica Radical, el Partido Comunista, el Partido Revolucionario Cristiano y otras agrupaciones políticas (Boletín *El Fierro* N° 1 y volantes AGPSF). Los actos se multiplicaron en recordatorio de la masacre de Trelew, entremezclándose el homenaje a los caídos con el reclamo de respeto de los derechos de los detenidos (volantes de la Comisión de Homenaje a los Caídos en Trelew del 24/8/1972; Memorando 2214 del 22/2/1973 del Departamento Informaciones: 3, AGPSF). Hasta la asunción del gobierno constitucional se sucedieron actos conmemorativos de la masacre los días 22 de cada mes y la presión se sostuvo después para reclamar el enjuiciamiento de los responsables.

<sup>46</sup> V. g. volante de la Comisión de Familiares de Presos Políticos sobre huelga de hambre de detenidos, posterior al 27/6/1972, y Memorandos del Departamento de Informaciones de la Provincia sobre la huelga de hambre de fin de 1972 e inicios de 1973. En los Memorando 2170 del 2/1/1973 y 2175 del 8/1/1973 se aprecia el recurso combinado de la huelga de hambre con una caravana automovilística que repartió panfletos, por parte de familiares de presos políticos y miembros de la Juventud Peronista Regional II, con la anuencia de los sacerdotes jesuitas de la parroquia Nuestra Señora de los Milagros y del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (AGPSF).

presos políticos, con el correlato de pedido de derogación de la legislación represiva e investigación de las violencias sufridas<sup>47</sup>.

En este período temprano se fijaran algunos tópicos que luego formarían parte de los discursos del movimiento por los derechos humanos. Se conceptuó al gobierno de Lanusse como “*dictadura terrorista*” y a la situación como “*escalada represiva*”, en tanto se caracterizó a los penales como “*campos de concentración*”<sup>48</sup>. A propósito de la masacre de Trelew se plantearía el reclamo en términos de venganza con la consigna “*Ya van a ver / Ya van a ver / cuando vengamos a los muertos de Trelew*” voceada en el velatorio y sepelio de Jorge Ulla, y se difundió una expresión destinada a repetirse en posteriores ocasiones de falta de sanción a los crímenes del terror de Estado: “*No habrá ni olvido ni perdón*”<sup>49</sup>. En su mayor parte los discursos no aludían a una legalidad violada o a derechos fundamentales denegados sino que hacían hincapié en la inmoralidad del accionar de los agentes estatales y en los objetivos de mantenimiento de la situación de dominación imperialista que éstos encarnaban, oponiendo al pueblo, la clase obrera y la patria –con sus vanguardias– frente a la dictadura, la burguesía y el imperialismo –con sus represores–.

Hacia 1975 todavía se registró en la ciudad una efímera reedición de la Comisión de Familiares de Presos con un formato similar al de los ejemplos anteriores, pero evidentemente hubo un profundo hiato. La situación de 1974-1977 era progresivamente diferente y el contexto de emergencia del movimiento social fue el terror de Estado acrecentado y burocráticamente regulado. Santa Fe y su zona de influencia no fueron ajenas al proceso de represión y aniquilamiento, aunque según los datos disponibles y en comparación con zonas como las de Rosario o Córdoba es de destacar que una proporción importante de los secuestrados santafesinos fueron luego legalizados o liberados (CONADEP, 2005: 195). El diseño y coordinación de la estrategia represiva supuso la delimitación de la región norte de la Provincia como el “Área 212” y las operaciones se llevaron a cabo con un destacado papel de la policía provincial (Águila, 2007), la participación activa de civiles y el uso de un sistema de

---

<sup>47</sup> Ejemplos de ello en volantes del MNSPPEG, 20/12/1972, del Partido Popular Santafesino y del Movimiento de Solidaridad con los Presos Políticos, Seccional Santa Fe, llamando a un acto para el 20/5/1973 (AGPSF); denuncias y comunicados de la OSPPEG (*El Litoral*, 22/12/1971 y 26/1/1972).

<sup>48</sup> Ejemplos en volantes de los Grupos de Base Secundarios, s/f y del Movimiento Ateneísta, presumiblemente de inicios de 1973, y en panfletos repartidos en la ciudad de Santa Fe, según el citado Memorando 2175/73 (AGPSF).

<sup>49</sup> Ejemplos en Chepen (1997: 117-119) y en volante del Movimiento Ateneísta, s/f. (AGPSF). “*Ni olvido ni perdón para los asesinos...*” era ya una consigna voceada a inicios de los ’70 con referencia a las víctimas del “onganiato” (Tcach, 2002: 44).

pequeños centros clandestinos de detención o “casitas”, ubicados preferentemente en las localidades vecinas que forman parte del conglomerado urbano del Gran Santa Fe (Tur, 1998).

Los únicos registros documentales firmes sobre denuncias relativas a la violación de derechos humanos en el primer año de la dictadura se limitan a algunas comunicaciones del Partido Comunista Revolucionario y se encuadran en la lógica de acciones y discursos del modelo anterior<sup>50</sup>. Pero la desarticulación de las organizaciones políticas y sindicales contestatarias, o sus posiciones ambiguas como en el caso del Partido Comunista, fue dejando espacio para la emergencia de un movimiento autónomo. A partir de la situación de urgencia los cauces de construcción de la acción colectiva fueron constituyéndose de manera improvisada y aleatoria. En ocasiones las reuniones iniciales surgían en los mismos sitios a los que iban a realizar las averiguaciones, tal como aconteció en otras localidades<sup>51</sup>. Pero también pudo haber un enlace con la Comisión de Familiares de Presos del período precedente al golpe de Estado, vinculada a la Tendencia Revolucionaria del peronismo (MEDH y otros, 2000: 86), e incluso hubo acciones promovidas por compañeros de los caídos del Partido Revolucionario de los Trabajadores, los que aseguraron contactos con familiares de Rosario y Buenos Aires (Elsa Ramos, entrevista 12/11/2004). La conexión rosarina parece haber sido de importancia a la hora de establecer modelos de acción: allí era muy activa la LADH desde 1975-76, se formaba lentamente Familiares y para 1977 ya funcionaba la APDH (Ochoa, 1996; Águila, 2000). Pero en Santa Fe ese proceso constitutivo fue mucho más lento y de los testimonios se desprende que recién a finales de 1977 se comenzaron a establecer los vínculos que permitirían la constitución de la agrupación pionera.

---

<sup>50</sup> V. g. Volantes “Carta abierta al pueblo y a las instituciones de Santa Fe” y “Testimonios desgarrantes del terror fascista”, PCR, 1976 (AGPSF). La segunda de estas hojas volantes guarda especial importancia. Dividida en varios subtítulos (*La ilegalidad / Contra las familias / Los asesinatos / Detenciones / Los desaparecidos / Las torturas / Los secuestros / Corrupción y saqueo*), identifica a la Comisaría 4ta. de Santa Fe como sede de torturas y plantea una cifra destinada a tener repercusión hasta el día de hoy, cuando indica que “*Se ignora dónde se encuentra la mayoría de los 25 a 30.000 detenidos*”. Sobre el final establece una analogía con el nazismo que sería ampliamente utilizada, al plantear que “*La Gestapo de Videla ha logrado batir el récord de barbarie, crueldad y ensañamiento de la historia nacional*”.

<sup>51</sup> Como lo ha señalado Da Silva Catela (2001), en el origen de la nueva militancia –y consecuentemente en la formación de las organizaciones– hay una serie de historias individuales en las que se destacan la profunda sensación de desconcierto, el recurso al auxilio de otros actores como la Iglesia Católica, la importancia de los “conocidos” y las ayudas de distinta fuente. Sin embargo, ello no es obstáculo para destacar las experiencias previas de muchos militantes. La referencia a lugares de encuentro ocasionales de familiares de desaparecidos en Santa Fe surge de una entrevista a Néstor Cherry (2/2005), pero hay que destacar que el entrevistado que alude a esa forma espontánea de conexión no era ajeno a una previa militancia sindical peronista.



En las fuentes orales suele manifestarse una tensión discursiva entre los elementos típicos de un relato que enfatiza los momentos iniciales de desconcierto e incertidumbre por un lado y el reconocimiento de instancias previas de militancia que podrían haber fundado la acción y que servían de marco interpretativo y de acción a los integrantes<sup>52</sup>. Por otra parte, los familiares y allegados no se podían representar las verdaderas dimensiones del terror de Estado y ni siquiera los más formados políticamente tenían una idea cabal de los alcances de la situación<sup>53</sup>. Como fuera, los relatos individuales sugieren una pluralidad de experiencias a partir de las cuales se pudo producir una progresiva articulación. Cuando era ya completa la dislocación de las agrupaciones populares y político-militares que podrían haberle servido como referentes, el movimiento debió construirse prácticamente desde la ausencia de marcos organizacionales, con excepción de sus referentes rosarinos y capitalinos.

Las prácticas del colectivo en formación se encontraban fuertemente limitadas y los repertorios de acción del período anterior ya no tenían sentido, de tal manera que las primeras acciones realizadas hacia 1977-78 se ciñeron a la conexión entre individuos y grupos, la asistencia legal para los presos y la presentación de recursos respecto de los detenidos-desaparecidos. Recopilar datos, convencer a parientes renuentes a participar y contactar a quienes que no sabían de la organización fueron las prioridades para el conjunto del grupo.

La ampliación del espectro de acciones se produjo en 1979, cuando Familiares organizó el traslado de sus miembros a la ciudad de Buenos Aires para presentar las denuncias sobre desapariciones forzadas ante la misión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Comenzaron a obtenerse resultados concretos en materia de difusión, incluyéndose a los desaparecidos santafesinos en las listas publicadas por los medios de comunicación del exterior. Por conducto de Familiares de Buenos Aires se recibieron donaciones que sirvieron para los gastos de quienes no podían sostenerse o

---

<sup>52</sup> Para una integrante de Familiares “... yo era una especie de florcita... llena de estupideces en la cabeza, a pesar que desde niña yo milité en la izquierda. Porque yo soy la última hija de un matrimonio que tenía ocho hijos y mis hermanos, que me llevaban bastantes años, militaron siempre en el comunismo, en el socialismo... Pero cuando me tocó a mí yo dije: ‘¿y esto qué es?’. Porque resulta que ya había desaparecido mi hija y yo no estaba enterada” (Elsa Ramos, entrevista 12/11/2004). Otra integrante de Familiares y luego de Madres, recuerda especialmente su previa trayectoria en el campo de la izquierda y sus tareas de conducción educativa a la hora de hablar de su disposición a la militancia en el campo de los derechos humanos (Celina Koffman, entrevista 2/2/2005).

<sup>53</sup> Para Hugo Koffman: “... nosotros en esa época no pensamos que había una campaña de exterminio masivo... yo recuerdo en el año 78... ó 77, 78... antes del mundial que hubo un partido en España...una de la preliminares...nosotros vimos por televisión un cartel que decía ‘que aparezcan los niños desaparecidos’ y nosotros en ese momento creíamos que era una exageración, no, no, no, no creíamos que podía haber chicos desaparecidos” (entrevista 6/11/2002).

para solventar las erogaciones que implicaban viajes y trámites, siendo los aportes económicos más regulares e importantes en los últimos años de la dictadura<sup>54</sup>. Desde 1980 se había establecido una sede en la zona céntrica de la ciudad, alquilando una oficina a esos efectos y reuniendo un grupo esencialmente femenino que llegó más tarde a unos 30 ó 40 integrantes. Se puede afirmar que ya entonces Familiares de Detenidos-Desaparecidos por Razones Políticas y Gremiales constituía una agrupación en Santa Fe, aunque no hay registros del momento en el cual asumieron esa identidad. Era el inicio de un nuevo movimiento social, distinto de las identidades partidarias y caracterizado por lo que desde la teoría social suele definirse como un actor colectivo movilizador con una integración simbólica propia, escasa especificación de roles y medios de acción y organización cambiantes (Mees, 1998: 304).

### **Las variaciones del movimiento en el período 1981-1984**

Desde 1980 y durante todo 1981 el gobierno dictatorial sufrió un acelerado desgaste estrechamente vinculado con el desarrollo negativo de la economía y con un creciente clima de movilización social y política, que rompió los planes de relanzamiento del “Proceso” tras el agotamiento de la legitimación por la lucha antissubversiva. Para ese entonces los reclamos sobre violaciones a los derechos fundamentales tenían mayor presencia en los medios de comunicación ante las evidencias sobre la magnitud del exterminio y los métodos utilizados, si bien atemperados por el consenso que la dictadura todavía mantenía y la censura imperante<sup>55</sup>. En ese contexto, el movimiento por los derechos humanos iba desarrollándose como un actor colectivo de primera importancia y su presencia pública crecía paulatinamente. Sin embargo en Santa Fe aún no se había producido ninguna acción visible. Recién el desarrollo de la nueva estructura de oportunidades políticas le

---

<sup>54</sup> Además de las entrevistas, las acciones de apoyo económico se registran en cartas en las cuales se manifiesta el agradecimiento de ex detenidos –v. g. del 21/1/1981, 23/7 y 11/9/1982–, se acusa recibo de remesas de dinero –24/9/1982– o se solicita ayuda –24/5 y 17/12/1982, de familiares de detenidos–. También en informes sobre actividades de solidaridad con familiares de presos, v. g. Familiares Santa Fe 7/9/1982 (FDDRP-BA).

<sup>55</sup> Aparte del amplísimo espectro de entidades de distinta índole que apoyaban sin reservas lo realizado por las Fuerzas Armadas, había un abanico no menos extendido que iba de la Iglesia Católica a la conducción de la Unión Cívica Radical y a sectores del peronismo que reivindicaba lo actuado pero criticaba los “excesos”. Las figuras de ese segundo frente, corporizadas en personalidades públicas como los obispos Novak –de Quilmes–, Hesayne –de Viedma– y De Nevares –de Neuquén– o en Raúl Alfonsín –entonces en minoría dentro de la UCR–, fueron de gran importancia para brindar espacio social a las críticas de las organizaciones de derechos humanos y de partidos de izquierda y centro-izquierda, que corresponderían a un tercer sector claramente posicionado contra la dictadura (Quiroga, 2004:184-185).

permitió una exposición pública a partir de la utilización de elementos de los repertorios de acción y discursivos de las organizaciones de la Capital Federal.

Con la sensación de que la dictadura perdía consenso y en un marco en el cual los partidos políticos que no habían sido prohibidos funcionaban de hecho pese a la continuidad formal de la suspensión de sus actividades, un grupo reducido comenzó a intentar la constitución de una filial de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos<sup>56</sup>. Luego de contactos esporádicos, esto se concretó desde fines de 1980 y a lo largo de 1981, con el aliento capitalino de Simón Lázara y Alfredo Bravo. Entre las cinco o siete personas –según los relatos– que iniciaron las acciones organizativas se encontraban algunas que habían sufrido prisión o secuestro, tratándose en su totalidad de varones con antecedentes de militancia política o social. Contra la representación que actualmente entidades de letrados se hacen de la situación<sup>57</sup>, la participación de abogados parece haber sido inicialmente minoritaria y el impulso se basó en gran medida en los desarrollos previos de Familiares. Como fuera, la APDH se constituyó formalmente en diciembre de 1981 y en su seno ya convivían dos posiciones claramente diferenciadas: un sector con convicciones más liberal-democráticas y otro con una visión más izquierdista.

Su conformación se anunció brevemente en la prensa local, que no dejó de registrar la presencia de “...*personas del quehacer político, religioso y cultural de la ciudad y su zona de influencia*”, en un acto al que asistieron miembros de las filiales de Rosario y Paraná y uno de los presidentes de APDH nacional, Eduardo Pimentel (*El Litoral*, 6/12/1981). Ese acto fundacional y la salida al espacio público no se plasmaron en una estructura formal. A diferencia de la compleja organización capitalina, que tenía una presidencia colegiada y mantenía vínculos con partidos políticos o entidades intermedias mediante canales institucionalizados, la APDH Santa Fe era un pequeño grupo de fuertes individualidades que motorizaba las acciones y presentaba de tanto en tanto sus iniciativas a un amplio plenario. Su modo de funcionamiento laxo hizo que no se establecieran claras diferencias respecto de otros organismos. Si bien todavía no se

---

<sup>56</sup> Según un entrevistado: “... para 1980, 1981, hay una situación que ahora uno conociéndola a la distancia parece como que ya era tranquila. Sin embargo uno en 1980 todavía no sabía si estaba muy tranquila o muy segura. Digamos que había un margen de riesgo. No éramos suicidas; sabíamos que esto en otros lados se estaba haciendo y que no los mataban a los que se ponían a hacer esto. No es que uno se salió a jugar la vida ciegamente. Pero existían siempre algunas prevenciones...” (Rogelio Alaniz, entrevista 20/1/2005).

<sup>57</sup> Folleto *Homenaje Derecho a Estudiantes, Docentes y Egresados muertos, desaparecidos y perseguidos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral*, Santa Fe, agosto 2006 (AP).

había constituido el MEDH los representantes de congregaciones religiosas como la Iglesia Metodista o la Iglesia Reformada Argentina jugaban un papel muy activo en colaboración estrecha con los otros actores. La agrupación de Familiares prácticamente comenzó a funcionar como un grupo dentro de la Asamblea (Hugo Koffman, entrevista 6/11/2002), si bien mantuvo su identidad, una militancia más amplia y una notable capacidad de movilización.

Casi en paralelo con la reunión de la APDH y con su colaboración, Familiares hizo las primeras presentaciones concertadas de hábeas corpus ante el Juzgado Federal y entregó un petitorio al Gobernador de la Provincia. El 7 y el 10 de diciembre de 1981 se realizaron pequeñas manifestaciones de unas veinte personas en la Plaza de Mayo de Santa Fe, que incluyeron un breve incidente con la policía y el uso de pañuelos blancos en la cabeza por integrantes de Familiares, cuya foto fue recogida por el vespertino local<sup>58</sup>. El día 11 se presentó la versión grabada de la “Misa por la Paz y la Justicia” de Ariel Ramírez y Osvaldo Catena, en la Basílica de Guadalupe (*El Litoral*, 12/12/1981). De una forma de acción centrada en la interconexión y la asistencia se había pasado en muy breve lapso al reclamo público y a la confrontación con las autoridades, a tono con el contexto nacional.

Si tenemos en cuenta la exposición que los organismos de derechos humanos estaban logrando en la Capital Federal y la repercusión que ya tenía en la prensa la presión internacional, esos primeros escarceos del movimiento por los derechos humanos en Santa Fe parecen sumamente limitados. 1981 había sido el año de “despegue” y ocupación de las calles por los organismos en Buenos Aires (Leis, 1989: 21 y ss.; Novaro y Palermo, 2003: cap. VII.2), pero en Santa Fe no se habían registrado actividades destacadas y su visibilidad se produjo recién a finales del año. Ni siquiera todos los miembros de Familiares concurrían a las acciones públicas, lo que expresa tanto la débil integración del movimiento como la continuidad de un clima de temor y desmovilización. La actividad creciente de los primeros meses de 1982 no había alcanzado a consolidarse cuando la ocupación de las islas Malvinas y el consiguiente conflicto bélico produjeron un clima de exaltación nacionalista y reacomodamiento de las autoridades militares que prácticamente borró a las agrupaciones de derechos humanos del espacio público. Luego, a partir de la debacle de Malvinas y a tono con un

---

<sup>58</sup> En el relato de un entrevistado se habría tratado de una única actividad por la cual fueron retenidos e identificados los manifestantes del día 7, pero del cotejo documental surge que habría habido dos actividades sucesivas, los días 7 y 10 de diciembre, cf. cartas de APDH Santa Fe, 11/12/1981 (APDH-BA) y de Familiares Santa Fe, 15/12/1981 (FDDRP-BA) y *El Litoral*, 10/12/1981.

escenario político en el cual crecían las presiones sobre una dictadura que ya asumía la inevitabilidad del llamado a elecciones, la actividad de los organismos se incrementó notablemente. La APDH se volcó de lleno a realizar actos, mesas redondas, conferencias y seminarios. Los medios de comunicación comenzaron a ser más receptivos a los reclamos de Familiares, si bien la única radio que les brindó un cierto espacio fue LT10 Radio Universidad Nacional del Litoral –algo paradójico, ya que se trataba de una emisora de una dependencia oficial–. El principal diario de Santa Fe varió poco a poco su política editorial sobre derechos humanos y comenzó a publicar al menos una pequeña nota mensual sobre la cuestión.

A partir de allí se produjo un incremento de la presencia del movimiento en el espacio público santafesino, coincidente con su mayor integración interna y con la constitución formal del MEDH<sup>59</sup>. Entre finales de 1982 e inicios de 1983 se afianzó el uso de los pañuelos blancos como elemento identificatorio pese a que se había decidido no integrar Madres de Plaza de Mayo y por el contrario se establecía una diferenciación respecto de esa agrupación. El pañuelo se había transformado ya en un símbolo en cierta manera ineludible: *“Yo me lo puse al principio, también..., porque sentía que era como que me juntaba más con la gente”* (Elsa Ramos, entrevista 12/11/2004.). Más adelante se incorporaron las grandes fotos de los rostros de los desaparecidos, visibles en los registros de la prensa gráfica y por fin, a imitación de una práctica iniciada en la tercera marcha de la resistencia realizada en Buenos Aires en el mes de septiembre, se pintaron y pegaron siluetas simbolizando a los desaparecidos (*El Litoral*, 15/10/1983). Algunos entrevistados aluden a la realización de rondas los días jueves por parte de Familiares y a imitación de las de Plaza de Mayo de Buenos Aires, pero su datación es compleja y hasta incierta, ya que según una convocatoria pública la *“primera ronda silenciosa”* se realizó recién el 26 de abril de 1984 (*El Litoral*, 27/4/1984). Durante 1983, las acciones del movimiento en Santa Fe siguieron claramente las pautas y formatos del modelo capitalino, reclamando fundamentalmente *“verdad y justicia”* en contra de los intentos del gobierno militar de clausurar la revisión del período de terror de Estado<sup>60</sup>. Para el 12 de mayo se convocó a una marcha en repudio del documento sobre la lucha antisubversiva que reunió a una gran cantidad de personas. Sin embargo sólo se registró

---

<sup>59</sup> La constitución formal de la agrupación en la localidad sólo está constatada por una carta de un Pastor santafesino al MEDH Nacional, que informa el hecho el 17/5/1983 (MEDH-BA).

<sup>60</sup> El 28 de abril se conoció el llamado “Informe Final” de la junta militar, que pretendía fijar un relato sobre los hechos, en tanto que a fines de agosto de 1983 el gobierno dictatorial promulgó la llamada Ley de Pacificación Nacional número 22.924, prontamente apodada “ley de autoamnistía”.

la adhesión de los partidos de izquierda; concretamente, el Partido Comunista, el Partido Intransigente, el Partido Socialista Unificado, el Movimiento al Socialismo y la agrupación justicialista Intransigencia y Movilización Peronista. El 19 de mayo se realizó otra concentración de menor envergadura y más improvisada, esta vez en la céntrica Plaza Soldado Argentino, para repudiar el secuestro, tortura y muerte de Osvaldo Cambiasso y Eduardo Pereyra Rossi. Entre los meses de agosto y diciembre de 1983 se realizaron diversos actos, tanto de la campaña contra la ley de amnistía como en adhesión a la Marcha de la Resistencia de la Capital Federal o en conmemoración del día de la madre, ésta última con una “*bulliciosa si bien no muy numerosa concurrencia*”. Por fin, al momento de acercarse el fin de la dictadura y el traspaso del mando al gobierno constitucional, los organismos de derechos humanos convocaron a una movilización que alcanzó un millar de concurrentes y contó con la adhesión de multitud de partidos políticos, sindicatos, entidades culturales y centros de estudiantes (*El Litoral*, 13 y 20/5; 16, 21, 25, 27 y 29/8, 22/9, 15/10, 1, 2, 4 y 6/12/ 1983.).

Las actividades del movimiento también se diversificaron. A los plenarios de la APDH realizados en distintas sedes se sumaron almuerzos y tertulias. Un espacio más dinámico y expresivo se logró con la incorporación de varios jóvenes del Cine Club Santa Fe, entidad cultural propietaria del Cine Chaplin. Para marzo de 1983 Familiares había editado el primer ejemplar de su periódico y en junio inauguró una muestra de trabajos artísticos realizados por ex detenidos y detenidos. Ya sobre el final de la dictadura retornaron las huelgas de hambre protagonizadas por presos políticos, apoyadas y difundidas por Familiares y el MEDH (Boletín N° 0 Familiares Santa Fe y carta 24/6/1983 -FDDRP-BA; *El Litoral*, 14/6 y 24/9/1983).

Las marcas que ordenaban el campo discursivo de los organismos de derechos humanos fueron variando. Hasta mediados de 1982 la heterogeneidad en la composición del movimiento y las condiciones del terror de Estado en las cuales se había formado facilitaron un profundo corte respecto de los repertorios discursivos anteriores. No fueron pocos los casos en los cuales la militancia de los detenidos-desaparecidos, presos y perseguidos era completamente ajena al universo de sentido de los familiares y allegados, que presentaban sus reclamos en un marco de significaciones distinto. Para muchos participantes de mayor edad el lenguaje político que podían manejar y con el cual interpelaban a las autoridades era el de los derechos sociales heredado del peronismo, o incluso el de la dignidad de la persona humana en la tradición católica, y aún hoy algunos de los que fueron los más caracterizados participantes de Familiares

muestran una construcción de sentido más cercana a esas matrices. La progresiva articulación del movimiento y la participación de miembros formados políticamente en organizaciones de la izquierda peronista y marxista permitieron recuperar un lenguaje confrontativo luego de la derrota de Malvinas.

Aunque se mantuvieran algunas palabras-clave se había producido una radical mutación de sentido. Si hacia 1970-73 el sentido general era el de la guerra popular de liberación y la vida individual constituía algo subordinado al fin último de la revolución social, hacia 1981 el eje era el de los derechos humanos reconocidos en la tradición del liberalismo democrático y la integridad física de cada uno de los militantes populares pasó a ser lo verdaderamente trascendental, aquello que había que proteger con los escasos medios disponibles. Ya en el comunicado sobre la formación de la APDH Santa Fe se explicitó que era su objetivo “...llevar adelante la aplicación de la Declaración de Derechos Humanos de la ONU” (*El Litoral*, 6/12/1981), referencia que sería reiterada en numerosas oportunidades. La asunción de ese documento como elemento de identificación no dejó de crear tensiones para aquellos militantes que antes habían concebido a los discursos sobre los derechos humanos como instrumentos del bloque occidental en sus ataques al socialismo real durante la Guerra Fría. Sin embargo las condiciones de existencia del colectivo imponían serias restricciones a las posibilidades de desarrollar un discurso de clara confrontación, a lo que hay que sumar la incorporación al movimiento –sobre todo por la vía de la APDH– de personalidades que defendían explícitamente la tradición liberal democrática y cuyo papel se tornó central en la construcción de nuevos modos de acción y de enunciación de reclamos con un fuerte sustento jurídico.

Hacia fines de 1982 e inicios de 1983, en consonancia con las transformaciones nacionales, se produjo una actualización de los enunciados locales. Fue reconstituyéndose un campo discursivo que en cierta medida intentaba recuperar la dicotomía nosotros/ellos en términos cercanos a los del período histórico precedente. Retornaron a la calle viejas consignas como “*Ni olvido ni perdón*”, frente a los intentos de autoamnistía del régimen o a los repetidos llamados a la reconciliación de la Iglesia Católica, y se recuperaron identificaciones como la de “*dictadura terrorista*”. Durante 1983-84 se voceaban en las manifestaciones de los organismos consignas aludiendo al fusilamiento de los represores (“*Atención, atención... toda la cordillera va a servir de paredón*”), generando en ocasiones debates entre los militantes de diversa generación o formación política.

Pero el marco de producción de sentido en el cual se inscribía esa recuperación era completamente diferente al del período anterior. La noción de “*lucha popular*”, se había resignificado notoriamente en función de las transformaciones apuntadas y se planteaba como reaseguro de la democracia frente a posibles intentos de retorno a un pasado que se pretendía dejar atrás. Ya no se aludía a la lucha de clases; obreros y burgueses habían desaparecido como claves de interpretación y en su lugar se alzaba el pueblo frente a los militares. La disolución de la dimensión política de la represión se apreciaba en la apelación a “...*las detenciones arbitrarias, los secuestros, las torturas y los asesinatos despiadados de miles de inocentes ciudadanos, padres de familia y niños*” (*El Litoral*, 1, 6 y 30/12/1983). Las consignas del momento final de la etapa dictatorial fueron marcadas por los organismos de Buenos Aires: “*Exigimos la aparición con vida de los detenidos desaparecidos*”, o más generalmente “*Juicio y castigo a las juntas militares y a todos los culpables, contra la amnistía abierta o encubierta y contra el golpismo, en defensa de la democracia*” (*El Litoral*, 6/12/1983; 5 y 10/1/1984, 22/3 y 21/4/1985 y 25/3/1986).

No obstante ello, con el incremento de las tensiones al interior del movimiento y su primera crisis en el inicio del gobierno constitucional los discursos de Familiares iban más allá y sostenían que la dictadura había dejado sin sus mejores dirigentes a la clase obrera. Los tópicos que presentaba el sector más confrontativo del movimiento pasaban no sólo por la doctrina de la seguridad nacional y los intereses económicos transnacionales, sino también por el uso de conceptos tales como “*fascismo*”, “*burguesía nativa y oligarquía financiera internacional*” y otros cercanos a una interpretación más izquierdista, que marcarían diferencias al interior del colectivo (*El Litoral*, 22/3/1985 y 25/3/1986).

La crisis de integración simbólica que esas discrepancias dejaban entrever se intensificó en los primeros años de la etapa republicana, al punto que los componentes liberal-democráticos prácticamente defecionarían hacia 1986, en plena campaña contra los proyectos exculpatorios. A tenor de los dichos de uno de los miembros de ese sector, la APDH se fue “*disolviendo en la democracia política*” (Rogelio Alaniz, entrevista 20/1/2005). El acto del 24 de marzo de 1986 fue el último en el cual el organismo tuvo participación visible y marcó el mayor poder de convocatoria del movimiento en la zona santafesina, luego del cual vendría una profunda crisis de organización. La dislocación del movimiento por los derechos humanos en Santa Fe se produjo entonces en el



período previo a los sucesos de Semana Santa de 1987<sup>61</sup> y sus resultados inmediatos serían la desaparición de la APDH y la aparición de Madres de Plaza de Mayo como un desprendimiento de Familiares, mientras en paralelo el MEDH se iba transformando en una ONG fuertemente institucionalizada y dedicada a proyectos de educación popular y asistencia social (Alonso, 2006).

### **El impacto del movimiento en un contexto localizado**

Durante todo el período dictatorial el movimiento por los derechos humanos de Santa Fe había sufrido presiones por parte de “*los grupos de siempre*” (Rogelio Alaniz, entrevista 20/1/2005). Inicialmente eran evidentes los riesgos que asumían los integrantes de Familiares frente al control de los organismos de seguridad, que concebían a las agrupaciones de derechos humanos como “*colaterales de la guerrilla*”, aunque las agresiones de las agencias de seguridad y de “*la patota*” eran esporádicas. Desde fines de 1982 se incrementó la presión, con ocasionales intervenciones de las fuerzas de seguridad y el recurso a bombas de alquitrán, pintadas y pegatinas de carteles amenazantes y agraviantes en domicilios de militantes, envíos anónimos y amenazas. Se intensificaron los seguimientos e incluso algunos presos en libertad vigilada fueron detenidos por participar en manifestaciones de los organismos<sup>62</sup>.

Si las acciones de control directo por parte de grupos policiales o parapoliciales no eran tan frecuentes ni duras, era tal vez porque la envergadura y visibilidad del movimiento por los derechos humanos eran bastante escasas. No tenía mayor acceso a las autoridades y se encontraba con fuertes restricciones para sus presentaciones judiciales. Tampoco logró hasta 1981 receptividad entre entidades de la sociedad civil y ni aún después ésta fue muy amplia. La principal institución con la cual se puede

---

<sup>61</sup> Las presiones militares y las diferencias internas en el seno de las fuerzas armadas se expresaron en una secuencia de alzamientos que se inició en la Semana Santa de 1987 y, continuando con los Monte Caseros, Campo de Mayo y Villa Martelli, llegaría hasta la primera presidencia de Carlos Menem en diciembre de 1990. En abril de 1987 un comando armado se atrincheró en la guarnición de Campo de Mayo, reclamando una serie de medidas que iban desde la finalización de los juicios por la represión ilegal a reivindicaciones salariales. La reacción popular y de un amplio arco político fue inmediata, pero el domingo 19 el Presidente Alfonsín anunció el fin del levantamiento en un discurso tristemente célebre en el que aludió a los amotinados como “*héroes de Malvinas*”. En el mes de mayo quedaron claras las consecuencias inmediatas del episodio, cuando a propuesta del Poder Ejecutivo se aprobó la Ley 23.521 – conocida como de “obediencia debida”- para amparar a todo el personal militar y policial con rango inferior al de comandante en jefe o jefe de zona, suponiendo que los crímenes que pudieran haber cometido correspondían a acciones realizadas en cumplimiento de órdenes superiores.

<sup>62</sup> Constancias varias en Partes SIDE S/4865, 4/7/1980 y S/5544, 10/6/ 1981 (AGPSF); telegrama y carta 5 y 15/11/1982 (APDH-BA); *El Litoral*, 28/4, 13/5, 5/6, 5/7 y 2, 15 y 16/9/1983, carta 17/5/1983 (MEDH-BA).

calibrar la aceptación que suscitó es la Iglesia Católica, pero a nivel local no hubo en ésta ni un apoyo al terror de Estado ni un posicionamiento nítidamente opositor. Las primeras acciones del arzobispo Vicente Zazpe le valieron fuertes presiones dentro y fuera de la Iglesia, con lo que se llamó a silencio, pero alentó o dejó hacer a distintos párrocos que colaboraron con los organismos. Tuvo una actitud muy receptiva respecto de la APDH, intercedió por presos políticos y hacia 1983 asumió como propios elementos que eran parte del repertorio discursivo del movimiento por los derechos humanos. En un documento que tuvo trascendencia nacional ya que presentaba una línea completamente opuesta a la de la Conferencia Episcopal Argentina, fustigó al documento de la junta militar sobre la lucha antiterrorista y a la doctrina de la seguridad nacional (*El Litoral*, 8/5/1983). Pero esa y otras ocasiones representaron más la expresión del pensamiento de Zazpe que la posición institucional de la Iglesia Católica. Las confesiones religiosas eran favorables al movimiento eran poco importantes en la ciudad, al punto que la Iglesia Metodista “*era más local que gente*” (Rogelio Alaniz, entrevista 20/1/2005).

Respecto de las entidades culturales y de los medios de comunicación también se careció de un espacio de interlocución hasta mucho tiempo después de aflojados los controles impuestos por el terror de Estado. El clima de menor censura de la última etapa de la dictadura, lógicamente matizado con presiones, clausuras y atentados a los medios más críticos, no se reflejó más que ocasionalmente en líneas editoriales que se articularan con los reclamos y consignas de los organismos de derechos humanos. Sólo una persona entre los miembros de la dirección del diario *El Litoral* era sensible a esas cuestiones, en tanto que la influyente emisora LT 9 Radio “Brigadier López” y el Canal 13 “Santa Fe de la Vera Cruz” rehuían tratar esos temas, cuando no le daban espacio a posiciones declaradamente reaccionarias. Por el contrario, con algunas fracciones del ámbito sindical el movimiento por los derechos humanos logró establecer puntos de contacto y agendas comunes. La Confederación General del Trabajo de calle Junín, cuyos gremios estaban mayoritariamente incorporados al sector dirigido a nivel nacional por Saúl Ubaldini, era según la Sección Gremial de la Policía de la Provincia la de mayor conflictividad y cercana a agrupaciones políticas de izquierda y centro-izquierda, entre las que en sus informes incluía a la APDH<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> V. g. documento membretado “Panorama actualizado de las delegaciones regionales de las C.G.T. de la Pcia. De Santa Fe”, 1982, sin firma (AGPSF). Tal vez a partir de esa conexión, la Asamblea ensayó en 1982 un intento por ampliar su campo de acciones. Ante los despidos masivos de personal del Proyecto

Respecto del espectro político, la gran mayoría de los partidos políticos legales habían convalidado de una u otra manera el accionar militar, algunos con mayor coherencia que otros (Yanuzzi, 1991 y 1996). En general, el movimiento contaba en Santa Fe con las simpatías de grupos liberal-democráticos en la Unión Cívica Radical, la Democracia Cristiana e incluso un pequeño sector del Partido Demócrata Progresista. Su más fuerte vinculación se produjo con los grupos de centro-izquierda e izquierda, con la señalada ausencia del Partido Socialista Popular –que no suscribió la constitución de la APDH– y la actitud hostil del Frente de Izquierda Popular. De las agrupaciones con mayor presencia pública en la última etapa de la dictadura, el Partido Comunista apoyaba constantemente las acciones de las agrupaciones, pero no dejaba de diferenciarse y de promover en ocasiones el sello de la LADH. Similares tensiones había en la relación con el Movimiento al Socialismo, cuyos integrantes se sumaron a la APDH sin dejar de marcar su identificación política. En lo que toca a la izquierda justicialista, el grupo Causa Peronista fue el más activo en promocionar y apoyar las acciones del movimiento. Hubo sí una afinidad muy profunda con las filiales locales del Partido Intransigente y del Partido Socialista Unificado<sup>64</sup>.

En cuanto a su visibilidad en los espacios públicos, movimiento logró poner en cuestión el uso y significación de ciertos lugares céntricos hacia el último año de la dictadura. No sólo las sedes de los organismos pasaron de barrios un tanto alejados a la zona bancaria y comercial de la ciudad, sino que además se consiguió una presencia constante en la Plaza “Soldado Argentino”, lugar erigido en 1979 por la dictadura en el predio del demolido Mercado Central. La apropiación de ese espacio desde mayo de 1983 supuso el recurso a variadas formas de acción y una mayor exposición pública, como fase de un complejo proceso de luchas con los actores gubernativos y privados que pretendían mantener el orden urbano que habían sujeto a reformas (Alonso y otros, 2006 y 2007). El movimiento por los derechos humanos trató de seguir la evolución de sus referentes nacionales con el recurso a pintadas y siluetas en imitación a los formatos de intervención capitalinos.

---

Paraná Medio que se dieron en forma escalonada a lo largo del año, apoyó los reclamos de los operarios, al igual que salió en defensa de la radio de la Universidad Nacional del Litoral frente a los constantes intentos de reducir su capacidad operativa y financiera (*El Litoral*, 4, 12, 18 y 26/3, 20/4 y 19/5/1982; varias notas 1982 - APDH-BA).

<sup>64</sup> El núcleo más activo de la APDH local estaba integrado casi completamente por personas que a un tiempo o luego se incorporaron al PI y al PSU. En lo que toca a Familiares, hay que señalar que en las elecciones internas en el PI en la ciudad de Santa Fe hubo miembros de esa agrupación en las dos listas contendientes (*El Litoral*, 12 y 19/9/1983).

Pero la presencia pública de los organismos de derechos humanos no se reflejó en una mayor incidencia en el entramado institucional y político. Sus posibilidades eran muy limitadas en orden a lo que puede denominarse una gubernamentalidad autoritaria en el plano local / regional (Alonso, 2005), lo que quedaría en evidencia no bien terminada la dictadura. La primera diferencia pública con las autoridades provinciales se planteó ya el día de inicio del período constitucional, cuando en el mensaje ante la Asamblea Legislativa el Gobernador justicialista José María Vernet expresó escuetamente que toda investigación debería pasar por la Justicia y no por comisiones investigadoras. En las ulteriores intervenciones en prensa, sólo partidos políticos minoritarios y sin representación parlamentaria como el PC y el PI apoyaron el reclamo de una comisión ad hoc para la Provincia. El justicialismo santafesino declaró por boca del Presidente del bloque en la Cámara de Senadores provincial que no apoyaría la creación de una comisión bicameral y que en última instancia se entendía más oportuna una “*comisión de notables*” que además del accionar represivo investigara el subversivo (*El Litoral*, 11, 12 y 18/12/1983, 23/1, 3 y 18/2 y 3/3/1984). Al fin, tampoco se concretó la comisión provincial y la CONADEP fue el único organismo que recogió denuncias en la zona<sup>65</sup>. Su acción en la ciudad comenzó a inicios de marzo de 1984 y entregó su informe final en septiembre. Recién en agosto el gobierno provincial dispuso expresamente prestarle colaboración y por Decreto 2558/84 estableció que todos los organismos de la administración, fuerzas de seguridad y reparticiones autárquicas provinciales le brindarían apoyo, pero también que las declaraciones de los funcionarios serían sólo por escrito.

Por su parte la UCR santafesina sostenía un discurso que enfatizaba los pasos dados por el gobierno nacional y que en algunos momentos parecía más cercano al de los organismos. Su condición de oposición a nivel provincial y local facilitaba a varios de sus dirigentes que habían tenido actuación en la APDH instalar los temas de debate relativos al pasado dictatorial. Ya a fines de diciembre de 1983 quedó claro que esos intentos no tendrían mayor repercusión, cuando el Concejo Deliberante de la ciudad rechazó un proyecto de declaración apoyando a la derogación de la ley de amnistía y el juicio a los responsables del terror de Estado. Ese incidente de amplia cobertura fue demostrativo de las actitudes de los principales partidos políticos en el nivel local al

---

<sup>65</sup> La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) fue el organismo investigador creado por el Presidente Raúl Alfonsín mediante Decreto 187 del 15 de diciembre de 1983. Si bien fue precedida por su equivalente boliviana creada el 28 de octubre de 1982, su experiencia contribuyó a instalar a nivel mundial el modelo de “comisiones de verdad”.

menos por los dos siguientes años<sup>66</sup>. Paralelamente se produjo el fallecimiento del arzobispo Vicente Zazpe, lo que implicó la desaparición de una figura de mucho peso que –aún con limitaciones– había dado su apoyo al movimiento. Por afuera de las estructuras partidarias sólo descollaba el Fiscal Nacional de Investigaciones Administrativas, Ricardo Molinas, que mantuvo una constante prédica contra la impunidad y a favor de los juicios a los militares, colaborando en la instalación de un tópico discursivo que enlazaba los crímenes de la dictadura con la corrupción y los beneficios económicos ilícitos.

Por fin, un acontecimiento casi fortuito iba a constituir una fractura evidente frente a la opinión pública. Tras la denuncia de una integrante de Familiares que había recibido un llamado anónimo sobre un posible enterramiento clandestino, el Juzgado Federal de la ciudad ordenó apresuradamente en enero de 1984 la demolición de un enorme monumento con connotaciones castrenses ubicado en la zona céntrica. Al sufrimiento moral de los familiares de desaparecidos, que pasaron por la experiencia de una excavación de gran envergadura y exposición pública sin resultado alguno, se sumó un coro de críticas en los medios de comunicación. Si bien las falsas denuncias fueron un recurso de deslegitimación constante en el período del “*show del horror*” abierto a fines de la dictadura, las características de este acontecimiento tuvieron un especial impacto sobre los miembros de Familiares sensibles a la presión coercitiva de la prensa<sup>67</sup>. La plazoleta fue reconstruida prontamente y el movimiento por los derechos humanos no intervino en las discusiones al respecto. El efecto de deslegitimación de su reclamo frente a la opinión pública y a las autoridades ya marcaba una discrepancia que se iba a instalar claramente en el Estado de derecho.

---

<sup>66</sup> El Partido Justicialista declaró que, a pesar de ser “...*el Movimiento Nacional Justicialista históricamente el más agredido por la represión de los sectores antipopulares y antinacionales*”, no podía avalar un documento que devendría en apoyo político al presidente radical. Por su parte el bloque del Partido Demócrata Progresista –cuyos dirigentes habían aportado funcionarios muy visibles a la dictadura– expresó que no era función del cuerpo legislativo municipal realizar ese tipo de declaraciones (*El Litoral*, 28/12/1983).

<sup>67</sup> *El Litoral* publicó un artículo contra la “*sicosis exhumatoria*” (sic) y una nota del columnista Hugo Mataloni en la cual reconocía la necesidad de desenterrar a los muertos “*aunque más no sea por respeto*” pero sugería hacerlo “*sin demoler el país*” (*El Litoral*, 7 y 20/1/1984). De acuerdo con los testimonios orales arreciaron las críticas en medios radiales. Un relato completo de los acontecimientos en Alonso y otros, 2007.

## Conclusión

Los desarrollos anteriores pueden sugerir una serie de cuestiones a indagar. En primera instancia, la integración del movimiento en Santa Fe sugiere que habría que mirar con mayor atención antecedentes como la constitución de grupos de letrados, la participación de madres de los afectados o el uso de ciertas palabras-claves, que podrían derivarse directamente de agrupaciones anteriores. A su vez la existencia de experiencias previas de algunos militantes destacados en los ámbitos sindical, político o más ampliamente social, apenas aludida aquí, podría tener una importancia capital en la estructuración del movimiento. Tampoco habría que minimizar el papel jugado por las organizaciones político-militares a la hora de incentivar las acciones de defensa de derechos humanos fundamentales, aunque luego no incidieran en la dinámica del nuevo actor colectivo.

Pero por otro lado, ese mismo proceso de integración muestra un corte abrupto entre las experiencias anteriores y la muy lenta constitución del movimiento. La desestructuración generada por el terror de Estado –aún con niveles de menor intensidad que en otras localidades– podría explicar el hecho de que las nuevas agrupaciones se articularan con discursos y prácticas diversos de los precedentes. Lo que queda también claro es que la conformación de los nuevos organismos y su visibilidad en medios de comunicación y espacios públicos fueron mucho más tardías que en el caso de la ciudad de Buenos Aires.

El movimiento intentó constantemente desarrollar acciones y hacer circular discursos similares a los de sus equivalentes de Rosario y Buenos Aires. En ese sentido es apreciable una transferencia de repertorios, pero no de modos de funcionamiento: la APDH tuvo un esquema organizativo completamente diferente del modelo “nacional”, la articulación e incluso superposición entre los tres organismos existentes fue muy fuerte y Madres no se conformó como agrupación hasta ya avanzado el gobierno constitucional. Por fin, la incidencia del actor colectivo en el orden local estuvo fuertemente limitada. Cuesta reconocer en la experiencia santafesina la idea según la cual los organismos de derechos humanos tuvieron un papel destacado en la transición al Estado de Derecho. El movimiento tendría en Santa Fe una larga historia posterior, pero su influencia no cristalizaría hasta mucho después en la incorporación de temas de su interés a la agenda política, social y educacional de la ciudad. Incluso entonces, sus

Lo que casos como el santafesino sugieren es que la historia del movimiento argentino por los derechos humanos no puede confundirse con los relatos y análisis sobre el área de la ciudad de Buenos Aires y su zona inmediata. Tal vez una visión más abarcadora del actor colectivo deba incluir una serie de estudios y comparaciones sistemáticas, que permitan dar cuenta tanto de movimientos de conjunto como de especificidades locales y regionales.

### **Repositorios**

AGPSF - Archivo General de la Provincia de Santa Fe, Fondo documental de la ex Dirección General de Informaciones de la Provincia, Archivo Intermedio.

AP – Archivos particulares.

APDH-BA – Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Buenos Aires

FDDRP-BA – Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Buenos Aires.

MEDH-BA – Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, Buenos Aires

### **Bibliografía**

AA. VV. (2003), *Historia de las Madres de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Ed. Madres de Plaza de Mayo.

Águila, Gabriela (2007), “La dictadura en clave regional: la provincia de Santa Fe entre 1976 y 1983”, en Guillermo A. Ríos, comp., *La cita secreta: encuentros y desencuentros entre memoria y educación*, Santa Fe, Asociación del Magisterio de Santa Fe.

Águila, Gabriela **AÑO???**“El terrorismo de Estado sobre Rosario (1976-1983)”, en Alberto J. Plá, coord. *Rosario en la historia. De 1930 a nuestros días*, tomo 2, Rosario, UNR Editora.

Alonso, Luciano (2005), "Repertorios de acción y relaciones institucionales en H.I.J.O.S. Santa Fe, 1995-2003", en Revista *Temas y Debates* N° 9, Rosario, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR.

----- (2006), “La crisis del movimiento por los derechos humanos en la restauración republicana argentina. Un enfoque situado”, en en *Anuario* N° 21 de la Escuela de Historia – Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario.

-----, Araceli Boumerá y Julieta Citroni, (2006), “Reformas del espacio urbano en época de dictadura: el caso de la zona céntrica de la ciudad de Santa Fe”, ponencia

ante el *III Congreso Nacional de Problemáticas Sociales Contemporáneas*, UNL, Santa Fe, octubre de 2006.

----- (2007), “Confrontaciones en torno del espacio urbano: dictadura, gobierno constitucional y movimiento de derechos humanos en Santa Fe (Argentina)”, en *Historia Regional* N° 25, Villa Constitución.

AMPM - Asociación Madres de Plaza de Mayo (2007), “¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE QUERIDOS HIJOS!”, Suplemento del Diario *Página/12*, Buenos Aires, 6 de mayo de 2007.

Boletín *El Fierro* N° 1 del Movimiento Unitario Metalúrgico, s/f.

Chepen, Liliana (1997), *La masacre de Trelew. 22 de agosto de 1972. Institucionalización del terrorismo de Estado*, Buenos Aires, Corregidor.

CONADEP (2005, original 1984), *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, EUDEBA.

Da Silva Catela, Ludmila (2001), *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, La Plata, Ed. Al Margen.

Diario *El Litoral*, Santa Fe.

Diario *Nuevo Diario*, Santa Fe.

Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas de Santa Fe (2006), *Desaparecidos. El golpe del capital genocida*, Santa Fe, edición propia.

Frühling, Hugo; Gloria Alberti y Felipe Portales (1989), *Organizaciones de derechos humanos en América del Sur*, Santiago de Chile, Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

Galante, Miguel (2006) “En torno a los orígenes de las Madres de Plaza de Mayo y su resistencia al Estado Terrorista. Aproximaciones a sus relatos y significados”, ponencia presentada en el *II Coloquio Internacional Historia y Memoria. Los usos del pasado en sociedades posdictatoriales*, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2006.

González Bombal, Inés (2004), “La Figura de la Desaparición en la re-fundación del Estado de Derecho”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo, comps., *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.

Gorini, Ulises (2006), *La rebelión de las Madres. Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Tomo I (1976-1983)*, Buenos Aires, Norma.

Jelin, Elizabeth (1995), “La política de la memoria: el Movimiento de Derechos Humanos y la construcción democrática en la Argentina”, en AA. VV., *Juicio, castigos*



y memorias. *Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Leis, Héctor Ricardo (1989), *El movimiento por los derechos humanos y la política argentina*, Buenos Aires, CEAL.

MEDH, AMSAFE y Acción Educativa (2000), *Boletín de la Campaña 1999 "Los chicos y las chicas tienen la palabra"*, Santa Fe, 1999; Gabriela Almirón y otros, *Los Chicos y las Chicas tienen la Palabra. Derechos Humanos y Educación: una construcción colectiva*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

Mees, Ludger (1998), "¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales", en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, eds., *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Ed. Trotta.

Novaro, Marcos y Vicente Palermo (2003), *La dictadura militar, 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós.

Ochoa, Carlos Alberto (1996), "Historia de las entidades de Derechos Humanos en Rosario (1973-1983)", en Irma Antognazzi y Rosa Ferrer, comps. *Argentina. Raíces históricas del presente*, Rosario, Grupo de Trabajo "Hacer la Historia" – Escuela de Historia /UNR.

Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*, 2da. edición corregida y aumentada, Rosario, Homo Sapiens / Ross.

Revista *Puentes*, Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (2004), "Coaliciones golpistas y dictaduras militares: el "proceso" en perspectiva comparada", en Alfredo Pucciarelli, coord., *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tcach, César (2002), "Heterodoxo diccionario de consignas orales", en César Tcach, comp., *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Rosario, Homo Sapiens.

Tur, Alberto (1998), Entrevista en el Diario *El Litoral*, 25 de octubre.

Vázquez, Inés y otros (2007), *Luchar siempre. Las Marchas de la Resistencia, 1981-2006*, Buenos Aires, Asociación Madres de Plaza de Mayo.

Yanuzzi, María de los Ángeles (1991), *Los años oscuros del Proceso*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.

----- (1996), *Política y dictadura. Los partidos políticos y el "Proceso de Reorganización Nacional". 1976-1982*, Rosario, Fundación Ross.



# V

## **Movimientos armados**

## **Formas de combate ao regime militar brasileiro: luta armada vs. resistência**

Maria Paula Araujo

O objetivo deste texto é discutir o enquadramento histórico do debate travado no interior da esquerda brasileira sobre a forma de enfrentar a ditadura militar instaurada pelo golpe de 1964. Entre o final da década de 60 e a primeira metade da de 70, este debate tomou a forma do confronto entre as proposições de “luta armada” por um lado, e “resistência” por outro. As táticas políticas propostas pelos diferentes partidos e organizações políticas de esquerda, da época, certamente iam além da dicotomia contida nestas duas palavras. Mas, a meu ver, este confronto expressa uma dimensão importante do debate que ocorreu dentro da esquerda. Assim com expressa também a relação entre dois *ethos* muito diferentes, que por sua vez representam momentos distintos, cada um deles ligados a um diferente conjunto de idéias, práticas, representações, valores, visões de mundo, padrões de comportamento e imagens de si. Procuraremos, aqui neste texto, situa-los historicamente e discutir o conteúdo destes dois *ethos*.

### **Situando o debate historicamente**

As primeiras organizações armadas surgiram no Brasil em 1966, mas o debate sobre o tema já vinha sendo travado entre as esquerdas, desde o início dos anos 60. Um dos motivos do primeiro “racha” do Partido Comunista Brasileiro (PCB), em 1962, quando um grupo histórico de dirigentes se retirou do partido para construir o PCdoB<sup>68</sup> foi, justamente, a crítica ao caminho pacífico para a revolução que era trilhado pelo PCB –na época apoiando o Governo de João Goulart e participando (na verdade, liderando) a campanha pelas Reformas de Base que o governo estava assumindo-. As chamadas “reformas de base” tinham por objetivo alterar as estruturas econômicas e sociais do Brasil, geradoras de desigualdades e promover um processo de desenvolvimento nacional que incluísse os trabalhadores do campo e da cidade. A

---

<sup>68</sup> Um grupo de antigos dirigentes do PCB, composto, entre outros, por João Amazonas, Pedro Pomar, Ângelo Arroyo desligaram-se do Partido Comunista Brasileiro e criaram uma nova organização chamada Partido Comunista do Brasil. A idéia de seus fundadores era recuperar o antigo nome do partido, fundado em 1922 e se declararem como os verdadeiros continuadores deste partido. A partir daí o Brasil passou a conviver com dois partidos comunistas: o PCB e o PCdoB.

campanha pelas reformas de base reunia um amplo conjunto de forças políticas – comunistas, socialistas, trabalhistas, católicos de esquerda. Dela participavam as lideranças sindicalistas, deputados nacionalistas e setores nacionalistas do Exército, as Ligas Camponesas, os estudantes representados pela UNE, e também intelectuais e artistas. O Governo Goulart, apoiado por essa ampla frente de caráter nacional e progressista pretendia, pretendia realizar, dentro dos marcos institucionais e legais, estas reformas e, principalmente, a reforma agrária – que se converteu na principal bandeira política dos movimentos sociais nos últimos anos do governo Goulart. Esta estratégia, calcada na institucionalidade e levada a cabo junto e através do próprio governo de João Goulart, evidenciava a crença na possibilidade de um caminho pacífico para as transformações da sociedade brasileira que, já no início dos anos 60, começou a ser criticado por alguns setores da esquerda.

Também em 1962 foi criada uma organização que, embora não colocasse naquele momento, a questão da luta armada, foi extremamente importante para a criação de um campo de esquerda que se definia como crítico ao PCB. E que terá grande importância para o debate que queremos analisar. Foi a organização Política Operária (POLOP). A POLOP não centrava fogo no *pacifismo*, mas sim no *reformismo* do PCB: sua estratégia de revolução democrático-nacional, sua proposta de aliança com a burguesia nacional e sua tática política centrada na campanha pelas reformas de base.

Todas estas críticas, até 1964, eram completamente marginais porque o PCB tinha total hegemonia na esquerda e nos movimentos sociais. A campanha pelas reformas de base empolgava os principais movimentos sociais organizados no país; e o PCB tinha, efetivamente, um papel destacado de liderança nesta campanha. No entanto, após o golpe de 1964 que derrubou o governo de Goulart, estas críticas recrudesceram. Para um setor da esquerda, intelectualmente liderado pela POLOP, o próprio golpe de 64 era visto como uma consequência das posições equivocadas do PCB –seu *aliancismo* e seu *legalismo*–. A campanha pelas “Reformas de Base”, especialmente a reforma agrária, era acusada de inconseqüente, pois ameaçava perigosamente os latifundiários mas não preparava o povo para o confronto que seria inevitável. Isto é: não armara o povo. Aliás, nem o próprio Partido Comunista se preparara para enfrentar uma eventual reação. A postura essencialmente “reformista” e não revolucionária do PCB teria sido responsável pelo golpe de 64.

A partir daí o PCB perdeu a hegemonia que tinha no interior da esquerda. Sofreu uma repressão bastante grande sobre seus quadros dirigentes, principalmente sobre seus

quadros sindicais e perdeu a base que tinha entre estudantes e intelectuais que iniciaram um processo de radicalização política. A partir daí se iniciou, também, um processo de cisões e “rachas” dentro do PCB que resultaram na criação de inúmeras organizações armadas. As primeiras organizações voltadas especificamente para a luta armada foram criadas em 1966<sup>69</sup>.

Em 1966 foi criada a Dissidência Comunista da Guanabara (que mais tarde mudará o nome para Movimento Revolucionário 8 de Outubro, MR-8, em homenagem à Che Guevara); em 1967 foi criada por Carlos Marighela, um quadro histórico, membro do Comitê Central do PCB, a Ação Libertadora Nacional (ALN). Em 1968 surgiu o Partido Comunista Brasileiro Revolucionário (*PCBR*), criado por dirigentes importantes do PCB: Mário Alves e o historiador Jacob Gorender, eram membros do partido desde a segunda guerra mundial; e Apolônio de Carvalho, que também era uma das figuras mais expressivas do PCB, militante desde 1937, tinha lutado na guerra civil espanhola e na resistência francesa. Ainda em 1968 foi criada a Vanguarda Popular Revolucionária (VPR) e em 1969, a Vanguarda Armada Revolucionária-Palmares (VAR-Palmares). A partir daí a lista se multiplicou enormemente, acrescida também das fusões que se estabeleceram, criando novas organizações.

Um ponto que deve ser destacado na contextualização histórico da luta armada no Brasil é a sua relação com a promulgação do Ato Institucional N.5, em dezembro de 1968. O AI-5 dava poderes especiais para o regime militar: decretou o estado de sítio, suspendeu o *habeas corpus* para presos políticos, instituiu a censura e inaugurou uma nova fase nas relações entre o regime e os movimentos políticos e sociais, essencialmente marcada pela repressão e pela prática da tortura. Para muitos pesquisadores o AI-5 significou “um golpe dentro do golpe”. Dois meses depois foi promulgado o Decreto Lei 477 que proibia qualquer atividade política no interior das universidades e escolas públicas e privadas do país. O AI-5 inaugurou a fase mais repressiva do regime militar.

Há certa memória política que vê a luta armada como uma resposta a esta nova conjuntura inaugurada pelo AI-5. Mas os historiadores Daniel Aarão Reis e Denise Rollenberg (2004:47) já mostraram, em suas pesquisas que o AI-5 não foi a causa da luta armada no Brasil: ela já vinha sendo discutida desde o início dos anos 60, sob o

---

<sup>69</sup> Além da criação das primeiras organizações armadas oriundas do PCB e do PCdoB, 1966 foi também o ano da primeira experiência de foco rural no Brasil, montado na Serra de Caparaó, por ex- militares apoiados por Leonel Brizola., ex- governador do Rio Grande do Sul, líder trabalhista ligado ao presidente João Goulart.

influxo dos exemplos do cenário internacional – a guerra da Argélia, a revolução chinesa, a guerra do Vietnã e, principalmente, a revolução cubana. (Reis Filho, 2004, pp 47) No entanto, é inegável que o AI5 teve um papel importante na disseminação desta opção, sobretudo entre jovens estudantes e universitários. As organizações armadas, no Brasil, eram em grande parte, formadas por jovens universitários. Fora alguns líderes mais velhos e mais experientes, formados no PCB, como Marighela, Mário Alves, Gorender, Apolônio de Carvalho e militantes oriundos das Forças Armadas, como o capitão Lamarca, a maior parte dos militantes era composta de jovens de classe média, universitários, que abandonam a universidade e a militância estudantil para fazer a luta armada. O AI-5 foi sem dúvida um elemento incentivador deste processo. Promulgado ao fim do explosivo ano de 1968, o AI-5 tentava reprimir e bloquear as formidáveis energias surgidas ao longo de toda a década de 60 e sobretudo do ano de 1968. Coagida e limitada, a radicalidade política desta juventude que antes se expressava nas ruas, canalizou-se para a ação armada. Depois do AI-5, praticamente toda a liderança estudantil – que tinha atuado e vivido a radicalização política entre 1966 e 68 – foi para a luta armada.

O período da luta armada coincidiu, portanto, com o período mais repressivo da ditadura militar: o governo do General Garrastazu Médici. E também com um período de desenvolvimento econômico de grandes proporções, com ganhos significativos para as camadas médias, que ficou conhecido como o “Milagre Econômico”<sup>70</sup> – o que garantiu um amplo apoio das classes médias ao regime. Neste quadro de forte repressão às organizações políticas e relativo apoio da sociedade ao regime, a luta armada sofreu uma dura derrota militar e política. Entre 1970 e 1972 quase todas as organizações armadas tinham sido destruídas e seus militantes presos, mortos ou exilados.

Foi neste momento que se iniciou um processo de autocrítica da luta armada e de reversão da tática política. Neste processo teve um peso muito grande a organização Movimento Revolucionário 8 de Outubro (MR-8). O MR-8 era uma organização de peso, que reunia as principais lideranças do movimento estudantil do Rio de Janeiro, seus quadros, oriundos do PCB, haviam formado em meados dos anos 60, a Dissidência da Guanabara, que depois se transformara no MR-8. Ela tinha sido também a organização responsável pelo seqüestro do embaixador norte americano, o ato mais

---

<sup>70</sup> O período de 1967-1974 é chamado de Milagre Econômico, devido às altas taxas médias de crescimento do PIB neste período; um crescimento feito à custa do autoritarismo e que agravou as desigualdades sociais do país. V. sobre este ponto o Cano (2004).

espetacular da guerrilha no Brasil. Tendo esta credibilidade nas costas, o MR-8 foi a primeira organização que iniciou a autocrítica da luta armada. Este processo começou no Chile, ainda sob o governo de Allende, para onde iam os exilados brasileiros. No Chile, em 1972 o MR-8 realizou seu famoso “pleno” – uma reunião ampliada de dirigentes e militantes que tomou a decisão de desmobilizar os grupos armados da organização. Ainda não era uma autocrítica política e sistematizada da luta armada, mas era uma guinada significativa, uma ordem de recuo. Esta orientação foi recebida com surpresa pelos militantes no Brasil que, num primeiro momento se recusaram a desmobilizar os aparelhos<sup>71</sup>. Após o golpe que depôs o governo da Unidade Popular e assassinou o presidente Allende, a nova terra de exílio para a maior parte das lideranças políticas da esquerda brasileira foi a França. E foi em Paris, em torno da revista *Brasil Socialista*, que foi construída uma nova tática de luta contra a ditadura militar: o momento que se vivia passou a ser definido como de “resistência” e não de “enfrentamento” e a forma de enfrentá-lo, longe de ser pelas armas, seria através de uma luta pelas liberdades democráticas. A revista *Brasil Socialista* era uma publicação clandestina que reunia organizações fortemente críticas ao PCB. A pretensão da revista era criar um campo de organizações de esquerda com o objetivo de conduzir a luta pela revolução socialista no Brasil. Ela pretendia ser o porta voz e, ao mesmo tempo, ajudar a configurar o que seria o campo de uma “Esquerda Revolucionária”, basicamente em oposição ao que era, por ela considerado, como um campo “reformista” configurado pelo PCB. A revista era produzida em Paris e entrava clandestinamente no Brasil onde circulava entre os militantes desta esquerda. Em julho de 1975, a revista *Brasil Socialista* publicou o texto fundamental para a revisão da tática política da Esquerda Revolucionária: “Notas sobre a Questão da Tática”.<sup>72</sup> A partir deste texto outros se seguiram colocando a urgência de uma mudança da tática política. No ano seguinte, um documento interno do MR8, intitulado “Socialismo e liberdades Democráticas”, também escrito por Daniel Terra, consolidava a nova tática. O texto não apenas defendia a luta pelas liberdades democráticas como a principal bandeira política do momento como fazia uma crítica violenta às organizações da “esquerda revolucionária” que se recusavam a aderir à luta democrática.

---

<sup>71</sup> Esta recusa dos militantes em desmobilizar os aparelhos armados embora não seja muito tratada pela historiografia, é muito abordada pelas memórias dos militantes, pela literatura e pela arte. Recentemente o filme “*Cabra – Cega*” aborda esta temática. Também a novela de Renato Tapajós, “*Em Câmara Lenta*”.

<sup>72</sup> “Notas sobre a Questão da Tática” *Brasil Socialista*, julho/1975. Ano 1, n.3. Arquivo TEMPO, IFCS/UF RJ.



Esta reversão não foi fácil. Esta esquerda se constituía a partir de um determinado conjunto de idéias contrárias ao que consideravam como *reformismo*, *pacifismo*, *imobilismo*, *legalismo* (características negativamente associadas ao PCB). O conteúdo socialista que pretendiam afirmar as colocava sempre numa posição crítica em relação às instituições democráticas. A proposta de uma plataforma de luta pelas Liberdades Democráticas parecia jogar para o alto esta tradição, parecia um abandono da perspectiva revolucionária em prol do reformismo.

Mas o debate promovido pela revista *Brasil Socialista* acabou fazendo com que a maior parte das organizações de esquerda que atuavam no Brasil e um grande número de sobreviventes da luta armada aderissem à nova tática proposta. O que permitiu que se criasse uma frente política e social de luta democrática, na qual participavam a maior parte das organizações e partidos de esquerda (promovendo inclusive uma reaproximação entre PCB, PCdoB e muitas das organizações dissidentes e independentes criadas ao longo dos anos 60 e 70.)

A articulação de partidos e organizações de esquerda em torno da luta pelas liberdades democráticas permitiu que esta esquerda se somasse e, em muitos casos liderasse, o movimento civil contra a ditadura militar que começava a ganhar expressão nos primeiros anos da década de 1970. Um movimento que reunia um conjunto de atores políticos que haviam logrado se organizar politicamente e que expressavam seu descontentamento com o regime. Um cenário muito diverso que reunia parlamentares de oposição<sup>73</sup>, associações de profissionais liberais (jornalistas, advogados, escritores, professores), importantes setores da Igreja, o movimento estudantil, movimentos de bairro, intelectuais, artistas, etc.

A campanha que representou este novo momento político foi a campanha pela anistia. A bandeira “Pela Anistia Ampla, Geral e Irrestrita”, estendeu-se por todo o território nacional, na forma de manifestações, atos públicos, passeatas. A Lei da Anistia foi sancionada no dia 25 de agosto de 1979. Ela certamente não foi a anistia que as esquerdas desejavam, mas foi vivida como uma vitória pelo movimento social que levantara esta bandeira. A anistia permitiu a volta de inúmeros militantes ao país - gente que estava no exílio, na prisão, na clandestinidade – que pôde retornar para a vida pública. Os que vinham do exterior eram recebidos com festa no aeroporto do Galeão,

---

<sup>73</sup> O MDB (Movimento Democrático Brasileiro) era o partido oficial da oposição, criado em 1966 pela ditadura militar que desejava escapar do modelo do partido único. Ao longo dos anos porém, o MDB foi se transformando num partido de oposição real ao regime.

no Rio de Janeiro. E se somaram ao movimento que começava a se esboçar na direção da campanha pelas eleições diretas; a Campanha das “Diretas Já!”. Nesta mesma época surgia também o Partido dos Trabalhadores. Depois de uma ausência forçada da cena política, o movimento operário sindical reaparecia para o país nas greves do final da década de 70 (1978 e 1979). Estas greves chamavam atenção para a liderança dos operários metalúrgicos de São Paulo, de uma região fortemente industrializada conhecida como o ABC paulista (porque as cidades se chamam Santo André, São Bernardo e São Caetano). Este movimento operário mostrava para o país uma nova liderança e um novo sindicalismo. O Partido dos Trabalhadores, criado em fins de 1979, foi a expressão política deste novo sindicalismo.

No início da década de 80 um novo campo de polarização entre idéias, práticas e representações políticas se configurou no país, superando a polarização anterior que havia marcado as décadas de 60 e 70 não apenas no Brasil mas em quase toda a América Latina e em boa parte do mundo ocidental.

Tendo definido o enquadramento histórico e os limites cronológicos deste confronto que envolveu os partidos e organizações de esquerda no Brasil, mais especificamente, o PCB e as organizações dissidentes e independentes surgidas na década de 1970, vejamos a distinção de conteúdos imagéticos que este debate confrontou.

### **Imagens da revolução: dois *ethos* diferenciados**

A reflexão que eu vou fazer aqui tem por base a análise de um conjunto de depoimentos orais que foram feitos para a pesquisa “Memórias de Esquerda”<sup>74</sup> Estes depoimentos permitem destacar um conjunto de idéias, de representações, de valores, de imagens do mundo e de si que sustentam as práticas e os discursos dos militantes políticos dos anos 60 e 70<sup>75</sup>.

Através da análise destes depoimentos pudemos distinguir a existência de *duas gerações*<sup>76</sup> diferentes que participaram da luta contra o regime militar entre 1964 e o início da década de 80 (quando a conjuntura sofre alterações bastante profundas com a

---

<sup>74</sup> Estes depoimentos estão localizados no acervo “Memórias de Esquerda” do Núcleo de História Oral do Laboratório de Estudos do Tempo Presente, no Instituto de Filosofia e Ciências Sociais da Universidade Federal do Rio de Janeiro (IFCS/UFRJ)

<sup>75</sup> Uma análise mais detalhada deste acervo é apresentada em Araujo (2006).

<sup>76</sup> Estamos usando aqui a noção de geração de Sirinelli que a entende não como um fato biológico mas sim social (Sirinelli, 1989).

anistia e a entrada em cena do movimento operário): a geração de 68 e a geração dos anos 70. A *geração de 68* é extremamente marcada pela questão da luta armada. Apesar das manifestações de 68 terem um peso enorme nos depoimentos e na lembrança de nossos entrevistados o marco essencial da memória de sua luta contra a ditadura militar é dado pela luta armada – mesmo por aqueles que não aderiram a ela. A discussão sobre a luta armada, aderir ou não, armar-se, preparar-se, estruturar a militância clandestina, enfrentar a morte, fugir, perder amigos, enfrentar a tortura, partir em exílio e, finalmente, fazer ou não a autocrítica da luta armada, mudar a tática – são as questões centrais vividas e compartilhadas por esta geração. Já a geração da década de 70 é marcada pelo processo de redemocratização, pelas discussões em torno da democracia, pela aliança com setores da oposição liberal, pela presença da Igreja e de entidades profissionais tipicamente de classe média (como advogados, jornalistas, médicos), pela Imprensa alternativa, por associações de bairros.

Estas duas gerações representam duas conjunturas diferentes, dois momentos políticos diferentes. É importante salientar, no entanto, que estas gerações não são opostas nem antagônicas. Muito pelo contrário: estabelecem pontes importantes. Estas pontes ligam aqueles que estão no exílio ou nas prisões aos jovens militantes que no Brasil lutam pelas liberdades democráticas. Entre estas pontes: as próprias organizações, seus dirigentes mais antigos clandestinos e algumas publicações, como a revista *Brasil Socialista*. A diferença entre as gerações não é dada, exatamente, por uma significativa diferença de idade. Algumas vezes apenas poucos anos separam as pessoas de uma ou outra geração. Mas os eixos que as constituem e as experiências vitais que as marcam são outras. O *ethos* que move cada uma delas é distinto.

### *O ethos da luta armada*

O principal componente do *ethos* da luta armada era a valorização da violência como forma legítima e justa de ação política que se expressava no conceito de “violência revolucionária”.

A valorização da violência como forma de atuação política tem seu berço na experiência das lutas anti coloniais, sobretudo Argélia e Vietnam. O contexto de violência destas guerras engendrou um conceito de “violência justa”, “violência de resposta”, “violência do oprimido contra o opressor”. Uma violência que não seria apenas um recurso extremado de defesa mas um ato valorizado em si próprio, um gesto

construtor de identidade, um ato libertador.<sup>77</sup> Esta noção positiva da violência foi claramente expressa num livro que tornou-se um clássico para os militantes de esquerda nos anos 60 e 70: “*Os Condenados da Terra*”, escrito pelo médico martinicano Frantz Fanon (1968). Fanon foi médico do Exército francês e como tal presenciou os horrores da guerra colonial na Argélia e testemunhou os métodos de humilhação e tortura infligidos pelos oficiais franceses aos guerrilheiros argelinos capturados. Foi este espetáculo de violência e barbárie por parte do colonizador que o fez escrever um livro defendendo um conceito de violência justa: a resposta do colonizado contra o colonizador. Mas para Fanon, esta violência não era apenas uma resposta, era um gesto essencial, construtor da identidade política do colono: “Ao nível dos indivíduos, a violência desintoxica. Desembaraça o colono de seu complexo de inferioridade, de suas atitudes contemplativas ou desesperadas. Torna-o intrépido, reabilita-o a seus próprios olhos” (Fanon, 1968).

Nunca será demais reforçarmos a idéia do impacto da Revolução Cubana e, em especial, da figura de Che Guevara, para os jovens de esquerda não só da América Latina, mas de todo o mundo. O guevarismo – e sua noção particular de heroísmo, combate, ação e urgência revolucionária, no qual se justificava matar e morrer pela revolução – foi particularmente marcante para os militantes da luta armada na América Latina. O Che que recusou qualquer posto de poder estatal em Cuba após a revolução vitoriosa e que seguiu como guerrilheiro pela África e pela América Latina, sendo morto na Bolívia, na beira de um rio, tornou-se o mais importante símbolo da imagem da revolução no século XX. Sua figura parecia tornar a violência justa e necessária. Ela não o embrutecia, ao contrário, a violência revolucionária de Che Guevara o humanizava. Uma violência pura, não corruptível, não seduzível pelo poder, não domesticada. Era a violência dos despossuídos. Esta violência tinha o direito histórico de ser exercida. E os militantes das organizações armadas a exerciam em nome dos despossuídos; identificavam-se com eles e acreditavam que os representavam.

Um outro componente do *ethos* da luta armada era a *valorização da ação*. Os grupos e organizações armadas desejavam agir imediatamente. Qualquer retardamento da ação era visto como um ato de covardia. O foco guerrilheiro - voltado para a luta, para a ação - era a instância privilegiada de organização, em detrimento dos partidos,

---

<sup>77</sup> Retomo aqui uma discussão sobre a violência apresentada em meu livro (Araujo 2000).

associados a “reuniões infundáveis, complicados organogramas, direções pesadas e documentos ilegíveis”. (Aarão Reis & Ferreira de Sá, 2006)

Este sentimento aparece com clareza, por exemplo, na “Carta ao Comitê Executivo do PCB”, escrita em 1966, por Carlos Marighella, quando rompeu com o Partido para iniciar a luta armada:

“Escrevo-lhes para pedir demissão da atual Executiva. O contraste de nossas posições políticas e ideológicas é demasiado grande e existe entre nós uma situação insustentável. (...) O centro da gravidade do trabalho executivo (do PCB) repousa em fazer reuniões, redigir notas políticas e elaborar informes. Não há assim ação planejada, a atividade não gira em torno da luta. Nos momentos excepcionais o partido inevitavelmente estará sem condutos para mover-se, não ouvirá a voz do comando, como já aconteceu face à renúncia de Jânio e à deposição de Goulart. Solicitando demissão da atual Executiva – como o faço aqui – desejo tornar público que minha disposição é lutar revolucionariamente, junto com as massas e jamais ficar à espera das regras do jogo político burocrático e convencional que impera na liderança” (Lowy 1999:297).

A valorização da violência e da ação imediata produziam a noção de “violência revolucionária”, que impulsionava, justificava e dava sentido às ações armadas.

### *O ethos da resistência*

Quando em 1975 a revista *Brasil Socialista* definiu o momento político como sendo um momento de resistência, iniciou um processo profundo de mudança não apenas da tática política, mas de um conjunto de valores e imagens a ela relacionados.

Compreender a luta política do momento como uma luta de resistência, pela conquista dos direitos democráticos, tinha importantes implicações. A palavra “resistência” está intimamente ligada à idéia de uma correlação de forças adversa; de um inimigo mais forte que se impõe. A resistência é sempre do mais fraco, do acuado. Muitas vezes ela é feita por homens e mulheres que se escondem - é uma atividade ilegal, clandestina ou semi-clandestina. Quem resiste, resiste à ação de algo mais forte. A resistência tem algo de heróico mas, também tem, implicitamente, a noção de derrota: *resistem aqueles que foram derrotados, resistem os que sobraram.*

Assumir uma tática de resistência é, antes de tudo, assumir uma derrota mas, ao mesmo tempo, declarar uma esperança de vitória no futuro.

A imagem que, historicamente, construímos e cristalizamos da idéia de “Resistência” é semelhante à luta de David e Golias - o inimigo é superior em força; é bruto e violento. Age em nome do poder constituído; mas não em nome da legalidade. A justiça não está com ele. Quem participa de uma resistência sabe que não tem nenhuma garantia legal; sabe que, ao ser preso pelo inimigo, estará numa terra de ninguém - sem recurso, sem salvação, sem defesa; enfrentando a tortura e a morte. Mas, por outro lado, sabe, também, que está do lado justo.

As “Resistências” se organizam, em geral, contra invasores, contra golpistas ou contra os inimigos da democracia. Ou seja, toda a luta de resistência se faz, em primeira instância, em defesa da legalidade, da democracia e dos direitos humanos. Quem resiste o faz em nome de determinados valores que o ocidente consagrou como valores universais. É por isso que quem participa de uma Resistência não o faz apenas em nome de uma bandeira ideológica. Mesmo que sua opção individual seja exclusivamente sustentada por sua ideologia, o militante da Resistência sabe que pode invocar a seu favor bandeiras mais universais. Esta não é apenas a mística da Resistência - é o seu próprio conteúdo construído historicamente pelas experiências de resistência vividas pelo homem moderno.

No prefácio de seu livro *Entre o Passado e o Futuro*, Hannah Arendt comenta a experiência da resistência francesa (Arendt, 1972: 11-19). Para Hannah Arendt, um dos elementos mais significativos da experiência da resistência era o fato de que o enfrentamento do inimigo comum havia unificado homens e mulheres habitualmente separados por interesses pessoais distintos e por ideologias antagônicas. Com o fim da guerra e a libertação da França estes homens e mulheres voltaram a suas vidas comuns, a seus negócios pessoais. Após a derrota do inimigo comum que os havia unificado - apesar das inúmeras divergências - a vida pública os dividia de novo, aprisionando-os nos “velhos enfrentamentos vazios de ideologias antagônicas” (Arendt, 1972: 11-19). A imagem da resistência, portanto, tem a ver com estes valores e estes conceitos: democracia, valores universais, direitos humanos.

A passagem de um *ethos* para outro tem a ver com duas questões. Por um lado, a experiência da derrota da luta armada que impunha a necessidade de revisão das práticas e valores. A ditadura passou a ser definida como um estado de exceção, de arbítrio, que deveria ser combatido através, principalmente, dos argumentos do direito. A definição da tática de resistência impunha um novo comportamento político, ao mesmo tempo em que propiciava uma experiência nova, que era o oposto do

isolamento, pois a luta pelas liberdades democráticas congregava amplos setores da sociedade.

Por outro lado, no cenário internacional, começou a crescer entre jovens de esquerda – pelo menos em boa parte do mundo ocidental – a noção do *pacifismo* como linguagem política. Em função deste movimento que se alastrou por vários países a violência revolucionária perdeu muito de seu espaço. A noção de *pacifismo* que surgia nos anos 70 tinha a ver com a consciência que a humanidade adquirira sobre a real possibilidade de destruição do planeta pelas armas nucleares. Mas não apenas, tinha a ver também com a falência do socialismo nos países em que tinha sido implantado e onde tinham sido geradas novas formas de opressão política e de violência contra as pessoas. A experiência política de boa parte do mundo ocidental passou a destacar a importância da democracia como forma de defesa da integridade física e moral das pessoas e garantia de seus direitos civis e políticos. As esquerdas chegavam às últimas décadas do século XX reconsiderando valores e padrões de comportamento que até então tinham enaltecido em décadas passadas. Entre eles a noção positiva de violência perdia terreno para a valorização da democracia e dos direitos humanos.

### **Como conclusão**

Os homens não são movidos por idéias, mas constroem idéias para justificar suas ações. E nelas acreditam. É por isso que o imaginário tem uma grande força política. Compreender como algumas idéias adquirem força histórica, isto é, como adquirem capacidade de mobilização política de homens e mulheres; como se formam os conteúdos de determinadas práticas e comportamentos políticos; pode nos ajudar a entender melhor uma época, seus conflitos, seus personagens, suas ações e, principalmente, a produção de sentido destas ações por estes personagens.

O que é um trabalho para um pesquisador interessado na história das idéias e nas idéias da história.

### **Referências bibliográficas**

ANAIS DO SEMINÁRIO “1964-2004: 40 anos do golpe. Ditadura militar e resistência no Brasil”, UFRJ, UFF, CPDOC, APERJ. Editora 7 Letras e FAPERJ  
ARAUJO, Maria Paula Nascimento, “A Utopia Fragmentada, novas esquerdas no Brasil e no mundo na década de 1970”, RJ, Editora da FGV, 2000.

----- (2006) “Estratégias de resistência e memória da luta contra a ditadura”, IN: “O golpe de 1964 e o regime militar: novas perspectivas”, organizado por João Roberto Martins Filho, Edufscar.

ARENDT, Hannah (1994) *Sobre a Violência*. RJ: Relume Dumará.

----- (1972) *La crise de la cultura*, Paris, Gallimard.

Cano, Wilson (2004) “Milagre Brasileiro: antecedentes e principais conseqüências econômicas”, Anais do seminário: “40 anos do golpe: ditadura militar vê resistência no Brasil”, RJ, 7 Letras, 2004.

FANON, Frantz (1968) *Os Condenados da Terra*, RJ: Ed. Civilização Brasileira.

GORENDER, Jacob. “Combate nas trevas. A esquerda brasileira: das ilusões perdidas à luta armada”. SP, Ática, 1987.

LOWY, Michel, org. (1999) *O marxismo na América Latina. Uma antologia de 1909 aos dias atuais*, SP, Fundação Perseu Abramo, 1999.

Carlos Marighela, “Carta ao Comitê Executivo do PCB” IN: Lowy, (org.) “O marxismo na América Latina.

REIS FILHO, Daniel Aarão & SÁ, Jair Ferreira de. “Imagens da Revolução”.

(Documentos políticos das organizações clandestinas de esquerda dos anos 1961-1971). 2o. Edição, SP, Expressão Popular, 2006.

REIS FILHO, Daniel Aarão, “A revolução faltou ao encontro”, SP, Brasiliense, 1991.

REIS FILHO, Daniel Aarão, RIDENTI, Marcelo & SÁ MOTTA, Rodrigo Patto (Organizadores). “O golpe e a ditadura militar 40 anos depois”. SP, EDUSC, 2004.

ROLLEMBERG, Denise, “O apoio de Cuba à luta armada no Brasil: o treinamento guerrilheiro”, RJ, Mauad, 2001.

SIRINELLI, Jean-François. “Génération et Histoire Politique” IN: *XX éme siècle, Revue d' Histoire*, 22, Paris, 1989.

Documentos orais e escritos do Laboratório de Estudos do Tempo Presente (IFCS/UFRJ):

Acervo “Memórias de Esquerda”



## **Revolución, guerra y enemistad en el imaginario del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), Argentina**

Vera Carnovale

### **Introducción**

La exploración de las nociones de revolución, guerra y enemistad implicadas en el imaginario del PRT-ERP es un gesto en gran medida tributario de un trabajo lamentablemente inédito de Roberto Pittaluga, titulado “Por qué el ERP no dejará de combatir” (Pittaluga, 2001)<sup>78</sup>. En líneas generales, puede decirse que lo que analiza allí Pittaluga es el proceso por el cual se configuró en el imaginario perretista una concepción de la revolución como “guerra revolucionaria”. Señala el autor que en las representaciones tempranas del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP)<sup>79</sup> puede identificarse un difuso componente insurreccionalista. Tomando un texto emblemático de esa organización, escrito por Mario R. Santucho en 1964, “El proletariado azucarero tucumano, detonante de la revolución”, advierte: “Si lo que se precisaba era el detonante, era porque se presuponía un ‘combustible’ ya acumulado: la revolución era pensada así como explosión revolucionaria, como insurrección generalizada”.

Ese imaginario, por su parte, guardaba estrechas similitudes con el de la organización morenista Palabra Obrera (PO), especialmente en lo que respecta a la figura de la huelga general revolucionaria. En efecto, señala Pittaluga, era ésta la forma predominante a través de la cual se proyectaba la escena de la revolución. Este modelo insurreccional que combinaba el levantamiento masivo de los explotados con la acción oportuna de la elite de los revolucionarios (y que, en rigor, cristalizaba en el asalto al poder) se nutrió, fundamentalmente, de la plasmación simbólica que se hiciera de la revolución rusa.

Ahora bien, esta concepción de la revolución, advierte Pittaluga, no podía sino ser conmovida por las experiencias cubana, china y vietnamita. Así, en el caso particular

---

<sup>78</sup> Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Interescuelas/ Departamentos de Historia, Salta, 2001.

<sup>79</sup> El FRIP fue un movimiento político americanista del noroeste argentino fundado en 1961 por Mario Roberto Santucho y su hermano Francisco René. En 1963 estableció junto a Palabra Obrera, agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno, el Frente Único FRIP-PO, paso previo a la conformación política del PRT. Es en 1965, en el Primer Congreso del Frente Único FRIP-PO que tiene lugar la fundación del PRT.

del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) el autor señala un proceso de reconfiguración de las concepciones de la revolución que si bien comenzó con la recepción de aquellas experiencias terminó por desplazar las perspectivas insurreccionalistas en favor de una nueva noción de revolución como guerra. La importancia de esa reconfiguración radica, para él, en sus consecuencias: a partir de la nueva constelación simbólica tuvo lugar un proceso de colonización de la palabra política por la jerga bélica, el militante fue recategorizado como combatiente, “la lucha” se transformó en “combate”. El lugar de actuación del partido ya no estaba al final del proceso revolucionario en tanto guía (como implicaba el imaginario insurreccionalista) sino en sus inicios, en tanto gestor. Así, finalmente, las figuras centrales de aquel proceso ya no serían “las masas”, sino “los combatientes”. El aporte concluyente y más destacado de este trabajo es que, a diferencia de las intervenciones anteriores, permite pensar la militarización del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) no como una "desviación", sino como el devenir de un núcleo de representaciones, símbolos y formulaciones conceptuales cuya implicancia principal fue el reemplazo de lo político por lo militar.

Partiendo entonces de estos aportes, el presente escrito intenta, en primer lugar, ofrecer algunas precisiones en torno a las formas en que las nociones de insurrección y guerra se entrelazaron en el ideario perretista. En segundo lugar, se orienta a la identificación de aquellos componentes propios de un imaginario bélico que nutrieron la retórica y la simbología partidarias. Finalmente, y a partir de algunos conceptos elaborados por Carl Schmitt (2005), procura explorar los sentidos y características de enemistad contenidos en aquel ideario de guerra. El objetivo de esto último es inscribir las nociones que poblaron el imaginario perretista en una tradición de ideas y un horizonte de sentidos que trasciende a la organización.

## **Insurrección y guerra**

La idea de una guerra civil revolucionaria, de carácter prolongado, aparece claramente definida y sistematizada ya en 1968 en el famoso “librito rojo”: *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*<sup>80</sup> (anticipándonos, advertimos que ese

---

<sup>80</sup> Era éste un pequeño libro que reunía el material teórico escrito para el IV Congreso partidario (1968). Constaba de 5 capítulos: 1) “El marxismo y la cuestión del poder”; 2) “¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?”; 3) “Relaciones entre la revolución mundial, regional y continental”; 4) “Nuestra

“único camino” no era otra cosa que la lucha armada). En una apelación –que ha sido considerada en más de una oportunidad como un uso pragmático, cuando no instrumental de la teoría<sup>81</sup>– se citaban allí diversos textos de Lenin (*Informe sobre la revolución Rusa de 1905*, *La guerra de guerrillas de 1906*, *La última palabra de la táctica Iskrista*) en los que éste aludía al concepto de guerra para referirse no sólo a la experiencia de la revolución rusa sino, también, a otras venideras:

“Es completamente natural e inevitable que la insurrección revista las formas más altas y complicadas de una larga guerra civil extensiva a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no podemos concebirla más que como una larga serie de grandes batallas separadas unas de otras por períodos de tiempo relativamente largos, y una gran cantidad de pequeños encuentros librados a lo largo de esos intervalos” concluía en *La guerra de guerrillas* el Lenin citado (*El único camino...* citado en De Santis, 1998 a: 101-102).

Se explicaba, entonces, que para el gran referente ruso sólo cuando el proletariado hubiera adquirido suficiente experiencia en ese proceso y hubiera templado su ejército, la insurrección triunfaría. En ese mismo documento se extraían, a continuación, algunas enseñanzas del teórico por excelencia de la “guerra revolucionaria”: Mao Tsé Tung. Del conjunto de esas enseñanzas interesa destacar la siguiente: el partido y el ejército rojo deben aprovechar la vastedad del territorio chino y establecer “bases” en los territorios más alejados, menos accesibles para el enemigo y desde allí organizar el poder revolucionario. Pero, en tanto el enemigo es muy poderoso y el ejército rojo es débil y pequeño, “la revolución será una guerra prolongada”. La escena final de este proceso no era menos que el ejército campesino (o popular) rodeando las ciudades y tomándolas “llamando a la insurrección” (Mao Tsé Tung: *La guerra prolongada*, en De Santis, 1998 a: 109).

---

estrategia y tácticas nacionales deben partir de las características de nuestra revolución”; y 5) “Las tareas y organización del Partido”. El texto fue escrito en el contexto de la ruptura liderada por Nahuel Moreno, motivada principalmente en la negativa de este grupo de iniciar la lucha armada. De ahí que la corriente santuchista plasmara en el propio título del libro (*El único camino...*) su propia determinación de organizar en lo inmediato la actividad militar. El texto recibió el nombre de “librito rojo” por el color de sus tapas; aunque la denominación puede ser leída también como un código de militancia que emulaba “el libro rojo de Mao”, un texto, también de tapas rojas, que reunía las máximas del líder chino.

<sup>81</sup> Ver, por ejemplo: Weisz, Eduardo (2006: 50-51). Sostiene allí el autor que “en la escisión entre teoría y praxis que caracterizó a gran parte del marxismo del siglo XX, las corrientes políticas han frecuentemente interpretado el trabajo teórico como utilización de citas de los clásicos para demostrar –con su autoridad– la corrección de la política defendida. En *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo* [...] se hará una lectura, a nuestro entender completamente sesgada, de algunos artículos de Lenin en los que el dirigente ruso habla de guerra de guerrillas [...]. Se citan aquellas partes que concuerdan con la política cuya corrección pretende por este medio demostrarse y no se hará referencia a aquellas partes de estos artículos que contradigan lo que se quiere demostrar”.

Si para Lenin, sintetiza el “librito rojo”, la guerra prolongada era un espiral ascendente con alzamientos del proletariado urbano, en Mao esta guerra puede representarse con una línea zigzagueante y quebrada, también ascendente. El Ejército rojo iría creciendo cuantitativamente en “mil batallas tácticas”. Lo interesante a destacar, en todo caso, es que aquello que el texto intenta rescatar de las citas escogidas de estos dos referentes mundiales del marxismo es la obligada necesidad de construir un ejército popular y revolucionario, por un lado, y la caracterización del proceso revolucionario como guerra prolongada coronada, siempre, con la figura de la insurrección:

“Mao y el maoísmo continuaron desarrollando el marxismo-leninismo, creadoramente, con la teoría de la guerra revolucionaria popular, de la necesidad de un ejército revolucionario para derrotar al ejército contrarrevolucionario [...] en un proceso prolongado, donde las fuerzas revolucionarias parten de lo pequeño hacia lo grande, de lo débil hacia lo fuerte, mientras la fuerzas contrarrevolucionarias van de lo grande a lo pequeño, de lo fuerte a lo débil y donde se produce el salto cualitativo de la insurrección general, cuando las fuerzas revolucionarias han pasado a ser más fuertes” (*El único camino...* citado en De Santis, 1998 a: 110).

Es decir, más que una tensión u oposición entre la figura de la guerra y la de insurrección como nociones-imágenes que daban forma a la revolución, aparecía aquí una conjugación particular en la que la escena insurreccional era confinada al momento culminante de un proceso necesario y largo que la precedía. Ese proceso, entendido como guerra prolongada que iría “de lo pequeño a lo grande” estaba signado –y he ahí la clave que da cuenta de lo que el PRT entendía como urgencia de la hora– por la construcción y fortalecimiento de un Ejército revolucionario y popular, convertido, por tanto, en motor y garante del proceso revolucionario. La propia fundación del ERP en el V Congreso del PRT a mediados de 1970 respondía a la convicción de que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país” y por tanto en la resolución correspondiente se explicaba:

"Considerando:

Que en el proceso de guerra revolucionaria iniciado en nuestro país, nuestro Partido ha comenzado a combatir con el objetivo de desorganizar a las FFAA del régimen para hacer posible la insurrección victoriosa del proletariado y del pueblo [...]

Que las Fuerzas Armadas del régimen sólo pueden ser derrotadas oponiéndoseles un ejército revolucionario [...]

El V Congreso del PRT resuelve:

1° Fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo y dotarlo de una bandera [...]” (“Resolución de Fundación del Ejército Revolucionario del Pueblo” en De Santis, 1998 a: 167-168).

Volveremos sobre este punto más adelante.

Sólo el fortalecimiento constante de ese Ejército podía garantizar un necesario proceso de acumulación de fuerzas que condujera a la insurrección general del pueblo. Esta articulación entre la figura de la insurrección y la de la guerra – que ofrecía imágenes, tiempos y tareas precisas al proceso revolucionario– puede encontrarse prácticamente a lo largo de toda la historia partidaria. En la primavera de 1974, por ejemplo, Mario R. Santucho presentó al colectivo partidario un documento considerado por muchos<sup>82</sup> como la obra más acabada y madura del pensamiento del líder de la organización: *Poder burgués, poder revolucionario*. La idea de poder dual postulaba un proceso de acumulación de poder sustentado en la disputa de órganos y funciones de poderes locales, entendidos éstos extra-territorialmente. Aseguraba Santucho en aquella oportunidad que el camino para avanzar hacia la conquista del poder pasaba por el desarrollo del poder dual.

“El momento en que la toma del poder puede ya materializarse es denominada por el marxismo-leninismo crisis revolucionaria, que es la culminación de la situación revolucionaria, el momento del estallido final, momento que debe ser cuidadosamente analizado por el Partido Proletario para lanzar la insurrección armada con las máximas posibilidades de triunfo. Pero entre el inicio de una situación revolucionaria y su culminación en crisis revolucionaria [...] se desarrolla el poder dual, es decir que la disputa por el poder se manifiesta primero en el surgimiento de órganos y formas de poder revolucionario a nivel local y nacional, que coexisten en oposición con el poder burgués. [...] De esta forma las fuerzas revolucionarias se van organizando y preparando para la insurrección armada, para la batalla final por el poder” (Santucho, 1974).

Se observa claramente, así, en la retórica partidaria que la escena del asalto revolucionario al poder remite indefectiblemente a una imagen insurreccional<sup>83</sup>. Más aún, siguiendo las experiencias china y vietnamita (y en concordancia con el

---

<sup>82</sup> Véase, por ejemplo, Pozzi (2001) y Mattini (1996).

<sup>83</sup> Es probable que la permanencia de un componente insurreccionalista no se debiera únicamente a una tradición de izquierda que desde la revolución de octubre acompañó, como señala Pittaluga, a las organizaciones revolucionarias. El Cordobazo y las sublevaciones populares que le siguieron y que habían hecho tambalear a la dictadura instaurada por el general Juan C. Onganía en 1966 ofrecían una imagen precisa, cercana y posible a la cual apelar a la hora de proyectar la escena del derrumbe final del poder burgués. Más aún, a los ojos del PRT-ERP fue el Cordobazo (1969) el acontecimiento que dio no sólo origen a la guerra revolucionaria sino también su potencialidad: “a partir del Cordobazo y basándose en experiencias anteriores menores nuestro pueblo tiende a insurreccionarse localmente, tiende a movilizarse aquí y allá, tomar sectores de ciudades y poblaciones, erigir barricadas y adueñarse momentáneamente de la situación rebasando las policías locales y provinciales” (Santucho, 1974)

lanzamiento de un frente militar en la provincia de Tucumán) ese “estallido final” podía ir acompañado o precedido por insurrecciones parciales “que establezcan el poder revolucionario en una región o provincia, las denominadas zonas liberadas” (Santucho, 1974). No obstante lo anterior (y debido, precisamente, a que es el largo proceso de guerra revolucionaria que iría “de lo pequeño a lo grande” lo que delineaba el sendero hacia la toma del poder) resulta innegable que las distintas tramas de la discursividad partidaria quedaron sensiblemente determinadas por la semántica de la guerra: palabras, símbolos, imágenes y mandatos propios de una cultura bélica ocuparon un lugar rector en el proceso de construcción identitaria de la organización.

Exploremos un poco las características de esa guerra. Se trataba, en principio, de una guerra revolucionaria (esto es, una guerra por el derrocamiento del orden burgués y la construcción de un nuevo poder obrero y socialista). Pero esa guerra, se pronosticaba, “se irá transformando en guerra nacional antiimperialista” para culminar, tras la “intervención de las tropas imperialista” en un combate “contra un enemigo invasor” (*Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores*, 1971: 66). Se trataba, como alentaba una consigna reiteradamente proclamada, de una guerra revolucionaria por “nuestra segunda y definitiva independencia”. Paralelamente y de importancia capital, aunque menos señalado, aparece la idea de que esta guerra revolucionaria es, en última instancia, de carácter mundial. “En el actual grado de desarrollo de la Revolución Mundial es imposible tomar y mantener el poder en un país aisladamente. Esto sólo se logrará ante la crisis del imperialismo a escala mundial” (*Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores*, 1971: 68).

Entonces: guerra revolucionaria, guerra nacional antiimperialista y finalmente, fiel a la palabra y al gesto guevarista que no cesaba de recordarlo, guerra revolucionaria antiimperialista de carácter mundial. Como ha sido señalado anteriormente, iniciada esa guerra, la tarea impostergable de la hora para el PRT resultaba ser la construcción y fortalecimiento de un Ejército revolucionario y popular, motor y garante a la vez de la consagración revolucionaria. Ese proceso implicaba necesariamente la apelación y el despliegue de un conjunto de símbolos, valores y referencias identificatorias que delimitaran un *nosotros* frente a un *ellos*, que otorgaran una legitimidad histórica que estrechara los lazos entre el “verdadero” Ejército y su pueblo y, finalmente, que ofrecieran un manto de valor y sentido a quienes, en nombre de ese pueblo oprimido e insurrecto a la vez, se lanzaban a un combate en el que podían morir.

Así, la resolución N° 1 del V Congreso del PRT (1970) fue precisamente construir ese ejército y dotarlo de una bandera. El pabellón escogido como referente fue el del Ejército de los Andes pero, en consonancia con el carácter mundial de la revolución, el escudo que según la historiografía tradicional había sido bordado por las damas mendocinas fue reemplazado por la estrella roja de cinco esquinas, símbolo de la lucha de los cinco continentes por el socialismo. “La adopción de la bandera del Ejército de los Andes llenaba de emoción a todos [...] simbolizaba la lucha del pueblo argentino por su liberación nacional entrelazada por la lucha por el socialismo” (Mattini, 1996: 70-71)

Así, el pasado nacional integraba la cantera de referencias identificatorias de la organización. Y éstas habrían de ser, fundamentalmente, las guerras de independencia del siglo XIX (en las que, por cierto, se destacan las figuras emblemáticas de la historiografía mitrista lo que nos autorizaría a pensar que ejército revolucionario y ejército nacional compartían un universo mucho más amplio del que ambos podían suponer)<sup>84</sup>.

El Ejército Revolucionario del Pueblo fue dotado, también, por un himno que alentaba al combate. Uno de sus versos terminaría por erigirse como consigna identificatoria de la organización: “Adelante compañeros/ Hasta vencer o morir /Por una Argentina en armas/ De cada puño un fusil”. Este llamado al combate armado impulsó fórmulas imperativas devenidas en mandatos ya a partir del propio momento fundacional del ERP. Si bien en los documentos allí presentados quedaba bien en claro, siguiendo al General Giap, que “la política es quien manda al fusil”, lo cierto es que la urgencia de los tiempos de “guerra” imponía tareas impostergables –e irrenunciables– para los verdaderos revolucionarios. Bajo la consigna “¡Todo el Partido al combate!” se dictaminaba:

“Un partido de combate se caracteriza por eso mismo, porque combate, y en esta Argentina que está en guerra, la política se hace en lo fundamental armada, por lo tanto, en cada lugar donde el Partido esté presente en las masas se debe impulsar las tareas militares. Combatir, formar el ejército en la práctica de la lucha armada: *quien no pelea no existe*” (*Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores*, 1971: 72)

---

<sup>84</sup> Ya la primera acción armada del PRT, previa a la fundación del ERP, había sido el asalto al Banco Provincia de Escobar. El comando que lo ejecutó, liderado por el propio Santucho, se denominó Sargento Cabral. Más adelante, batallones y compañías serían bautizados con nombres y hechos emblemáticos de las luchas por la independencia: San Martín, Combate de San Lorenzo, etc. Por otro lado, la lectura de la historia nacional de Mitre interesaba particularmente por la descripción que allí se hacía de las guerrillas libradas en Salta al mando de Güemes.

Como contracara complementaria de lo anterior se constata otro componente fuerte, inevitable e imprescindible, que en esa “guerra revolucionaria” iría moldeando la identidad, la sensibilidad y las prácticas partidarias: el mandato de heroísmo, de sacrificio y la exaltación de la muerte en combate. La documentación partidaria es abundante en semblanzas heroificantes de militantes “caídos en combate”, consignas que enarbolan la ejemplaridad de cada muerte invitando a continuar la epopeya del caído y una retórica sustentada en la certeza incommovible de que la sangre de cada combatiente abona el cuerpo colectivo de la revolución<sup>85</sup>. Dicha certeza quedaba cristalizada en una expresión que acompañaría cada muerte, cada sepelio, cada homenaje: “Ha muerto un revolucionario ¡Viva la revolución!”.

Tan sólo a modo de ejemplo, podemos citar aquí algunas fórmulas tempranas en que estos componentes descriptos se plasmaron en el discurso partidario. Marcelo Lezcano, José Alberto Polti y Juan del Valle Taborda fueron unos de los primeros militantes del PRT-ERP caídos en un combate callejero con la policía en abril de 1971 en Córdoba. En su primer número después de lo hechos, *Estrella Roja*, órgano de difusión del ERP citaba, al final de un pequeño relato de las circunstancias en que estos tres militantes habían perdido la vida, unos versos del poeta cubano Nicolás Guillén: “Hay quien muere sobre su lecho/ doce meses agonizando/ otros hay que mueren cantando/ con doce balazos sobre el pecho” (Colección de Documento Histórico N° 26 de Infobae) Un mes más tarde, *Estrella Roja*, volvía a recordar a los caídos:

“...el 17 de abril las calles cordobesas se tiñeron con la sangre de tres de nuestros más queridos compañeros (...) Fue necesario que los mercenarios enemigos los enfrentaran de a diez por cada uno de ellos. Fue necesario que los tomaran sin municiones y encontrándolos indefensos, heridos en el suelo, los acribillaran alevosamente para poder apagar estas vidas al servicio de la revolución. Ellos sabían que en esta guerra del pueblo la muerte podía sorprenderlos (...) No le temían (...) porque confiaban seguros en que su lugar de combate iba a ser llenado inmediatamente y su fusil caído multiplicado por mil” (“Tres héroes del pueblo”, *Estrella Roja* N° 2, mayo de 1971).

Si bien la apelación al sacrificio, el relato heroificante y la exaltación de la muerte en combate no pueden menos que estar presentes en cualquier grupo de hombres que se dirijan a la guerra, es indudable que la figura del Che Guevara, su “ejemplo” (claramente sustentado no sólo en su propio recorrido personal sino también en una postulada superioridad ético-moral) y su retórica refuerzan de manera singular la temeridad y el altruismo perretista. En la tapa de ese mismo ejemplar de *Estrella Roja*

---

<sup>85</sup> Este tema ha sido particularmente analizado en Longoni (2000) y Carnovale (2005).



se reproduce un fragmento –que sería más tarde citado una y otra vez– del célebre mensaje del Che Guevara a la Tricontinental:

“En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria” (Guevara, 1967)

La prensa partidaria, a lo largo de toda la vida activa de la organización, es abundante en este tipo de apelación donde la figura del militante caído se erige como héroe glorificado que impulsa a otros, con su muerte, a sumarse a esa guerra revolucionaria cuyo triunfo inminente parecía no dejar lugar a dudas. Por su parte, las imágenes esgrimidas en pintadas, volantes, documentos y órganos de difusión dan cuenta, también, de un imaginario poblado por escenas y figuras bélicas: un combatiente empuñando su fusil o su ametralladora acompañaba las tapas de las *Estrella Roja* y la propia sigla PRT, nombre de la vanguardia política de esa guerra, llevaba en la forma de su letra “T” final un arma larga que, en muchos casos, se representaba disparando.

## **Guerra y enemistad**

La guerra, toda guerra, implica necesariamente ciertas definiciones y sentidos de la enemistad. El “enemigo”, en tanto *gran otro*, participa indefectiblemente en la construcción identitaria del grupo, en la definición de un *nosotros*, no sólo en cuanto a rasgos particulares respecta sino también en cuanto a un accionar. En el universo perretista convivieron dos acepciones del concepto de “enemigo”. Una de ellas se vinculaba con definiciones teórico-ideológicas: “el enemigo” aparecía asociado a la estructura de poder económico, era, en definitiva, un enemigo de clase, la burguesía, el orden capitalista. En la otra acepción el “enemigo” aparecía directamente identificado con los agentes represores del Estado, especialmente con las Fuerzas Armadas (Carnovale, 2004). Esta última acepción, no podía si no terminar imponiéndose sobre la primera a medida que el pulso de la represión legal e ilegal se aceleraba y recrudecía.

En una caracterización del proceso revolucionario como guerra prolongada, el Ejército enemigo se fue, así, convirtiendo en el principal sujeto interpelado por el PRT-ERP. Con ese enemigo como referente, la organización fue construyendo, a partir de un movimiento casi especular, su propia identidad. Hacia fines de 1974, en coincidencia con el establecimiento de la Compañía de Monte en Tucumán, el ERP resolvió “dar un

importante paso en la construcción de las Fuerzas Armadas de la clase obrera y el pueblo” Dicho paso consistió en una mayor estructuración de las fuerzas guerrilleras mediante “el establecimiento de grados y la formulación de reglamentos...” (todas las citas en “Grados y Reglamentos en el ERP” en *Estrella Roja* [¿octubre de 1974?], Colección Documento Histórico N° 39 de Infobae). Esta estructuración incluyó, además, el uso de uniformes e insignias propias de un Ejército regular. Ahora bien, la contrapartida de aquella identificación fue un movimiento de oposición y diferenciación sensiblemente anclado en la moral (una moral directamente devenida del ideario revolucionario) pero en absoluto ajena al mundo de códigos de guerra. Y en tanto a los ojos del PRT-ERP el Ejército nacional había dejado de respetar el mundo de códigos compartidos de combate que toda guerra delimita, su retórica de interpelación estuvo signada por la insistencia normativizadora de la confrontación bélica<sup>86</sup>.

La forma más usual de esa insistencia fue el reclamo del cumplimiento de las leyes y convenciones de Ginebra, especialmente aquellas referidas al trato de prisioneros. El 16 de febrero de 1974, por ejemplo, el ERP exigió, mediante proclama pública, que se diera a conocer el estado en que se encontraban los militantes Jorge Antelo y Reinaldo Roldán, detenidos en el asalto al regimiento de Azul y cuya situación se ignoraba. En aquella proclama se otorgaba al Ejército un plazo:

“de 48 horas, para responder sobre el estado en que se encuentran los compañeros [...] si no se registrara respuesta alguna, será ejecutado el Tte. Cnel. Ibarzábal, por recaer en su persona la responsabilidad de ser Jefe de la Institución Militar que viola los más elementales derechos humanos, negando los convenios internacionales firmados en Ginebra” (“Resolución del Estado Mayor del ERP” en *Estrella Roja* N° 31, 4 de marzo de 1974, Colección Documento Histórico de Infobae N° 28).

Ibarzábal sería finalmente ejecutado el 19 de noviembre de ese año en el transcurso de un traslado en el que fue interceptado el vehículo en el que se lo transportaba

“produciéndose un enfrentamiento que obligó a ajusticiar al detenido. [...] Debemos señalar que en todo momento nuestra organización procuró preservar la vida del detenido, teniendo en cuenta los principios humanitarios y las leyes internacionales [...] esta actitud ha sido demostrada permanentemente [...] Sin embargo, no ha sido igual el tratamiento que han recibido nuestros combatientes al caer en manos de las fuerzas contrarrevolucionarias” (“Parte de guerra, 20 de noviembre de 1974”, original incluido en *El terrorismo en Argentina*, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979, pág. 322).

---

<sup>86</sup> Este tema fue particularmente analizado en Carnovale (2007).

La guerra revolucionaria, era el proceso necesariamente largo que precedía a la insurrección que derrocaría el poder burgués. La tarea primordial en esa guerra era, lógicamente, la construcción y el fortalecimiento del Ejército propio y ese proceso se fue asentando tanto sobre símbolos, imágenes y mandatos de combate como sobre un movimiento de identificación con un enemigo cada vez más asimilado al Ejército nacional, aliado éste, en última instancia, a un ejército invasor. La normativa apelada por el ERP en la confrontación con ese enemigo –aunque también reconocible como propia de la moral revolucionaria– remitía en forma directa a la codificación occidental de la guerra. En resumidas cuentas, se advierte que tanto el imaginario como las prácticas perretistas estuvieron sensiblemente teñidos de elementos propios de una cultura bélica que no podían si no intervenir ineludiblemente en el proceso de construcción identitaria de la organización.

Ahora bien, tras esta breve descripción y pensando en el problema más general de la llamada “militarización” o aún del supuesto “militarismo” del PRT-ERP, resulta necesario preguntarse si tras la Guerra Civil española o, más aún, tras la experiencia de la China comunista era posible, para quienes adoptaban la lucha armada como parte de la estrategia de la toma del poder, un imaginario de la revolución que no fuera, al mismo tiempo, un imaginario de la guerra. ¿Era posible para ellos que la figura del soldado no se fundiera y aún se impusiera a la del revolucionario o conspirador? Nos gustaría dejar planteados estas interrogantes a la luz de algunas nociones de Carl Schmitt desarrolladas en su obra *Teoría del partisano*.

La guerra tradicional, tal como la entiende el derecho de guerra clásico europeo era una guerra de un ejército regular y estatal contra otro ejército de igual naturaleza; una guerra que conservaba alguna significación de duelo y sentido de la caballería. Un conflicto donde la conclusión de paz no sólo era siempre posible sino que era, además, el desenlace lógico y esperado de toda confrontación. La guerra clásica era, advierte Schmitt, fundamentalmente, una guerra *acotada*.

El partisano, continúa, está fuera de todo acotamiento. Incluso pertenece a su esencia el estar fuera de cualquier acotamiento: “el partisano moderno [...] dio la espalda a la enemistad convencional con sus guerras domesticadas y acotadas y se fue al ámbito de otra enemistad verdadera” (Schmitt, 2005: 18). La clásica noción de lo político, que se había cristalizado en los siglos XVIII y XIX se basaba en el estado del derecho internacional europeo y había convertido a la guerra en una guerra entre Estados acotada por ese derecho. A partir del siglo XX esa guerra de Estados con sus

acotamientos, se liquida. La sustituye, señala Schmitt, la guerra revolucionaria de partidos. Esta guerra no es convencional, es auténtica, porque tiene en su origen una enemistad absoluta. La guerra de enemistad absoluta no conoce ningún acotamiento puesto que es precisamente la realización consecuenta de una enemistad absoluta aquello que le da su sentido y su justicia.

La absolutización de la enemistad proviene, precisamente, del carácter político y contestatario del partisano (en nuestro caso, el guerrillero) y es aquello que lo diferencia de otro tipo de combatientes. Haga muchas o pocas acciones armadas, el guerrillero es un sujeto político en tanto constructor real o potencial de un nuevo orden público (claramente diferenciado del bandido social, del pistolero, del militar profesional). El carácter político del partisano asume, para el caso del revolucionario, la forma de una adherencia, de un compromiso total con su idea, su partido, su causa. Este compromiso total no implica únicamente la disposición de “dar la vida” (en rigor, la muerte); participa en la conformación de una ética combatiente que impide todo retroceso, toda capitulación, toda negociación. “¡No dar tregua al enemigo! ¡Hasta vencer o morir!” eran las consignas imperativas con que finalizaban las proclamas perretistas. En el recordado y tantas veces invocado *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*, el Che Guevara alentaba:

“El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal. Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite” (Guevara, 1967)

En aquel proceso de sustitución de la guerra clásica por la guerra de enemistad absoluta Lenin es, siguiendo siempre a Schmitt, un eslabón fundamental. Y esto porque al apelar a la idea de guerra civil revolucionaria contradecía la opinión de los socialdemócratas de que la revolución proletaria alcanzaría por sí misma sus objetivos en los países parlamentarios, de manera que los métodos de aplicación directa de la fuerza resultarían inoportunos. La guerra revolucionaria es, para él, una forma de lucha “inevitable” y el objetivo (la revolución proletaria) es un objetivo justo en términos sustantivos, en sí mismo. Su enemigo absoluto concreto era el enemigo de clase, el

burgués, el orden capitalista en todos los países donde estuviera en vigor y, por tanto, universal.

El otro eslabón quizás más destacable aún en este proceso lo constituye la figura de Mao Tsé Tung, “el mayor práctico de la guerra revolucionaria y su teórico más famoso” (Schmitt, 2005: 72). A partir de él, se agregará a ese enemigo de clase universal un fundamento más bien telúrico, abriendo así un abanico de enemistades que confluyen y se concentran en una enemistad absoluta: el explotador colonialista, el invasor, el imperio.

“Mao [prosigue Schmitt] llevó más lejos la fórmula de la guerra como continuación de la política [...] El sentido de la guerra está en la enemistad. Si la guerra es la continuación de la política, también la política contiene siempre, por lo menos como posibilidad, un elemento de enemistad, y si la paz encierra la posibilidad de la guerra, también contiene un elemento de enemistad potencial” (Schmitt, 2005: 74-75)

El lenguaje y las nociones de la guerra acotada y de la enemistad dosificada, concluye Schmitt, no resistieron la irrupción de la enemistad absoluta.

En la misma dirección, señala Badiou que si el siglo XX ha estado bajo el paradigma de la guerra, de la guerra decisiva, de la *última guerra* fue Mao Tsé Tung una figura típica de esa convicción. Hasta Mao, guerra y revolución eran términos contrarios. El concepto de guerra revolucionaria maoísta instaaura diferentes tipos de guerras sustancialmente ligadas a políticas diferentes: guerras políticamente justas y guerras políticamente injustas. “Para suprimir la guerra hay un único medio: oponer la guerra a la guerra, oponer a guerra revolucionaria a la guerra contrarrevolucionaria [...] Cuando la sociedad humana llegue a la eliminación de las clases, a la supresión del estado, ya no habrá guerras [...] Será la era de la paz perpetua para la humanidad” (Mao Tsé Tung, 1936, *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China*, citado en Badiou, 2005:55).

Para concluir, es inscribiendo el ideario perretista en esta tradición y en este horizonte de sentidos que resulta necesario apuntar que la distinción y oposición tan en boga entre *política* por un lado y *violencia* por otro, entre “lo político” por un lado y “lo militar” por el otro como términos claramente diferenciables, cuando no excluyentes, se tornan algo erráticos para abordar la experiencia de las organizaciones armadas de los setenta y sus sentidos más profundos. La intensificación del accionar armado, la preeminencia de elementos bélicos en la discursividad y en los imaginarios de estas organizaciones son, a estas alturas, fenómenos innegables. Pero sería por lo menos

liviano situar la razón última de esa preeminencia en “desviaciones” o “insuficiencias” de interpretación de teorías que, de otra manera, hubieran conducido al éxito inexorable de los revolucionarios<sup>87</sup>.

La invitación, en todo caso, es a volver la mirada sobre las formulaciones político-ideológicas originales, sobre sus connotaciones, sentidos e implicancias más profundos. Porque en ellos, quedaban *anudados con lazo indisoluble* violencia y política, guerra y revolución. Antes que equilibrio de componentes pareciera haber un *nudo de sentidos* que –con las diferencias del caso– constituyeron el sello identitario de los revolucionarios setentistas. Y entonces es probable que la llamada “militarización” haya sido, en gran medida, el resultado ferozmente fiel de aquellos sentidos o, más aún, del propio ideario revolucionario que los forjó. Si muchas de las intervenciones sobre las organizaciones armadas de los años setenta que han intentado explicar su derrota han encontrado en el pulso errático de sus hombres, en sus falencias, necedades y miopías las causas del gran equívoco que torció una historia destinada a ser otra, esta

---

<sup>87</sup> Tras la derrota de la organización, las miradas retrospectivas y balances de distintos dirigentes y militantes (como, por ejemplo, Luis Mattini, Enrique Gorriarán Merlo y Julio Santucho) dieron lugar a un conjunto bastante homogéneo de críticas de lo que había sido la actuación del PERT-ERP. Estas críticas, hoy bastante extendidas en el campo de los estudios sobre el pasado reciente, se concentran, fundamentalmente, en determinados posicionamientos políticos, evaluaciones y prácticas de la organización que estarían evidenciando un “proceso de militarización” (también denominado “desviación militarista” o “militarismo”). La determinación de continuar la lucha armada durante el gobierno de Héctor Cámpora y la intensificación del accionar militar, fundamentalmente a partir de 1974, serían tan sólo los ejemplos más destacados de aquel proceso. En añadidura, la “militarización” –junto a la incapacidad partidaria para prever el “reflujo de masas” que tuviera lugar tras las movilizaciones de julio de 1975– estaría en la base de un progresivo “aislamiento” político de la organización, aislamiento éste que no podía sino contribuir a la propia derrota de los revolucionarios. Una suerte de “subestimación del enemigo”, conjugada con la ferocidad criminal e inesperada de las fuerzas represivas, habrían hecho el resto. Estas nociones se ven reflejadas, de alguna manera, también en producciones provenientes del campo académico. Pablo Pozzi, por ejemplo, sostiene que esa derrota se debió a una combinación entre lo que denomina “las debilidades” partidarias y las características de una represión tan sangrienta como inesperada. Respecto del problema de “lo militar” Pozzi sostiene que el PRT-ERP pecó de una “falta o insuficiencia en el manejo del marxismo” que generaba contradicciones permanentes en la línea política y que estaría en la base de las características que asumió la actividad militar perretista. Al respecto, “no hubo militarismo como tal”, afirma, lo militar no se impuso a lo político sino que tendió a “autonomizarse”. El funcionamiento interno de la organización encuentra también su lugar en este cuadro de falencias. Éstas cristalizaron finalmente en la persistencia de una línea política errada que, conjugada con la represión, habría de poner fin a los sueños perretistas. En concordancia con intervenciones anteriores se destaca, entonces, la idea de “insuficiencia” (de marxismo, de tiempo, de experiencia) y, en consecuencia, emerge la figura de lo incompleto, de lo inconcluso, de historia trunca; como si el daño mayor de la violencia imprevista estuviera en el arrebato de un tiempo necesario de maduración. En el origen de aquella insuficiencia, los hombres: sus dogmatismos, sus decisiones equívocas, sus interpretaciones erradas, sus faltas. En dirección similar, puede leerse el último texto de Pilar Calveiro (2005). Anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal: la intimidad entre ambos términos estuvo signada menos por la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas. La misma se habría debido a una carencia de lo político; en tanto lo militar y lo organizativo habrían asfixiado la comprensión y la práctica política.

intervención se orienta en dirección contraria. Intenta afirmar, más bien, que aquellos hombres se lanzaron a la escena de la revolución y actuaron en todo momento precisamente con aquello que portaban: un conglomerado de formulaciones y creencias que no podía sino cristalizar en fórmula explosiva articulado con un puñado de mandatos definitivamente irrenunciables en tanto hacían al propio *ser* revolucionario.

## **Bibliografía**

Badiou, Alain (2005), *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial.

Calveiro Pilar (2005a), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

----- (2005b), “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, N° 4, Buenos Aires, pp. 4-19.

Carnovale, Vera (2004), “El concepto del enemigo en el PRT-ERP”, *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, n° 1, pp. 4-11.

----- (2005), “*Jugarse al Cristo: mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)*”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Buenos Aires, año XIV, n° 28, pp. 11-26.

----- (2007), “En la mira perretista: las ejecuciones del *largo brazo de la justicia popular*”, *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 3, n° 8, pp. 4-31.

Colección de Documentos Históricos de INFOBAE, Buenos Aires, n° 1-40.

De Santis, Daniel (1998-2000), *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, 2 tomos, Buenos Aires, EUDEBA.

Freud, Sigmund (1998), *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.

Guevara, Ernesto (1967), “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, en Marxists Internet Archive, [www.marxists.org](http://www.marxists.org) (consultado por última vez en septiembre de 2007)

Longoni, Ana (2000), “La pasión según Eduardo Favario. La militancia como ética del sacrificio”, *El Rodaballo*, Buenos Aires, año VI, n° 11/12, pp. 54-61.

Löwy, Michael (1982), *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*, México, Ediciones Era.

Mattini, Luis (1996), *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires, Ed. de la Campana.

- Mosse, Georges (1990), *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World War*, Oxford University Press.
- Pittaluga, Roberto (2001), "Por qué el ERP no dejará de combatir", ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas y Departamentales de Historia, Salta. Mimeo.
- Plis-Sterenbergh (2003), *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Pozzi, Pablo (2001), "Por las sendas argentinas". *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Prieto, Helios (2000), "Sobre la historia del PRT-ERP. Memorias volterianas con final maquiavélico", *El Rodaballo*, Buenos Aires, año VI, n° 11/12, pp. 62-71.
- PRT (1971): *Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores*, Publicaciones del PRT.
- Santucho Mario Roberto (1974), "Poder burgués. Poder Revolucionario", en *Marxists Internet Archive*, [www.marxists.org](http://www.marxists.org), (consultado por última vez en agosto de 2007).
- Schmitt, Carl (2005), *Teoría del Partisano. Acotación al concepto de lo político*, Buenos Aires, Editorial Struhart & Cía.
- Sorel, Georges (1976), *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Terán, Oscar (2006), "Década del 70: violencia de las ideas", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, n° 5, pp. 20-28.
- Vezzetti, Hugo (2003), *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Weisz, Eduardo (2006), *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.



## Memorias del Coordinador: algunas fechas significativas en la “formación” del MLN-Tupamaros

Marina Cardozo Prieto

Para mis padres y para el Negro

### Introducción

Este trabajo procura situar momentos claves en la trayectoria del colectivo político denominado Coordinador, agrupamiento de militantes de intención revolucionaria, creado en 1963 en Uruguay e integrado por el Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), militantes del Partido Socialista, algunos miembros de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), militantes anarquistas no organizados, y otros integrantes independientes.<sup>88</sup>

El Coordinador, red en la que cada grupo integrante operaba acciones armadas en conocimiento de, o en colaboración con otros grupos, perduró hasta 1965 cuando fue creada una nueva organización denominada *Tupamaros*<sup>89</sup>. Varios grupos y militantes independientes del Coordinador pasaron a formar parte del nuevo organismo. Algunos de los grupos no adhirieron a la nueva propuesta<sup>90</sup>, continuando su accionar pese a algunas escisiones.

¿Qué momentos o eventos de esta trayectoria son recordados por quienes integraron el Coordinador? ¿Cómo se los recuerda? ¿Por qué estos eventos marcaron especialmente a quienes participaron de esa experiencia? ¿Qué acontecimientos/fechas no son tan recordados/as? Elizabeth Jelin se refiere a la memoria “como concepto usado para interrogar las maneras en que la gente construye un sentido del pasado, y cómo se enlaza ese pasado con el presente en el acto de recordar/olvidar” (Jelin, 2000). La

---

<sup>88</sup> Este trabajo tiene su origen en la preparación del proyecto de tesis para el Doctorado en Ciencias Sociales IDES/UNGS. Agradezco especialmente a Marina Franco la invitación al Coloquio Internacional “Problemas de Historia Reciente en el Cono Sur”, instancia enriquecedora que me ha permitido avanzar en la investigación.

<sup>89</sup> En mayo de 1965 se resolvió crear esta nueva organización en una reunión realizada en Parque del Plata (balneario en el departamento de Canelones, a 45 km de Montevideo), en la casa de Germán Vidal, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). El MLN-T surge formalmente en 1966, a partir de la denominada 1ª Convención.

<sup>90</sup> Especialmente la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y el MIR.

idea de este texto es acercarnos a comprender la/s forma/s en que se recuerda el Coordinador a través de la memoria sus militantes.

### **Breve contexto: 1958-1966**

1958 fue un año importante en la historia de Uruguay. Estuvo signado entre otros eventos, por las movilizaciones estudiantiles en pro de la aprobación de la Ley Orgánica de la Universidad<sup>91</sup>, por la agudización del proceso de estancamiento económico (con su correlato en una fuerte conflictividad sindical) y por el resultado de las elecciones de noviembre, que determinaron el acceso del Partido Nacional al gobierno, monopolizado a lo largo del siglo XX por el Partido Colorado. Este último elemento reflejaba en buena medida la necesidad de respuestas a la crisis que reclamaba el electorado.

El período comprendido entre 1959 y 1962 se destacó por la aplicación gubernamental de una línea económica liberal que redujo la participación del Estado en el ámbito económico, disminuyó el sostén a políticas industrialistas típicas del período neobatllista anterior y firmó la primera Carta de Intención con el FMI (Nahum, Frega, Maronna y Trochón, 1990: 13-16 y 112-117). En materia internacional, continuó la adhesión a los lineamientos de la política exterior estadounidense.

Durante el segundo período del Partido Nacional en el gobierno (1962-1966), al tiempo que se agravaron los conflictos sindicales en relación directa con el deterioro económico reinante, se afianzó la organización del movimiento obrero, proceso que, desarrollado entre 1964 y 1966, culminó en la creación de una central obrera única (Convención Nacional de Trabajadores o CNT). En forma frecuente, el Poder Ejecutivo recurrió a las Medidas Prontas de Seguridad (MPS)<sup>92</sup>, particularmente en 1965, año que marca un agravamiento de la crisis, con la quiebra de bancos y el descubrimiento de maniobras de fraude que ligaban a integrantes de la clase política y a organismos estatales, con empresas financieras privadas. En estos años se agudizó el clima anticomunista ya

---

<sup>91</sup> “En el año 1958 se produce la creación [sic] de la Ley Orgánica a nivel universitario que determina la autonomía de la Universidad, del Poder Ejecutivo, y establece un régimen de coparticipación de los tres órdenes en su conducción”. (Arocena, 1989: 32-33).

<sup>92</sup> Las Medidas Prontas de Seguridad (MPS) contempladas en la Constitución de la República para casos de conmoción interna o ataque exterior, comenzaron a aplicarse especialmente en los años cincuenta, para clausura de sindicatos, encarcelamiento de huelguistas, declaración de ilicitud de huelgas, etc. “Las MPS se adoptan por el Poder Ejecutivo, dando cuenta dentro de las 24 horas a la Asamblea General (...). Y si bien el Parlamento es “dueño de las medidas”, como dice la Constitución, basta que la Asamblea no se reúna para que sigan rigiendo “sine die” y sin control, como efectivamente ocurrió”. (Servicio de Paz y Justicia, 1989: 39-42).

existente en relación con el temor a la expansión de la experiencia revolucionaria cubana. En este marco, Uruguay rompió relaciones diplomáticas con Cuba en 1964. Hacia las elecciones de 1966, los rumores de posibles alzamientos militares convulsionaron el ambiente político. Simultáneamente, con las elecciones de noviembre fue aprobada una reforma constitucional que, entre otros elementos, implicaba el retorno a un ejecutivo unipersonal, ante la percepción ciudadana de la ineficacia del ejecutivo colegiado en la conducción gubernamental.

## **Influencias**

Las elecciones nacionales de 1962 impactaron fuertemente en los Partidos Comunista y Socialista<sup>93</sup>. Ante lo que se consideró como un nuevo fracaso electoral de la izquierda<sup>94</sup>, numerosos militantes se alejaron de estos partidos, cuestionando la vía electoral como forma de alcanzar transformaciones de tipo socialista. Así, fueron creados el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)<sup>95</sup>, desgajamiento de un sector del Partido Comunista en 1962 a raíz de los debates originados en el Partido Comunista en torno al conflicto chino-soviético; el Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC)<sup>96</sup>, sector juvenil escindido del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO, de línea pro-castrista), unido a militantes del barrio La Teja, en apoyo al sindicato de trabajadores de la caña de azúcar o Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA); y el Movimiento de Unificación Socialista Proletario (MUSP), escisión del Partido Socialista en 1965. También se alejó del Partido Socialista (aunque sin separarse completamente), un grupo de militantes<sup>97</sup>, algunos de los cuales habían participado

---

<sup>93</sup> Ello a pesar de las transformaciones ideológicas y políticas sufridas en los dos partidos desde los años cincuenta. El Partido Comunista se abocó a la constitución de un frente democrático para la liberación nacional por la vía pacífica y parlamentaria. El Partido Socialista se transformó, radicalizándose: abrazó el tercerismo, el tercermundismo, el latinoamericanismo y la revolución nacional antes de realizar el socialismo. Sobre esta transformación, señala Rey: "... desde el partido no existió un rechazo claro a esta vía [se refiere a la acción armada] en esos momentos, si bien tampoco un apoyo explícito a ciertas actuaciones". (Rey Tristán, 2005: 95-102).

<sup>94</sup> Reorganizada para las elecciones en dos lemas: FIDEL o Frente Izquierda de Liberación, liderado por el Partido Comunista, y la Unión Popular, hegemonizada por el Partido Socialista. Ambos lemas captaron al 5,6% del electorado. En 1958, los Partidos Comunista y Socialista en conjunto, habían logrado el 6,4% de los sufragios. (Nahum, Frega, Maronna y Trochón, 1990: 23-24).

<sup>95</sup> Por el MIR integraron el Coordinador: Julio Arizaga, Washington Rodríguez Beletti, Jorge Torres y Germán Vidal. Sobre José Mujica existen versiones encontradas acerca de su presencia en este organismo.

<sup>96</sup> En el MAC militaban entre otros: Eleuterio Fernández, Carlos Flores, América García, Graciela Jorge, Hebert Mejías, Eduardo Pinela, Omar Puime, Mario Robaina y Leonel Vidal.

<sup>97</sup> Provenientes del Partido Socialista, integraron el Coordinador: Andrés Cultelli, Elsa Garreiro, Pedro Lerena, Jorge Manera, Julio Marenales, Tabaré Rivero y Raúl Sendic, entre otros.

significativamente, como Raúl Sendic<sup>98</sup>, en el proceso de sindicalización rural (con trabajadores remolacheros y de la caña de azúcar). Desde la izquierda anarquista, reunida en la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) se apoyó (aunque no orgánicamente) la realización de acciones revolucionarias<sup>99</sup> a partir de 1964 (Rey Tristán, 2005: 195-268). Varios de estos nuevos grupos, a los que se sumaron militantes independientes<sup>100</sup> integraron el Coordinador.

Los militantes entrevistados recuerdan la existencia de un clima social y político violento a inicios de la década del cincuenta, tanto a nivel local como continental. Washington Rodríguez Beletti<sup>101</sup>, resalta la violencia experimentada con la aplicación de las MPS en 1952<sup>102</sup>, año que relaciona con el inicio de la crisis económica<sup>103</sup>. Subrayando el impacto sobre la izquierda nacional del derrocamiento de Jacobo Árbenz en 1954, Guillermo Chifflet insiste en las repercusiones del proceso guatemalteco, probablemente desde su continuada militancia dentro del Partido Socialista hasta el presente<sup>104</sup>. En tanto, todos los otros entrevistados, que optaron por la vía armada<sup>105</sup> no recuerdan casi los sucesos de Guatemala. Si bien varios testimonios resaltan como influencias políticas e ideológicas sobre los jóvenes de izquierda a comienzos de los sesenta, el papel de las posturas terceristas en materia internacional, así como los movimientos de liberación del tercer mundo y el movimiento de países no-alineados, casi todos los entrevistados recuerdan la Revolución Cubana como el elemento que más

---

<sup>98</sup>Raúl Sendic, nacido en 1925. Procurador, militó en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), fue dirigente del Partido Socialista, volcándose tempranamente a la organización sindical de los trabajadores rurales, especialmente los cañeros, del norte del país. Integró el Coordinador. Fundador del MLN-T, es considerado como su líder histórico. Falleció en 1989.

<sup>99</sup> Por la FAU participaron del Coordinador: Juan Carlos Mechoso y Mauricio y Gerardo Gatti, fundamentalmente. Según algunos entrevistados, los anarquistas de la FAU no habrían participado del Coordinador.

<sup>100</sup> Como Mario Navillat y Ricardo Elena, anarquistas independientes, Ruben Sassano (ligado al MIR¿?) Carlos Rivera Yic (de origen anarquista y vinculado al grupo de La Teja del MAC), y Violeta Setelich (ligada al Partido Comunista), entre otros.

<sup>101</sup> Dirigente de la Juventud Comunista y luego fundador del MIR. Integrante del Coordinador hasta fines de 1963, pasó a trabajar con los cañeros de UTAA (creada en 1961, en Bella Unión, departamento de Artigas), Miembro del MLN-T. Entrevista a Washington Rodríguez Beletti, 21.9.06.

<sup>102</sup> Guillermo Chifflet coincide: “En ese año 52, que se suele decir, por parte de quienes hacen historia, que era un año de prosperidad para el Uruguay, años felices, etcétera... se tomaron dos veces Medidas de Seguridad contra el movimiento obrero”. Guillermo Chifflet fue dirigente del Partido Socialista y diputado en diversos períodos. Entrevista a Guillermo Chifflet, 20.9.2006.

<sup>103</sup> Los estudios en historia económica y ciencias sociales, en general sitúan el inicio de la crisis económica estructural en Uruguay, hacia 1955.

<sup>104</sup> Chifflet cuestiona la existencia del Coordinador: “Lo del coordinador, no cuentas conmigo porque no conozco al coordinador, nunca hablé ni nunca supe que hubiera coordinación. (...) ...Bueno lo del coordinador... no existió. No es verdad”. Entrevista a Guillermo Chifflet, 20.9.2006.

<sup>105</sup>Integrando posteriormente el MLN-T y otras organizaciones revolucionarias como la Organización Popular Revolucionaria-33 (OPR-33), movimiento armado anarquista, creado en 1971 por la FAU.

conmocionó a la militancia de izquierda de la época. En este sentido expresa Hebert Mejías Collazo<sup>106</sup>:

“Cuando triunfa la Revolución Cubana, no sé como que... desperté verdad? desperté... y eso lo llevé siempre, lo llevo así con... más allá de todas las diferencias ideológicas (...) un ideal que me despertó.. esa lucha heroica, verdad? esa lucha heroica de los cubanos (...) Y me aportó fe, esperanza, ¿no? ganas de pelear, ganas de luchar... repetir la cosa, ¿verdad? hacer lo imposible por todo eso”. (Entrevista a H. Mejías Collazo 23.9.2007).

Modelo e ideal de lucha; lucha heroica. En el recuerdo, que también se dice en tiempo presente, encontramos sentimientos de fe y de entusiasmo. Esther Ruiz y Juana Paris (1997: 285) destacan, acerca de lo que implicaba “ser militante en los sesenta”, “la confianza en las posibilidades del cambio, reiterándose la frase “la revolución estaba a la vuelta de la esquina”. (...) [ y] “...la profunda alegría con que fue vivida la entrega a ‘la causa’.” Así, la noción de lo heroico ligada a la revolución es recuperada en los eventos de doble conmemoración anual que realiza el MLN-T de la pos-dictadura<sup>107</sup>: la muerte de Ernesto “Che” Guevara y la Toma de Pando con el “homenaje a los caídos” en dicha acción<sup>108</sup>, ocurrida el 8 de octubre de 1969. Diversos editoriales y artículos del periódico oficial del MLN-T del período 1986-1996 referidos a la doble fecha, así como también otros referidos a la Revolución Cubana, al asalto al Cuartel Moncada y a la trayectoria de Raúl Sendic, apuntan a dicha noción: “[El “Che”] Fue sembrador y hacedor de milagros, curando las llagas de la desesperanza. Como Jesús, tomó el camino de Jerusalén, adivinando su destino.

---

<sup>106</sup> Hebert Mejías Collazo militó en el movimiento de apoyo a la Revolución Cubana, viajando a Cuba en 1961 y 1963. Fue dirigente del MRO y luego se plegó al MAC, integrando el Coordinador. Miembro del MLN-T, luego integró la OPR-33.

<sup>107</sup> En diversos años a posteriori de la muerte de Raúl Sendic (1989) se realizaron actos de conmemoración pero no de forma tan regular como el tradicional acto de octubre.

<sup>108</sup> Se trata de tres miembros del MLN-T: Jorge Salerno, Alfredo Cultelli y Ricardo Zabalza, caídos durante la Toma de Pando (localidad situada en el departamento de Canelones, a 32 km de distancia de Montevideo).

Cayó y se levantó con su cruz, y al llegar a la última estación de la vida, murió”<sup>109</sup>.

(Mazzeo: *Mate Amargo* 10.10.1990, 12).

“... un hilo conductor (...) corre desde las primeras luchas anticolonialistas hasta las entabladas por la segunda independencia, entre las gestas épicas y la peripecia vital de los combatientes latinoamericanos de uno y otro tiempo. (...) ¿Pero en cuántos de los combatientes de Pando –desconocidos para la canción de gesta de los grandes terremotos revolucionarios- no había ya un *Che*? (...)”. (Núñez: *Mate Amargo* 6.10.1994, 11).

“Pero Raúl es también la lucha armada, en la hora que las papas quemaron y es por eso, para darle alma y vida a su figura, que trajimos a este acto estos fusiles viejos<sup>110</sup> (...) que jamás fueron rendidos, invictos incluso en medio de la más cruel derrota, porque ellos simbolizan nuestro orgullo, nuestra herencia, y aún en su modestia, con sus roturas actuales, a miles y miles de compañeros y compañeras. Tal vez tan modestos y tan cicatrizados como ellos que a la hora de la verdad lo dieron todo, como Raúl, absolutamente todo”. (*Mate Amargo*: 11.5.1995, 3).

La figura del “Che” opera así como síntesis de la noción heroica señalada, encarnando la entrega y el coraje, cualidades de lo heroico. Raúl Sendic y los tupamaros caídos en Pando, a su vez, junto a “miles” de militantes anónimos unidos por un pasado común, reeditan la épica independentista, en su valor (fusiles no derrotados a pesar de la derrota) y en su compromiso (“dar todo”, cuando “las papas quemaron”, “a la hora de la verdad”).

Cuba es recordada, a su vez, como clave diferenciadora dentro de la propia izquierda. Para Germán Vidal<sup>111</sup> la Revolución Cubana marca un punto de quiebre en cuanto a la idea de revolución, en un país donde esta opción no estaba presente. El recuerdo establece un corte entre lo nuevo (a partir de la experiencia cubana): “otras

---

<sup>109</sup> Con relación a las referencias cristianas en la formación del MLN-T, véase en este texto el apartado titulado: “El “Tiro Suizo” en la Suiza de América y los Robin Hood uruguayos”.

<sup>110</sup> Referencia a los fusiles presentados en este acto, hurtados de la Aduana de Bella Unión en 1964.

<sup>111</sup> Germán Vidal, militó inicialmente en el Partido Socialista (1953) y luego en el Partido Comunista (desde 1956). Fundador del MIR en 1962, integró luego el Coordinador. Miembro del MLN-T.

cosas para Uruguay”, y lo viejo (visualizado como imposibilidad): el “batllismo se comía a todos los anarquistas”, los “Partidos Comunistas y Socialistas” “cuestionaban” la posibilidad de “triumfo” a través de una “guerrilla”<sup>112</sup>.

“Mirá yo creo que en Latinoamérica, si bien todo el planteo cubano fue muy discutido por los Partidos Comunistas y Socialistas, hubieron cosas que no pudieron evitarlas. La Revolución Cubana demostró todo el tema de la guerrilla, todo el tema de la vanguardia, todo el tema de que es posible, ¿eh?, triunfar o llegar al gobierno. Y eso lo demostró la revolución cubana ...que eso era lo que estaba cuestionado, ¿eh? (...) El apoyo a Cuba en aquel momento era un poco lo que permitía tener una definición política, en decir, bueno hacia adonde vamos, con respecto a la revolución, ¿no? (...) porque acá en Uruguay hablar de revolución era algo que no estaba, recién se planteaba... pero no entraba porque el batllismo en este país fue el que absorbió... se comía a todos los anarquistas, entonces era muy difícil hablar de revolución y explicar la revolución, pero no así si uno le hablaba de la Revolución Cubana, y entonces en el entorno de la Revolución Cubana fue donde se fueron metiendo todos aquellos compañeros que se planteaban otras cosas para el Uruguay...”. (Entrevista a Germán Vidal, 22.10.2006).

### **Recordar el Coordinador**

Aunque probablemente la red se constituyó sobre la base de varios objetivos, es interesante constatar, en los recuerdos de los entrevistados, la disputa por la significación del Coordinador: ¿espacio para la acción armada ilegal coordinada o espacio semi-legal defensivo y de apoyo a la acción sindical especialmente rural?

Una de las consignas compartidas por quienes integraron el Coordinador rezaba: *la acción nos une, las palabras nos separan* (Entrevistas a: Washington Rodríguez Beletti, 21.9.2006, Germán Vidal, 22.10.2006 y Omar Puime, 21.9.2006)<sup>113</sup>. Ello implicaba diferenciarse de la izquierda electoral, a la que se consideraba paralizada por discusiones y polémicas. Al influjo de la Revolución Cubana, el eje esencial de la coordinación pasó por “la acción”. Ésta separó al Coordinador de las concepciones sostenidas por la izquierda tradicional. Jorge Torres<sup>114</sup> señala:

“Hasta entonces todos aquellos que discrepábamos con la dirección del Partido Socialista, con los puteríos dentro del anarquismo, con los partidos comunistas... ¿dónde más íbamos a ir que no

---

<sup>112</sup> Sin embargo, Fernández Huidobro (1986-87: t.1, 44-45), rescata los vínculos con la izquierda de la que se provenía: “Cuando los analistas (...) dicen que el MLN-T nace rompiendo con la izquierda tradicional (...) tal vez se corte un poco grueso. (...) Al fin de cuentas formábamos parte de la izquierda uruguaya y compartíamos sus penas y sus alegrías, sus aciertos y sus errores”. Eleuterio Fernández Huidobro, militante del MAC, fue fundador del MLN-T, e integrante de su dirección en distintos periodos. Actualmente es senador por el Movimiento de Participación Popular, Frente Amplio, Encuentro Progresista.

<sup>113</sup> Especialmente Rodríguez Beletti, atribuye el origen de esta consigna a Raúl Sendic. Omar Puime, de origen anarquista, se acerca al MRO, y milita en el MAC desde 1963. Integra el Coordinador y el MLN-T.

<sup>114</sup> Jorge Torres, dirigente de la juventud batllista, se afilió luego al Partido Comunista donde integró el aparato de seguridad y la redacción del diario *El Popular*. Fundador y Secretario General del MIR en 1962. Militó en el Coordinador. Se separó del MIR en 1964. Integró el MLN-T.

fuera en la discusión y en las palabras? La Revolución Cubana trae aquella posibilidad de saltar de las palabras a la práctica, a la acción. Eso funciona como un pegamento entre distintas organizaciones y encontramos una cosa con la cual comulgamos todos: ¡la puta, así que se puede pasar de las declaraciones, los manifiestos, esto, lo otro, a la acción! Y... eso da lugar al Coordinador”. (Entrevista a Jorge Torres, 19.9.2007).

Algunos militantes destacan a su vez, en el marco del clima anticomunista de inicios de los sesenta (Alonso y Demasi, 1986: 15-21), el hostigamiento hacia la izquierda y la comunidad judía, y la incidencia de grupos violentos de ultraderecha, como el Movimiento Estudiantil de Defensa de la Libertad (MEDL). Ricardo Elena<sup>115</sup>, por ejemplo, menciona específicamente los siguientes acontecimientos: el atentado a la Universidad en octubre de 1960, atentados a médicos judíos y el tatuado de svásticas con hojas de afeitar a militantes de izquierda, como en el caso de Soledad Barret<sup>116</sup>.

La necesidad de una red de militantes surgía como reacción ante el clima de violencia existente. Raúl Sendic, ante la pregunta: “¿Cuándo se crea el MLN-T?” expresó: “Fue hacia 1963, cuando ya estaba en práctica la política de descargar el retroceso económico sobre los sectores populares y de responder a su descontento con represión policiaca y militar. Iniciamos entonces una etapa de preparación para los duros tiempos que se avecinaban, previendo ese choque”. (Sendic:1986, s/n)

En este testimonio puede observarse una operación de inclusión de la trayectoria del Coordinador (1963-1965), al que no se menciona, dentro del posterior MLN-T. Ello sugiere una “apropiación” de la memoria del Coordinador, que es recordada como parte de la del MLN-T. Es relevante la fecha del testimonio, ya que el MLN-T al retorno de la democracia se integró a la competencia electoral, ingresando al Frente Amplio.

Según Julio Marenales<sup>117</sup>, de origen socialista e integrante del Coordinador, la creación de la red expresó el apoyo a los trabajadores de la caña de azúcar y a sus reivindicaciones, a la organización de sus marchas a Montevideo, y a los planes de ocupación de tierras<sup>118</sup>. El énfasis del testimoniante en este punto, guarda relación con la valorización de la acción sindical rural desplegada en ese entonces por el Partido

---

<sup>115</sup> Ricardo Elena, anarquista, en el período estudiado no era un militante orgánico de la FAU. Integró el coordinador como anarquista independiente, desde sus inicios hasta junio de 1964. Integró el MLN-T.

<sup>116</sup> Paraguaya, nieta de Rafael Barrett, exiliada en Uruguay, se integró posteriormente a la guerrilla Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR), en Brasil. Torturada y asesinada en 1973.

<sup>117</sup> Julio Marenales, militó en el Partido Socialista e integró el Coordinador. Fue miembro del MLN-T y participó de su dirección en diversos períodos.

<sup>118</sup> UTAA bajo la conducción de Sendic, planifica la ocupación del latifundio de Silva y Rosas (ubicado en Colonia Palma, departamento de Artigas, al norte del país). Este plan se frustró en 1962 y fue retomado en 1963.



Socialista (y en especial por Raúl Sendic, quien fuera determinante en la creación de UTAA)<sup>119</sup>:

“El apoyo militante al movimiento de los trabajadores cañeros se agrupó en un organismo que se denominó Coordinador, que precisamente, coordinaba la acción de las distintas personas que estaban realizando el trabajo solidario. Ante el clima de violencia, y reiteradas violaciones a la legalidad de las bandas fascistas con la complicidad policial (...), los militantes del Coordinador resolvieron actuar, llegando a no respetar las leyes vigentes, y si fuera necesario, utilizando incluso procedimientos violentos”. (<http://www.chasque.net/mlnweb/portada.htm>)

Para Rodríguez Beletti, en cambio:

“Y ahí se hablaba de que ya... se pensaba que había que formar una organización para tomar el poder por medio de las armas, no?” (...). El brazo armado le decían [al Coordinador]... Siempre se pensó que era el brazo armado de la izquierda. El Bebe [Raúl Sendic] decía eso, siempre, ¿sabés? (...) y ahí está eso de que “calzón de vieja” porque no tiene dientes, entonces, los dientes, ¿quiénes éramos? Nosotros. Eramos la dentadura, ¿viste? Y entonces él decía: ‘el brazo armado de la izquierda’”. (Entrevista Washington Rodríguez Beletti, 21.9.2006).

Resulta interesante observar en el segundo testimonio la construcción de la memoria individual a través de otras memorias, que se constituyen en “acervo grupal”: “le decían”, “se pensó”, “él decía”, “éramos nosotros”. Señala Elizabeth Jelin acerca de “las capacidades de recordar y olvidar”: “Estos procesos (...) no ocurren en individuos aislados sino insertos en redes de relaciones sociales, en grupos, instituciones y culturas: de inmediato (...) el pasaje de lo individual a lo social e interactivo se impone”. (Jelin, 2001: s/n)

La noción de “brazo armado”, mencionada en el testimonio anterior expresa, a su vez, la vinculación entre el Coordinador y la izquierda tradicional<sup>120</sup>. Es posible conectar dicha noción, con la situación de algunos integrantes del Coordinador, que participaban de la red, al tiempo que continuaban afiliados a

---

<sup>119</sup> Algunos militantes de UTAA, (especialmente Antonio Bandera Lima, Juan Bentín, Ataliva Castillo, Walter González, Nelson Santana y Julio Vique, cercanos a Raúl Sendic), si bien no integraron expresamente el Coordinador, se vincularon a él.

<sup>120</sup> Por otra parte, en las entrevistas surge la referencia a la existencia de “grupos de autodefensa” en los Partidos Comunista y Socialista. Ante la pregunta de si existían estos grupos en el Partido Socialista, señala Chifflet: “Si, correcto, sí. .... hubo en todos los partidos, había necesidad de cuidar”. Entrevista a Guillermo Chifflet.

sus partidos de origen, lo que los militantes llamaban la “doble militancia”. Según recuerdan varios entrevistados, esto sucedía fundamentalmente con militantes de origen socialista<sup>121</sup>:

“No, no se la llevaba nadie a los socialistas... fue una discusión de... todos entendían que tenían que salir del Partido Socialista, la gente del MAC, los anarquistas, la gente del MIR. No se entendía la doble militancia. Del mismo modo que nosotros nos habíamos ido del Partido [Comunista] o el flaco Beletti y los otros se habían ido de la UJC<sup>122</sup>... ¡No tenía sentido que vos siguieras allá y con un pie en cada lado!”. (Entrevista a Jorge Torres).

El testimonio de Torres establece un corte entre los socialistas (con vínculos no “resueltos”) y los otros militantes (separados efectivamente de sus partidos u organizaciones originales). Esta diferenciación podría operar como una forma de contrarrestar el discurso según el cual el MLN-T (“custodio” de la memoria del Coordinador) se habría desarrollado esencialmente a partir del grupo de militantes de origen socialista (Gilio, 1970; Harari, 1986: 59-60). En este sentido expresa Jorge Torres (2002: 333): “El origen de Tupamaros es demasiado complejo y rico como para aceptar la simplificación que atribuye el mismo a diferencias dentro del Partido Socialista o a un menos verdadero origen cañero”.

La “doble militancia” generó fricciones al interior del Coordinador, siendo criticada la existencia de “cordones umbilicales” que comprometían la acción coordinada. En relación con lo anterior, Omar Puime destaca el sentido de pertenencia de los militantes (“compromiso”) respecto de la red coordinadora, y su diferenciación de la izquierda no armada (“acciones”, “secreto”, “clandestinidad”, “compartimentación”):

“...había compañeros que tenían relaciones con sus partidos políticos y empezaron a haber acciones en el cual teníamos que tener un secreto, [en] un movimiento que es clandestino, (...) que es compartimentado, evidentemente esos militantes no pueden estar teniendo relación con un Partido porque evidentemente hay un compromiso. Entonces hubo necesidad de ir cortando un poco ese cordón umbilical (...)”. (Entrevista a Omar Puime).

Para Torres y Vidal, el Coordinador tenía un horizonte revolucionario. En ambos testimonios se visualiza una continuidad entre la trayectoria del Coordinador y la del MLN-T. Nuevamente la memoria del Coordinador es vista como parte de la del MLN-T:

---

<sup>121</sup> Entrevista a América García. 10.10.2007. Entrevista a Omar Puime, 21.9. 2007. Entrevistas a Jorge Torres. 5.9.2007 y 10.9.2007. Los testimonios, mencionan además, militantes del MAC con vínculos con el MRO (Torres) y anarquistas vinculados a la FAU (Puime y Torres).

<sup>122</sup> Unión de Juventudes Comunistas (UJC): juventud del Partido Comunista del Uruguay.

“...Iba mucho más arriba, digamos. (...). Yo he sostenido alguna vez que... ante el escándalo de algunos compañeros, que todo ese proyecto que comienza a elaborarse [desde el] 63 en adelante es el proyecto de cambio de país más importante que hubo en el Uruguay desde... el cese de la dominación española, viste? No hay ninguna organización ni partido que haya, que se haya propuesto realizar esa calidad de cambios que planteó el MLN. Y bueno, obviamente, el papel que podían jugar en todo ese proyecto las bandas fascistas, era mínimo”. (Entrevista a Jorge Torres).

“... Fundamentalmente ahí no había nadie que no fuera un revolucionario. (...) era cierto, acá habían dos militares uno blanco y uno colorado que dos por tres hablaban de golpes, (...): Aguerrondo y el viejo Ribas (...). Y nosotros no nos organizamos para responderle a Aguerrondo ni al viejo Ribas. (...)”. “Nosotros nos profundizamos pero para hacer la revolución. Por lo menos yo no conozco a nadie, no conozco a nadie que no se planteara la revolución en el grupo”. (Entrevista a Germán Vidal).

Si bien los militantes entrevistados integran el Coordinador en la memoria del posterior MLN-T, (“apropiándose” la memoria del Coordinador, en tanto que miembros del MLN-T), no otorgan a dicha memoria el mismo sentido. Recuerdan el Coordinador desde ángulos contrastados. Ello guarda relación con los orígenes de los militantes en cuanto a su pertenencia inicial, sus relaciones anteriores con otros partidos o movimientos, y también su ubicación política actual en relación con el gobierno del Encuentro Progresista<sup>123</sup>. Como expresa Jelin (2005: s/n): “La lucha por el sentido del pasado se da en función de la lucha política presente y los proyectos de futuro. Cuando se plantea de manera colectiva, como memoria histórica o como tradición, como proceso de conformación de la cultura y de búsqueda de las raíces de la identidad, el espacio de la memoria se convierte en un espacio de lucha política”.

### **El “Tiro Suizo” en la Suiza de América y los “Robin Hood” uruguayos**

Desde el recuerdo de los entrevistados, el principal evento del período estudiado fue el asalto al Club de Tiro Suizo de Nueva Helvecia (departamento de Colonia) realizado el 31 de julio de 1963:

---

<sup>123</sup> En 1994 el Frente Amplio creó el Encuentro Progresista, “alianza del Frente Amplio con sectores de centro-izquierda del Partido Nacional y del Partido Colorado, y con un sector del Partido Demócrata Cristiano” (Garcé, 2006: 124-125). El Encuentro Progresista triunfó por primera vez, en las elecciones de octubre de 2004. El Movimiento de Participación Popular, (sector creado en 1989 y que lidera el MLN-T), si bien opuesto a la creación del Encuentro Progresista en 1994, se constituyó en 2004, en la primera fuerza de la coalición, con el 30% del total de su electorado. No obstante, entre 1990 y 1999, el MLN-T sufrió importantes desgajamientos de dirigentes y sectores de militantes.

“...Típica, típica fue el asalto al Tiro Suizo”. (Entrevista a Ricardo Elena, 9.9.2007).

“Mirá que marcó la cosa yo creo que lo que marcó fue, el Tiro Suizo. La acción que más marcó desde el comienzo hasta el final. En este país, nunca, nunca había pasado nada...”. (Entrevista a Germán Vidal).

“El Coordinador existe y hay dos pruebas de su existencia, que son producto del Coordinador: una es el Tiro Suizo..., ¿mm? La otra es la revista *Barricada*, de la cual yo soy el redactor responsable”. (Entrevista a Jorge Torres, 5.9.2007).

En parte de la bibliografía y testimonios escritos, el “Tiro Suizo” figura como la acción que determinó la formación del Coordinador (Rey Tristán, 2005: 104-105; Blixen, 2000: 86-87; Fernández Huidobro, 1986-87, t.1: 82-83/106). Muchos entrevistados señalan, sin embargo, que la red venía gestándose durante el transcurso de 1963, a instancias de reuniones de las que participaban grupos y militantes<sup>124</sup>. A su vez, el “Tiro Suizo” habría incluido elementos de coordinación: intervención del MAC, de militantes independientes, de otros cercanos a Sendic y del MIR, que proporcionó infraestructura<sup>125</sup>.

¿Por qué el Tiro Suizo constituyó un acontecimiento que marcó profundamente a los integrantes de la experiencia del Coordinador?

“Como dijo Navillat<sup>126</sup>: ese es el Moncada nuestro. En un país donde no...había una dictadura, donde... la gente era pacífica, no había que asaltar el cuartel del Moncada, matando gente (...). Y fue el símbolo (...) porque ¡fue un escándalo! Sesenta, no sé cuántos eran, fusiles robados en una noche... que...quieren hacer la revolución armada en el Uruguay. Sirvió para ver quién era quién, quién estaba a favor, quién en contra, quién gritaba más, quién gritaba menos. El fin era que supieran que alguien había robado las armas, y que no eran chorros. Fue una acción de neta propaganda revolucionaria. La verdad que salió, se supo internacionalmente que había gente que protestaba contra el statu [quo]. Y... si no, se sabía, seguían reprimiendo, como lo hacían igual, a los obreros cuando hacían huelga, a esto, lo otro y no pasaba nada”. (Entrevista a Ricardo Elena, 12.9.2006)

---

<sup>124</sup> Algunos militantes señalan particularmente la reunión donde se planificó el Tiro Suizo, realizada en el sótano de “El Rulo Lacio” peluquería de Carlos Rivera Yic, en el barrio de clase obrera La Teja.

<sup>125</sup> Para Hebert Mejías Collazo no hubo coordinación y la acción se realizó principalmente a través del MAC y “*gente de Sendic*”. (Entrevista a Hebert Mejías Collazo).

<sup>126</sup> Anarquista independiente, integrante del Coordinador y miembro del MLN-T. Fallecido hace algunos años.

“Y fue una cosa linda, eso (...).Y fue... la Sierra Maestra nuestra, ¿sabés? Lo que nos catapultó porque hasta ahí nadie hablaba nada (...) por que a partir de eso... ya eso fue todo un símbolo, el Tiro Suizo viste? Acá no había nada...”. (Entrevista a Washington Rodríguez Beletti)

“Y fue importante porque hace que un grupo de gente pase a la acción... un grupo... que si bien se había hablado... nunca había... Y una de las cosas que la policía por ejemplo, tuvo dificultad era que ¡ninguno de los compañeros tenía antecedentes policiales!! Es decir... acá hubo una cuestión que evidentemente les llevó un tiempo a ellos, darse cuenta de que estaban en presencia de un grupo que perseguía fines que no eran evidentemente como los de los delincuentes comunes. La forma en que se hacía... tratábamos de no tener víctimas porque era ¡un movimiento que era profundamente humanista..! tratábamos de que nadie pagara ...si no tenía nada que ver. Y tratar de... en el accionar mismo hacer pensar a la gente, ¿no? Y fue el comienzo del comienzo, ¿no? Es decir, el pasar un poco a un compromiso y decidirse a... pensar en el conjunto ¿no? de los compañeros. Fue un compromiso realmente de... militante... de decir con los hechos que éramos capaces de salir de nuestras cosas cotidianas para realizar una cosa que fuera extraordinaria en cuanto a salir de nuestro hábito de vida, ¿no? Es decir el comienzo de un compromiso que podía ir lejos. En ese momento pensaba que era el comienzo de una larga etapa, ¿no? Y bueno, y así fue...”. (Entrevista a Omar Puime).

Encontramos la evocación a una acción fundante o generadora que se remite al ejemplo cubano: Sierra Maestra, Moncada (aunque un Moncada sin la necesidad de violencia del original). El peso simbólico descansa en el hecho de pasar a la acción, más que en su éxito o fracaso. De hecho, las armas robadas (en realidad 33 fusiles) casi no fueron utilizadas ya que muchas de ellas fueron incautadas por la policía, a partir de un accidente de tránsito que involucró a parte de los participantes, dejando en descubierto la acción. A su vez, eran armas muy viejas y carecían en su mayoría de percutor.

El pasaje a la acción es contrastado por el recuerdo de que “En este país, nunca, nunca había pasado nada”, “acá no había nada”, “no pasaba nada”. Se trató de un acontecimiento fuera de lo común, tanto en el plano personal de quienes participaron, como en el plano colectivo: “decir con los hechos que éramos capaces de salir de nuestras cosas cotidianas para realizar una cosa que fuera extraordinaria”, “salir de

nuestro hábito de vida”. La oposición entre la inacción anterior (del Uruguay, de la izquierda, etc) y el comienzo de la acción, del cambio, genera el “compromiso”: pasar de ser un grupo de gente, de “compañeros”, a ser “militantes comprometidos”, a pensar en conjunto.

Este aspecto se ve reforzado especialmente por la noción de “ruptura de la legalidad” en tanto que inmediatamente se define el carácter de dicha ruptura: “¡ninguno de los compañeros tenía antecedentes policiales!”, “perseguía fines que no eran evidentemente como los de los delincuentes comunes”, “que supieran que alguien había robado las armas, y que no eran chorros”.

Como objetivos del accionar figuran: contestar al sistema percibido como injusto y represivo, y “tratar de hacer pensar a la gente”. La noción de violencia recordada es particular y, en parte, da cuenta del imaginario social de un Uruguay amortiguado (Real de Azúa, 1984), en sus conflictos; “no había que asaltar el cuartel del Moncada, matando gente”, “no había una dictadura” y “la gente era pacífica” (a pesar de que “seguían reprimiendo, a los obreros cuando hacían huelga”). La forma del accionar traduce a su vez, los objetivos propuestos: “tratábamos de no tener víctimas porque era un movimiento profundamente humanista, tratábamos de que nadie pagara si no tenía nada que ver”.

Si bien los entrevistados citados coinciden en señalar la importancia del Tiro Suizo, algunos de ellos resaltan sus repercusiones hacia “afuera” (a nivel local e internacional), destacando incluso que se trató de una acción de propaganda armada. Otros, en cambio, hacen referencia a efectos más “interiores” de la acción, relativos al compromiso de grupo (“el comienzo de un compromiso que podía ir lejos”, “era el comienzo de una larga etapa”). El sentido “interior” de la acción se expresa también en el siguiente texto, que refleja la sensación de compromiso más “inmediato”: “...algo pasaba a comprometernos profundamente. Eramos codueños de un patrimonio peligroso y comprometedor. Eramos copartícipes de un secreto en el que nos iba la libertad. Todos pasábamos así a depender de la discreción de los demás” (Fernández Huidobro, 1986-87: t1, 82-83).

En una posición diversa, desde el recuerdo de Guillermo Chifflet, dirigente del Partido Socialista, el asalto al Tiro Suizo fue una acción para conseguir armas con un propósito de autodefensa, relacionado con el plan de ocupación de tierras de los cañeros. El Partido Socialista solicitaría las tierras ocupadas a través del parlamento. Al negar Chifflet la existencia del Coordinador, como ha sido señalado antes, el Tiro Suizo, evocado como acción defensiva, es vinculado expresamente a la actividad del Partido Socialista en el área sindical rural:

“Se dice, dicen los del MLN inclusive, que el primer acto del MLN fue el asalto al Tiro Suizo para tomar un grupo de armas. ¡No es así! El asalto al Tiro Suizo fue por lo siguiente: Sendic trabajaba con los cañeros (...) se sabía cual era la situación en los feudos de Silva y Rosas, una situación de explotación... (...) y que como tenía policía particular, Silva y Rosas, gente armada particular, había que tener algo por lo menos para mostrar, por lo menos para defenderse, para que no utilizaran la violencia. En cuanto ocuparan esas tierras, Vivián Trías<sup>127</sup> iba a plantear en el Parlamento el tema, reclamando que se les diera tierras. Esto estaba concertado prácticamente! antes... pero fracasa el Tiro Suizo. Cae preso Sendic<sup>128</sup>, cae preso el dueño del auto que se lo facilitó a Sendic, que era nada menos que Humberto González Perla, que fue nuestro diputado (...).Es decir, era una cosa totalmente concertada entre compañeros. No era para organizar una guerrilla. Era simplemente en esa actitud de defensa”. (Entrevista a Guillermo Chifflet).

Entre las acciones realizadas por el Coordinador, entre 1963 y 1965, los entrevistados recuerdan, además del asalto al Club de Tiro Suizo, expropiaciones de bancos, hurtos de armas, la liberación de Sendic y de dos militantes de UTAA presos en Paso de los Libres, atentados con petardos o explosivos ante diversos acontecimientos locales e internacionales, y por último, expropiaciones de comestibles (muchas de ellas a *Manzanares*<sup>129</sup>,) y de juguetes, para su reparto en cantegriles<sup>130</sup>. Otros entrevistados han señalado que las acciones menos compartidas por algunos de los grupos integrantes del Coordinador, eran aquellas donde se planteaba el uso de petardos o bombas contra edificios significativos (ya que no contra personas)<sup>131</sup>. Este tipo de acciones muchas veces no lograban el apoyo coordinado, siendo realizadas por los grupos en forma autónoma: son las acciones más “olvidadas” o menos nombradas en el recuerdo de los entrevistados.

Al evocar los momentos que consideran más significativos del Coordinador, casi todos sus militantes señalan especialmente: el Tiro Suizo y los repartos de víveres<sup>132</sup>. ¿Cómo recuerdan los militantes estos repartos?:

---

<sup>127</sup> Vivián Trías, dirigente y diputado del Partido Socialista.

<sup>128</sup> En realidad Sendic no cayó preso a raíz del Tiro Suizo, permaneciendo clandestino durante el período estudiado (si exceptuamos su prisión en Argentina, en diciembre de 1964, sin que finalmente lo extraditasen a Uruguay).

<sup>129</sup> Conocida cadena de almacenes en el Montevideo de los años sesenta.

<sup>130</sup> Barrios populares localizados en zonas marginales, con viviendas precarias y ausencia de servicios urbanos.

<sup>131</sup> Entrevista a Hebert Mejías Collazo.

<sup>132</sup> Es interesante notar, en línea con lo señalado hasta aquí, que en varias ocasiones, son evocados acontecimientos que corresponden al período posterior: a la trayectoria del MLN-Tupamaros.

“Harina, budines, todo... Yo me acuerdo que nos subimos al ómnibus y yo me miro de repente y estaba toda blanca (...) claro porque no lo traían sólo para nosotros el pedido. No. Nosotros habíamos encargado budines y cosas pero había... otros pedidos, ¿viste? Imagínate que vos haces cosas en Navidad, y más con harina entonces tá aquello! ...venían con palanganas... ¡todo traían... las ollas!”<sup>133</sup>. (Entrevista a América García, 10.10.2007).

“Fue... una de las acciones más hermosas, ¿no? Se formó una comisión de damas que eran las compañeras, (...) y fueron a *Manzanares* y plantearon de que iban a hacer un pedido para un Club blanco ahí en Aparicio Saravia y Timbúes, (...) era un cantegril grande que había, enorme. (...) determinada cantidad de alimentos, pan dulce, turrónes, todas esas cosas, ¿no? Tenían que llevarlo a ese lugar y bueno salió *Manzanares*, ese día, un 24 de diciembre, iba cargado el camión con todo el pedido para el reparto de todo el día. “Y ahí estaban esperando, se copó el camión y había bastantes compañeros allí para hacer el reparto, ¿no? pero no tuvieron necesidad, porque cuando en seguida agarraron la onda los vecinos, vaciaron todo ellos, ¡le robaron hasta el toldo del camión! Pero... ¡fue muy lindo...! No sé, es un acto muy limpio, muy justo... ese sentimiento, ¿no? Además el agradecimiento de los vecinos que en seguida agarraron la onda”. (Entrevista a Hebert Mejías Collazo).

“Lo interesante es que uno... antes de pasar a esa acción, pensaba en un montón de detalles que después en la acción no tuvieron nada que ver. Por ejemplo pensábamos, bueno, ¿cuánto tiempo nos llevará vaciar un camión lleno de pan dulces, de azúcar de aceite, de...? ¿tenemos que avisar a una gente de los cantegriles? (...) ¿cuánto tiempo? ¿veinte minutos, media hora? y eso nos llevaba a una discusión que... en definitiva, cuando el camión llegó... ¡¡no quedaron ni las ruedas!! En cinco minutos los chiquilines llenaban bolsas de azúcar y se llevaban para las casas, harina, vino [un olor a] torta frita a los diez minutos ¡que ...! Pero... para nosotros era un poco... como te voy a decir...por lo menos ese día... la gente va a comer un pan dulce, ¿no?”. (Entrevista a Omar Puime).

¿Por qué los “repartos” y en especial este reparto realizado el día de Nochebuena de 1963, es recordado como un momento especial? Se trata de una de las fechas principales del calendario cristiano. En este sentido, no deja de ser importante considerar la formación cristiana previa (en colegios y liceos religiosos) de varios integrantes del MAC, que fue el grupo del Coordinador que realizó este reparto. Los entrevistados evocan sentimientos de alegría y de regocijo, y recuerdan a su vez, la alegría y la gratitud de los vecinos del cantegril. Además de “comida, harina, azúcar, aceite” se reparten alimentos “de lujo” a los cuales la gente del cantegril no tenía

---

<sup>133</sup> América García militó en la Juventud Socialista; en 1963 se integró al MRO, militando luego en el MAC. Integró el Coordinador. Fue miembro del MLN-T y luego de la OPR-33.



acceso: “turrone, pan dulce, budines”. Es el recuerdo de un día especial, que guarda relación con una fecha especial: “por lo menos ese día la gente va a comer un pan dulce”. Los vecinos constatan el carácter casi-milagroso, y “religioso”, del reparto, lo que sorprende y provoca hilaridad a una participante al recordar. Por ejemplo, una vecina del cantegril refiriéndose a dicha participante, decía: “Parece una virgencita me decía una!... ¡Una virgencita parece, me decía la mujer! [Risas]”. (Entrevista a América García).

Los entrevistados recuerdan casi con sorpresa la celeridad de los habitantes del cantegril en dar cuenta no sólo de la carga del camión, sino del propio vehículo; la imagen expresa un afán de auto-reparación de parte del cantegril: ya no es necesario que los militantes realicen el reparto, lo hacen los habitantes del cantegril. La sorpresa da cuenta también de la distancia objetiva entre “repartidores” (discutiendo en forma teórica como sería el reparto) y “beneficiarios del reparto” (“en seguida agarraron la onda los vecinos”) distancia que se salva en parte a través de la “idealización” de los “repartidores”:

“ En esa etapa que uno idealizaba las cosas, pensábamos que una de las cosas que recompensaba a esa gente era llevarle comida, llevarle pan dulce el día de nochebuena. Y la acción de hacer que esta realidad vaya cambiando (...), darle cosas a la gente que no tiene, tratar de reinvertir la justicia que había en esa época, no?”. (Entrevista a Omar Puime).

Según recuerdan (y concuerdan) los entrevistados, la prensa, a posteriori, bautizó como “los *Robin Hood*” a los participantes de estas acciones<sup>134</sup> (ellos se autodenominaban “comandos”<sup>135</sup>). Las nociones de justicia y reparación están en la base de las acciones de reparto, en el marco de una sociedad vista como desigual e injusta: el fin de la Suiza de América<sup>136</sup>.

---

<sup>134</sup> La revista estadounidense *Time*, publicó en mayo de 1969 un artículo sobre el MLN-T refiriéndose al movimiento como “los Robin Hood de la guerrilla” (Garcé, 2006: 17).

<sup>135</sup> Particularmente, el del día de Nochebuena de 1963 se autodenominó: “Comando Juvenil José Artigas”.

<sup>136</sup> Durante los años cincuenta, se afianzó la noción colectiva de vivir en un país excepcional (“Como el Uruguay no hay”, “La Suiza de América”). Perelli y Rial (1986) distinguen cuatro mitos predominantes en los años 50: el mito de la medianía (construido sobre la idea del predominio social de las capas medias); el mito de la diferenciación (basado en la autopercepción como “europeizados uruguayos”: ni latinoamericanos ni europeos); el mito del consenso o de la democracia (o también “mito del respeto a las reglas y mantenimiento de un estado de derecho”) y el mito del país de “culturosos” (apoyado en la noción de la existencia de una sociedad “de capas medias” “cultura” y educada).

“La Juventud Artiguista o algo... que nos pusieron las [sic] Robin Hood, que hacemos las primeras expropiaciones en *Manzanares* (...). Sacamos al que tiene, para el que no tiene, como una cosa muy básica, muy elemental”. (Entrevista a América García).

“El Uruguay se... en ese momento, fue un viraje muy grande que hubo... hubo un empobrecimiento enorme de distintas capas sociales, empezaron .. a.. uno a darse cuenta que el Uruguay no era la Suiza de América, ¿no? Que era un país bastante... con mucha pobreza. Y nosotros (...) empezamos a dedicarnos un poco a llevarle comida a los cantegriles... Los comandos que les llamaban los Robin Hood... en los diarios y eso”. (Entrevista a Omar Puime).

### **Palabras finales**

Durante los años en que se desarrolló el Coordinador (1963-1965) no existía el MLN-T y múltiples posibilidades estaban abiertas. Sin embargo, en el presente (y a lo largo de la historia del movimiento, especialmente después de la dictadura), el Coordinador es recordado como parte de la historia del MLN y su memoria incluida en esta trayectoria. La “apropiación” de la memoria de la red, que relega al olvido a quienes, habiendo participado de la misma, no adhirieron al MLN en su creación, también invisibiliza al Coordinador. En este sentido, durante la década 1986-1996, el periódico oficial tupamaro, *Mate Amargo*, no hace referencia a casi ninguno de los momentos claves de su trayectoria<sup>137</sup>.

A excepción de la charla sobre el “Tiro Suizo” brindada en 2006 en el liceo de Nueva Helvecia por el diputado del Movimiento de Participación Popular Homero Viera, y sus repercusiones políticas, no hay referencias públicas ni conmemoraciones en relación con el asalto al Club de Tiro Suizo, uno de los eventos más significativos (según sus militantes) del período del Coordinador.

El “olvido” del Coordinador, expresa, en buena medida, la necesidad del MLN-T, a partir de la pos-dictadura y como reflejo de su opción por el sistema democrático,

---

<sup>137</sup> Con la excepción de la exhibición de fusiles obtenidos en el robo de la Aduana de Bella Unión, en diciembre de 1963 en un acto realizado, en ocasión de un aniversario de la muerte de Raúl Sendic. (*Mate Amargo*, 4 y 18/V/1995).

de no recordar los inicios de la ruptura de la legalidad. Y en parte quizá también, el “olvido” del Coordinador, habilita la exclusión de la memoria de quienes, integrantes del mismo y luego miembros del MLN, no compartieron las propuestas del MLN de la posdictadura, o discrepan con su actual desempeño en el gobierno.

### **Entrevistas**

Guillermo Chifflet, Montevideo, 20.9.2006.

Ricardo Elena, Montevideo, 12.9.2006 y 9.9.2007.

América García, Montevideo, 10.9.2007.

Hebert Mejías Collazo, Canelones, 23.9.2007.

Omar Puime, Montevideo, 21.9.2007.

Washington Rodríguez Beletti, Montevideo, 21.9.2006.

Jorge Torres, Montevideo, 5.9.2007 y 19.9.2007.

Germán Vidal, Montevideo, 22.10.2006.

### **Bibliografía y documentación citada**

Actas Tupamaras (2003): *Una experiencia de guerrilla urbana*, Buenos Aires, Cucaña.

Aldrighi, Clara (2001): *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo, Trilce.

Alonso, Rosa y Demasi, Carlos (1986): *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental (E.B.O.).

Arocena, Felipe (1989): *Violencia Política en el Uruguay de los 60. El caso de los tupamaros* Montevideo, CIESU.

Blixen, Samuel (2000): *Sendic*, Montevideo, Trilce.

Caetano, Gerardo y Alfaro, Milita (1995): *Historia del Uruguay Contemporáneo*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria.

Cores, Hugo (1989): *La lucha de los gremios solidarios (1947-1952)*: Montevideo, Compañero/E.B.O.

- Duffau, Nicolás (2007): *Los militantes del Partido Socialista en el Coordinador (1963-1965)*. (Ponencia Congreso de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay, Montevideo).
- Fernández Huidobro, Eleuterio (1986- 87): *Historia de los Tupamaros*, 3v, Montevideo, TAE.
- Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.) (2007): *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós.
- Garcé, Adolfo (2006): *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Gilio, María Esther (1970): “Reportaje a un tupamaro” *Primera Plana*, [Catálogo de Publicaciones Políticas Internacionales SJMP/CPI/c19-2-3, CeDinCi].
- Harari, José (1986): *Contribución a la historia del ideario del MLN Tupamaros. Análisis Crítico*. t.1, Montevideo, MZ.
- Jelin, Elizabeth (2005): “Exclusión, memorias y luchas políticas”. En: Mato, Daniel: *Cultura, política y sociedad. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/mato/Jelin.rtf> (oct./ 2007)
- \_\_\_\_\_ (2000): “Memorias en conflicto”, *Puentes*, año 1, nº1, pp. 6-13.
- \_\_\_\_\_ (2001): *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- Marenales, Julio: *Breve historia del MLN*. En: <http://www.chasque.net/mlnweb/portada.htm> (set./ 2007).
- Mazzeo, Mario (1990): “Mirando al Che. A 23 años de su muerte”, *Mate Amargo*, 10 de octubre, p.12.
- MLN, “Proclama del Comité Ejecutivo del Movimiento de Liberación Nacional leída por Julio Marenales”, *Mate Amargo* 11.5.1995, p. 3.
- Mercader, Antonio y De Vera, Jorge (1969): *Tupamaros: estrategia y acción*. Montevideo, Alfa.
- Nahum, Benjamín; Cocchi, Ángel; Frega, Ana y Trochón, Ivette (1989): *Historia Uruguaya t. 7: Crisis política y recuperación económica 1930-1958*, Montevideo, E.B.O.
- Nahum, Benjamín; Frega, Ana; Maronna Mónica y Trochón, Ivette (1990): *Historia Uruguaya, t. 8: El fin del Uruguay liberal 1959-1973*. Montevideo, E.B.O.
- Núñez, Carlos: (1994): “De La Higuera a Pando y hasta hoy, el Che vive”, *Mate Amargo*, 6.10.1994, p.11.

- Panizza, Francisco (1990): *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo, E.B.O.
- Perelli, Carina y Rial, Juan (1986): *De mitos y memorias políticas*. Montevideo, E.B.O.
- Real de Azúa, Carlos (1984): *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, E.B.O.
- Rey Tristán, Eduardo (2005): *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-73*, Sevilla, CSIC/Universidad de Sevilla.
- Ruiz, Esther y Paris, Juana (1997): “Ser militante en los sesenta”. En: Barrán, José Pedro, Caetano, Gerardo y Porzecanski, Teresa.: *Historias de la Vida Privada en el Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*. tomo III, Montevideo, Taurus/Santillana, pp. 267-298.
- Sendic, Raúl (1986), “Por la tierra y contra la pobreza”, *Entre todos*, N° 16, [Catálogo de Publicaciones Políticas Internacionales SJMP/CPI/c19-2-3, CeDinCi].
- Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) (1989): *Uruguay Nunca Más. Informe sobre la violación a los derechos humanos (1972-1985)*, Montevideo, SERPAJ.
- Torres, Jorge (2002): *Tupamaros: La derrota en la mira*, Montevideo, Fin de Siglo.

### **Periódicos y Revistas**

- Acción*, 1962-1963, Montevideo, Uruguay.
- Barricada* 1964, Montevideo, Uruguay.
- El País*, 1963, Montevideo, Uruguay.
- El Popular*, 1963, Montevideo, Uruguay.
- El Sol*, 1963-1964, Montevideo, Uruguay.
- El Telégrafo Mercantil* 1963, Paysandú, Uruguay.
- Epoca*, 1963-1964, Montevideo, Uruguay.
- Marcha*, 1962-1964, Montevideo, Uruguay.
- Mate Amargo*, 1986-1996, Montevideo, Uruguay.



## **VI**

### **Cultura y representaciones**

## Invención y circulación del Plan Andinia (Argentina y Chile, 1960-1976)\*

Ernesto Bohoslavsky

Una revelación impactante se difundió en la prensa argentina en 1972. Los judíos tendrían en mente un plan para crear un Estado alternativo, disponible para cuando Israel fuera recuperado por las fuerzas militares combinadas de los países árabes. El espacio que se destinaría a tal efecto serían las provincias del sur argentino. La nueva Jerusalén sería la ciudad de Bahía Blanca y el nombre del segundo *Judenstaat* tendría pocas resonancias bíblicas: Andinia. El joven Estado lograría independizarse de Argentina merced a la intervención de Washington y de Moscú, que se encontraban, según se decía, completamente dominadas por el lobby judío. La viabilidad económica del nuevo país estaría asegurada por su gran capacidad económica y por la posibilidad de utilizar a la Antártida como un gigantesco *freezer* en el cual almacenar granos y especular con su cotización.

A mediados de la década de 1970 algunos miembros de los “grupos de tareas” que operaron en Argentina consideraban al Plan Andinia tan real como el *Manifiesto Comunista*. El 8 de noviembre de 1974 el jefe de policía de la provincia de Río Negro, Benigno Ardanaz, giró a todas las comisarías una circular en la cual daba cuenta del accionar del gran Sanhedrín judío que controlaba Argentina y el mundo sirviéndose del comunismo y la masonería. La “Orden del día 5.134” postulaba que desde entonces comenzaba “la guerra contra los judíos, masones y comunistas desvirtuando sus diabólicos planes” (Informe CO.SO.FAM. 1999; Meyer 1976; Río Negro 2005). Prisioneros del último régimen militar, como Jacobo Timerman o Juan Ramón Nazar fueron interrogados por su supuesta participación en el “Plan” (Informe CO.SO.FAM. 1999; Timerman 1982). La revista *Restauración*, el periódico *Génesis* –con publicidad de la Liga Árabe– y varios diarios provinciales difundieron en 1976 el Plan, siguiendo información proveniente de la agencia española EFE (Meyer 1977). El viejo nazi Franz Pfeiffer, quien visitó la capital argentina en 1978, comentó que un “grupo de rabinos”

---

\* Quisiera agradecer los comentarios a una versión previa de este texto al resto de los compiladores de este libro, así como a los miembros del grupo de historia reciente de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Valeria Galván, con enorme generosidad me facilitó documentación que había revisado para su investigación. Agradezco a Martín Lardone haberme traído documentación desde la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Las traducciones que aparecen en este texto son de mi responsabilidad.



había propiciado la creación de un estado llamado Andinia, por lo cual fue “fácil que los árabes encuentren gran apoyo en su lucha contra Israel” (Gheyn 1978). El asunto no terminó con la restauración democrática. A mediados del mandato de Raúl Alfonsín se denunció que existían planes para poblar la Patagonia con tres millones de habitantes soviéticos de origen judío. El proyecto de traslado de la capital a Viedma fue señalado como el desencadenamiento del Plan Andinia por un esotérico nazi chileno (Anónimo 1987; Serrano 1994). El 12 de septiembre de 2003 *Infobae* informó que el jefe del Ejército argentino, el teniente general Bendini, había dado un discurso en el que señalaba que fuerzas israelíes estarían interesadas en ocupar la Patagonia. Lo propio expuso en su página web la Organización Islámica Argentina en el 2005, que denunció que en la Patagonia argentina y chilena se estaba creando un segundo Estado judío (Kollmann 2005).

¿Quién pergeñó tamaña fábula? Hasta hoy se había sostenido que el Plan había sido inventado por el economista cordobés Walter Beveraggi Allende en 1972 (D.A.I.A. 1972:8; Perednik 1999:163; Senkman y Sznajder 1995:189 y 214). Según Leonardo Senkman (1989:114 ss.) la intentona de Beveraggi Allende apuntaba a desarrollar una “demagogia desviacionista” funcional tanto a las “burocracias sindicales peronistas” como a la derecha nacionalista antiperonista, pues ambas estaban amenazadas por el proceso de movilización política desde abajo. Este artículo intentará mostrar que el origen del “Plan Andinia” es por lo menos diez años anterior y que Beveraggi Allende en realidad sólo fue un difusor entusiasta del infundio: sus inventores fueron allegados y familiares de Adolf Eichmann, residentes en Argentina.

### **Los Eichmann en Argentina (1950-64)**

Tras abandonar el campo de concentración que dirigía en Checoslovaquia en 1945, Adolf Eichmann se ocultó durante tres años en el norte de la Alemania ocupada (Abós 2007:23). Gracias a la ayuda de quien era rector del Colegio Alemán de Santa Maria dell’Anima en Roma, el obispo Alois Hudal, consiguió un pasaporte de la Cruz Roja que le franqueó el ingreso a Buenos Aires (Jackisch y Mastromauro 2000; Meding 1999). La salida vía Roma fue parte de la “ruta de las ratas” o *ratline*, que implicaba –al menos– la vista gorda del Vaticano para el escape de jefes nazis y colaboracionistas (Sanfilippo 1999). De acuerdo con Buchrucker (2002:60), la elección de Argentina como destino para los criminales de guerra y colaboracionistas no obedecía tanto a una

decisión previa de los líderes del *Reich*, tal como ha sostenido la bibliografía más sensacionalista sobre el tema, sino a razones un poco menos ideológicas, como la fama de que el país era de “tipo europeo” y que la próspera colectividad alemana estaba bien conceptuada en la sociedad argentina. De hecho, en los primeros diez años de posguerra ingresaron a la Argentina 15.000 austriacos que no necesariamente tenían antecedentes nazis (Jackisch y Mastromauro 2000).

Durante su estadía en la Argentina, Eichmann tuvo contactos con otros nazis y colaboracionistas que se habían refugiado en el país, como el médico Josef Mengele y Willem Sassen.<sup>138</sup> Eichmann trabajó en diversas tareas para sobrevivir: hizo estudios hidrológicos en la selva de Tucumán, reparó autos en un taller mecánico en Buenos Aires, puso –con poca suerte– una lavandería y fue inspector de la Mercedes Benz. En 1955 inició un fallido negocio de cría de conejos a 600 kms al sudoeste de la capital, asociado a Franz Pfeiffer, otro viejo SS.<sup>139</sup> La vida económica de Eichmann en el gran Buenos Aires parece haber sido algo estrecha al punto que un agente del Mossad que lo espiaba en 1960 desconfiaba de que fuera en realidad el hombre que buscaban. La casa de calle Garibaldi al 6000 en el partido de San Fernando en que vivía entonces había sido construida por Eichmann y sus hijos en los fines de semana.

En 1952 llegaron al río de la Plata su esposa y sus tres hijos: Klaus nacido en Berlín (1936), Horst Adolf (Viena, 1940) y Dieter Helmuth (Praga, 1942). En Buenos Aires nació en 1955 el cuarto de los hijos de Eichmann, Ricardo, quien actualmente trabaja en el Departamento Oriente del Instituto de Arqueología de Berlín. En el momento de la captura del *Obersturmbannführer* en 1960, sus hijos más grandes tenían una vida social activa, pero recortada geográficamente al norte del conurbano bonaerense y económicamente por los escasos ingresos del padre (Abós 2007:196). Los jóvenes iban a bailar a Sunset, hacían deportes en el Club Náutico y picnics en las playas de Olivos (donde la familia vendió jugos de frutas los fines de semana en un esfuerzo por mejorar los ingresos).

---

<sup>138</sup> Sassen actuó como propagandista del régimen pro-nazi en Holanda. Tras la derrota del Eje se refugió en Argentina donde se encargó de grabar cerca de 600 cintas de entrevista a Eichmann, que años después convirtió en artículos para la revista *Life*. Es el padre de la famosa socióloga Saskia Sassen.

<sup>139</sup> Tras su frustrado paso por la cunicultura, Pfeiffer se desplazó a Chile, donde se convirtió en uno de los más importantes dirigentes del nacionalsocialismo local (Abós 2007:169). Poco después, en 1957, formó una célula del Ku Klux Klan en Chile y fue fundador del Partido Nacional Socialista Obrero Chileno. Cuando el partido desapareció, en la década de 1980, Pfeiffer creó la Sociedad Científico Filosófica Interamericana, “de igual adscripción neonazi, pero replegada a actividades culturales y reuniones sociales de adherentes. Su existencia se limita a Santiago” (Saavedra Fuentes 2001-2002).

La vida más o menos corriente que llevaba la familia Eichmann en San Fernando se vio convulsionada cuando en mayo de ese año agentes del Mossad capturaron al *pater familias*. A título de resguardo, los papeles personales de Eichmann fueron entregados al colaboracionista belga Hugo Byttebier.<sup>140</sup> Klaus Eichmann dejó a su esposa e hija y viajó a Berlín donde realizó una defensa pública de la actuación de su padre durante la guerra y luego intentó verlo en Jerusalén (por ese episodio, en 1964 el filósofo Günther Anders, ex-esposo de Hannah Arendt, escribió el libro *Nosotros, los hijos de Eichmann. Carta abierta a Klaus Eichmann*). El segundo hijo, Horst Adolf<sup>141</sup>, tenía vínculos con nacionalistas locales y participaba de redes internacionales que vinculaban a viejos y nuevos nazis como el World National Socialist Movement que dirigía George Lincoln Rockwell. Esta afirmación se respalda en documentos de la época:

- 1) En abril de 1966 la revista *Playboy* entrevistó a Rockwell, quien indicó que, en Argentina, “Horst Eichmann, el hijo de Adolf Eichmann, es nuestro líder allí. Está encarcelado o desaparecido, pero nuestro movimiento está creciendo allí”.<sup>142</sup>
- 2) En un ejemplar de 1963 de la revista que editaba el grupo neonazi dirigido por Klaus Eichmann se reprodujo una nota de autoría de Rockwell, originalmente publicada en *The Stormtrooper*, el órgano oficial del American Nazi Party.<sup>143</sup>
- 3) Rockwell le habría ofrecido en octubre de 1962 al pequeño partido neonazi dirigido por el joven Eichmann, la realización en Argentina del 2º Congreso Nazi (Quiroga 1963). Según apuntaba una fuente neonazi, cuando le fue negada a Rockwell la visa para participar del citado congreso, el episodio redundó en un

---

<sup>140</sup> Byttebier fue condenado a muerte en Bélgica como criminal de guerra, pero escapó a Argentina en 1948. Los documentos que le había entregado la familia Eichmann se los cedió en 1991 a David Irving, promotor del negacionismo del Holocausto, cuando visitó Buenos Aires. Murió en esta ciudad en el 2004 (Kiernan 2004).

<sup>141</sup> Al momento del secuestro de su padre se encontraba en New York trabajando como marino mercante. Allí conoció a la joven Elvira Pummer, con quien se casó según el rito católico en 1961 en Buenos Aires. La noticia del enlace matrimonial apareció en el famosísimo semanario norteamericano *Time*. Cfr. La sección 'Milestones', del 1 de septiembre de 1961 de *Time*.

<sup>142</sup> "George Lincoln Rockwell: Playboy Interview", *Playboy*, April 1966:79. Según Rockwell, el destino de encierro de Eichmann era compartido por dirigentes neonazis de Francia, Suecia, Austria, Chile y Alemania.

<sup>143</sup> Destaca la creación de la Unión Mundial de Nacional Socialistas con miembros de Argentina, Chile, Uruguay, Chile, Estados Unidos, Reino Unido “y otra decena de países”. *Rebelión*, 10, Buenos Aires, noviembre-diciembre, 1963.

incremento del conocimiento público del Frente Nacional Socialista Argentino (FNSA de aquí en adelante).<sup>144</sup>

### **Frente Nacional Socialista Argentino: ¿banda neonazi o pyme política?**

Nacido pocos meses después del secuestro de Eichmann, este grupo tuvo un ámbito de acción “restringido al norte del conurbano de Buenos Aires, en San Fernando” según la inteligencia policial. El mismo analista sostuvo en 1964 que “la citada Agrupación Política carece de gravitación e importancia por el momento”. Su domicilio legal quedó fijado en “Garibaldi s/n en intersección con la ruta 202”.<sup>145</sup> En febrero de 1962 el grupo empezó a editar *Rebelión* con una primera tirada de 700 ejemplares. Sobre este grupo cayó la responsabilidad del atentado contra la sinagoga en Florida, conurbano norte de Buenos Aires, ocurrido en octubre de 1962. A finales de ese año la policía bonaerense sospechaba que el FNSA estaba efectuando instrucción militar en la zona de Pilar.

Siempre según *Rebelión*, el súbito éxito político del FNSA implicó la necesidad de introducir mayor disciplina para mantener el secreto. Dorrego decidió que Horst Eichmann apareciera como "Jefe de las Tropas de Asalto": su apellido tenía la suficiente connotación para actuar como prenda de unión entre las distintas fracciones del nacionalsocialismo argentino (Abós 2007). Franz Pfeiffer también reconoció que el joven Eichmann actuó como líder del nazismo vernáculo, pero que su paso por la militancia había resultado un poco decepcionante para la mística que tenía el apellido: “el hijo de Adolf Eichmann era todo un símbolo y la gran mayoría se sometió voluntariamente, sin hacer mayores preguntas [...] más tarde sería expulsado, por no considerársele de absoluta confianza” (Gheyn 1978). En enero de 1964 Dorrego envió a Horst Eichmann, todavía Jefe de las Tropas de Asalto, a visitar uno de los destacamentos del FNSA, en Alta Gracia, provincia de Córdoba. Entre las misiones encomendadas se encontraba la realización de algunos ejercicios militares y otra de naturaleza más terrenal: recaudar las cuotas de afiliación de los últimos meses y los

---

<sup>144</sup> ¿Quién era Nicanor Dorrego, el líder del FNSA? Las versiones no son coincidentes. Según algunos, era el *nom de guerre* de Klaus Eichmann (Elneuvé 1971:300), pero según otras versiones, era el seudónimo de un tal Nicolás Dubrova del cual no hemos tenido mayor detalle.

<sup>145</sup> Servicio de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Mesa “A” Legajo 173, Carpeta 37 “Frente Nacional-Socialista Argentino (Comando Liga Argentina Nacional Socialista), f° 39 a 42.

fondos provenientes de la venta de libros y ejemplares de *Rebelión*.<sup>146</sup> Sin embargo, las disputas y celos entre los líderes parecen no haber desaparecido con el encumbramiento del joven Horst Eichmann, dado que se produjeron escisiones y divisiones dentro del FNSA.<sup>147</sup> El joven Eichmann fue detenido en 1964 por la policía de la provincia de Buenos Aires como cabecilla del partido.<sup>148</sup>

En el auto-relato del origen del FNSA podemos encontrar muchos de los elementos comunes a otros grupos nacionalistas del período, tanto a nivel de contenido ideológico como de uso de metáforas. Entre los puntos de vista comunes se encuentra el filo-obrerismo, el catolicismo y el antisemitismo, y entre los aspectos retóricos que organizan la narración, hay que mencionar en primer lugar la imagen del cruzado, dispuesto a inmolarse en una batalla desigual contra los impuros. En esa tarea de deslinde entre buenos y malos, el grueso de la energía, el tiempo y las palabras no está puesto en el combate contra el enemigo, sino contra el falso camarada, contra aquellos que, “en apariencia” comparten el mismo campo ideológico, pero resultan ser potenciales traidores o débiles de espíritu. No sorprende esta perspectiva si tenemos en cuenta que en 1962 y 1963 ya habían aparecido otros grupos de jóvenes de fuerte tendencia nacionalista y antisemita, como era el caso de Tacuara, que constituían la competencia más fuerte del FNSA. En esos años, Tacuara y sus desprendimientos sumaban, como mínimo, a varios miles de jóvenes, un número que difícilmente hubiesen podido congregarse los hermanos Eichmann (Bardini 2002:cap. 5; Beraza 2005; Gutman 2003; Padrón 2005).

En un volante difundido a inicios de 1964 planteaba un cuadro de situación decadentista.

“Ante esta incierta hora, por la que atraviesa nuestra querida patria; Ante la caducidad del régimen capitalista-liberal-burgués; Ante el peligro comunista que se cierne sobre nuestra patria; Ante la continua violación de la soberanía nacional por parte de las potencias extranjeras (ocupación internacional de la Antártida Argentina, la retención de las islas Malvinas por Inglaterra, la continua ingerencia de los EEUU de norte América en problemas internos argentinos; el secuestro del teniente coronel Adolfo Eichmann, realizado por agentes de Israel [...] Ante la tremenda injusticia social imperante en nuestra patria”<sup>149</sup>

---

<sup>146</sup> *Ídem*, f° 40.

<sup>147</sup> En octubre de 1963 fueron detenidos en Munro exintegrantes del grupo Yelpe, expulsados por haber cometido delitos contra la propiedad. *Ídem*, f° 44.

<sup>148</sup> *Ídem*, f° 39. Durante el allanamiento a su casa, personal policial secuestró un rifle, un revólver 38 y volantes.

<sup>149</sup> “Comunicado n° 1 del Alto comando nacional del Frente Nacional-Socialista Argentino (Sección Argentina de la Unión Mundial de nacional-Socialistas)”, en Legajo 173, f° 45, enero de 1964.

A continuación, el volante señalaba que había “llegado la hora de salir en defensa de la patria, de sus tradiciones y de su pueblo”. El nuevo orden al que convocaba en enero de 1964 se caracterizaba por las siguientes políticas, discriminadas según niveles. En lo referido al campo internacional, el primero de los puntos reclamaba “la inmediata restitución de todos los territorios que por naturaleza le pertenecen a nuestra patria” y posteriormente planteaba la necesidad de romper con los “trusts” económicos internacionales y de mantener una neutralidad efectiva frente a los bloques marxista y capitalista así como la ayuda económica a los “pueblos subdesarrollados”. Varias de las propuestas del FNSA se concentraban en las fuerzas armadas, penitenciarias y de seguridad, para las que reclamaba “jerarquización y equipamiento” dado que “constituyen una de las columnas vertebrales de la nación”. En lo que se refiere a aspectos económicos, destacaban postulados de promoción de la calidad de vida de los trabajadores (entrega de viviendas y herramientas de trabajo, mejora de la asistencia médica, “revolución agraria” e “implantación de un sistema económico que esté al servicio de la comunidad”). Simultáneamente, debían ser procesados los “delincuentes económicos”, entre los que mencionaban exclusivamente aquellos de origen judío. Exigían la creación de centros científicos y técnicos que evitaran el exilio de cerebros argentinos y que mejoraran los niveles de “producción nacional”, así como la “revisión y actualización de las enseñanzas primaria, secundaria y universitaria”. El FNSA postulaba un reordenamiento de la estructura política y constitucional argentina. En primer lugar, hacía un guiño hacia el peronismo sindical (más que al corporativismo como ideología) al postular la participación “de los sindicatos en el gobierno de la patria”. Por otro lado, indicaba que la libertad de cultos debería ser respetada mientras que ninguno de éstos atentara “contra la patria”. Por lo demás, deberían ser suprimidas las influencias foráneas en la prensa y las de naturaleza “perniciosa e inmoral” que se dejaban ver en “el arte, la literatura, la radio, el cine y la televisión”.

En el ejemplar de *Rebelión* incautado a neonazis por los agentes de la comisaría de San Isidro, se incluía una nota que venía a concluir una serie de artículos publicados en ediciones anteriores. El título de la nota en cuestión era: “Argentina, ¿colonia de Israel? La República de Andinia o un nuevo Estado judío en la Argentina”. En ese artículo, el anónimo autor planteaba que los desastrosos gobiernos de Pedro Aramburu y de Arturo Frondizi fueron el resultado de “planes perfectamente establecidos en el Sanhedrín (Gobierno secreto judío establecido en nuestro país, como en cada una de las naciones del mundo)”. Los planes denunciados por *Rebelión* incluían una mención

detallada de su metodología y objetivos, tal como corresponde a esta literatura de “planificación del mal”.

La “república de Andinia” que denunciaba la revista *Rebelión* era presentada siguiendo la misma organización lógica que planteaban los *Protocolos de los Sabios de Sion*<sup>150</sup>, esto es: crisis económica → malestar de las mayorías populares → revolución social → triunfo de los judíos. Concretamente, el supuesto plan en marcha, consistía en:

- a) Malgastar las divisas fuertes y metálicas que posee la nación, fomentando la corrupción administrativa (negociados y sustracción de fondos del Estado)
- b) desencadenar el agio y la especulación, haciendo el juego con el fomento de suba de salarios y, al mismo tiempo, la suba en mayor escala de los precios de los artículos esenciales de consumo;
- c) con esto lograr empobrecer a la nación, agitar el ambiente de malestar en el sector obrero y en el seno del pueblo, y concretar la entrega de la economía nacional a los capitalistas internacionales judíos
- d) tomar el poder con hombres procedentes de los grandes centros económicos (judíos, masones y comunistas internacionales en su totalidad)
- e) preparar la revolución social (marxista).<sup>151</sup>

Así, bajo este “novedoso” prisma conspirativo, la inmigración judía de fines del siglo XIX tenía una interpretación distinta de aquella a la que habían recurrido anteriores generaciones nacionalistas. La verdadera intención de “los judíos” había sido el acaparamiento de la tierra, liderada por la Jewish Colonization Agency, la que se creía que era, en realidad, el embrión del futuro Estado judío. Los datos que *Rebelión* aportaba como pruebas de la existencia del Plan Andinia eran las menciones efectuadas por Herzl en *El Estado judío*, “la acción del sionismo”, la “inmigración en masa” y graves perjuicios económicos como “las concesiones petrolíferas, la radicación de capitales foráneos, etc.”.<sup>152</sup>

En el marco de la expansión de las prácticas y de la intensidad de los discursos antisemitas en la Argentina, las ideas de *Rebelión* encontraron eco y réplicas en otros ámbitos. El libro *El Plan Andinia o el Nuevo Estado judío* retomaba las ideas de

---

<sup>150</sup> Los *Protocolos de los Sabios de Sion* constituyen la más famosa de las lecturas antisemitas del siglo XX., Creada por el ruso Sergei Nilus a fines del siglo XIX, su difusión mundial fue exhaustiva durante la dictadura nazi en Alemania. A la fecha hay decenas de ediciones en muchos idiomas. La reconstrucción más brillante de su creación, adaptación y recepción es el libro de Cohn (1983).

<sup>151</sup> “Argentina, ¿colonia de Israel? La República de Andinia o un nuevo Estado judío en la Argentina”, *Rebelión*, año 2, n° 10, Buenos Aires, noviembre-diciembre, 1963.

<sup>152</sup> *Ídem*.

*Rebelión* y le daba mayor “sustento” a partir de una exposición de evidencias empíricas, como la superposición de citas reales y asignadas a textos de Herzl y de otros autores (Anónimo 1965). Sin embargo, el grado de difusión del Plan Andinia no parece haber sido importante a finales de la década de 1960. Por entonces, un libro dedicado enteramente a una sociología de la “cuestión judía” no lo menciona en sus páginas (Sebreli 1968). Por ello, cuando Beveraggi Allende volvió a la carga con el asunto parecía mucho más un sensacional descubrimiento que una recreación ficcionalizada de un viejo fantasma antisemita.

### **Antisemitismo, filoarabismo y derechas (1960-1976)**

La captura de Eichmann debilitó al gobierno de Arturo Frondizi frente a sus opositores de derecha y el Ejército, que lo consideraban demasiado débil no sólo frente a la izquierda y el peronismo, sino en el plano internacional. El episodio desembocó en un grave enfrentamiento diplomático entre Buenos Aires y Tel Aviv, que alcanzó su clímax con la condena al Estado de Israel que emitió el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, patrocinada por el embajador argentino ante la ONU, Mario Amadeo.<sup>153</sup> En esos meses creció la agitación judeofóbica en Argentina, expresada en atentados contra sedes sociales, educativas y religiosas de la colectividad. Se multiplicaron las voces que entendían que ese episodio no era más que una muestra de la petulancia y el desembozo que tenía la dominación sionista en Argentina (Klich 2002). Dentro de este coro de voces, una de las más destacadas fue la del Movimiento Nacionalista Tacuara. Miembros de esta agrupación juvenil organizaron charlas de repudio al secuestro de Eichmann y se responsabilizaron de las pintadas donde reclamaban su regreso a la Argentina (Gutman 2003; Kiernan 2005:86). En agosto de 1960 un joven judío de 15 años, estudiante del Colegio Sarmiento, Edgardo Trilnick, fue baleado por militantes de Tacuara (Dijour 1961; Gutman 2003:92; Senkman 1989:25). En junio de 1962, el secuestro de la estudiante judía Graciela Sirota, a quien le tatuaron una cruz esvástica en su pecho, indicó uno de los niveles más altos de la tensión judeofóbica. El posterior asesinato de Raúl Alterman, rodeado de expresiones

---

<sup>153</sup> Amadeo, de militancia largamente vinculada al catolicismo nacionalista, en la década de 1930 formó parte de los Cursos de Cultura Católica e intervino en numerosas publicaciones católicas. Participó como asesor del ministerio de Relaciones Exteriores del golpe de Estado de 1943 y estuvo muy cercano al gobierno peronista hasta su ruptura con la Iglesia. Tras ello pasó al campo opositor, fue canciller de la Revolución Libertadora y formó parte de los grupos nacionalistas que apoyaron la campaña de Arturo Frondizi a la presidencia en 1958 (Lvovich 2003:197; Zanatta 1996).



explícitas sobre la condición judía de la víctima- indicó los fuertes niveles de violencia política y racista alcanzada. Sin embargo, ni la captura de Eichmann ni otros episodios lograron unificar a las diversas fracciones de derecha y de “nostálgicos del Nuevo Orden” que existían en el país (Buchrucker 2002), entre las cuales se contaba el muy pequeño FNSA.

Diversos grupos y actores políticos se hicieron eco de la idea de que el país se encontraba acosado por una conspiración judía. Juan Carlos Cornejo Linares, figura del peronismo de derecha, publicó en 1964 un libro titulado *El Nuevo Orden Sionista en la Argentina*<sup>154</sup>. En ese volumen anexó un Memorándum en el que se indicaba que el sionismo instruía a los argentinos en la táctica subversiva de aliarse con la izquierda local (trostkismo, socialismo, comunismo) para penetrar y disolver al movimiento peronista “lo antes posible” (Buchrucker 2002:88; Senkman 1989:104). En julio de 1964 presentó un proyecto de resolución en la Cámara de Diputados propiciando la formación de una comisión bicameral que investigara las actividades sionistas en Argentina (Senkman 1989:57). Según señalaba Cornejo Linares, las víctimas de este complot sionista serían el sacerdote Julio Meinvielle, el general Enrique Rauch y el representante de la Liga Árabe en Argentina, Hussein Triki, quien había vinculado a esa organización con Tacuara, Guardia Restauradora Nacionalista y figuras del peronismo sindical y político (Gutman 2003:197). *Nación Árabe* publicó en 1964 un artículo en el que señalaba que el sionismo tenía el propósito de someter a la Argentina: los redactores basaban esa afirmación en un documento que misteriosamente les había llegado a sus manos y en el cual los judíos confesaban abierta e imprudentemente sus motivos (D.A.I.A. 1972).<sup>155</sup> La prensa árabe de Santiago de Chile no ofrecía ideas diferentes: en 1966 reprodujo una nota sobre la infiltración judía en el Cono Sur, que concluía que “la acción nazi-fascista de épocas de guerra aparece como inocente juego de niños

---

<sup>154</sup> Juan Carlos Cornejo Linares se inició en la política en Salta como parte de una familia que desde hacía décadas estaba involucrada en la vida pública de la provincia. Su padre, Julio Cornejo Urriburu, fue el último gobernador radical de Salta (1928-1930). Allegado a FORJA en 1935, logró convertirse en diputado provincial con el peronismo, mientras que su hermano consiguió la gobernación (Correa *et al.* 2004). La fortuna familiar se había acumulado a partir de la explotación del tradicional Ingenio San Isidro y de estancias agro-ganaderas distribuidas por la provincia. Hay evidencias de que Cornejo Linares visitó a Perón en Caracas en 1957 y 1958. Como miembro del Parlamento nacional ejerció un *lobby* pro-árabe, gracias a su cercanía al representante de la Liga Árabe en Argentina. En 1974 constituyó uno de los promotores de la comisión parlamentaria que investigó a Ber Gelbard por la venta de la empresa ALUAR (Senkman 2006). Participó del acto de promulgación de la repatriación de los restos de Rosas en 1974, en el que se entonó, “¡Mazorca, mazorca, judíos a la horca!”.

<sup>155</sup> *Nación Árabe*, n° 13-14 de mayo-junio de 1964, p. 15. En p. 12 se postula que los judíos están financiando la penetración de socialistas y comunistas en el peronismo para disolverlo lo antes posible.

comparada con la acción sionista en su camino al dominio mundial”.<sup>156</sup> En las denuncias de la prensa árabe en Chile se menciona el accionar de “comandos políticos militarizados y adiestrados en estas actividades delictuales y atropelladoras de los países libres y democráticos”, como aquella que secuestró a Eichmann en Argentina para después “asesinarlo en la horca en Tel Aviv”.<sup>157</sup>

A inicios de la década de 1970 el antisemitismo (muchas veces mutado en antisionismo) se instaló en el debate público y en las consignas políticas de la Argentina con una notable intensidad. Según señalaba el especialista convocado por el *American Jewish Committee*, la verdadera novedad era el cambio de táctica y de “socioideological background” de los antisemitas argentinos. Éstos, hasta entonces, conformaban bandas malentrenadas y peor armadas de unos cientos de jóvenes de alta sociedad patrocinadas por sacerdotes nazi-fascistas como Julio Meinvielle. Sus actividades eran “más ruidosas que físicamente peligrosas” dado que se limitaban a pintar paredes y a arrojar bombas de poco poder explosivo (Elnecavé 1971). Pero a partir de 1971 la sensación de amenaza se había vuelto mucho más seria puesto que estos discursos habían encontrado buena recepción en sectores del peronismo sindical, las fuerzas armadas y la dictadura militar.

En *La Hora de los Pueblos* Perón (1973a) sostuvo que en 1955 “la sinárquica internacional, coaligada con el Cipayismo vernáculo, al servicio del colonialismo nos aplastaron”. Destacaba la existencia de internacionales como el capitalismo y el comunismo soviético (“aparentemente contrapuestas pero, en realidad de verdad, perfectamente unidas y coordinadas”), la masonería, el sionismo y las sociedades internacionales de todo tipo. Todas ellas eran “las fuerzas ocultas de la revolución como son las fuerzas ocultas del dominio imperialista”. Las organizaciones de derecha peronista asimilaron, extrapolaron y reelaboraron entre 1970 y 1975 el concepto de “sinarquía” para justificar los ataques antisemitas, identificando al “sionismo internacional” y a la “judeomasonería” (Kenig 1994:184; Senkman 1989:57). Desde entonces el centro de las exposiciones y diatribas antisemitas se concentró con mayor sistematicidad en la perspectiva de que los judíos tenían en marcha una conspiración para descomponer a la nación argentina. Entre las patrañas de las que se alimentaban estas ideas, probablemente una de las más reiteradas fue la que difundió un economista cordobés de doble apellido.

---

<sup>156</sup> *Mundo Árabe*, 'Penetración judía en la Argentina', 2ª quincena marzo de 1966, Santiago, p. 10.

<sup>157</sup> *Mundo Árabe*, '¿Comandos foráneos en Chile?' 1ª quincena de marzo de 1966, Santiago, p. 3.

## **Del laborismo al reaccionarismo antisemita: Beveraggi Allende y el Plan Andinia**

Walter Beveraggi Allende fue uno de los más importantes dirigentes del Partido Laborista, cercano al sindicalista de la carne Cipriano Reyes. Cuando Perón comenzó en 1946 el proceso de unificación de las distintas organizaciones que lo habían apoyado electoralmente, Reyes se resistió a la absorción del Partido Laborista (Mackinnon 2002). Por ese motivo, sufrió varios intentos de homicidio y en enero de 1948 el gobierno le quitó la personería jurídica al Partido Laborista para impedir que participara de las elecciones legislativas. En septiembre Perón declaró que se había descubierto un plan para atentar en su contra: Cipriano Reyes y otros laboristas entre los que estaba Beveraggi Allende fueron detenidos y conducidos a la Sección Especial de la Policía, donde fueron sometidos a tortura (Rodríguez Molas 1985). Tras ello, Beveraggi Allende se radicó en Boston, donde completó un doctorado en economía en la Universidad de Harvard y fue contratado para trabajar en el centro de estudios latinoamericanos recientemente creado por el izquierdista Maurice Halperin. Como miembro del área de Latin American Studies de Harvard, Beveraggi participó de una mesa redonda en un programa de la CBS, en el que declaró que Estados Unidos debía aplicar sanciones económicas a la Argentina y, llegado el caso, invadirla para acabar con el régimen justicialista. El impacto fue inmediato: Perón despotricó contra Beveraggi, usando el seudónimo de “Descartes” en la página oficialista *Democracia* (Perón 1973b) y los parlamentarios en Buenos Aires le quitaron la nacionalidad argentina<sup>158</sup> y quisieron hacer lo propio con su jefe en Harvard, pensando que también era argentino. Según cuenta Maurice Halperin en una entrevista, “las autoridades se habían confundido con otro historiador argentino, antiperonista, de apellido Halperin” (Kirschner 1995).

Tras el golpe de Estado de 1955, Beveraggi Allende regresó a la Argentina ya doctorado en ciencias económicas, tratando de insertarse en la discusión sobre la política y la economía pos-peronista. Tradujo su tesis sobre el servicio del capital extranjero en la primera mitad del siglo XX argentino, publicó un libro con sugerencias sobre el rumbo que debía tomar la “economía libertadora” y reeditó otro sobre la relación entre Perón y el laborismo (Beveraggi Allende 1954b, 1954a, 1956). El éxito obtenido por algunos de sus publicaciones de economía le permitió dictar clases en la

---

<sup>158</sup> Cfr. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 28 de junio de 1951, p. 829 ss.

Universidad de Buenos Aires y participar de su vida política desde finales de la década de 1950 y por el plazo de unos treinta años (D.A.I.A. 1972:8; Perel *et al.* 2006:111). En algún momento en la década de 1960 Beveraggi se alineó con las voces más notorias del antisemitismo y el antisionismo argentino, pero manteniendo distancia con aquellos que se identificaban con esas ideas pero militaban dentro del peronismo. Mientras fue profesor de la Universidad de Buenos Aires, difundió de diversas maneras y en distintos ámbitos libelos de su producción en los que advertía sobre lo avanzado del complot judeo-sionista para desmembrar a la Argentina (Beveraggi Allende 1969). Chile en 1969 aparecieron algunos de los coletazos de sus discusiones mantenidas con el decano de la Facultad de Ciencias Económicas, al que acusó de “servir al judeo-sionismo”.<sup>159</sup> El quincenario *Mundo Árabe* reprodujo las declaraciones de Beveraggi donde indicaba que

“lo que si conocemos en carne propia los argentinos y seguramente conocieron en carne propia los alemanes que hicieron posible el surgimiento de Hitler, son los excesos e inhumanidades del Sionismo, que mata a sus víctimas mucho más impía y dolorosamente que a través de las cámaras de gas, o sea, a través del Genocidio económico”<sup>160</sup>

En octubre de 1973, la revista estudiantil *Entre Todos*, editada en la Universidad de Buenos Aires, se burlaba de las denuncias que Beveraggi había formulado de la “infiltración sionista” en la Patagonia a través de la empresa ALUAR.<sup>161</sup> En *La inflación argentina* de 1975, Beveraggi intentaba mostrar que los graves problemas económicos del país se debían a los esfuerzos desestabilizadores llevados a cabo por el judaísmo (Beveraggi Allende 1975). La Junta Militar prohibió su libro *Del Yugo Sionista a la Argentina Posible* (Beveraggi Allende 1976) por su instigación a cometer actos criminales contra el orden público.<sup>162</sup> Durante la dictadura, Beveraggi Allende publicó el libro *Martínez de Hoz o cómo se destroza una economía* criticando la política ultraliberal del ministro de Economía del general Videla.

El Plan Andinia fue difundido en diversas ocasiones por Beveraggi Allende, pero a partir de 1971 encontró oídos más atentos. Ese año hizo circular anónimamente

---

<sup>159</sup> *Mundo árabe*, 'Entidad sionista ataca al economista Dr. Beveraggi A.' 2ª quincena de diciembre de 1969, Santiago, p. 2.

<sup>160</sup> Ídem.

<sup>161</sup> La publicación en cuestión lo criticaba por haberse cansado “despotricando contra los que vendían el país a los judíos representantes de los capitales extranjeros”, pero jamás impugnó a “esos mismos vendepatrias en lo que hace a la conducción de la Universidad, porque ahí lo tenían a él de profesor y les servía”. 'Sección Nuestra Facultad', *Entre todos*, octubre de 1973, Buenos Aires, p. 13.

<sup>162</sup> La decisión fue tomada por los jefes de la dictadura después del encuentro del embajador argentino en Estados Unidos con representantes de la Liga Antidifamación de la B'nai Brith el 7 de septiembre de 1976. Simultáneamente, no hubo reparos en que Beveraggi Allende se reincorporara como docente a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires tres meses después del golpe (Meyer 1978).

entre oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas un panfleto de unas 10 páginas, que tuvo escasa difusión, titulado “¿Qué es lo que está pasando en nuestro país?”. Allí exponía otro documento que también “providencialmente” había llegado a su poder en el que los judíos confesaban haber lanzado un complot contra la Argentina. El 1 de noviembre de 1971 Beveraggi Allende envió una carta pública a José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, titulada “Autodefensa Argentina ante la Agresión Sionista”. En esa carta Beveraggi señalaba que la huelga general que había sido decidida por la CGT el 29 de septiembre de ese año obedeció a una maquinación judeo-sionista –expresado en que el paro coincidió con la celebración del Día del Perdón– (D.A.I.A. 1972). Tras la publicación de la carta, se presentó en un juzgado tucumano el abogado Ezequiel Ávila Gallo, quien solicitó el procesamiento del “alto mando judeo-sionista”. La prensa de la colectividad árabe en Chile no dejó pasar la noticia y la divulgó como un hecho consumado, del cual las autoridades argentinas estaban al tanto.<sup>163</sup> *El Cronista Comercial* de Tucumán expresó en su edición del 11 de febrero de 1972 que “el doctor Ávila Gallo ha sido, en el pasado, protagonista de diversas denuncias de carácter sensacionalista, ninguna de las cuales pudo ser confirmada jamás” (D.A.I.A. 1972).

Este mismo plan dio a conocer Beveraggi Allende en enero de 1972, bajo el seudónimo de Aurelio Sallairai y con el título *Protocolos de los Sabios de Sion y la subversión mundial*, que incluía comentarios sobre la ejecución de la conspiración planetaria judía, pero también detalles sobre la marcha del Plan Andinia. En ese libelo se extiende a toda la comunidad judía la responsabilidad por los negociados o estafas realizadas por personas de ese origen (D.A.I.A. 1972). En marzo de 1972 Beveraggi Allende repitió su acusación de que los judíos argentinos tenían en marcha un plan para crear el Estado de Andinia en la Patagonia. Copias del plan fueron distribuidas en todo el país, especialmente entre los sindicatos, las fuerzas armadas, círculos católicos y las provincias de Río Negro y Neuquén.

Pero, ¿en qué consistiría el Plan en cuestión? Es la supuesta transcripción de la grabación de las órdenes brindadas el 23 de marzo de 1969 por un rabino de apellido Gordon a sus seguidores en el templo de la calle Paso en Buenos Aires. Es una recreación ficcional de lo que se cree que los conspiradores dirían si fueran descubiertos *in fraganti*. El Plan, al igual que en el conspiracionismo nazi y los *Protocolos de los*

---

<sup>163</sup> Mundo Árabe (1972), '¿Pretende el sionismo desmembrar Argentina?' 2ª quincena junio, p. 5.

*Sabios de Sión*, contempla la puesta en marcha de una serie de maniobras disolventes de la moral, la economía y, finalmente, el territorio de los no judíos. En este caso, el propósito concreto de este Plan era “formar un segundo estado judío” en el sur argentino, con un puerto internacional en Bahía Blanca, desde donde iniciar la reconquista de la tierra histórica en caso de que Israel fuera desestabilizado.<sup>164</sup> Este objetivo se debía obtener, “si fuera necesario, provocando una hecatombe mundial” (Anónimo 1987:1). La instalación del segundo Estado judío no sería más que la concreción del sueño de Leon Pinsker y del creador del sionismo, Teodoro Herzl. Éste habría prometido la creación de dos Estados, uno en Palestina y otro en Argentina y sólo restaba finalizar la tarea.<sup>165</sup> El rabino Gordon habría sostenido que los productos agrícolas y ganaderos de Andinia permitirían alimentar y alojar a judíos “de Siberia o de África del Norte”. Pero el plan no era sólo incrementar la producción de alimentos, sino convertir al continente antártico en un gigantesco *freezer* que permitiera el desarrollo de una política especulativa de asistencia y comercialización:

Esa superproducción de alimentos y derivados, y la existencia de la Antártida (gigantesca heladera natural donde puede acumularse la producción de años y más años), nos convertirá en la despensa del mundo, sin arriesgar un solo grano. Si agregamos a esto el espíritu y genio judío, habrán comprendido las enormes ventajas que significarán para lograr el control del mundo, regulándolo de acuerdo a nuestras conveniencias (Anónimo 1987:2)

La república de Andinia contaría con una amplia defensa natural de sus potenciales enemigos: la Cordillera de los Andes. Bajo el subsuelo andino se podrían construir ciudades y alojar la industria pesada y mantenerse allí “por años si fuera necesario, siendo así inexpugnable hasta para la misma bomba atómica” (Anónimo 1987:2). El Plan incluye también que los judíos alcancen el control de los medios de comunicación y de la actividad política callejera. Además, el rabino ordenó que se integrara “por cualquier medio al movimiento peronista a nuestro socialismo. Desencadenando al mismo tiempo una violenta represión y persecución contra el mismo” (Anónimo 1987:3).

---

<sup>164</sup> Pocos años atrás había denunciado que en 1948 la Organización de las Naciones Unidas había querido crear el Estado de Israel en la Mesopotamia argentina (Beveraggi Allende 1969:54).

<sup>165</sup> Las referencias que se hacen al texto de Leon Pinsker, *Autoemancipación* son falsas, puesto que en ningún momento en ese libro se menciona a Argentina como posible destino del estado judío sino a Estados Unidos o la Turquía asiática (D.A.I.A. 1972:47). Tampoco en *El Estado judío* de Herzl hay referencias a una colonización de la Patagonia: en un párrafo Herzl hipotetiza sobre el espacio en el cual asentar el *Judenstaat*, comparando a Argentina con Palestina. Termina inclinándose por esta última por los vínculos históricos existentes. Tampoco menciona la posibilidad de crear dos Estados (cfr. Herzl 2005).

Uno de los problemas que habría planteado el rabino era la necesidad de conseguir una excusa para independizar al nuevo Estado. Dado que los judíos no tenían un “motivo determinante” para ello, tendrían que inventarlo a través de la provocación y la desestabilización, de manera de “profundizar el caos existente, fomentar la confusión y la corrupción, llevándolas hasta sus últimas consecuencias; en el campo político, cultural, administrativo y social debe acelerarse el mismo proceso”. De lo que se trata es de potenciar la especulación, el agio y la corrupción, elevar la miseria y la injusticia a sus extremos, fomentar el avasallamiento de los derechos federales desde Capital Federal y “reprimir con violencia todo acto que signifique reacción, intento de defensa por parte del pueblo”, utilizando especialmente a las fuerzas armadas, de manera tal de enfrentarlas al pueblo, desprestigiarlas y desmoralizarlas. Para cuando Argentina intentara recuperar a las provincias secesionadas, ya sería tarde por varias razones, especulaba el rabino Gordon:

- “1) El pueblo argentino estará sumido en la más espantosa confusión;
- 2) Su economía desquiciada
- 3) Con la amputación del territorio con la mayor riqueza mineral, Argentina habrá quedado convertida en un simple campo de pastoreo; no tendrá qué ofrecer para obtener créditos o ayudas de los bancos mundiales.
- 4) Quedará sin abastecimiento ni reservas de combustible; todos sus centros de producción estarán dentro de los límites de Andinia,
- 5) Será bloqueado todo intento de abastecimiento exterior;
- 6) Sus F.F.A.A. actualmente cuentan con una provisión de combustible para dos jornadas; estarán imposibilitadas de trasladarse y operar contra Andinia
- 7) en el caso que, no obstante esos inconvenientes, lograra la Argentina organizar un deficiente ejército y con él pretenda invadir Andinia, no podrá hacerlo porque estaría atacando a una nueva nación, libre e independiente, reconocida internacionalmente como tal
- 8) Esto daría lugar a que las grandes fuerzas armadas internacionales desembarquen y tomen posesión de defensa de las fronteras de esa nueva nación de acuerdo a los tratados internacionales existentes y con esto, Andina estará definitivamente constituida y su soberanía asegurada” (Anónimo 1987:3-4)

Como se dijo, el libelo difundido por Beveraggi retoma la tradición demonológica de los *Protocolos de los Sabios de Sion*, esto es, la asignación de intenciones conspirativas y maléficas a los judíos como si fuesen una entidad homogénea y autoconsciente. Como señaló Horacio González (2004:20 y 112)., uno de

los recursos que utilizan los conspiradores es atribuir la autoría de un apócrifo para desprestigiar a los denunciados

### **Conjeturas sobre la verosimilitud y duración del Plan Andinia**

Este artículo no intentó mostrar que los judíos argentinos o el Estado de Israel tienen o han tenido un plan para ocupar la Patagonia. Esa tarea ya fue realizada con suficiencia y energía por otras personas e instituciones preocupadas por la expansión de ideas antisemitas en Argentina (D.A.I.A. 1972, 1985; Equipo de Redacción "SUCHUS" 1989). Lo que se procuró señalar fue quiénes lo pergeñaron, por qué lo hicieron y, en menor medida, qué resultados tuvieron con esa prédica en el contexto que va desde inicios de la década de 1960 a la última dictadura, un período marcado por la multiplicación de las actividades y discursos antisemitas en el país. En el agitado contexto que va desde la captura en Buenos Aires de Adolf Eichmann hasta inicios de la última dictadura, grupos y figuras de derecha postularon la idea de que existía una conspiración judía para dominar al país y su economía, ya sea para desquiciarla y ponerla al servicio del "judeocapitalismo" o del "judeocomunismo", indistintamente. Los difusores de esta creencia se encontraban lo mismo dentro que fuera del peronismo, y tuvieron vía libre para su tarea de sembrar odios bajo gobiernos democráticos o dictatoriales.

La idea de que los israelíes querían crear un Estado en la Patagonia en 1962 resultaba descabellada e imposible de ser convertida en un elemento verosímil que estimulara la movilización de amplios grupos de la sociedad. Otros motivos antisemitas o anti-israelíes resultaban mucho más útiles a ese propósito, como el ejercicio de denunciar el "judeocapitalismo" o el "judeocomunismo" o ambos a la vez o de recordar delitos económicos en los que estaban involucrados argentinos de origen judío. Sin embargo, diez años después esa situación se había modificado de una manera difícil de negar. ¿Por qué resultaba más creíble, para un grupo mayor de personas en Argentina y Chile, la versión sobre el expansionismo territorial israelí? ¿Qué pasó para que una idea malintencionada y absurda promovida en 1962 por unos jóvenes centroeuropeos, habitantes de la zona norte del gran Buenos Aires, resentidos por su pobreza relativa y por el secuestro de su padre, se convirtiera en una creencia compartida por varias agrupaciones de extrema derecha, difundida en numerosas publicaciones de Argentina entre 1971 y 1976? La razón de este cambio hay que buscarla tanto en el nivel



internacional como en el nacional, pero también en las vinculaciones existentes entre ambos, en los vasos comunicantes entre los sucesos del orden global y su repercusión e interpretación en el escenario local.

Parece evidente que el desarrollo de la “Guerra de los 6 días” a lo largo de junio de 1967 constituyó un parteaguas no sólo de la geopolítica de oriente medio, sino en la percepción que las izquierdas y las derechas en Occidente poseían de Israel y los judíos. En una operación militar relámpago, las fuerzas armadas israelíes conquistaron y ocuparon territorios que hasta entonces le habían pertenecido a los países árabes contra los que combatieron: la península del Sinaí y la Franja de Gaza que estaban bajo soberanía egipcia, los Altos del Golán de Siria, y la región de Cisjordania y Jerusalén oriental (incluyendo la anhelada Ciudad Vieja) que eran de Jordania. El acrecentamiento territorial fue un *shock* decisivo en la geopolítica de Oriente medio puesto que le otorgó a Israel de allí en adelante la posibilidad de tener a sus principales ciudades alejadas de cualquier nuevo ataque combinado de los países árabes.

Más allá de la expansión territorial, el mayor impacto en la sensibilidad internacional tenía que ver con que emergía una imagen más clara del potencial militar y estratégico israelí y de la decisión de recurrir a él incluso de manera preventiva. La percepción occidental de Israel se alejaba de la generada en 1948, que lo veía como un diminuto país que luchaba por su supervivencia frente a una serie de vecinos coligados y más poderosos: el progresismo y la izquierda (vinculada o no a la URSS) tendieron a dejar de lado su anterior simpatía por el Estado judío ante su vinculación a los intereses de Estados Unidos y a expresar mayor simpatía por los derrotados países árabes. La presión de los organismos internacionales expresada en repetidas condenas de la ONU así como el respaldo a los grupos terroristas árabes (crecientemente islamizados) formaría parte, para algunos autores de un giro más general en la percepción europea de Israel y los judíos, que esconde detrás del antisionismo un antisemitismo ideológico (Taguieff 2003). El ejército israelí se convirtió en una fuerza de ocupación en los territorios habitados por los nativos palestinos en Cisjordania y Gaza. En consecuencia, para los promotores del Plan Andinia, la ocupación de estas regiones en Oriente Medio en 1967 se convirtió en un “antecedente” del plan denunciado en 1962: los habitantes de la Patagonia pasaron a ser vistos como los futuros palestinos que serían desalojados.

La inestabilidad diplomática y militar de Medio oriente impactó de lleno en la política argentina y en las organizaciones políticas y en las asociaciones étnicas y religiosas con vinculaciones con el tema. Por otro lado, se debe tener en cuenta el

crecimiento impactante de las distintas vertientes del peronismo, tanto aquellas institucionalmente pertenecientes al Partido Justicialista como las “formaciones especiales” y las que desarrollaban su ámbito de influencia en universidades, gremios, barrios y asociaciones profesionales. En muchos de estos grupos comenzó a hacerse fuerte la idea de que el peronismo constituía la única posibilidad de implantar un “socialismo nacional”, que expresara una opción igualmente alejada del soviétismo y del liberalismo de Washington. En ese marco, las preferencias internacionales de muchos peronistas de izquierda parecían encontrar mejor interlocución con los países árabes, que expresaban un “nasserismo” que se creía equivalente al peronismo. Las perspectivas tercermundistas en Argentina, defensoras de la descolonización y de la “liberación nacional” en África y Asia, tenían afinidades con el “pueblo palestino” y su lucha contra la ocupación “imperialista” israelí.<sup>166</sup>

Pero así como el filoarabismo, el anti-imperialismo y el tercermundismo fueron los puentes de entrada para el conspiracionismo antisemita en la izquierda (peronista o no), otras parecen haber sido las claves para comprender su aceptación por las derechas (peronistas o no). Entre estas últimas se incrementó la sensación de amenaza ante el desencadenamiento de operaciones guerrilleras y terroristas, como el secuestro y asesinato del general Aramburu en 1970, que no podían ser encauzadas ni reprimidas con eficiencia. Por ello es que varios grupos de derecha y de extrema derecha se interesaron en difundir, como ha mostrado Senkman (1989:115), la ambigua noción de “sinarquía” que Perón había desarrollado durante su exilio madrileño, para utilizarla como punto de desembarco del “Plan Andinia”.

## Bibliografía

Abós, Alvaro (2007), *Eichmann en Argentina*; Buenos Aires: Edhasa.

Anónimo (1965), *El Plan andinia o El nuevo estado judío*; Buenos Aires: Editorial Nuevo Orden.

---

<sup>166</sup> En octubre de 1976 fue detenido Ismael Jacinto Haiek, antiguo combatiente de la guerrilla palestina, quien lideraba una célula de Montoneros en La Plata. Haiek era corresponsal de dos revistas pro-árabes y antisemitas (*Cuestiones Árabes* y *La Voz de Palestina*) y producía *Patria Bárbara*, publicación clandestina de Montoneros. En su escondite, Haiek tenía fotos, en las que aparecía junto a Yasir Arafat y a George Habash, líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina, en Beirut (Meyer 1977:335). Ignacio González Jansen se inició en Tacuara, pasó por el filoperonista Movimiento Nueva Argentina y terminó combatiendo para la OLP (Gutman 2003:283)

--- (1987), *El Plan Andinia. Estrategia sionista para apoderarse de la Patagonia Argentina y Chilena*; Santiago: Alfabetá Impresores.

Bardini, Roberto (2002), *Tacuara. La pólvora y la sangre*; México D.F.: Océano.

Beraza, Luis Fernando (2005), *Nacionalistas: la trayectoria política de un grupo polémico, 1927-1983*; Buenos Aires: Cántaro.

Beveraggi Allende, Walter (1954a), *El servicio del capital extranjero y el control de cambios; la experiencia argentina de 1900 a 1943*; México: Fondo de Cultura Económica.

--- (1954b), *El Partido Laborista: el fracaso de Perón y el problema argentino*; Montevideo: s.n.

--- (1956), *El dilema económico de la revolución, estudio crítico del plan Prebisch y sugerencias para un programa económico de la revolución libertadora*; Buenos Aires

--- (1969), *El dogma nacionalista*; Buenos Aires: Editorial Belgrano.

--- (1975), *La inflación argentina, 1946-1975*; Buenos Aires: Editorial Manuel Belgrano.

--- (1976), *Del yugo sionista a la Argentina posible. Esquema económico de la dependencia y la liberación argentina*; Córdoba: Editorial Confederación Nacionalista Argentina.

Buchrucker, Cristián (2002), "Los nostálgicos del 'Nuevo Orden' europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina", en Klich, Ignacio (ed.), *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina* (Maryland: Hispamerica/University of Maryland).

Cohn, Norman (1983), *El mito de la conspiración judía mundial : los Protocolos de los Sabios de Sión*; Madrid: Alianza.

Correa, Rubén, et al. (2004), "Conflictos, alianzas sociales y etapas en el proceso de formación del peronismo salteño entre 1946 y 1949", *Revista de la Escuela de Historia*, 3-1, Universidad Nacional de Salta.

D.A.I.A. (1972), *Versión argentina de la mayor superchería del siglo. Radiografía del "Plan Andinia" y de otros infundios*; Buenos Aires: D.A.I.A.

--- (1985), "DAIA, medio siglo de lucha por una Argentina sin discriminaciones", *Todo es Historia*, 222, octubre.

Dijour, Ilya (1961), "Latin America", en Fine, Morris y Milton Himmerlfarb (eds.), *American Jewish Year Book* (vol. 62); Philadelphia: Jewish Publication Society & American Jewish Committee). 214-222.

Elnecavé, Nissim (1971), "Argentina", en American Jewish Committee (ed.), *American Jewish Year Book* (vol. 72); Philadelphia: Jewish Publication Society & American Jewish Committee). 288-303.

Equipo de Redacción "SUCHUS" (1989), *Ante una mentira histórica*; Buenos Aires: Graphos Editora.

Gheyn, Eberhardt (1978), *Los neo-nazis en Sudamérica*; Liverpool, USA: White Power Publications.

González, Horacio (2004), *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios*; Buenos Aires: Colihue.

Gutman, Daniel (2003), *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina*; Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Herzl, Theodor (2005), *El estado judío*; Buenos Aires: Prometeo.

Informe CO.SO.FAM. (1999), 'La violación de los derechos humanos de argentinos judíos bajo el régimen militar, 1976-1983', (Barcelona).

Jackisch, Carlota y Mastromauro, Daniel (2000), "Identificación de criminales de guerra llegados a la Argentina según fuentes locales", *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, X-19.

Kenig, Evelyne (1994), "L'antisemitisme en Espagne et en Amérique Latine", en Poliakov, Léon (ed.), *Histoire de l'antisémitisme, 1945-1933* (vol. 4; París: Seuil).

Kiernan, Sergio (2004), "La historia de Byttebier, otro nazi en Argentina", *Página/12*, 12 de abril.

--- (2005), "Tacuara salió a la calle", *Página/12*, 15 de mayo.

Kirschner, Don S. (1995), *Cold War exile: the unclosed case of Maurice Halperin*; Columbia: University of Missouri Press.

Klich, Ignacio (2002), "A cuatro décadas de la captura de un austriaco de Linz en la Argentina. Reflejo del caso Eichmann en memorias, testimonios y el periodismo argentino u otros", en Klich, Ignacio (ed.), *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina* (Maryland: Hispamerica/ University of Maryland).

Kollmann, Raúl (2005), "El regreso de los Sabios de Sión", *Página/12*, 28 de julio.

Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*; Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Mackinnon, Maria Moira (2002), *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*; Buenos Aires: Instituto Di Tella: Siglo Veintiuno de Argentina Editores.

Meding, Holger (1999), "La emigración de los nacionalsocialistas buscados a la República Argentina. Una aproximación cuantitativa", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 43.

Meyer, Naomi (1976), "Argentina", en Fine, Morris y Milton Himmerlfarb (ed.), *American Jewish Year Book* (vol. 76; Philadelphia: Jewish Publication Society & American Jewish Committee). 262-276.

--- (1977), "Argentina", en Fine, Morris y Milton Himmerlfarb (eds.), *American Jewish Year Book* (vol. 77); Philadelphia: Jewish Publication Society & American Jewish Committee). 335-348.

--- (1978), "Argentina", en Fine, Morris y Milton Himmerlfarb (eds.), *American Jewish Year Book* (vol. 78); Philadelphia: Jewish Publication Society & American Jewish Committee). 287-302.

Padrón, Juan Manuel (2005), "El Movimiento Nacionalista Tacuara: ¿banda nazi-fascista, grupo neonazi, agrupación de extrema derecha...? Una aproximación a su conceptualización, Argentina (1956-1966)", ponencia presentada en X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario.

Perednik, Gustavo Daniel (1999), *Judeofobia*, vol. III; Panamá: Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

Perel, Pablo, Raíces, Eduardo y Perel, Martín (2006), *Universidad y dictadura. Derecho, entre la liberación y el orden, 1973/83*; Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Perón, Juan Domingo (1973a), *La hora de los pueblos*; Buenos Aires: Editorial Pleamar.

--- (1973b), [1951], *Política y estrategia. Apuntes para una doctrina de la guerra*; Buenos Aires: Editorial Aquarius.

Quiroga, Cda. Teniente E. (1963), "3 años de lucha en defensa del pueblo trabajador", *Rebelión*, n° 10, noviembre-diciembre.

*Río Negro* (2005), "La Justicia Federal tras el rastro de los pintores nazis", 10 de mayo, General Roca.

Rodríguez Molas, Ricardo E. (1985), *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*; Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Saavedra Fuentes, Marcelo (2001-2002), "El neonazismo en Chile. Una síntesis de su historia y doctrina 1932-2002", *Revista de Historia*, v. 11-12-, n° 11-12, Universidad de Concepción 55-74.

- Sanfilippo, Matteo (1999), "Los papeles de Hudal como fuente para la historia de la migración de alemanes y nazis después de la segunda guerra mundial", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 43.
- Sebreli, Juan José (1968), *La cuestión judía en la Argentina*; Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Senkman, Leonardo (1989), "El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959/1966 y 1973/1976", en Senkman, Leonardo (ed.), *El antisemitismo en la Argentina* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina). 13-193.
- (2006), "Populismo y empresarios judíos: actuación pública de Horacio Lafer y José B. Gelbard durante Vargas y Perón", *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 8-15.
- Senkman, Leonardo y Sznajder, Mario (1995), *El legado del autoritarismo: derechos humanos y antisemitismo en la Argentina contemporánea*; Jerusalem, Buenos Aires: Instituto Harry S. Truman; Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano.
- Serrano, Miguel (1994), *Conspiración mundial y traición a Chile*; Santiago: s. d.
- Taguieff, Pierre-André (2003), *La nueva judeofobia*; Barcelona: Gedisa.
- Timerman, Jacobo (1982), *Preso sin nombre, celda sin número*; Buenos Aires: El Cid.
- Zanatta, Loris (1996), *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*; Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

# Representaciones sobre la violencia a través del humor gráfico en la Argentina de los años 70. El caso del diario *Clarín*<sup>167</sup>

Florencia Paula Levín

## Introducción

En marzo de 1973 *Clarín*, uno de los principales diarios argentinos y por ese entonces el de mayor circulación nacional<sup>168</sup>, decidió dejar de publicar *comics* de autores extranjeros para convocar a varios de los humoristas locales más reconocidos del momento para integrar la página de humor.<sup>169</sup> La decisión tomada por *Clarín* implicó no solamente “nacionalizar” a los autores de la página<sup>170</sup> sino también al contenido del humor que, a partir de entonces, comenzó a estar directamente vinculado con los avatares cotidianos del país.

Este gesto de *Clarín* se inscribió en un proceso más amplio de valorización y revitalización del género en la Argentina, luego de varios años de estancamiento en el cual el humor gráfico se había retraído en un clima generalizado de censura y enclaustramiento sobre todo a partir del gobierno del General Onganía (Rivera, 1986:

---

<sup>167</sup> Este trabajo forma parte de mi investigación doctoral en curso, la cual se centra en la reconstrucción y análisis de las representaciones sobre lo político construidas por el humor gráfico de *Clarín* durante los casi 11 años comprendidos entre la transición de 1973 y la de 1983. Agradezco la lectura atenta y minuciosa de Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco, Mariana Iglesias y Daniel Lvovich y que ayudaron a enriquecer este escrito.

<sup>168</sup> Según un estudio de Octavio Getino, durante la década de 1970 el diario *Clarín* experimentó un importante aumento de la venta neta y relativa sobre el total del consumo de diarios, pasando de 425.000 diarios vendidos en 1970 (lo que representó el 22% del total) a 530.800 en 1980 (que significó el 31% del total) (Getino, 1995: 91). Más allá de las cifras, vale destacar que a partir de los años cincuenta *Clarín* se constituyó en un importante referente para las clases medias en ascenso.

<sup>169</sup> El diseño de la contratapa estuvo fuertemente protagonizado por Caloi quien había entrado tiempo atrás como colaborador del diario (aunque no de la contratapa de humor) y de la revista dominical. Estando ya afianzado en *Clarín*, Caloi recibió el llamado de Oscar Camilión, ex miembro del gabinete del gobierno desarrollista de Arturo Frondizi que desde 1965 ocupaba el puesto de Jefe de Redacción del diario, para contarle sobre el proyecto de nacionalización de la página de humor. “No tenían nada: estaba Dobal, ahí perdido, y las tiras extranjeras: Colita, Mutt y Jeff” recuerda Caloi. “[Camilión] (m)e encargó que hiciera o un cuadro o una tira diaria, lo dejaba a mi elección. No sólo eso, sino que en lo posible le llevara gente. Así que llevé a Bróccoli, a Fontanarrosa, a Crist, a Altuna más tarde y después cayó Tabaré. Así conformamos una patota. El Negro Fontanarrosa y Crist decidieron hacer un cuadro, Bróccoli y yo una tira...” (Caloi, [www.caloi.com.ar/reportajes](http://www.caloi.com.ar/reportajes)).

<sup>170</sup> De este modo, las producciones de Caloi, Bróccoli, Fontanarrosa y Crist se integraron a las de dos humoristas argentinos que ya colaboraban en la sección: Ian y Dobal. Estas modificaciones se sumaron a la labor ya bien asentada que Landrú venía desarrollando en distintas secciones del cuerpo del diario, labor que continuó y aun perdura en nuestros días.

78). En efecto, la llegada del General Lanusse al gobierno en marzo de 1971, y particularmente su decisión de llamar a elecciones y organizar la retirada de los militares del gobierno, vino acompañada de un relativo relajamiento de la censura que permitió cierto refloramiento de la cultura y una mayor libertad de expresión (hechos que, paradójicamente, se articularon con una profundización de la represión y la persecución política). Esta apertura se vio reflejada, en el caso del género humorístico, en la aparición de algunas revistas de humor que hicieron historia en el país, como por ejemplo, la cordobesa *Hortensia* y la famosa revista *Satiricón*. De este modo, la decisión tomada por *Clarín* se inscribió en las estelas de un camino allanado por publicaciones especializadas que dio paso a la emergencia de nuevos estilos,<sup>171</sup> nuevos humoristas<sup>172</sup> como así también una demanda en expansión.

La decisión de *Clarín* (que luego sería replicada con mayor o menor rapidez y profundidad por los otros diarios del país) supuso la integración del material humorístico de modo absolutamente distinto dentro del contexto general del medio. A partir de entonces –y hasta nuestros días– la sección dejó de ser concebida como un espacio de relleno y distracción para convertirse en una suerte de segunda portada que aborda, a partir de sus propias reglas de género y con una fuerte impronta autoral, los asuntos más importantes de la realidad nacional e internacional tratados en la portada y el cuerpo del diario (Sasturain: 1987: 190; Sasturain, 1995: 34).

Mientras se producían estos cambios en los contenidos humorísticos de *Clarín*, el país vivía un momento de gran movilización y efervescencia política. 1973 fue, precisamente, un año clave en la Argentina ya que el debilitado gobierno dictatorial de la autodenominada “Revolución Argentina” convocó a elecciones presidenciales que supusieron el retorno del peronismo al país luego de 17 años de proscripción. Es esta vinculación entre el humor y los avatares de la política cotidiana la que permite tomar a aquel como un referente para abordar algunas ideas, representaciones e imaginarios que circulaban por la sociedad en ese entonces.

---

<sup>171</sup> Por esos años se hizo además evidente la emergencia de un nuevo estilo humorístico cuyo acento ya no estuvo puesto en la imagen, como había ocurrido durante los años treinta, cuarenta y cincuenta sino en el texto. Este asumió, en muchos casos un “valor informativo de primera magnitud, devorará prácticamente la imagen (a pesar de su mayor riqueza gráfica) o le asignará un papel discursivo paralelo” (Rivera, 1990: 129). Sin embargo, el *cartoon* mudo siguió teniendo un rol destacado y, por otra parte, las potencialidades estilísticas del género impulsaron a algunos artistas a explorar y extremar el dibujo como medio expresivo fundamental del género.

<sup>172</sup> Ciertamente, Crist y Fontanarrosa, dos de los principales humoristas que se integran en *Clarín* en 1973 iniciaron su trayectoria profesional en las mencionadas revistas *Satiricón* y *Hortensia*.



Ciertamente, como sostiene Oscar Steimberg, el *cartoon*<sup>173</sup> se define como género en tanto discurso subordinado a otros discursos, constituido como “registro y espacio de transformación y transposición de signos y marcas discursivas circunscriptas en todos los espacios del intercambio social” provenientes tanto de la oralidad, la gestualidad, la escritura y cualquier otro género y soporte mediático (Steimberg, 2001: 7). Es precisamente esa condición de subordinación a otros discursos la que nos permite afirmar que el *cartoon* puede constituirse como una vía, peculiar por cierto, para conocer y analizar elementos de los imaginarios socialmente construidos. Por lo tanto, analizar los *cartoons* puede constituir una forma, mediada por las peculiaridades del lenguaje del humor y sobredeterminada por su inclusión en un medio periodístico, de acceder al mundo de las representaciones y los imaginarios colectivos del momento.<sup>174</sup>

En las líneas que siguen me propongo reconstruir y analizar las representaciones que los distintos humoristas del diario construyeron sobre algunos de los rasgos principales de la cultura política del momento. En primer lugar, se abordará un conjunto de *cartoons* que retratan la lucha clandestina y la represión paraestatal, con el objetivo de demostrar que existieron tempranas representaciones de la violencia política que fueron difundidas por medios de circulación masiva, en este caso el diario *Clarín*. Seguidamente, se presentará un análisis de la construcción iconográfica de la figura del “terrorista” intentando demostrar que esas representaciones tendieron a crear una imagen emblemática en la cual se subsumen quienes están al margen de la ley, quienes trabajan a su servicio y quienes se insertan como empleados a sueldo al servicio de cualquier fuerza.

Brevemente, para situarnos, los *cartoons* que componen el corpus de este trabajo fueron publicados por el diario entre enero y octubre de 1973, período que corresponde al tramo final del gobierno militar y al largo y conflictivo proceso de transición en manos de Héctor Cámpora y Raúl Lastiri hasta la llegada de Juan D. Perón al gobierno. Como se sabe, este fue un período propicio para la revisión de la metodología violenta y

---

<sup>173</sup> Con la palabra *cartoon* estoy haciendo alusión al dibujo de humor que en un único cuadro o viñeta “transmite una idea humorística de raíz política, sociológica o filosófica” (Steimberg, 1977: 97).

<sup>174</sup> Al respecto, es de destacar que si bien existen trabajos que abordan el estudio de representaciones colectivas en el período en cuestión, se trata fundamentalmente del estudio de los imaginarios elaborados en el seno de experiencias militantes. Está pendiente, en cambio, la reconstrucción y el análisis de aquellos fragmentos que hacen a lo que podemos llamar “imaginarios sociales” en un sentido más amplio, esto es, los que se pueden asociar con un “sentido común” compartido por amplios sectores de la población que no están elaborados en el marco de una experiencia compartida. En este sentido, adentrarnos en las representaciones construidas por el humor gráfico en un medio cuyo principal consumidor está constituido por amplios segmentos de la clase media letrada, como es el caso del diario *Clarín*, podría ser una vía para explorar esos valores y sentidos que circularon ampliamente por esos días.

para la reconfiguración de las organizaciones armadas y de otros grupos que participaron en la escena política relacionados con la llamada “nueva izquierda”, que desde 1969 en adelante habían ocupado parte de la arena política. En efecto, si hasta entonces el empleo de la violencia como modo de acción política era heterogéneo, pero extendidamente justificado por diversos grupos armados y no armados como respuesta posible ante un gobierno y un régimen considerados ilegítimos, en el período que se inicia con el llamado a elecciones y particularmente con la llegada de Cámpora al poder, se produce un hiato expectante que impulsa la reflexión sobre las modalidades de acción política que llevó, en algunos casos, al abandono al menos momentáneo de la metodología violenta. Sin embargo, como se verá, es este, paradójicamente, un período relativamente fértil para la construcción de una iconografía sobre la violencia y sus protagonistas que el diario fue desplegando de modo sistemático en sus páginas.

### **Sobre la noción de humor gráfico**

Antes de avanzar con el análisis del material, creo oportuno hacer algunas aclaraciones relacionadas con el concepto de humor gráfico, sobre todo teniendo en cuenta la aparente contradicción entre la noción de humor y su asociación con las representaciones de la violencia y la represión extremas. Esta contradicción se deriva de la consuetudinaria referencia al género como “humor gráfico” y por tanto de su naturalizada articulación con el humor propiamente dicho.

En primer lugar, siguiendo a Oscar Steimberg, dentro de lo que se considera “humor” habría que discriminar entre el humor propiamente dicho (en el sentido freudiano), que compromete al sujeto de la enunciación y del enunciado en su propia humorada, de lo cómico y del chiste que refieren, en el primer caso, de modo genérico, a una ruptura de previsibilidad o isotopías y, en el segundo, a ese mismo mecanismo pero depositado sobre una tercera persona (Steimberg, 2001: 2).

En segundo lugar, conviene resaltar que el llamado “humor gráfico” no necesariamente da risa y que en escasas ocasiones produce un efecto humorístico.<sup>175</sup> Este efecto solamente se produciría en aquellos casos en los cuales se pueda establecer

---

<sup>175</sup> Ver, al respecto, el mencionado tratamiento que hace Steimberg del pasaje del humor de la oralidad a la gráfica que supone la pérdida de la condición presencial del autor, la articulación del *cartoon* o tira de humor con la publicación en la que se inserta, la presencia del efecto de enunciación institucional del contexto soporte (en nuestro caso, el diario *Clarín*) y el llamado “emplazamiento de género” del dibujo de humor impreso, “lo que presupone un enunciador-operador que cumple con un rol socialmente definido, limitado y previsible” (Steimberg 2001:5).

la existencia de una imagen de autor “que se confund(a), enunciativamente, con un segmento sociocultural definido”, con una “*manera de hacer* grupal”, de modo que la imagen de autor a la vez represente y sea representada por un determinado segmento-sujeto asimilable con sector profesional, generacional, político, artístico, etc. (Steimberg, 2001: 6).

De acuerdo a estas aclaraciones, los *cartoons* analizados podrían inscribirse dentro del género “chistes” sin humor en los cuales prima un importante componente crítico y confrontativo que tiende a la descalificación de un tercero.

### **Lucha clandestina y represión paraestatal. Algunas representaciones tempranas**

Comencemos por ver de qué modo el humor gráfico construyó representaciones tempranas y relativamente directas sobre las metodologías de la represión ilegal y las estrategias de la lucha clandestina. En este recorrido, partimos de un asombroso *cartoon* de Ian<sup>176</sup> que, como se desprende a modo de conjetura, podría estar aludiendo de modo indirecto a la existencia de la Triple A (ver imagen 1 del Anexo). Se trata de un chiste mudo, donde aparecen en el cielo, en distintos estratos de nubes, un hombre negro y un personaje con la clásica indumentaria del Ku Kux Klan (sotana y capucha blancas) que lleva incluso una marca concreta: KKK (*Clarín*, 28/11/73: 43). La tentación de vincular a este personaje del terror racista con las AAA, ese nuevo protagonista del terror represor de la Argentina, es grande. Y esa tentación se acrecienta si se considera que el *cartoon* es publicado tan sólo una semana después del primer atentado que se autoadjudicó el grupo parapolicial de ultraderecha denominado Acción Anticomunista Argentina (o Triple A).<sup>177</sup>

Ahora bien, si en este caso no se trata más que de conjeturas, es posible rastrear en la producción humorística otros casos en los cuales las escenas representadas aluden de modo más directo al referente representado. Como ejemplo, tomamos un *cartoon* del

---

<sup>176</sup> Jan Harczyk (verdadero nombre del humorista conocido como Ian) nació en Varsovia en 1935 y llegó a la Argentina a los 8 años (en 1943) en donde se radicó definitivamente. Entre sus trabajos se destaca su colaboración en el periódico cordobés *La Voz del Interior* a partir de 1965 y en el mendocino *Los Andes* desde 1972. En los años 70 trabajó en la famosa revista *Hortensia* e ingresó como humorista de la contratapa del diario *Clarín* en, donde comenzó a publicar su tira "Chispazos" en el año 1971. Al poco tiempo, "Chispazos" fue reemplazado por un *cartoon* mudo (sin título) que a partir del año 1975 comenzó a alternar el espacio asignado con la obra del humorista Aldo Rivero.

<sup>177</sup> En efecto, el 21 de noviembre se realizó un atentado contra el político radical Hipólito Solari Yrigoyen, atentado que fue auto adjudicado por la Triple A (González Janzen, 1986).

humorista Crist<sup>178</sup> publicado en mayo de 1973 (ver imagen 2) que construye una escena en la cual un soldado que apunta con una enorme ametralladora a la cara de un hombre que yace en el suelo vocifera: “*¡te has muerto, maldito! ¡Seguro que les han enseñado a morir, malditos!*” A pesar de que este *cartoon* no tiene ninguna señal que permita anclarlo en tiempo y lugar, algunos sentidos de lectura que se desprenden del contexto remiten a las estrategias de lucha de algunos militantes de organizaciones armadas, particularmente los Montoneros, destinadas a evitar sucumbir en manos de los militares (*Clarín*, 03/05/73: 42). En el mismo sentido, también de autoría de Crist, tenemos el ejemplo de un *cartoon* (ver imagen 3), que muestra a un grupo de hombres fuertemente armados y característicamente contruidos como personajes sospechosos, que apuntan a un desprevenido señor de corbata, camisa a rayas y zapatos de charol advirtiéndole: “*¡No te esmeres, Joe! ¡Es otro tipo de paseo el que daremos!*”, ejemplo que parecería aludir tempranamente a ciertos métodos intimidatorios retomados y sistematizados por la metodología del terrorismo estatal (*Clarín*, 21/09/73: 54).

Finalmente, vale la pena mencionar brevemente un par de *cartoons* de Landrú<sup>179</sup>, ambos publicados hacia fines de marzo y principios de abril de 1973, en los cuales se representan escenas explícitas de aplicación de picana eléctrica (ver imágenes 4 y 5). “Picanas”, el primero de ellos, presidido por un cartel que indica “cámara del terror”, muestra una escena de tortura protagonizada por tres personajes: el torturado, quien yace tendido y esposado de pies y manos sobre una mesa, y los verdugos, uno de los cuales, picana en mano, se dirige al otro diciendo: “*¡Qué porquería! Otra vez baja tensión. Compré varios elevadores de voltaje*” (“Picanas”, 23/3/73: 16, sección Policiales). El segundo ejemplo, “Tarifas”, si bien está presidido por el mismo cartel que indica “cámara del terror”, no muestra la escena de tortura sino el enojo de quien

---

<sup>178</sup> Cristóbal Reinoso (o Crist) nació en la ciudad de Santa Fe en el año 1946. A los 20 años se mudó a Córdoba, ciudad en la que se radicó y en la que sigue viviendo en la actualidad. Crist creció como dibujante y humorista desde las revistas clásicas de Buenos Aires, “donde ancló para nacer mientras ellas languidecían” (*Muestra de humor*, 1981): *Rico Tipo* y *Patoruzú*. También participó del fenómeno *Hortensia*, experiencia que lo catapultó al reconocimiento y que le valió su colaboración en la contratapa del Diario *Clarín* en donde publica a diario sus *cartoons* desde 1973 hasta nuestros días.

<sup>179</sup> Nacido en 1923, Juan Carlos Colombres (Landrú) es un renombrado humorista argentino que desde 1945 viene produciendo tiras de humor político en distintos medios gráficos entre los que se destacan la revista *Don Fulgencio*, de Lino Palacio (donde debutó como humorista) y la revista *Cascabel*, clausurada por la censura peronista. Creador de la famosa revista *Tía Vicenta*, que fuera prohibida durante el ongiato, Landrú se las ingenió para seguir publicando sus tiras de humor sin solución de continuidad en distintos medios periodísticos. Landrú comenzó a publicar sus *cartoons* en el diario *Clarín* a fines de marzo de 1972. A diferencia de todos los otros artistas mencionados, la obra de Landrú se publicó en distintas secciones del cuerpo del diario y sus *cartoons* se han caracterizado por tener una articulación más directa y explícita con las noticias publicadas en el mismo. Al menos para el período que se está considerando, su producción en el matutino es llamativamente abundante: todos los días aparece por lo menos un chiste en alguna sección del diario y, por lo general, suelen aparecer entre 3 y 4 cada día.

parece ser el jefe de operaciones de un grupo comando dirigiéndose a dos torturadores: “¡125.000 m/n nacional! Muchachos, desde hoy, a aplicar un poco menos las picanas” (“Tarifas”, 3/4/73: 12, sección Policiales).<sup>180</sup> En ambos casos, como puede observarse, hay un componente de ironía en los chistes que reside en las dificultades que encuentran los torturadores para aplicar la picana debido a problemas con las tarifas de luz y con el abastecimiento de energía eléctrica, produciendo por efecto una suerte de naturalización de la tortura que queda así relegada a un segundo plano como sostén de la escena del problema eléctrico.

Estas tempranas referencias, escasas pero indudablemente explícitas sobre el tema, desaparecieron por completo de los trazos de los humoristas de *Clarín* durante el resto del período comentado. Seguramente, las mismas fueron posibles en tanto, por ese entonces, las desapariciones y la aplicación sistemática de tortura recién comenzaban su proceso ascendente, y en cuanto se vivía en el país un inusual clima de apertura sin el cual ni estas ni otras referencias menos explícitas podrían haber sido publicadas. Sin embargo, aunque esporádicamente, a partir de entonces y durante todos los años de la dictadura las escenas de tortura, los encapuchados, los interrogatorios y las ejecuciones, seguirán apareciendo en la contratapa del diario aunque de modo decididamente descontextualizado (ver, a modo de ejemplo, las imágenes 6 a 9 que muestran que el tema subsiste en la contratapa pero con una referencialidad más ambigua)<sup>181</sup>.

Los ejemplos analizados nos permiten afirmar que existieron y circularon tempranas formas de representación directa de los mecanismos de la represión ilegal (en particular de la aplicación de picana eléctrica) en un período en el que la violencia como modalidad de acción política y la consecuente represión era un tema de debate en la agenda diaria de la sociedad.

Finalmente, es de destacar que estas tempranas representaciones contrastan abiertamente con el tratamiento que se hizo del tema a partir de los años de la transición democrática de los años 80. Ciertamente, a la luz de la magnitud y de las implicancias del terrorismo de estado, así como también de los nuevos pactos y consensos sociales, escenas como las comentadas no solamente serán irrepetibles dentro del género

---

<sup>180</sup> Más adelante se analizará la forma en que Landrú ha caracterizado a los verdugos. Mientras tanto, es interesante puntualizar que la caracterización de quien parece ser el jefe del grupo represivo está caricaturizado con rasgos similares a los empleados por el humorista para dibujar a los dirigentes gremiales (particularmente, la robustez del cuerpo, las mangas arremangadas y el pelo enrulado).

<sup>181</sup> La forma más reiterada de representar estas escenas por los diversos humoristas es la guillotina. Ciertamente, en este conjunto de cartoons pueden apreciarse escenas de ejecución a punto de ser consumadas a lo largo de todo el período dictatorial.

humorístico sino que serán, además, impensables en tanto y en cuanto las normas éticas y estéticas acerca de qué puede y qué debe ser mostrado se basarán en la idea de la *irrepresentabilidad* del horror.

### **La construcción iconográfica de los protagonistas**

Además de estas referencias a la tortura y los mecanismos ilegales de represión, del análisis de los *cartoons* surge la posibilidad de reconstruir los rasgos iconográficos que los humoristas atribuyen a ciertos personajes considerados clave ya que aparecen protagonizando la escenificación de la violencia. En estos casos, se verá que dicha construcción se realiza a partir de la selección de determinados rasgos, sean reales o imaginarios, que los humoristas consideran lo suficientemente alusivos como para indicar al lector no sólo a qué personaje retrata sino para, además, proponer una apreciación valorativa del mismo.

Entre estas figuras, la que más se destaca, tanto por su reiteración en las páginas de *Clarín* como por su fuerza expresiva, es la figura del *terrorista*, en un sentido amplio, que como veremos, aparece trasmutada en la imagen del delincuente profesional a sueldo que podríamos inscribir dentro de una serie de significantes emparentados: espía-matón-detective-patotero-mercenario.

Los autores que por excelencia construyen estas imágenes son Crist y Fontanarrosa<sup>182</sup> y el período en el cual se publican los *cartoons* que representan a este personaje corresponde a los meses de agosto, septiembre y octubre de 1973, esto es, una vez que las expectativas ocasionadas por la llamada “primavera camporista” y por el retorno del peronismo al gobierno nacional se van desvaneciendo.

Si se observan las imágenes de la serie (ver las imágenes 3 y 10 a 17 del Anexo), pueden apreciarse algunos rasgos constantes en la caracterización de los personajes: sombreros de ala ancha doblados en la parte trasera, largos impermeables llevados con las solapas altas, manos en los bolsillos, anteojos oscuros, grandes cigarrillos y poderosas

---

<sup>182</sup> Roberto Fontanarrosa nació en la ciudad de Rosario (Provincia de Santa Fe) en 1944. En 1968, a los 24 años de edad, comenzó a publicar sus producciones humorísticas en la efímera revista *Boom* de Rosario. Autor de un gran número de novelas y libros de cuento, su fama en gran parte se debe a su tarea como humorista gráfico. En los años 70 su labor se consagró en las famosas revistas *Hortensia* y *Satiricón*. Fue precisamente en *Hortensia* donde nacieron dos de sus series más consagradas: “Boogie el aceitoso” e “Inodoro Pereyra”. Fontanarrosa también colaboró en *Mengano*, *Siete Días*, *Chaupinela*, *El ratón de Occidente*, *La Hoja del lunes*, *Humor*, *Superhumor* y desde el año 1973 hasta su fallecimiento en julio de 2007 publicó diariamente un *cartoon* en la contratapa del diario *Clarín*.

armas de fuego. Es posible ver, incluso, que en varios de los dibujos que integran la serie los personajes tienen la misma actitud corporal.

Estas representaciones, construidas claramente en diálogo con la estética del cine clásico de espionaje y con el cine policial, construyen una iconografía sincrética que combinan marcas extemporáneas al proceso histórico en el cual se insertan y al cual aluden con algunas referencias dadas por la reiteración de su temática, por algunos diálogos entre los personajes y, sobre todo, por el entramado discursivo en el que se insertan en el cuerpo del diario.

Es interesante destacar, asimismo, que los rasgos aludidos guardan parentescos directos con la estética del “gangsterismo sindical” y las barras bravas propias del vandomismo<sup>183</sup> y la derecha sindical, lo cual refuerza la idea de que existe una alusión al accionar de bandas parapoliciales asociadas a la derecha.<sup>184</sup>

Por otra parte, es de resaltar que este sincretismo no sólo conjuga caracterizaciones y detalles pertenecientes a momentos y estéticas diversas sino que, más importante aun, tienden a crear una imagen emblemática en la cual se subsumen quienes están al margen de la ley (delincuentes, matones, asaltantes), quienes trabajan a su servicio (comisarios e inspectores) y quienes se insertan como empleados al servicio de cualquier fuerza (guardaespaldas, mercenarios, etc.).

Del mismo modo, podemos encontrar en Landrú la utilización de determinados elementos estilísticos para la caracterización de personajes no sólo diversos sino, incluso, irreductiblemente enfrentados. Para ello, es preciso volver a reparar en los aludidos *cartoons* referidos a la aplicación de picanas eléctricas (ver imágenes 4 y 5) en los cuales el contexto de su publicación no deja lugar a dudas de que en ellos Landrú está caracterizando a los torturadores. Ciertamente, para los días en que aparecen estos *cartoons*, *Clarín* informó sobre la marcha un proceso judicial encausado a propósito de la presentación de denuncias sobre hechos de tortura llevadas a cabo meses atrás por agentes de la policía cerca de la ciudad de Mar del Plata,<sup>185</sup> información a partir de la cual podría incluso vincularse a los verdugos con las fuerzas policiales marplatenses.

---

<sup>183</sup> Denominación que alude tanto al período de liderazgo sindical ejercido por Augusto Vandor a principios de la década de 1960 como al estilo intimidatorio impuesto entonces y caracterizado por la actividad de barras “bravas” y matones para reprimir a potenciales adversarios dentro del sindicalismo (James, 2003: 151).

<sup>184</sup> Agradezco a Elizabeth Jelin sus comentarios al respecto.

<sup>185</sup> “Caminata nocturna a orillas del mar. Proceso al terror. Aportó constancias el paseo hacia la casa cuestionada”, 23/03/73: 16, sección Policiales. La noticia está acompañada de un recuadro titulado “Intimidación” en el cual se denuncia la existencia de amenazas telefónicas al cronista policial del diario

Ahora bien, junto a estos ejemplos encontramos otro *cartoon* titulado “Atentados” (ver imagen 18) que nos muestra cómo los mismos elementos empleados para la caracterización de los torturadores que aplican picana y combinados de igual forma (barba larga y grandes ojeras) son utilizados por el humorista para representar al “terrorista”-“activista”-“subversivo” que está por hacer detonar una bomba en las oficinas de avisos clasificados de un diario.

Aunque estos ejemplos son cuantitativamente poco representativos, no deja de ser interesante advertir el modo en que “subversivos” y torturadores se superponen y desdibujan ante la mirada del humorista.

En suma, Fontanarrosa, Crist y Landrú ponen a circular tempranamente a partir de un lenguaje lúdico no sólo la representación, sino también elementos valorativos sobre el complejo fenómeno de la violencia.

Se podría afirmar que los imaginarios que estas representaciones construyen y vehiculizan tienen, por un lado, la característica típica de construir una frontera maniquea entre el bien y el mal, entre la ley y la no ley. Sin embargo, a la hora de representar quiénes están fuera y quiénes dentro del orden legal las fronteras se vuelven porosas y las diferencias esquivas (como ha sido habitual oír, “ambos extremos se juntan”).

Por último, vale la pena resaltar que los elementos analizados de estos imaginarios sociales atraviesan la obra de los distintos humoristas, más allá de sus orientaciones políticas y rasgos autorales.

### **La violencia como medio para la acción política. La intervención en un debate**

Los fenómenos y caracterizaciones aludidos en el análisis previo se insertan en un contexto caracterizado no sólo por la acción de grupos político militares (que incluyeron una serie de acciones espectaculares tales como secuestros, atentados, asaltos, etc.), sino también por un clima insurreccional colectivo en el que diversos actores apelaron de modo no sistemático a formas de acción relativamente violentas expresadas en manifestaciones públicas, tomas y ocupaciones de lugares de trabajo, boicots, etc.

---

*La Capital*, al secretario general del Sindicato de Prensa y al secretario general del Gremio de los Mineros, José María Cartas, que figura como uno de los detenidos y torturados en la finca de Camet.



En ese marco se dio un importante debate político y público sobre la legitimidad del empleo de la violencia como medio para la acción política que fue especialmente álgido durante el proceso electoral de enero – marzo de 1973 y que involucró a dirigentes y militantes políticos de todas las tendencias, a miembros destacados de la corporación militar así como a los medios de comunicación y la opinión pública en general. Muchos de los argumentos puestos en juego en ese momento descansaban en la idea de que la legitimidad de la violencia radicaba en el cierre de la vida política e institucional, la censura y la represión.<sup>186</sup>

Una de las características de ese debate fue la mirada instrumentalista sobre el fenómeno (es decir, la reducción del mismo a un problema entre medios y fines) y el hecho de que las diversas manifestaciones “violentas” fueron englobadas bajo un mismo marco interpretativo por lo que los argumentos a favor o en contra no discriminaron entre la acción encarada por grupos armados y otras formas de acción colectiva.

Dentro de este contexto, es pertinente analizar qué tipo de participación tuvo el humor gráfico del diario *Clarín* considerando dicha participación en el marco de la línea editorial del diario. Para ello contamos con la mirada aguda de Ian que es el único humorista del diario que interviene en el debate, y lo hace únicamente a partir de dos referencias.

Por un lado, vemos que en la obra de Ian la violencia aparece como medio para la obtención de fines pacifistas. Tal es el caso de un *cartoon* que muestra a un hombre en la vía pública que contempla azorado un cartel que dice: “*Vote o muera. Partido moderador pacifista*”, inscripción que está, por otro lado, acompañada por la imagen de un arma de fuego (*Clarín*, 27/03/73: 43). Pero Ian también expresa en otro ejemplo una opinión opuesta según la cual la paz sería una excusa (o medio) para el empleo de la violencia, la cual se convertiría entonces en un fin en sí mismo poniendo en el tapete los abordajes centrales de la discusión contemporánea sobre el tema: “*¿qué viene a ser la paz?...*”, pregunta un niño a su padre mientras ambos caminan por la calle. “*Y... es un montón de miniguerras entre dos maxiguerras*”, contesta el padre (*Clarín*, 25/04/73: 47).

Estos ejemplos, únicos dentro del período analizado que intervienen directamente en el debate, retoman los términos instrumentalistas en que el mismo se dio. Ambos ejemplos parecieran cuestionar, o al menos problematizar, el supuesto del

---

<sup>186</sup> En este sentido es pertinente recordar que el propio Cámpora fue acusado de propiciar la violencia durante su campaña electoral.

extendido consenso del cual habría gozado la violencia como medio para la obtención de política en amplios sectores de la sociedad argentina en tanto y en cuanto la mirada de Ian es abiertamente irónica y por lo tanto crítica al respecto.

Es interesante destacar, por otra parte, que estas referencias al problema a partir del humor de Ian son casi las únicas intervenciones del diario *Clarín* en el debate público. Vale decir que, aun cuando el diario destina un lugar más que relevante a las noticias relacionadas con el fenómeno de la violencia a través de la publicación de noticias y la transcripción de diversas posturas que intervienen en el debate, no existe un espacio editorial destinado a reflexionar sobre el tema y delinear una postura en la discusión o al menos no dentro de los términos en que ésta se da en el espacio político. En todo caso, la tematización de la violencia por parte de los editoriales de *Clarín* durante los meses en cuestión<sup>187</sup> desplaza el centro de la discusión del problema de los medios y los fines al argumento de la violencia como consecuencia de las desigualdades sociales, argumentación que se articula con la doctrina desarrollista expresada por el diario y que tiene entre sus motivos centrales la noción de modernización y desarrollo como precondition para el logro de una sociedad más igualitaria y armónica.<sup>188</sup>

Así, por ejemplo, descartando como tema de interés los fenómenos que el mismo diario denomina “violencia subversiva” y “violencia represiva”, hacia mediados-fines de enero la línea editorial se centra en la denominada “violencia espontánea” que hace que “pacíficos ciudadanos, en determinadas circunstancias, destruyan bienes públicos y privados, se enfrenten con las fuerzas del orden y protesten clamorosamente frente a ciertas decisiones políticas” y que según se argumenta no puede explicarse por el “móvil político e ideológico” sino por los “basamentos mismos de la estructura social” (“La violencia espontánea”, 19/1/73: 8).<sup>189</sup>

Estos motivos se reiterarán varias semanas más adelante cuando, a poco de la fecha indicada para la transmisión de mandos de Lanusse a Cámpora, se produzca lo que fue llamada “escalada de violencia”<sup>190</sup>. En esa ocasión, la línea editorial del diario reiterará que las “causas últimas” de la “cruenta lucha entre argentinos” han de buscarse

---

<sup>187</sup> Se trata de un total de 4 editoriales, uno publicado en el mes de enero y tres en el mes de mayo no habiendo más pronunciamientos al respecto en el resto del período considerado.

<sup>188</sup> Diversos autores han establecido los vínculos no sólo ideológicos sino también financieros del diario con el desarrollismo (Asís, 1985; Ramos, 1993).

<sup>189</sup> “La crisis económico-social y el sentimiento de frustración de los jóvenes y de extensas capas de la sociedad han minado la salud del cuerpo social; una pequeña chispa produce estallidos de consecuencias siempre imprevisibles y deplorables”.

<sup>190</sup> Y que incluyó, entre otros asuntos, el impactante y asonado asesinato del almirante Hermes Quijada.

en la crisis económico social por lo que “únicamente un cambio cualitativo de la economía” podría contener esa escalada.<sup>191</sup>

Sin embargo, pese a las operaciones discursivas para eludir la discusión en términos netamente políticos, en vísperas de la transmisión del mando en mayo, el diario argumentará que un “nuevo esquema de vida política” contribuirá a erradicar el fenómeno de la violencia en tanto “el disenso (...) contará con otros canales” de expresión (“La ley de amnistía”, 12/5/73: 8), exponiendo casi sin quererlo el argumento de que la violencia es un efecto de la represión y la falta de mecanismos institucionales para la expresión de las ideas y el ejercicio de la política.

En suma, esta relativa vacancia dejada por la línea editorial de *Clarín* en el debate<sup>192</sup>, en los términos en los cuales éste se organizó, dejó casi como única intervención en el mismo por parte del diario a los referidos *cartoons* de Ian, que expresaron, por otra parte, una postura abiertamente irónica.

### **Humor, representaciones colectivas y la sedimentación de una memoria**

Las páginas precedentes se han escrito a partir de la hipótesis de que el humor gráfico se constituyó en un medio privilegiado para la sedimentación de algunas representaciones, ideas y valores propios de la época que, en algunos casos, incluso persisten en nuestros días. En tal sentido, se intentó demostrar que existieron en la Argentina tempranas representaciones sobre la tortura y sobre el uso de la picana eléctrica directamente situadas y contextualizadas, que fueron perdiendo ese carácter de referencialidad directa a medida que la censura y la represión coartaron la libertad de opinión. Sin embargo, la desaparición de esas explícitas referencias no implicó la desaparición del tema en la contratapa de *Clarín*. Por el contrario, como ya se ha mencionado, la temática siguió vigente a lo largo de todo el período hasta los años finales de la dictadura a través de una profusa serie protagonizada por encapuchados, guillotinas, horcas y ejecuciones.

---

<sup>191</sup> “La violencia es incompatible con una sociedad que se realiza”, 3 de mayo de 1973, p. 14. (se trata de uno de los pocos ejemplos de Editoriales que aparecen firmados). Ver también un despliegue de estos argumentos en “El regreso de Perón”, 21/6/73: 10 y en “El mensaje de Perón”, 23/6/73: 8.

<sup>192</sup> Estrategia revelada incluso por el propio diario al manifestar su voluntad explícita de evitar “unirse al coro que durante el gobierno anterior hacían de estos episodios [de violencia] un dato aislado, una circunstancia anómala en la vida nacional”, “Responsabilidades ante la intimidación”, *Clarín*, 12/9/73, p. 10.

Por otra parte, la publicación de este conjunto de representaciones en un medio de gran masividad como es el diario *Clarín* y su insistencia a lo largo de tantos años nos permiten cuestionar algunas representaciones que sobre esa época fueron ampliamente difundidas por los discursos de las memorias. En particular, dichas imágenes permiten perforar la imagen de una sociedad ajena e ignorante de las modalidades de la represión clandestina y el ejercicio de la represión ilegal ampliamente difundidas por la “teoría de los dos demonios” y la llamada memoria del *Nunca Más*.<sup>193</sup>

Sin embargo, como se ha sugerido, otros elementos de esas tramas interpretativas, particularmente los que reconstruyen una escena protagonizada fundamentalmente por fuerzas demoníacas, están presentes muy tempranamente en la sociedad. En este sentido, se ha intentado demostrar que el humor gráfico participó en la construcción y difusión de representaciones que tendieron a la identificación entre “subversión” y marxismo por un lado y entre quienes están al margen de la ley, quienes trabajan a su servicio y quienes se insertan como empleados al servicio de cualquier fuerza, por otro. Podríamos concluir que los personajes representados en los *cartoons* analizados en el apartado correspondiente aparecen como la encarnación de ciertos elementos del imaginario social, presentes en ese entonces y que años más tarde posiblemente decantaron para dar forma a la llamada “teoría de los dos demonios”.<sup>194</sup>

### **¿Entretenimiento, crítica o efecto estabilizante?**

---

<sup>193</sup> Sintéticamente, la *teoría de los dos demonios* (sobre cuyos argumentos se escribió el primer prólogo del *Nunca Más*) afirma que existió en la Argentina una guerra entre dos “demonios” (la guerrilla y las Fuerzas Armadas) cuya violencia análoga recayó, injustamente, sobre una sociedad ajena a esa lucha y, por lo tanto, víctima inocente y pasiva de la barbarie. De hecho, se considera que todas las víctimas fueron esencialmente víctimas inocentes. Finalmente, los que adhieren a esta teoría afirman que los jefes de ambos grupos son los únicos responsables y culpables por lo acontecido (Cerruti, 1991).

<sup>194</sup> Esta hipótesis se ve reforzada, asimismo, por la temprana aparición de varios elementos de dicha teoría en otros discursos difundidos por la prensa diaria, desde noticias y discursos políticos transcritos hasta los editoriales. En el caso del diario *Clarín*, por ejemplo, una primera formulación de esta teoría puede encontrarse en la línea editorial ya en septiembre de 1976 cuando *Clarín* afirma que a la acción de la guerrilla subversiva se suma “la existencia de atentados igualmente condenables debido a la acción de grupos de un signo diametralmente opuesto” (“Los derechos humanos”, 16/9/76: 8. Bastardillas mías). Esta idea, que será retomada y desarrollada en otros editoriales (“El frente interno”, 13/12/76: 6, “Claridad conceptual”, 8/3/77: 8 y “Ganar la paz”, 27/3/77: 12) constituye una formulación arcaica de dicha teoría en tanto el Estado aparece como un actor ajeno a los “extremismos” y como un agente neutral que sólo reprime legalmente a ambos contrincantes. Será recién cuando el diario asuma la existencia de una “violencia paraestatal” (“Los derechos humanos y la OEA”, 22/4/80:10, “El documento episcopal”, 4/7/81:10) que todos estos elementos podrán conjugarse para dar forma a la representación ampliamente difundida a partir del retorno de la democracia.

Para concluir, me gustaría abordar brevemente algunas cuestiones vinculadas con las posibles funciones del humor gráfico y su emplazamiento en medios de circulación masiva, particularmente del publicado por *Clarín* en el período considerado. Descartado el efecto humorístico de los *cartoons* en cuestión, corresponde explorar entonces qué efecto puede generar su inclusión en el diario. Una primera aproximación al tema nos permite afirmar que, en tanto y en cuanto la violencia y la represión clandestina así como sus protagonistas ocupan un lugar importante dentro de la agenda de los humoristas<sup>195</sup>, su inclusión en el diario podría tener un efecto de advertencia, llamado de atención y, por lo mismo, de denuncia y crítica.

Sin embargo, una reflexión un poco más profunda nos puede llevar a una conclusión un poco más compleja. En este punto, me parece útil traer a colación uno de los procesos que, de acuerdo con algunos semiólogos del *cartoon*, afectan a su contenido. Se trata del denominado proceso de *domesticación*, que describe el mecanismo mediante el cual el *cartoon* presenta situaciones, ideas o personajes lejanos para la experiencia cotidiana de sus espectadores como si fueran familiares, cercanos. En otros términos, la *domesticación* supone “convertir lo nuevo y difícil de entender en un lugar común subrayando algunos elementos y enmascarando otros, focalizando en patrones repetitivos para minimizar la novedad y el ajuste mental” (Morris, 1993: 201). Creo que esta noción nos permite reflexionar sobre una de las posibles funciones del humor gráfico durante este período ya que, tal como se vio, existe una relativamente profusa producción de *cartoons* que podría contribuir al proceso de familiarización de los lectores del diario con respecto a los hechos de violencia.<sup>196</sup>

Sin embargo, también se ha argumentado que la intervención irónica de Ian en el debate instrumentalista sobre el empleo de la violencia como medio para la acción política se presenta como una crítica directa al difundido argumento de que el cierre y la clausura de los espacios institucionales justifican su empleo.

---

<sup>195</sup> En este sentido, es importante destacar que los ejemplos analizados en este trabajo forman parte de un corpus mucho más nutrido de *cartoons* y tiras de humor referidos a otros aspectos del fenómeno de la violencia que no son tratados en esta oportunidad (por ejemplo la relación entre violencia y política institucionalizada, el impacto de la llamada “escalada de violencia” en la vida cotidiana de la gente común, el corte generacional con respecto a la violencia, la violencia en las relaciones interpersonales cotidianas, etc.) en el que participaron, además de los humoristas trabajados, Caloi, Dobal y Bróccoli.

<sup>196</sup> Sin embargo, tal como se advierte en otro tramo de la investigación en curso, la tematización de la violencia por parte del humor gráfico cambia de efecto cuando, muchos años más adelante, se inserta en el contexto de crisis y descomposición del régimen militar en cuyo marco se produjo un importante debate público sobre el fenómeno.

En suma, podemos concluir que la tematización e interpretación del fenómeno de la violencia por parte de los humoristas puede cumplir funciones diversas que tienden tanto a la crítica como, *al mismo tiempo*, a cierta banalización, trivialización y, por lo tanto, naturalización de la problemática.

### **Bibliografía**

- Asís, Jorge (1985), *Diario de la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Caloi, “Con Clemente entro y salgo de la realidad”, entrevista realizada por Elvio Gandolfo, en El sitio de Caloi, [www.caloi.com.ar/reportajes](http://www.caloi.com.ar/reportajes)
- Cerruti, Gabriela (1991), “Entre el duelo y la fetichización. La historia de la memoria”, La Plata, *Revista Puentes*, año 1, N° 3.
- Getino, Octavio (1995), *Las industrias culturales argentinas*, Buenos Aires, Colihue.
- González Janzen, Ignacio (1986), *La Triple A*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto.
- James, Daniel (2003), “Sindicatos, burócratas y movilización”, en Daniel James (dir), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Muestra de humor* (1981), Teatro Municipal General San Martín.
- Morris, Ray (1993), “Visual rhetoric in political *cartoons*: a structuralist approach”, en *Metaphor and symbolic activity*, Laurence Erlbaum Associates, Inc.
- Ramos, Julio (1993), *Los cerrojos de la prensa*, Buenos Aires, Amfin.
- Rivera, Jorge (1990). “Historia del humor gráfico argentino”, en Ford, Aníbal, Rivera, Jorge y Romano, Eduardo, *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa.
- Sasturain, Juan (1987), “El humor diario: una estrategia de retaguardia”, en Rivera, Jorge y Eduardo Romano (comps.), *Claves del periodismo argentino actual*, Buenos Aires, Ediciones Tarso.
- (1995), “La última década larga de la historieta argentina” en Sasturain, Juan, *El domicilio de la aventura*, Buenos Aires, Editorial Colihue.
- Steimberg, Oscar (2001), “Sobre algunos temas y problemas del análisis del humor gráfico”, mimeo del artículo publicado en *Signo y Seña*, Buenos Aires, Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- (1997), *Leyendo historietas. Estilos y sentidos en un “arte menor”*, Buenos Aires, Nueva Visión.



## ***El que no salta es un militar: Rock, recitales y política en la Argentina (1976-1983)***

Sergio A. Pujol

En junio de 2006, en el espacio cultural de la Fundación OSDE, se presentó una muestra titulada *Cuerpo y materia. Arte argentino entre 1976 y 1985* (Constantin, 2006). Se trató de la exposición más completa sobre pintura argentina bajo la dictadura que se haya hecho hasta la fecha. Ahí estuvieron las obras de Oscar Smoje, Juan Pablo Renzi, Carlos Alonso, Carlos Gorriarena, Marcia Schwartz y tantos otros maestros de nuestra pintura, puestas todas ellas en un mismo e ineludible contexto histórico, como partes de una trama secreta tejida entre el ostracismo interior y el exilio.

Empezamos estos apuntes refiriéndonos a una muestra de pintura para desplazarnos enseguida hacia otro objeto de estudio: el rock argentino en tiempos de la dictadura. ¿Por qué esta elipsis? Porque nos interesa remarcar la especificidad del rock. Y para ello imaginamos un contrapunto entre el cuerpo representado -virtual- de la pintura y el cuerpo expuesto -real- de la música. Sospechamos que ese contrapunto podría resultar productivo para entender un poco mejor esa configuración de sentido que llamamos rock. Si bien no sería caprichoso señalar puntos de articulación entre la vida plástica y la vida musical durante los años del Proceso – un rasero represivo tendió a dotar de común destino toda expresión artística de hálito crítico -, más interesante aún es inventariar diferencias y reflexionar entonces sobre el rock como género clave de un territorio asediado: el territorio joven.

### **Una música en directo**

La materia plástica y la materia sonora se producen y transmiten de modos distintos, vaya novedad. Por eso mismo, la plástica pudo, hasta cierto punto, salirse de lo público, refugiarse en sus “tramas protectoras” (Constantin, 2006). Pero no hay música popular sin público, sin escenario. Tal vez en la creación musical académica podamos encontrar obras conscientemente producidas para ser interpretadas en un tiempo diferido o fuera del país, con todo su potencial crítico, como quien pinta un cuadro y lo guarda para



exhibirlo en mejores condiciones o en sitios limitados, rogando no ser descubierto por los “servicios”.

El rock, en cambio, debió siempre hacerse público, con los riesgos que esto suponía. Quien anduvo por recitales en aquel tiempo recordará muy bien que siempre había gente de los Servicios de inteligencia entre el público. No diríamos haciendo *pogo*, pero sí camuflada con gestos de una informalidad mal aprendida. Y a la salida, estaban los camiones puestos de culata: siempre se llevaban gente, por averiguación de antecedentes o pesquisando algún cigarrillo de marihuana. Nada de esto sorprendía. ¿Podía la dictadura ignorar o descuidar un fenómeno que, sin ser considerado un peligro prioritario, contradecía el modelo educativo del régimen de manera tan ostensible y a tan alto volumen? No era tanto el contenido de las canciones lo que preocupaba; para eso estaba el Comité Federal de Radiodifusión, facultado para ejercer un estricto control sobre los contenidos de lo que difundían los medios masivos de comunicación. El problema era la *performance* de la música joven, su puesta en acto, eso que acontecía, sobre todo, en los recitales.

Es cierto que hubo bastante producción *under*, pero incluso ésta, también expresada mediante el recital, no escapó a la observación policial. Por lo tanto, el rock debió negociar - palabra fea, pero crudamente real - con aquellos que controlaban el espacio público. Obviamente, no era posible organizar un recital en el estadio de Obras Sanitarias de Buenos Aires sin la aprobación de la Policía Federal y el Ministerio del Interior. Ni siquiera aquellas primeras actuaciones porteñas de Patricio Rey y los Redonditos de Ricota en el Centro de Artes y Música (ex Periscopio) ó los encuentros interdisciplinarios en la Mutual de estudiantes de Bellas Artes podían ser clandestinos. No era posible hacerse un lugar en las industrias culturales sin presentar la nómina de temas a los organismos de censura. En otras palabras, no era factible escapar a la escucha de los “servicios”, a los infiltrados en los recitales y conciertos, a las listas de temas censurados. Ciertamente, no todo fue observado con el mismo interés y recelo. Pero nada que requiriera, por su propia naturaleza social y artística, una materialización pública se salió de cuadro, digámoslo así.

Aquí tenemos entonces, como en el teatro, una puesta arriesgada, sin duda, pero no suicida. Una puesta que *podía hacerse*. En ese sentido, el rock fue la última frontera, el límite entre el ser joven y el aparato de la dictadura. Ya no el cuerpo representado de la pintura -o no sólo ese cuerpo-, sino el cuerpo que canta y toca la materia sonora en tiempo y en espacio reales. Y en presencia de otros cuerpos que escuchan y que

responden a esa escucha como quieren, como pueden y, sobre todo, como saben hacerlo. El recital ha sido, desde los tiempos de Woodstock en los Estados Unidos, la práctica social más vigorosa de la cultura rock. Roy Shuker la define como “vivencia de la celebración”, con un proceso que puede incluir estar horas en una cola para conseguir entradas, escuchar de nuevo los álbumes del intérprete, hablar con amigos del acontecimiento venidero, viajar -a menudo desde lejos- al estadio o club, el posible consumo de drogas antes y durante del concierto y, obviamente, vestirse para la ocasión (Shuker, 2005). En la Argentina del Proceso hubo, para todo esto, ciertos espacios hoy legendarios: primero el Luna Park y el Coliseo, luego Obras Sanitarias en Buenos Aires y finalmente, hacia 1981, estadios abiertos, como el Club Atlético Ferro Carril Oeste, La Falda (Córdoba) o los jardines del Club Obras Sanitarias.

En tanto espectáculo -si bien reducido y enemistado con el mundo- el rock no fue invisible y tuvo una fuerte aunque no siempre reconocida incidencia en la escena cultural de aquellos años. Quizá por eso hoy se discute qué hizo el rock bajo la dictadura; si fue resistente o complaciente; si dijo o calló; si se enfrentó o se doblegó. No afirmamos que esta clase de discusión no le competa a otros campos. Se sabe de los cargos que algunos plásticos han levantado contra el arte geométrico y abstracto, que supuestamente no habría tenido tantos problemas bajo la dictadura, del mismo modo que un rock instrumental habría sido menos comprometido que un rock basado en canciones: la figura en la pintura, la letra en la música, como formas explícitas de interpelar la realidad.

De cualquier modo, resulta evidente el mayor grado de exposición de los músicos en esos años, si bien es cierto que la mayoría de ellos no había participado de la militancia política en la primera mitad de los años 70. Vale la pena detenernos un momento en este punto, antes de seguir con los recitales. Sabemos que el compromiso político de los artistas visuales fue más intenso antes del golpe del que pudieron haber tenido los rockeros. Podríamos decir que los artistas plásticos habían sido más “concientes” de la Historia. Desde luego, esto último es una generalización. Pero es cierto que no hubo un “Tucumán arde” en el rock. No hubo un Ricardo Carpani entre sus artistas: “La marcha de la bronca” de Pedro y Pablo fue la canción más política; difícil que el rock fuera más allá de aquella bronca más *discepoliana* que *guevarista*, aunque Raymundo Gleizer haya incluido el tema en la banda sonora de su película *Los traidores* (Flaschland, 2007).

No indicamos esto como déficit de la música joven, sino como un elemento importante en la configuración de su pensamiento. Hay que recordar que, en el momento de mayor influencia del discurso anti-imperialista, allá por comienzos de los años 70, el rock no podía ocultar su genealogía norteamericana y británica. En el fragor de aquella década, al rockero le costaba explicar que sus fidelidades musicales no significaban un apoyo a las políticas exteriores de aquellos países donde había nacido la conciencia rockera. Sin embargo, el solo hecho de buscar una letra en castellano denotaba una imperiosa necesidad de abrir un diálogo entre el rock y la Nación, diálogo que siguió demorado por unos años más (Rodríguez, 2007). En realidad, la dictadura supuso para el rock una exigencia nueva, una suerte de madurez súbita: volverse reservorio y, como ha escrito Pablo Vila (Vila, 1985), delimitar una esfera de disenso; concentrar en su mundo de canciones y recitales el espíritu contestatario desterrado de otros espacios; hacerse político desde una historia propia “despolitizada”. Violentamente cerradas o muy acotadas otras posibilidades de participación para la juventud, el rock debió llenar, imperfectamente, esos vacíos terribles.

### **Cronología de un disenso**

Cuando estalló el golpe militar, el rock argentino, al que por entonces aún solía llamárselo “música progresiva”, era un género lozano, de apenas diez años de vida, considerando a 1966 como su año cero (Kreimer y Polimeni, 2006). No podemos saber con exactitud cuántos jóvenes escuchaban rock. Menos aún cuántos *se sentían* rockeros. Estamos hablando de una subcultura musical fuertemente asociada a la idea de juventud como actor social diferenciado. Esto quiere decir que el rock era percibido como territorio cultural más que como género musical. Con los años, se consolidaría la idea de una *cultura rock*. Si por cultura rock entendemos una serie de prácticas estéticas y sociales específicas -desde un modo de cantar hasta un modo de vestirse o de hablar, o un cierto itinerario de consumo cultural, una prensa propia o como se dice internamente, “del palo”- podemos convenir que esa *cultura rock* se fue organizando como tal unos pocos años después de que se empezara a cantar rock en castellano. Habría entonces que pensar en un momento de definición cultural entre 1969 (el año del Cordobazo, pero también el año en que se empieza a editar la revista *Pelo* y se graba el primer LP del

grupo Almendra) y 1975, cuando la despedida de Sui Generis en el Luna Park indicó un pico de popularidad muy improbable hasta ese momento.<sup>197</sup>

El año del golpe fue de mudanzas y refundaciones para la música joven. A fines del 76, después de sorprender con *El jardín de los presentes*, Invisible, el grupo de Luis Alberto Spinetta, se despidió en un recital premonitoriamente elegíaco. Sonó “Las golondrinas de Plaza de Mayo” meses antes de que nacieran las Madres de Plaza de Mayo y la tristeza de los últimos bandoneones de aquel disco de Spinetta hoy no puede ser escuchada desde otro lugar que no sea el del duelo social y cultural (Pujol, 2005). No obstante esos poderosos signos de crisis y desbande, 1976 trajo también señales de continuidad. En agosto, la edición de la revista mensual *Expreso Imaginario* fue un hecho fundamental en el sostenimiento y reconfiguración del rock, en tanto y cuanto lo enmarcó en la contracultura. Semanas antes del golpe, Charly García encontró en La Máquina de Hacer Pájaros la formación con la que evolucionó del espíritu primaveral de Sui Generis a una música de mayor aspiración formal. Finalmente, León Gieco logró editar su tercer LP, pero con más de la mitad de sus temas originales censurados, parcial o totalmente.

Nada de esto sucedió al margen de esa “vivencia de celebración” llamada recital, cuyo crecimiento fue sostenido entre los años 1972 y 1977, para sufrir un retroceso hacia 1978, año crítico para el rock argentino. Hubo nuevos viajes y exilios -León Gieco, Litto Nebbia, Gustavo Santaolalla-, reiteradas trabas para alquilar salas donde tocar, más represión a la salida de los pocos recitales de ese año y escasas ediciones discográficas de interés. Leemos en un editorial del *Expreso Imaginario*: “Los años duros los hacemos entre todos. Este que pasó fue un año duro, porque cada vez menos gente fue a los recitales, y los músicos conocidos estuvieron ausentes gran parte del tiempo. En fin, público y músicos parecen haber perdido contacto”.<sup>198</sup>

En realidad, para nuestra periodización rockera 1978 no fue tanto el año del Mundial como el de la música disco, estrenada en el país con el filme *Fiebre de sábado a la noche*. El rechazo que *Expreso Imaginario* y el mundo del rock en su conjunto manifestaron por la música disco y por John Travolta como emergente del fenómeno

---

<sup>197</sup> La bibliografía sobre el rock en la Argentina es abundante, si bien con predominio de trabajos de corte periodístico. Para una introducción a la historia general del tema pueden consultarse los libros de Grinberg (1993), Alabarces (1993), Fernández Bitar (1993) y los textos antes citados (Vila 1985 y Polimeni y Kreimer 2006). Desde el punto de vista de la ciencia musicológica, el rock en la Argentina no parece haber despertado mayor interés de los especialistas.

<sup>198</sup> *Expreso Imaginario*, Buenos Aires, diciembre 1978. Para un análisis detallado de esta revista, véase Benedetti y Graziano (2007).

significó una crítica política a la industria del entretenimiento *pop*, a la vez que una impugnación al baile como forma evasiva, despojada de todo compromiso. Años más tarde, con la llegada de la democracia en 1983 y el impacto de la *new wave* y de lo que más ampliamente empezó a llamarse *lo moderno*, la relación entre música joven y baile cambiaría de modo definitivo. Pero esa es otra historia.

En el 78, la *disco* y el recital eran lugares de pertenencia muy diferentes. Para el joven argentino de la segunda mitad de los 70 -hablamos del perteneciente a la clase media urbana, con edades comprendidas entre los 15 y los 25 años, según se medía en ese entonces el rango de juventud- la música disco fue un episodio comercial difícil de ignorar. Fue, en cambio, un tema para ser comentado y criticado, justamente en un momento de fuerte hostigamiento, cuando el rock parecía debatirse entre la supervivencia y la extinción. Era un momento en el que la dictadura hacía una apuesta fuerte en pos de la autoridad y la disciplina social, y el tema de la juventud ocupaba un lugar destacado en su agenda (Pujol, 2005). En la lógica del Proceso, “cuidar a los jóvenes”, como se escuchaba decir en la televisión o en las páginas de revista *Gente*, era salvarlos del aparato represivo montado por... el Proceso.

La represión era como un *deus ex machina* del horror, y como nadie se hacía cargo de ella (ahí estaba la siniestra figura del *desaparecido*), era obligación moral de padres y educadores evitar que el joven terminara siendo un desaparecido más. Había que terminar definitivamente con la desobediencia civil en cualquiera de sus manifestaciones, como etapa previa a un futuro que se prometía “normalizado” y “sanado”. Así funcionaba el sistema de la dictadura. Y ahí tenemos el fenómeno del recital, una supervivencia de los años 70 que, no obstante las mermas y restricciones antes señaladas, sostuvo una cierta idea de rebeldía. Bajo el estado de sitio, la existencia de un ámbito de contacto -entre público y músicos, como subrayaba el editorial de *Expreso*, pero también entre quienes conformaban ese público tan consciente- afirmaba la identidad de un *nosotros* claramente diferenciado de la identidad colectiva que promocionaba la dictadura desde los medios. A propósito, recordemos el discurso del almirante Eduardo Emilio Massera en la Universidad del Salvador, en noviembre de 1977, donde consideraba al rock, la droga y el terrorismo como frutos de un mismo árbol enfermo.<sup>199</sup>

---

<sup>199</sup> Parte de ese discurso fue reproducido por *La Opinión*, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1977. pag. 17-18

Como si en los planes del Proceso referidos a la lucha contra la guerrilla le siguiera la desarticulación de otras formas de acción colectiva, el hostigamiento al joven “no militante” (ese joven *residual* que, sin dejar de ser opositor al régimen, no había caído en las fauces del terrorismo de estado) se acrecentó a lo largo de 1978 y durante todo el año siguiente. Fue entonces que el regreso de Almendra se constituyó en un hecho fundamental, superando todas las expectativas y dándole un nuevo impulso al género y a sus tramas protectoras. El 7, 8 y 9 de diciembre de 1979, Almendra volvió a sonar en vivo y en directo. Fue en el estadio de básquet del Club Obras Sanitarias, ya por entonces convertido en sitio de recitales. Fue tan grande la demanda de entradas, que en seguida hubo propuestas para llevar el recital a otros puntos del país.

Y así fue. Ese verano, Almendra tocó en La Plata, Córdoba, Mar del Plata, Rosario y Punta del Este. Pero no fueron recitales apacibles. Hubo un estricto control del Ministerio del Interior sobre los contenidos de las canciones y un trabajo de Inteligencia dirigido a desalentar a los organizadores. Por ejemplo, en un radiograma del Ministerio del Interior cursado a la Policía de la provincia de Buenos Aires se advertía de los disturbios ocasionados por la banda en Córdoba, algo totalmente falso. “A través de sus canciones, Almendra fomenta el consumo de drogas y el desenfreno total”.<sup>200</sup> Pero los recitales se hicieron igual. Y a esta continuidad del rock podemos evaluarla como un pequeño triunfo político-cultural. Como contó años más tarde Emilio del Guercio, “Necesitábamos recordarle a la gente que habíamos estado en otro momento mejor y que Almendra había sido parte de ese momento...”.<sup>201</sup>

Así como el regreso de Almendra alentó a muchos jóvenes a seguir en la *experiencia del rock*, la consolidación discográfica y *performativa* de Serú Girán como grupo y de León Gieco como solista son también aspectos a destacar. A lo largo de 1978 y buena parte de 1979, Serú Girán se fue afirmando, mientras encontraba un sonido y un repertorio, en discos seminales para el género, como *Grasa de las capitales*, *Bicicleta* y *Peperina*. Ese repertorio, hoy canónico, fue del recital al disco, para volver ya aprendido al recital, siempre fuera de la radio y la televisión, algo tan improbable para el rock de hoy. Pensemos en la canción más “política” de aquel tiempo: “Canción de Alicia en el país...”. Marcada en las listas negras del Comité Federal de Radiodifusión (Comfer), la canción se hizo inmensamente popular a través de los

---

<sup>200</sup> Carpeta “Varios”, legajo 12249, Mesa “Ds”. Sección “C” N° 1446. Documentación desclasificada del archivo de la DIPBA. Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria

<sup>201</sup> De conservaciones con el autor. Buenos Aires, 12 de abril de 2002

recitales, sólo allí encontró su público, que a su vez esparció letra y música de boca en boca. Lo mismo pasó con “Sólo le pido a Dios”, la canción más célebre de León Gieco, aunque en este caso hubo una impensada segunda vida o segunda oportunidad mediática. La canción fue escrita en base al conflicto limítrofe con Chile -otro tema deprimente de 1978- , pero Gieco sólo vio cómo se imponía en el gusto popular en el contexto de la guerra de Malvinas.<sup>202</sup> Esta amarga paradoja (una canción antibélica se vuelve definitivamente popular en una guerra) se agregaría a todas las que trajo el año 1982.

Mientras Seru Girán, el nuevo Almendra y Gieco volvían a los estadios y revitalizaban el panorama del rock argentino -ya casi impuesto como *rock nacional*, especialmente en el muy productivo 1981- el ejercicio de la música joven fructificó en otros espacios y en torno a otros músicos. Un veloz inventario de las irrupciones de esos años nos revela una pluralidad de recitales y discos muy notable : Virus, Miguel Cantilo y Punch, Patricio Rey y los Redonditos de Ricota, Riff, Los Abuelos de la Nada, Los Twist, Los Violadores, Celeste Carballo, Juan Carlos Baglietto (como exponente de la Trova Rosarina), Rubén Rada... y siguen las firmas. Una buena parte de estas novedades se inscribían en la actualización del género: mucho *new wave* y algo de *punk*, mientras terminaba de delinearse, principalmente en torno a la figura del guitarrista Pappo, la escena del rock metálico, el viejo “rock pesado”. En otros casos, también se empezaban a filtrar las influencias de Silvio Rodríguez y de los popes brasileños (Milton Nascimento, Caetano Veloso, Gilberto Gil, etc.).

Tanto el acceso más directo a los discos importados como las constantes visitas de músicos internacionales -ambos fenómenos producidos por la política cambiaria- hicieron de la vida cultural bajo la dictadura una realidad por lo menos contradictoria. El gobierno tendió a ceder un poco en los controles a partir de que asumiera el general Roberto Viola como presidente en 1981, pero en términos ideológicos nunca dejó de pensar como un régimen muy conservador. Sin embargo, su política de economía abierta permitió -¿cómo negarlo?- una relación bastante fluida con el exterior, poniendo de relieve dos lógicas en cierto punto antitéticas: ¿cómo seguir hablando de “un modo de vida occidental y cristiano” cuando el mercado cultural estaba siendo literalmente inundado de estímulos extranjeros? ¿Alguien puede imaginar mayor contraste que el que ofrecía el adusto secretario de Cultura Julio Gancedo frente a Ney Matogrosso

---

<sup>202</sup> De conservaciones con el autor. 15 de octubre de 2004.

vestido como Carmen Miranda en un teatro de Buenos Aires? Es claro que la información volvió inverosímil cualquier intento de hegemonía. Naturalmente, aquellos espacios que la dictadura fue cediendo o descuidando fueron inmediatamente cubiertos por voces disidentes: la revista *Humor*, los recitales, Teatro Abierto, etc. A su vez, esas grietas que se visualizaban en el campo social y cultural crecieron hasta convertirse en espacios de crítica política.

### **“El que no salta es un militar”**

En la medida en que pensar al rock era pensar el mundo de los jóvenes, la identificación entre música y juventud se afirmó marcadamente, impidiendo que el régimen lograra hacer aceptable, en el campo simbólico, otra idea del ser joven. A partir de 1982 –y no obstante el paso en falso que para el rock significó el Festival de la Solidaridad Latinoamericana, una suerte de anti-recital destinado a recaudar fondos para los soldados en Malvinas-, cada vez que se escuchó a la masa del público corear “El que no salta es un militar” se estaba celebrando un pequeño triunfo en un país derrotado.

Digamos, a modo de conclusión, que ser rockero en la Argentina de la dictadura significó, básicamente, pertenecer a una franja de la juventud capaz de sostener una cultura alternativa cuyo detonante era la música, y particularmente la música ejecutada en directo en la forma del recital. Las condiciones impuestas por la dictadura significaron una dura prueba para la cultura rock, obligada ya no sólo a sobrevivir bajo un régimen hostil sino también a poner en práctica su potencial transformador de subjetividades. Tal vez por eso, entre 1976 y 1983 fuimos en busca de aquella música que se celebraba a sí misma en los recitales. La escuchamos con fruición y la defendimos como si en esto nos fuera la vida; como si estuviera en juego algo grande y trascendente, algo que no encontramos, o quizá no buscamos con igual fervor, ni en la literatura, ni en el cine ni en la plástica.

### **Bibliografía**

- Alabarces, Pablo (1993), *Entre gatos y violadores. El rock nacional en la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- Benedetti, Sebastián y Graciano, Martín (2007) *Estación Imposible. Periodismo y contracultura en los 70*, Marcelo Héctor Oliveri Editor, Buenos Aires.



- Constantin, María Teresa (2006), *Cuerpo y materia. Arte argentino entre 1976 y 1985*, Buenos Aires, Imago Espacio de Arte, Osde.
- Fernández Bitar, Marcelo (1993) *Historia del rock en la Argentina*, Buenos Aires, Distal.
- Flaschland, Cecilia (2007), “Militantes y rockeros: un ensayo sobre las subjetividades juveniles en los 60”. En: *Tramas de la comunicación y la cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación, UNLP, número 52, mayo. pp. 21-25.
- Grinberg, Miguel (1993) *Cómo vino la mano Orígenes del rock argentino*, Buenos Aires, Distal.
- Kreimer, Juan Carlos y Polimeni, Carlos (2006), *Ayer nomás. 40 años de rock en la Argentina*, Buenos Aires, Musimundo.
- Pujol, Sergio A. (2005), *Rock y dictadura. Crónica de una generación (1876-1983)*, Buenos Aires, Emecé.
- Rodríguez, Esteban (2007), “Entre la Nación, el barrio y el Estado”, En: *Tramas de la comunicación y la cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación, UNLP, número 52, mayo. pp. 26-34
- Shuker, Roy (2005), *Diccionario del rock y la música popular*, Barcelona, Ma Non Troppo.
- Vila, Pablo (1985), “Rock Nacional, crónicas de una resistencia juvenil”. En: Jelin, Elizabeth (ed.), *Los nuevos movimientos sociales/ I*, Buenos Aires, CEAL.

## **VII**

### **Dictadura y sociedad**

## **Dictadura y sociedad en Rosario entre 1976 y 1983: actitudes y comportamientos sociales en una perspectiva de análisis regional<sup>203</sup>**

Gabriela Aguila

En el campo de los estudios sobre la última dictadura militar argentina, es un dato cierto la escasez de análisis provenientes del ámbito de la historia como disciplina. Ello puede atribuirse a un conjunto de factores entre los cuales se destacan las resistencias o dificultades a la hora de abordar períodos que aún presentan un visible impacto político y social en el presente; la difusión de una extensa literatura testimonial, de memorias o periodística que ha tratado algunos aspectos y parece brindar un “conocimiento” más o menos amplio sobre aquella etapa; problemas de orden metodológico entre los que se cuentan la limitación de fuentes disponibles para los historiadores y, en un registro diferente, ciertas memorias o imágenes dominantes que adquieren relevancia cuando nos referimos a las relaciones entre dictadura y sociedad.

En tal sentido, el análisis de los comportamientos y actitudes sociales frente a la dictadura es uno de los temas menos analizados por los estudiosos del período y, hasta el momento, no ha exhibido demasiados avances. Si bien se ha señalado el apoyo explícito brindado al golpe y al gobierno militar por organizaciones empresarias, algunos partidos y dirigentes políticos, los medios de comunicación o las autoridades eclesíásticas<sup>204</sup>, a la vez, lo sucedido con los ciudadanos y ciudadanas durante esos años se ha invisibilizado tras el énfasis en el uso irrestricto del terror estatal, la propaganda oficial y la apatía o, en un registro diferente, ha permanecido oculto tras la imagen del desconocimiento social respecto de lo que acontecía<sup>205</sup>.

Nuestro estudio, focalizado en un ámbito local específico, la ciudad de Rosario<sup>206</sup>, se inscribe en la preocupación por plantear claves explicativas para una problemática poco explorada, la que refiere a las actitudes sociales en el contexto dictatorial, a la vez que delinea un conjunto de rasgos que pueden ser equiparados con

---

<sup>203</sup> Retomamos aquí desarrollos contenidos en los últimos capítulos de nuestra tesis (Aguila, 2006)

<sup>204</sup> Ver, entre otros, los textos de Novaro y Palermo (2003), Vezzetti (2002), Quiroga (1994), Yannuzzi (1996), Tcach (1996), Pucciarelli (2004), Simonassi (1998), Mignone (1999), Obregón (2005), Blaustein y Zuvietta (1998), Quiroga y Tcach (1996).

<sup>205</sup> Hay, sin embargo, algunos trabajos tempranos que siguen aportando iluminadoras explicaciones en torno a esta cuestión, tal el caso de los textos escritos en los años 80 de Corradi (1996) y O'Donnell (1997); así como el análisis de Calveiro (2001).

<sup>206</sup> Rosario es la principal ciudad de la provincia de Santa Fe, está ubicada en el centro del país y a la vera del Río Paraná y es uno de los más importantes centros industriales y urbanos a nivel nacional.

comportamientos y situaciones más generalizadas en la sociedad argentina. Mencionemos que los estudios sobre la dictadura de 1976/83 presentan un sesgo reiterado: la mayoría de los abordajes están contruidos desde una mirada “nacional” o, más bien, centrada en general en la realidad bonaerense y que, proyectándola como explicación general, ha minusvalorado el análisis de otros espacios regionales o locales. En esta perspectiva, lo sucedido en esta ciudad expone un cuadro cuyos componentes se reconocen en otros escenarios a nivel nacional, si bien con ciertas particularidades que refieren a tramas políticas y sociales que se explican y significan en una dimensión local o regional<sup>207</sup>.

Este artículo examina algunas actitudes y comportamientos exhibidos por la sociedad rosarina en los años de la dictadura militar considerando, por un lado, la expresión de diversos grados de consenso social y político así como las manifestaciones de resistencias al régimen. En tanto nos centramos en aquellos comportamientos que se exteriorizaron y ostentaron dimensiones públicas y abiertas, hemos apelado a registros documentales públicos, en particular la prensa local del período, uno de los ámbitos donde se reflejaron y expresaron las cuestiones aquí analizadas<sup>208</sup>.

## Consensos

Aún considerando las dificultades para definir los alcances y características del consenso en el marco de experiencias dictatoriales<sup>209</sup> y constatando que existió una relación variable y compleja entre conformidad y represión en el período analizado, nos

---

<sup>207</sup> Hasta ahora, los estudios regionales o locales siguen siendo muestras aisladas cuando nos referimos a la historia de la dictadura general argentina y la construcción de una historiografía que los incluya aún es una tarea pendiente. Ver al respecto Aguila (2007).

<sup>208</sup> No podríamos omitir aquí que durante el período que analizamos la información brindada por los medios periodísticos estaba censurada o constreñida a los marcos y objetivos impuestos por la dictadura, producto de una imposición por parte del Estado militar o de la asunción de dichos marcos y objetivos por los medios. Sin embargo, la prensa fue el vehículo –junto con la radio y la televisión– a través del cual la población se informaba, el ámbito donde se difundían los problemas y temas de la ciudad, donde se cubrían ciertos eventos y se transcribían declaraciones de los funcionarios estatales y de los sectores que hacían públicos sus posicionamientos, donde se reflejaba la conflictividad laboral y social, donde se reseñaban los resultados de la “acción antisubversiva” ejecutada por las fuerzas del orden, en fin, donde un conjunto significativo de acontecimientos se informaban o se editorializaban.

<sup>209</sup> ¿Cómo aplicar un concepto como el de consenso a un régimen donde predomina el aparato represivo, la coacción y el terror y donde las posibilidades de expresar libremente las opiniones estuvieron seriamente limitadas? Si el concepto puede ser asociado a la expresión abierta y mayoritaria de apoyos activos a un determinado régimen político, ¿cómo definir la aceptación pasiva que vastos sectores de la sociedad argentina exhibieron frente al golpe de Estado y el gobierno militar? Ver al respecto las perspectivas de análisis propuestas, para los casos de los fascismos europeos, entre otros por Calvo Vicente (1995); Barbagallo (1999); Saz (1999); de Felice, (1974), Kershaw (2004).

interesa señalar que el ordenamiento impuesto desde arriba por la dictadura sobre una sociedad mayoritariamente enmudecida no sólo dependió del terror sino también de la existencia –especialmente visible en los primeros años- de apoyos al gobierno militar.

Lo sucedido en la ciudad de Rosario es ilustrativo de esta afirmación. A partir del golpe de Estado la mayor parte de los sectores con alguna influencia en la opinión pública local expresaron de diversas maneras un visible apoyo al nuevo régimen y a sus objetivos, exhibiendo casi sin fisuras un amplio frente de sustentos sociales, políticos e ideológicos. Este marco, provisto por las imágenes y discursos públicos que atravesaron la escena local tanto como las acciones y expresiones del consenso que acompañaron al régimen en sus tramos iniciales, adquieren aquí una importancia particular.

En términos generales, el discurso dominante esgrimido a partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 por los agentes locales del poder militar ostentó sólo matices en relación con los pronunciamientos y estrategias postulados desde los niveles más altos de las Fuerzas Armadas y el Estado. Así, los funcionarios del Ejecutivo municipal y las autoridades militares que actuaban en la ciudad introdujeron pequeñas variaciones al discurso común difundido a escala nacional y, en tal sentido, Rosario puede ser vista como un ejemplo más –sin pretender por ello restarle singularidad– en el despliegue de temas, modalidades y estrategias definidas y adoptadas por la dictadura.

Pero si resulta ineludible considerar los procesos políticos de orden general y nacional que los atraviesan, postulamos que sus proyecciones y expresiones a nivel local o regional resultan igualmente significativas, no sólo porque denotaron el clima social y político en las distintas fases y momentos del régimen, sino porque contribuyen a explicar en parte aquella dinámica social. Ello refiere a los modos en que ese discurso oficial y la aplicación de las estrategias de la dictadura fueron asumidos y acompañados por los medios de comunicación e instituciones de fuerte peso en el escenario rosarino, en tanto contribuían a conformar un ámbito de opinión y consenso que desbordaba a los personeros del régimen, exhibiendo el contundente apoyo proveniente de sectores que se definían como “representativos” de la comunidad.

El principal diario de la ciudad, *La Capital* –un medio de prensa de enorme influencia en la opinión pública y el ámbito político local que contaba para 1976 con más de cien años de existencia-, así como los medios radiales y otros diarios de menor tirada, la Iglesia católica y algunas instituciones vinculadas a ella, tal el caso de la Liga

de la Decencia, o las llamadas “fuerzas vivas”<sup>210</sup>, desempeñaron un rol específico en la configuración de un discurso común, no oficial pero no por ello menos influyente, difundido a través de los medios de comunicación locales y otros ámbitos públicos, como los actos castrenses y las celebraciones patrias. Sin embargo, esta prédica no sólo secundó el discurso que emanaba desde el Estado sino que lo dotó de notas particulares, en tanto frecuentemente solían instalar sus propios temas y preocupaciones.

A los pocos días del golpe, el diario *La Capital* señalaba la ausencia de hechos que alteraran la “tranquilidad pública” y la “notable disminución de la actividad delictiva en la ciudad” (*La Capital*, 29/3/76). Esta tranquilizadora perspectiva vinculada a la acción “decidida” de las fuerzas policiales y al establecimiento del orden fue acompañada, a nivel local, por la puesta en marcha de una campaña moralizadora en lugares nocturnos (whiskerías, boites, clubes) llevada adelante por la policía local que, al decir del mencionado diario “cuenta con el más franco aplauso y apoyo de nuestra población” (*LC*, 29/5/76)<sup>211</sup>. Los procedimientos policiales que acompañaron tal emprendimiento exhibían a la Jefatura de policía comandada por Agustín Feced<sup>212</sup> en “una total identificación con los lineamientos fijados por el gobierno nacional y satisface así una vieja preocupación de todos los nucleamientos e instituciones representativos de la ciudadanía” (*idem*). La “tarea de saneamiento de las costumbres”, impulsada por el gobierno provincial y municipal y ejecutada por las fuerzas policiales, cuyo objetivo declarado fue la “defensa de nuestros hijos”, recibió calurosos apoyos, como los de la Liga de la Decencia o el Arzobispado de Rosario que se prolongaron durante los primeros años de la dictadura.

Estas expresiones públicas constituyeron un ingrediente ideológico fundamental que acompañó y complementó los objetivos y el proyecto de ordenamiento social

---

<sup>210</sup> Incluían a corporaciones empresarias, organizaciones intermedias, algunos dirigentes políticos, asociaciones vecinales, etc., tal como detallaremos.

<sup>211</sup> La campaña sobre los “peligros de la noche” fue continuada por el Diario *La Capital* en todo el curso del año 1976.

<sup>212</sup> Pocos días después del golpe de Estado, el Comandante de gendarmería Agustín Feced fue designado como Jefe de Policía de la Unidad Regional II, quien asumiría un rol principal en el diseño y ejecución de la represión en este ámbito. Feced acreditaba una significativa experiencia en la “lucha antisubversiva” en Rosario, desarrollada en el marco de la anterior dictadura militar. Este conocimiento, la férrea determinación expresada en el “aniquilamiento de la subversión”, la rápida constitución de un eficiente grupo de tareas y la función cumplida por el Servicio de Informaciones como oficina de inteligencia y centro de radicación de prisioneros, resultan elementos fundamentales para explicar esa situación. Sin embargo, si el elevado número de detenidos que pasaron por las dependencias policiales, tanto como la participación activa de sus miembros en un significativo conjunto de secuestros, enfrentamientos y fusilamientos y de desaparición de personas registrados entre 1976 y 1978 en el área de Rosario, significan el rol cumplido por la policía local, esta actuación se correspondió con una estrategia represiva diseñada y ejecutada por las Fuerzas Armadas e implementada bajo su “control operacional” y, en términos amplios, no introdujo variantes sustanciales a la misma.

encarado por el régimen a nivel local, en tanto ese discurso dominante, centrado en la necesidad de orden y disciplinamiento social, en la justificación de la represión y la legitimación ideológica de los objetivos y acciones llevadas adelante por la dictadura, precedió y sostuvo las acciones de quienes acompañaron al régimen o fueron receptivos a las convocatorias que desde allí emanaban.

Durante gran parte del gobierno militar, la intendencia de Rosario logró establecer un diálogo fluido con quienes se erigían como los “sectores representativos” de la comunidad: el Arzobispado de Rosario, la Bolsa de Comercio, la Sociedad Rural, entidades empresarias y comerciales como la Federación Gremial del Comercio y la Industria o la Asociación Empresaria de Rosario, pero también algunos dirigentes políticos y partidos políticos<sup>213</sup> y las asociaciones vecinales. A lo largo del primer quinquenio de la dictadura, el Ejecutivo municipal al mando del capitán Augusto Félix Cristiani (1976/1983), se erigió en el eje articulador de una serie de acciones y declaraciones que expresaron reiteradamente la comunidad de objetivos existentes entre el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, sus representantes en la comuna y el II° Cuerpo de Ejército<sup>214</sup> y las “fuerzas vivas” de la ciudad.

En tal sentido, sólo pueden ser analizadas en el registro del consenso tanto las manifestaciones públicas y la confluencia de objetivos o la participación de las llamadas “fuerzas vivas” en las diversas convocatorias del gobierno militar, como la incorporación de un conjunto de civiles a instituciones regidas por las Fuerzas Armadas (como funcionarios municipales o provinciales, en la universidad, etc.)<sup>215</sup>, participación

---

<sup>213</sup> En Rosario y la provincia de Santa Fe, la actividad partidaria no difirió mucho de lo que sucedía en el plano nacional. Mientras los partidos mayoritarios hasta 1976 (el radicalismo, el peronismo) asumieron posiciones contradictorias frente al gobierno militar que iban desde el apoyo abierto a la formulación de críticas más o menos veladas, que tuvieron expresión en sus diferentes líneas internas, dos partidos de centro-derecha y de base provincial –el Partido Demócrata Progresista (PDP) y el Movimiento Línea Popular (MOLIPO)– y otros de alcance nacional, como el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), asumieron un rol más destacado en el sostenimiento de la dictadura militar. Si bien durante el quinquenio 1976/81 los partidos como tales estuvieron excluidos, una serie de dirigentes políticos se desempeñaron como “asesores civiles” o establecieron diversos vínculos con la gestión.

<sup>214</sup> Rosario era la sede de una de las principales reparticiones militares del país y un relevante destino para los jefes militares que luego ostentaron puestos principales en el gobierno dictatorial. La vinculación entre el gobierno municipal y el II° Cuerpo de Ejército fue visible y constante desde el golpe de Estado y se mantuvo durante toda la dictadura.

<sup>215</sup> Si, como en Rosario y Santa Fe, la mayor parte de las principales ciudades del interior provincial quedaron desde el golpe de Estado en manos de interventores militares, en muchas pequeñas ciudades y comunas fueron los partidos políticos tradicionales los que proveyeron parte del elenco gobernante a la dictadura, marcando una línea de continuidad con el período previo a 1976, que pareció no alterar en estos casos el marco político local. Y esta colaboración adquirió una mayor contundencia hacia 1981 cuando las grandes ciudades de la provincia quedaron en manos de partidos plenamente afines al régimen militar. En el caso de Rosario, y si bien los destinos de la ciudad estuvieron controlados por un militar hasta 1981 y varios miembros de las Fuerzas Armadas tuvieron puestos claves en la gestión municipal,

que se asumía voluntariamente y sin coacción. Y si ello fue particularmente visible en el período de la administración militar del intendente Cristiani, la situación no se modificó con la llegada a la intendencia de un civil, Alberto Natale, dirigente de uno de los partidos “amigos del Proceso”, el Partido Demócrata Progresista<sup>216</sup>.

El estudio de este específico espacio local muestra en los primeros años una fuerte dosis de consenso con el gobierno militar expresado por diversas instituciones y organizaciones, pero si nos referimos a los ciudadanos “comunes”, consignaremos que el clima social dominado por la apatía o la indiferencia se alteró en algunos momentos. Las manifestaciones de apoyo al régimen o hacia algunos de sus representantes más conspicuos –si bien no permanentes o sostenidos en el tiempo– que se registraron en distintos momentos y tuvieron sus picos en las coyunturas del Mundial de Fútbol y la guerra de Malvinas, ingresan en un registro que bien podría situarlas como expresiones de un consenso “efectivo” o “activo”. Citemos algunos ejemplos:

El 20 junio de 1976 se celebró en el Monumento a la Bandera de Rosario el día de la Bandera y el presidente de facto, Teniente General Videla estuvo para presidirlo. El principal diario de la ciudad señalaba que “los cronistas memoriosos aseguraron que sólo hubo más gente el día de la inauguración del monumento” (*LC*, 20/6/76). Descontando la existencia de motivaciones patrióticas en los asistentes al acto multitudinario, vamos a señalar que, como cada día de la Bandera, los estudiantes de las escuelas eran movilizadas por las autoridades educativas para asistir a esos actos, si bien las personas que concurrían (y concurren) voluntariamente a los festejos no respondían a este tipo de requerimientos que pesaban sobre la población de los colegios primarios y secundarios locales. Conviene interrogarse, aunque esta pregunta no pueda ser contundentemente respondida, si una concurrencia tan masiva a un acto encabezado por la principal figura del régimen militar apenas unos meses después del golpe de Estado no expresaba también una adhesión explícita al rumbo iniciado por la dictadura en marzo de 1976.

---

hacia mediados de 1978 Cristiani modificó la composición de su gabinete, designando como Secretario de Gobierno a un abogado del foro local consustanciado plenamente con los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional, el Dr. Mario A. Casanova, y nombrando civiles en el resto de las secretarías.

<sup>216</sup> La incorporación de civiles al gabinete provincial en la coyuntura abierta con la transición de Videla a Viola, así como la designación de Natale al frente de la intendencia de Rosario, volvían a expresar con contundencia el compromiso de algunos sectores de la civilidad con el rumbo de la dictadura. A pesar de que el clima político y social hacia 1981/82 no era el mismo que en los primeros años, la intendencia de Natale se desarrolló sin sobresaltos y sustentada en una señalada comunión con los sectores “representativos” de la comunidad rosarina.



En marzo de 1977 Videla visitó nuevamente Rosario y concedió una entrevista a siete estudiantes universitarios provenientes de distintas facultades. Los diarios informaron que al salir de la municipalidad, Videla –quien saludó “con los brazos en alto”– fue recibido “con aplausos” por el público que se había reunido en la plaza 25 de mayo y portaba algunas banderas argentinas (*LC*, 30/3/77). Unos días después el mismo diario rescataba la posibilidad de un contacto “directo y necesario” con sectores ciudadanos y en un marco desprovisto de formalidades protocolares.

La coyuntura del Mundial de Fútbol de 1978 expresó con mayor contundencia la existencia de apoyos sociales al régimen e incluso expresiones muy claras de consenso “activo”<sup>217</sup>. En junio, varios de los principales jerarcas militares visitaron Rosario para asistir a los partidos que se disputaban y los diarios celebraron ese “encuentro”, especialmente con el general Videla quien vino a Rosario cuatro veces en poco más de una semana, “un privilegio que enaltece a la ciudad”, al decir del diario *La Capital*:

“Numeroso público se había congregado frente a la residencia y profirió vivas cuando el general Videla la abandonó con destino al lugar del encuentro (...) Un elocuente estado emocional embargó al presidente de la República cuando ingresó al palco oficial, al oír las voces de “Argentina, Argentina, Argentina”, tomándose sus ojos con ambas manos”. (*LC*, 15/6/78)

Esto se repitió, días después, en ocasión de la celebración del día de la Bandera, el 20 de junio, cuando millares de escolares se concentraron en el patio cívico del Monumento a la Bandera y formaron con planchas de color celeste y blanco las palabras “Bienvenido” (a Videla), “Viva la Patria”, “Argentina”. El mencionado diario señalaba la recepción de los rosarinos que embanderaron las casas, “sinónimo de hondo sentimiento patriótico” y el carácter multitudinario y enfervorizado de la convocatoria, que sumó a miles de rosarinos: “El límpido cielo azul se asoció a la fiesta mientras una verdadera marea humana convergía hacia el escenario principal, como preanuncio de lo que más tarde se iba a convertir en una multitud”. (*LC*, 21/6/78).

Si bien estas expresiones de consenso “activo” hacia el régimen no fueron una constante, nos interesa relevar otra coyuntura donde fue posible visualizarlas, al menos

---

<sup>217</sup> Es justamente en este período cuando la Municipalidad acuñó el slogan de “Rosario: ciudad limpia, ciudad sana, ciudad culta”, que se difundió sobre todo en la coyuntura previa al Mundial de Fútbol, del que Rosario fue una de sus subseces. El objetivo de la Municipalidad fue concientizar a la población rosarina en torno a que la organización del evento deportivo era una responsabilidad colectiva y la respuesta obtenida por las “fuerzas vivas” de la ciudad fue inmediata. La participación de estos sectores en las múltiples inauguraciones de la época fue una demostración palmaria del consenso que se había generado en torno a la obra de la intendencia.

transitoriamente. Ella fue la de la guerra de Malvinas. La guerra se inició en un contexto donde las críticas al régimen habían comenzado a ampliarse, culminando un proceso de “desentumecimiento” de la sociedad civil que se había iniciado hacia fines de 1980 y que trataremos más adelante. En los primeros meses de 1982 y sobre todo después de la marcha convocada por el sindicalismo opositor el día 30 de marzo<sup>218</sup>, la deslegitimación del régimen militar había comenzado a hacerse visible. Sin embargo y tal como habían previsto las autoridades militares, la ocupación de las islas despertó el entusiasmo colectivo, y el fervor patriótico de las manifestaciones y las declaraciones de apoyo contrastaron con el tono crítico que había predominado hasta ese día. Remedando una situación similar a la del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, la iniciativa quedó nuevamente del lado del régimen y la actividad política pareció quedar congelada, en un escenario en donde todo giraba en torno a Malvinas.

Mientras en Capital Federal se producía una “movilización espontánea” a Plaza de Mayo por el desembarco argentino en las Islas Malvinas, en Rosario el mismo 2 de abril el Comandante en Jefe del II° Cuerpo de Ejército, el general Juan Carlos Trimarco, organizó una ceremonia en la Plaza 25 de Mayo para manifestar el apoyo de las fuerzas militares y policiales a la iniciativa. La “alta y enfervorizada exteriorización”, al decir del diario *La Capital*, contó con la adhesión “espontánea” del personal municipal beneficiado por el asueto dispuesto por el intendente, de trabajadores de algunos sindicatos que llegaron en ómnibus cedidos por la Cámara Empresaria del Transporte Público de Pasajeros, de asociaciones vecinales y alumnos de distintas escuelas de la ciudad.

El entusiasmo colectivo también alcanzó al intendente de facto, Alberto Natale, que tuvo su fugaz instante de gloria cuando apareció en las escalinatas de la Municipalidad y fue recibido con vivas y aplausos, debiendo saludar después desde los balcones del Palacio de los Leones (*LC*, 3/4/82). Este episodio de confraternización entre las Fuerzas Armadas, los políticos colaboracionistas y el “pueblo”, que se repitió en distintas oportunidades en los meses siguientes, fue indicativo del clima que se creó desde el 2 de abril en la ciudad.

A partir de aquí, y mientras los acordes de la Marcha de Malvinas sonaban a diario en las radios y la televisión, las “fuerzas vivas” de la ciudad, los partidos

---

<sup>218</sup> Ese día se realizó la más masiva protesta de todo el período en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, clausurada por una durísima represión policial. En Rosario y otras ciudades del interior se produjeron manifestaciones, si bien de menor significación que las de la Capital nacional.

políticos, los sindicatos, las entidades empresarias, los clubes, los vecinalistas, los colegios profesionales y las agrupaciones más diversas manifestaron su adhesión a la “gesta patriótica” (LC, 3/4/82 y días subsiguientes). Las entidades empresarias anunciaron públicamente su apoyo al “esfuerzo de guerra” y se realizaron actos que expresaban el estado de ánimo de la mayor parte de la sociedad, generado tras la ocupación de las islas. Expresión de ello fueron la marcha organizada por la revitalizada Federación Universitaria de Rosario con el lema “Las Malvinas son argentinas” (LC, 8/4/82) o la realizada el 10 de abril que fue convocada por partidos políticos, medios de comunicación, entidades empresarias y sociales y autoridades, que contó con el “fervoroso” apoyo de los rosarinos. (LC, 10 y 11/4/82)

Por su parte, anónimos ciudadanos y militantes de algunos partidos políticos, entre ellos del Partido Socialista Popular, de agrupaciones nacionalistas y de algunos partidos de izquierda, engrosaban las listas de voluntarios para luchar en el frente de batalla y una multitud donaba las más diversas pertenencias para juntar fondos para la guerra que se avecinaba, empapada bajo la lluvia en las inmediaciones del Canal 5 de TV y entonando marchas patrióticas, durante un programa ómnibus que se emitió en los primeros días de mayo (LC, 10/5/82). En esos días, el diario *La Capital* señalaba la “magnífica y emocionante respuesta popular” a las convocatorias que se generaron, mostrando el fuerte respaldo de la mayoría de los partidos políticos, la dirigencia sindical, las corporaciones empresarias y significativas porciones de la sociedad rosarina.

En tal sentido, el golpe de Estado y los objetivos esgrimidos por la dictadura, tanto como gran parte de sus estrategias –en particular aquellas que exaltaban sentimientos nacionalistas, como sucedió en las coyunturas del Mundial de Fútbol o la Guerra de Malvinas-, encontraron un caudal de apoyos sociales y políticos que sirvieron de base de sustentación al nuevo régimen y se mantuvieron durante un extenso período. El clima social y político dominante en los primeros tramos de la dictadura, caracterizado por contundentes expresiones de apoyo y la ausencia casi generalizada de cuestionamientos o resistencias al régimen, no puede ser escindido del panorama hasta aquí analizado, en tanto fue modelado –en gran medida– por las estrategias, acciones y discursos desplegados por el Estado militar y sus legitimadores.

Sin embargo, esto requiere necesariamente una puntualización: las manifestaciones de apoyo explícito –de consenso activo– o la favorable recepción a las convocatorias del régimen no fueron constantes ni unánimes. Más contundente y visible

en los primeros tiempos, el frente de apoyos a la dictadura tendió a resquebrarse a medida que las estrategias del régimen afectaban a sectores más amplios y su legitimidad se erosionaba.

## **Resistencias**

Una perspectiva como la planteada hasta aquí, centrada en las manifestaciones del consenso, sería a todas luces incompleta si no consideráramos la variedad de actitudes y comportamientos que la sociedad rosarina exhibió frente al régimen militar y que –junto con el consentimiento o la conformidad- incluyeron diversas modalidades de resistencia u oposición al régimen militar.<sup>219</sup> Como ya señalamos, priorizamos aquí el estudio de aquellas acciones o comportamientos que podrían tipificarse como de resistencia o encuadrarse dentro de las modalidades de la protesta social y política con contenidos críticos u opositores al régimen militar, pero que se manifestaron y ostentaron dimensiones públicas y abiertas.

El análisis de las formas de resistencia a la dictadura requiere una necesaria periodización, en tanto es posible visualizar al menos dos fases claramente delimitadas. Si en el primer quinquenio (1976/81) el gobierno militar había tenido un importante margen de maniobra para poner en marcha su proyecto económico, social y político, éste comenzó a erosionarse de la mano del proceso de deterioro económico y, sobre todo, a partir del catastrófico final de la guerra con Gran Bretaña en el invierno de 1982. Hacia 1982/83 la dictadura ingresó en un período conflictivo signado por una crisis en múltiples niveles y una ascendente movilización social y política, incrementando y ampliando las posibilidades de actuación de los grupos opositores. Las críticas al régimen y las expresiones de resistencia –o, en otro registro, el quiebre del consenso social y político- siguieron los pliegues de estas coyunturas.

---

<sup>219</sup> El concepto “resistencia” se encuentra atravesado por un conjunto de problemas y requiere algunas puntualizaciones a la hora de ser utilizado. Si el mismo se restringe a la “descripción de participación activa en intentos organizados de trabajar contra el régimen con el objetivo consciente de dañarlo o de planear el momento de su eliminación” (Kershaw, 2004: 245-285), en términos estrictos no existió un movimiento de resistencia organizado que se propusiera el derrocamiento del régimen militar, al menos hasta sus últimos tramos cuando la derrota militar en la guerra de Malvinas articuló las protestas y a los sectores opositores o críticos hacia la dictadura. Si, por el contrario, el concepto de “resistencia” es utilizado en forma amplia, como un “paraguas” que incluya a un conjunto de acciones de diverso carácter que expresaron protestas, disidencias u oposición, organizadas o no, al régimen militar o a alguna de sus estrategias, la indagación asumirá otros derroteros. Las demandas, los actores y las formas a través de las cuales se expresaron las críticas, la oposición o el conflicto social y político en el período de la dictadura reconocieron marcos específicos desde donde se formularon y asumieron características y modalidades diversas.

Las manifestaciones o expresiones del descontento o las resistencias estuvieron muy acotadas durante los primeros años de la dictadura, en un marco en el cual la iniciativa se colocó del lado de los representantes del Proceso de Reorganización Nacional y donde, desde el ámbito municipal, el intendente Cristiani había logrado construir una fachada institucional que incluyó una nada desdeñable dosis de consenso social y político. De hecho, no es mucho lo que se advierte en la ciudad por lo menos hasta 1981: los trabajadores seguían sufriendo el doble embate de la represión y la inestabilidad laboral, la actividad en la universidad estaba prácticamente congelada, los organismos de derechos humanos habían comenzado a actuar, aunque sus demandas y acciones no habían logrado prácticamente ningún eco social o político<sup>220</sup>, las expresiones culturales y artísticas se desenvolvían con dificultades, los espacios de resistencia cultural eran casi insignificantes y los medios de comunicación de la ciudad cumplían a rajatablas su papel legitimador del régimen. Y esta situación no puede ser aislada del aparato de terror legal y paralegal que se montó en Rosario a partir de 1976 y del vasto accionar represivo desplegado para inmovilizar a la sociedad a través del miedo.

Aunque ello limitó, no eliminó por completo la existencia de espacios o resquicios a través de los cuales se expresaron la disconformidad o la oposición de individuos o sectores críticos o descontentos con el gobierno militar. No dudamos en afirmar que en los primeros años de la dictadura las expresiones de resistencia activa y organizada sólo se visualizaron en torno a la lucha por los derechos humanos y a la acción dificultosa y en general aislada de los organismos en la ciudad. Sin embargo, las expresiones de oposición o descontento incluyeron un conjunto de acciones y comportamientos heterogéneos que pusieron en cuestión los intentos de regimentación y ordenamiento político, social, económico y cultural que el régimen pretendió imponer sobre el conjunto de la sociedad, aunque las más de las veces se desarrollaron en una dimensión menos pública o confrontativa. Por su parte, los resultados de algunas de las estrategias desplegadas por el régimen –el accionar represivo, la política económica, las restricciones políticas– sumaron adversarios a medida que la crisis y el deterioro del gobierno militar se hacían más visibles, determinando que hacia los últimos años las expresiones del descontento se hicieron más explícitas, activas y organizadas.

---

<sup>220</sup> El movimiento de derechos humanos comenzó a conformarse a partir de 1977, en correlación con lo que estaba sucediendo en Buenos Aires, si bien ostentó un carácter relativamente temprano en relación con otros espacios provinciales. (Alonso, 2006).

Hacia 1981/82 comenzaron a manifestarse críticamente diversos sectores que generaron –sobre todo a partir de la coyuntura abierta por el fin de la guerra de Malvinas<sup>221</sup>–, un clima político y social que contrastaba notablemente con el que había predominado en los primeros años del régimen<sup>222</sup>. Este clima incluyó a partidos políticos o a sus líneas internas, sectores empresarios, el movimiento sindical o la universidad, junto con una visible articulación de la lucha de los organismos de derechos humanos con los reclamos de otros sectores sociales y políticos movilizados. Analicemos algunas de estas expresiones.

Por una parte, los trabajadores fueron afectados duramente por las políticas de la dictadura dentro y fuera de los lugares de trabajo, por las restricciones al accionar sindical, la eliminación de muchas de las conquistas obreras, el descenso de salarios o los efectos de la crisis económica. El accionar represivo se dirigió en gran parte hacia los militantes y dirigentes sindicales, con su secuela de detenidos y desaparecidos. Sin embargo, y ya desde los primeros años, los conflictos obreros no estuvieron ausentes impulsados por fundamentalmente por demandas de índole económica, en general localizados y con escasa coordinación<sup>223</sup>. La actividad gremial se multiplicó hacia 1980, cuando el movimiento sindical se rearticuló<sup>224</sup>, observándose en la creciente adhesión en Rosario y el cordón industrial que concitaron las huelgas convocadas por las

---

<sup>221</sup> Los partidos políticos nucleados en la Multipartidaria comenzaron a reclamar cambios urgentes en materia socioeconómica y el pronto retorno a la democracia, alentados por la renuncia del presidente de facto, general Galtieri y el nombramiento varios días después del general Reynaldo Bignone, quien anunció el fin de la veda política y el traspaso del poder a un gobierno civil para el primer trimestre de 1984. La fractura abierta en las Fuerzas Armadas tras la derrota de Malvinas (cuando la Fuerza Aérea y la Armada se retiraron de la Junta Militar, dejando en manos del Ejército la conducción del gobierno) y la abrumadora deslegitimación del gobierno militar hicieron evidente que se había abierto la etapa final del Proceso de Reorganización Nacional y que, si bien las pautas de la institucionalización iban a ser establecidas por las Fuerzas Armadas, en este nuevo escenario se abrían espacios cada vez más amplios para la expresión del descontento de una sociedad que había comenzado a movilizarse.

<sup>222</sup> Para un tratamiento más detallado de estas cuestiones véase Aguila (2000).

<sup>223</sup> Durante los primeros años de la dictadura se produjeron una serie de conflictos laborales: en 1976 en Celulosa, Cerámica Pilar, John Deere, Sulfacid y Diario La Capital; en 1977, entre los trabajadores de Luz y Fuerza, estibadores, John Deere, Cristalerías de Cuyo, Massey Ferguson, Estexa y PASA; en el año 1978 en Jabón Koop, Banco Monserrat y el Frigorífico Swift; en 1979 en Cimetel, Marieta y Unión Tranviarios Automotor; en 1980 en bancarios, Estexa y Fader-Messafesa; y en el curso de 1981 los trabajadores de Celulosa y los recolectores de residuos.

<sup>224</sup> Las organizaciones gremiales locales se rearticulaban hacia 1980 siguiendo las líneas del sindicalismo a nivel nacional, permaneciendo divididas en dos agrupamientos: la CGT Calle Italia y la CGT calle Córdoba. Esta división refería a una diferente ubicación en el panorama sindical nacional que derivaba en posiciones político-sindicales divergentes. La CGT calle Italia, que había experimentado un proceso de creciente politización en el curso del año anterior, adhería a los posicionamientos del sector “confrontacionista” representado a nivel nacional por la CGT Brasil y postulaba la necesidad de la inmediata institucionalización, demanda reactualizada luego del fin de la guerra de Malvinas. Si bien ambas centrales compartían una común identificación peronista, la CGT calle Córdoba se había alineado con el sector “dialoguista” de la CGT Azopardo dirigida por Jorge Triacca, diferenciándose de las posiciones más claramente opositoras del otro sector.

organizaciones nacionales (en particular el paro nacional de julio de 1981) y sobre todo en el curso de 1982, cuando el deterioro de los salarios y la crisis económica alentaron una espiral de protestas, que incluyó paros y ocupación de establecimientos y sumó a nuevos sectores (maestros, amas de casa, deudores hipotecarios, etc.). Los conflictos adquirieron un carácter diferente cuando algunos sectores del movimiento sindical incorporaron objetivos políticos y de crítica a la dictadura, integrando esa dimensión de la protesta social a las resistencias al régimen militar y convirtiendo a los trabajadores y sus organizaciones en actores de creciente intervención en el escenario político y social.

Sin embargo, si en los primeros meses de 1982 las manifestaciones públicas de los sindicatos opositores tuvieron dificultades para realizarse, tal como sucedió con la marcha del 30 de marzo<sup>225</sup>, la situación cambió luego del final de la guerra de Malvinas. Sólo a título de ejemplos mencionamos la concentración en el Monumento a la Bandera -en el marco de un plan de lucha convocado por los sectores sindicales opositores- hacia fines de 1982, donde asistieron más de diez mil personas (*LC*, 21/11/82), el altísimo acatamiento al paro nacional convocado en marzo de 1983 (*LC*, 29/3/83)<sup>226</sup> o la celebración, por primera vez en todos estos años, del 1º de mayo en la ciudad (*LC*, 2/5/83).

Por otra parte, muchas de las manifestaciones que expresaron cuestionamientos a algunas facetas o estrategias del régimen convivieron o sucedieron a otras actitudes que no podrían analizarse en tales términos, tal como lo ilustran los comportamientos de los sectores empresarios. Hemos visto cómo las entidades empresarias acompañaron públicamente el proyecto dictatorial, pero mientras algunos agrupamientos se mantuvieron fieles en su sostenimiento del régimen hasta el final, la estrategia económica desplegada en particular durante la gestión de Martínez de Hoz al frente del Ministerio de Economía, afectó y perjudicó a otros sectores, los que no sólo comenzaron a criticar esta faceta sino que se organizaron para enfrentarla, como se visualizó en nuestra área de análisis hacia 1980/81.

---

<sup>225</sup> La marcha concitó la adhesión de la Multipartidaria local y de entidades gremiales y fue precedida por una campaña intimidatoria que restó concurrencia al acto. A pesar de su efectividad, el enorme despliegue policial no logró ocultar las crecientes dimensiones de la protesta política y social en la ciudad que se expresaron en el grito generalizado de “Se va a acabar, se va acabar, la dictadura militar”. Ver *LC*, 31/3/82.

<sup>226</sup> En Rosario y el cordón industrial adhirieron los trabajadores de la industria, los servicios y el comercio: no funcionaron los transportes, no hubo atención en los bancos, establecimientos comerciales y la administración pública, no se dictaron clases, no hubo espectáculos ni atendieron las estaciones de servicio, no salieron los diarios y los trabajadores de radio y televisión adhirieron con paros parciales cortando las transmisiones a lo largo de la jornada

Referimos aquí a la constitución en octubre de 1980 de la Convocatoria Nacional de Empresas (CONAE), un agrupamiento de entidades empresarias del interior que contó con el impulso decisivo de las organizaciones rosarinas, fundamentalmente de pequeños y medianos comerciantes e industriales<sup>227</sup>, irrumpiendo en el escenario nacional con una interesante capacidad de movilización que coincidió con el fin del gobierno de Videla, el alejamiento del elenco económico liderado por Martínez de Hoz y la transición política que llevó al gobierno a Viola. El surgimiento de la CONAE desnudó no sólo la existencia de un polo opositor al plan económico vigente sino las profundas diferencias que separaban a las organizaciones empresarias. Las entidades representativas de los sectores más concentrados de la industria y el agro, vinculadas a postulados económicos liberales, expresaron su oposición al nucleamiento y sostuvieron públicamente su coincidencia con el mantenimiento de la política económica<sup>228</sup>. Para estos sectores ya no se trataba sólo de correcciones en el rumbo, sino de una oposición frontal a la política económica vigente. Si bien podría postularse que ello no implicó necesariamente un cuestionamiento cabal al régimen y sus objetivos más amplios y emergió en directa correlación con el impacto de la crisis económica, es ilustrativo de las fisuras que las políticas de la dictadura provocaron en la burguesía como clase<sup>229</sup>.

Lo sucedido con gran parte de los partidos políticos también es demostrativo de los problemas que suscita la tipificación de las resistencias al gobierno militar. Aquellos que no habían sido proscritos o ilegalizados luego del golpe de Estado asumieron posiciones que legitimaron o aceptaron el nuevo orden de cosas vigente a partir de marzo de 1976. Sin embargo, el consenso que había generado el golpe de Estado fue debilitándose gradualmente y, especialmente a partir de 1981/82, gran parte del espectro político se posicionó y manifestó públicamente contra la dictadura, reclamando la normalización de la vida política, la convocatoria a elecciones y la transición hacia un

---

<sup>227</sup> Entre los organizadores se contaron la Asociación Empresaria Rosario, Federación Agraria Argentina, Asociación de Industriales Metalúrgicos, Federación Gremial del Comercio y la Industria, Unión Entidades Comerciales de la Provincia de Santa Fe y Unión de Entidades Industriales de la Provincia de Santa Fe. El programa se publicó en el *Matutino Dominical Rosario*, 12/10/80. Véase también la cobertura de la protesta de febrero de 1981 en *LC*, 27/2/81.

<sup>228</sup> Como la Confederación Regional de Asociaciones Rurales Zona Rosafé (CARZOR), la Federación de la Industria de la Provincia de Santa Fe (FISFE), la Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, Cámara Argentina del Comercio o el Movimiento Industrial Argentino.

<sup>229</sup> Para el tema puede verse Simonassi (1998).



régimen democrático, así como incorporando la condena a la violación a los derechos humanos<sup>230</sup>.

Los contactos para constituir una organización multipartidaria se aceleraron desde los primeros meses de 1981 y en noviembre se constituyó la Multipartidaria departamental Rosario, integrada por un espectro político muy similar al nacional y provincial<sup>231</sup>. En una coyuntura de creciente movilización social y política, la iniciativa se convirtió rápidamente en un espacio de articulación de las demandas de distintos sectores políticos y sociales de la ciudad. A partir de este momento, tanto a nivel provincial como local, se volvieron comunes las declaraciones conjuntas de organizaciones como la Multipartidaria y la Convocatoria Nacional de Empresas, la Confederación General del Trabajo o la Federación Universitaria de Rosario y la participación en conferencias de prensa, actos y manifestaciones que nucleaban a estos diversos sectores, unidos tras reclamos que tenían idéntico signo. Desde el final de la guerra de Malvinas y sobre todo hacia 1983, la actividad partidaria se intensificó notablemente, teniendo como horizonte las elecciones que se verificarían en el último trimestre de ese año. Los partidos políticos que actuaban en la ciudad y en la provincia se recompusieron aceleradamente, encarando una reorganización que se expresó en la definición de líneas y sectores y la realización de comicios internos, con el objetivo de designar autoridades partidarias y nominar a los candidatos a cargos electivos, de cara a las elecciones generales que se llevarían a cabo en octubre.

Vamos a consignar también que la universidad se convirtió en un espacio de la protesta social, en particular hacia 1982, cuando un proceso de creciente movilización que se operó de abajo hacia arriba con la organización del movimiento estudiantil se conjugó con el renacimiento de la actividad en la Federación Universitaria local, controlada por las cúpulas de las agrupaciones políticas vinculadas al radicalismo y el socialismo popular. Hacia mediados de ese año, el malestar estudiantil se trocó en reclamos abiertos y medidas de acción directa que recibieron como respuesta el endurecimiento de las autoridades universitarias<sup>232</sup>.

---

<sup>230</sup> Ver al respecto Yannuzzi (1996), Quiroga (1994) y Tcach (1996).

<sup>231</sup> Estaba integrada por: Unión Cívica Radical, Partido Justicialista, Movimiento de Integración y Desarrollo, Democracia Cristiana, Partido Intransigente y Línea Popular, y luego se sumaron otras organizaciones. El Programa de la Multipartidaria Departamental se publicó en *LC*, 15/12/81.

<sup>232</sup> En este contexto, los reclamos estudiantiles adquirieron mayor organicidad y contundencia y las marchas de los estudiantes por la peatonal Córdoba desde la Plaza 25 de Mayo hasta la sede de Rectorado alteraron el paisaje urbano, despertando la simpatía de gran parte de la opinión pública rosarina. La primera movilización organizada por la FUR con el objetivo de elevar un petitorio al rector se realizó el 28 de octubre y la concentración superó todas las expectativas. La favorable repercusión en la ciudadanía

Las reivindicaciones estudiantiles abarcaban un amplio abanico de problemas que representaban un cuestionamiento de plano al ordenamiento impuesto por la dictadura e incluían, entre otros, la derogación de la ley universitaria, el ingreso irrestricto y el fin de las medidas limitacionistas, la devolución de los centros de los estudiantes y el libre accionar del movimiento estudiantil, el fin del arancelamiento y la reapertura del comedor universitario. Las exigencias de los estudiantes se articularon con los pronunciamientos de los partidos políticos y las demandas de las organizaciones de trabajadores y empresarios que se multiplicaron en esta coyuntura, enrareciendo el clima político local. Hacia 1982/83, y a medida que se hacía evidente la crisis terminal de la dictadura, la Universidad se erigió en uno de los escenarios de la protesta social y política, cuyo impacto sobre la realidad política local fue considerable<sup>233</sup>.

Y, finalmente, el nuevo clima social que se abrió hacia 1982 incluyó una visible articulación de la lucha de los organismos de derechos humanos con los reclamos de otros sectores sociales y políticos movilizados. Los partidos políticos, algunos sectores eclesiásticos, las entidades empresarias y sindicales comenzaron a incluir en sus declaraciones públicas y en sus documentos el tema de los desaparecidos y los reclamos de las entidades de derechos humanos adquirieron una masividad que no habían conocido hasta entonces. A partir de la segunda mitad de 1982 y en el curso de 1983 los organismos de derechos humanos<sup>234</sup> llevaron adelante una serie de iniciativas que incluyeron petitorios que reclamaban la derogación del estado de sitio y la aparición con vida de los desaparecidos, pedidos masivos de hábeas corpus, la organización de mesas redondas y conferencias y de “Festivales para la Libertad”, en los que participaron numerosos artistas y músicos rosarinos, expresando su compromiso y solidaridad con tales reclamos. Ello fue especialmente visible cuando, en abril de 1983, se produjo el último caso resonante de secuestro y desaparición de personas del país y tuvo por escenario a la ciudad de Rosario, la de los militantes peronistas Osvaldo Cambiasso y Eduardo Daniel Pereyra Rossi. En medio de una semana cruzada por las protestas y la

---

se midió en los aplausos que despertaba la marcha a su paso o en los papelitos tirados desde los edificios céntricos. Ver *LC*, 29/10/82.

<sup>233</sup> Ello fue particularmente visible en el contexto de la huelga de hambre sostenida durante una semana por un grupo de estudiantes que no habían podido ingresar a la universidad por falta de cupo. La huelga se convirtió en un foro de denuncias contra la dictadura, representada en la figura del rector Riccomi, y los partidos políticos, las agrupaciones estudiantiles, la CGT calle Italia, entidades empresarias y organismos de derechos humanos se umaron al unánime reclamo estudiantil (*LC*, 21/9/83). El hecho culminó con la renuncia del rector.

<sup>234</sup> En Rosario actuaban la filial Rosario de la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos (APDH), la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Madres de Plaza de Mayo.

movilización de diversos sectores sociales, sindicales y políticos, la ciudad se vio conmovida por una imponente marcha de “Repudio a la barbarie” convocada por los organismos de derechos humanos que nucleó a cuatro mil personas y recibió innumerables adhesiones.

El creciente protagonismo de los sectores opositores y la agitación social y política que marcaron este último período del régimen dictatorial, volvieron a mostrar – luego de varios años– a una sociedad desafiante, cuyos reclamos impusieron su sello al proceso de transición hacia el gobierno constitucional que se iniciaba entonces.

### **A modo de cierre**

En los estudios sobre la dictadura argentina se han instalado y desplegado una cantidad de temas de análisis. Probablemente el que refiere a la represión estatal, denunciada tempranamente e insistentemente por los organismos de derechos humanos y las víctimas del accionar represivo, haya sido uno de los tópicos más transitados, en tanto el terror configuró una de las facetas privilegiadas por la dictadura militar en sus modos de relación y disciplinamiento de la sociedad.

Sin dudas, una de las imágenes más difundidas de la dictadura argentina refiere a una sociedad atenazada por el miedo, la represión y la manipulación, dejando poco espacio para el análisis de otras actitudes y comportamientos sociales, en particular el consentimiento, activo o pasivo, que exhibieron diversos sectores durante el período. En esta dirección resulta especialmente difícil equilibrar o ponderar la significación que ostentan el terror y el consenso a la hora de estudiar los comportamientos sociales. Y plantea la posibilidad de esquematizar las explicaciones, bien en una perspectiva que absolutice el impacto de la represión en el diseño de las actitudes sociales o, por el contrario que las reduzca a una aceptación voluntaria y sin matices a las políticas ensayadas por las Fuerzas Armadas en el poder.

En el revés de la trama, un análisis que se ocupe de las acciones de resistencia a la dictadura militar se encuentra recorrido por similares tensiones. Así como la imagen de una sociedad desconocedora de lo sucedido y/o víctima se impuso fuertemente a la salida del régimen militar, la de una sociedad unánimemente resistente se recorta como su necesaria contracara. Ello se vincula con el esfuerzo sostenido por actores sociales y políticos que, instalados en el espacio público y protagonistas de la transición democrática –dirigentes de partidos políticos, agrupaciones sindicales o asociaciones

intermedias, medios de prensa o intelectuales—, resignificaron sus acciones en el período dictatorial únicamente como formas de resistencias u oposición régimen, por ejemplo remarcando sus posicionamientos en la coyuntura abierta con el fin de la guerra de Malvinas y en los últimos años del régimen. Al mismo tiempo, estos actores dejaron a las Fuerzas Armadas, las cúpulas eclesiásticas o las organizaciones de la derecha promilitar en el espacio del sostén o la reivindicación de lo actuado en los años previos.

Asimismo, y en un plano distinto al de las imágenes y memorias construidas respecto de las relaciones entre dictadura y sociedad, el tema en cuestión nos coloca frente a las dificultades que encuentran los investigadores para analizar lo sucedido en el ámbito de los comportamientos o actitudes de la sociedad, cuando se trata no de las dirigencias<sup>235</sup> sino de los hombres y mujeres “comunes”, en términos de provisión de fuentes documentales<sup>236</sup> y problemas metodológicos de diversa índole.<sup>237</sup>

Estudiar la dictadura militar desafía fuertemente al analista, en tanto refiere rápidamente a una situación de ilegalidad o excepcionalidad que se opone a otros períodos donde las reglas del juego —las del estado de derecho— resultan fácilmente reconocibles. La ausencia de estas normas, las restricciones al accionar político, la represión ejercida de diversos modos por el aparato del Estado y las fuerzas de seguridad, contrastan con otro panorama que resulta también reconocible: la existencia de una suerte de normalidad que, en varios planos, configuró la vida en dictadura. No nos estamos refiriendo aquí, aunque seguramente debería ser considerado en el análisis, a la recurrencia de golpes militares e interrupciones al orden constitucional que cruzaron la historia argentina del siglo XX y en cierto sentido, “acostumbraron” a los ciudadanos y ciudadanas a la presencia reiterada de las Fuerzas Armadas en la vida política. Más bien apuntamos a considerar que, con todo y sus características distintas, la dictadura militar está asociada al establecimiento de un orden —no por novedoso, menos aceptado

---

<sup>235</sup> De hecho, los estudios existentes sobre las actitudes y comportamientos sociales frente a la dictadura se encuentran confinados a unos pocos actores: la Iglesia católica, las dirigencias sindicales y los partidos políticos y, en menor medida, las cúpulas empresarias y los trabajadores y sus organizaciones.

<sup>236</sup> Mientras los estudiosos de las experiencias fascistas europeas han contado con una profusión de fuentes para estudiar estos aspectos que incluyeron archivos policiales y militares, encuestas de opinión, reservorios de organizaciones políticas, sindicales o religiosas, los historiadores de la dictadura argentina se encuentran mucho más constreñidos por esas carencias y límites en la obtención o disposición de información y material documental. Estas cuestiones han sido analizadas por Lvovich (2006).

<sup>237</sup> En tal sentido, es menester preguntarse sobre los modos de reconstruir, a través de testimonios fragmentarios y/o aislados, cuáles eran las opiniones o las perspectivas de aquellos que vivieron el período y de los que no han quedado —o no se conocen hasta el momento— registros documentales. El recurso a la historia oral también obliga a considerar que estos testimonios han sido relevados cuando la dictadura había finalizado e incluso cuando ya habían transcurrido dos o más décadas, ubicándonos en el terreno de las memorias (seguramente más individuales que colectivas, si bien inscriptas en tramas sociales más amplias) de aquellos hechos y sus reformulaciones en los años de la posdictadura.

en términos sociales amplios y durante un período extenso— que pautó y estructuró la vida social y política del período<sup>238</sup>.

Dicho en otros términos, insistir exclusivamente en la excepcionalidad nos expone a pensar a la dictadura militar en una dimensión que la hace ajena o la convierte en una especie de aberración, que dificulta reconocer que la sociedad que vivió el golpe de estado y la dictadura —con todo y los cambios demográficos y generacionales— es casi la misma que transitó los primeros 70 o los años de la transición constitucional. Una perspectiva de esta naturaleza, que intenta fijar a la dictadura en registros políticos y sociales menos excepcionales y más “normales” y reconocibles en el marco de la historia política y social argentina o de la historia del período, no minimiza lo que la dictadura representó en esencia: un régimen que se propuso reestructurar de modo radical y profundo la configuración social, política, económica y cultural existente y que en varios sentidos logró varios de sus principales objetivos<sup>239</sup>.

En conclusión, el análisis de los comportamientos de diversos sectores sociales y políticos en la ciudad de Rosario entre 1976 y 1983 —equiparable con actitudes y situaciones generalizadas en la sociedad argentina— expone un cuadro complejo, donde las relaciones entre consensos y resistencias fueron “fluidas y fluctuantes” durante todo el período. Si los niveles y expresiones del consentimiento fueron elevados en los primeros años, más evidentes y públicos en algunos casos y grupos que en otros, las estrategias que el régimen implementó a lo largo de esos años afectaron a diversas porciones de la sociedad, generando cuestionamientos u otorgándoles a los conflictos contenidos antidictatoriales que en los tramos iniciales de la dictadura habían estado ausentes.

El fuerte consenso que exhibió hacia fines de 1983 la democratización política —medida no sólo en las expresiones de crítica al régimen militar o las protestas públicas sino también en la avidez de los ciudadanos por conocer las propuestas políticas de los diferentes partidos que actuaban en el escenario electoral y que se volcaron masivamente a las urnas— parecía atravesar a la sociedad toda. Aún considerando el ingreso a la vida política de una nueva generación de jóvenes que eran niños hacia el momento del golpe de Estado, se trataba de la misma sociedad que había asistido pasivamente y durante años a la implementación del más drástico intento de reorganización social, política, económica y cultural de la historia argentina.

---

<sup>238</sup> Ver al respecto el texto de Roberto Pittaluga contenido en este volumen.

<sup>239</sup> Cfr. el artículo de Daniel Lvovich, en este volumen.

## Bibliografía

Aguila, Gabriela (2007), "Dictadura, sociedad y pasado reciente en un contexto regional: Rosario entre 1976 y 1983", en Sandra Fernández (comp.), *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*, Prohistoria Ed., Rosario.

----- (2006) "Historia social, memoria y dictadura. El Gran Rosario entre 1976 y 1983", tesis de doctorado, Universidad Nacional de Rosario.

----- (2000), "El terrorismo de Estado sobre Rosario (1976/1983), en Alberto J. Pla (coord.), *Rosario en la historia. De 1930 a nuestros días*, vol. 2, UNR Editora, Rosario.

Alonso, Luciano (2006), "El movimiento de derechos humanos: un actor cambiante", en Aguila, Gabriela y Videla, Oscar (comps.), *El tiempo presente*, vol. 12 de la *Nueva Historia de Santa Fe*, Rosario, La Capital & Prohistoria Ed.

Barbagallo, Francesco (1990), "Societat de masses i organització del consens a la Italia feixista", en Barbagallo, F. y otros, *Franquisme. Sobre la resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica.

Blaustein, E. y M. Zuvieta (1998), *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue.

Browning, Christopher (2002), *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa.

Calveiro, Pilar (2001), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Calvo Vicente, Cándida (1995), "El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista", en Revista *Spagna Contemporánea*, nº 7.

Corradi, Juan (1996), "El método de destrucción. El terror en la Argentina", en Quiroga, Hugo y Tcach, César (comps.), *A veinte años del golpe Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens Ed. (1º ed. 1982)

De Felice, Renzo (1974), *Mussolini Il Duce.I. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Torino, Einaudi.

Kershaw, Ian (2004), *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI Eds.

Lvovich, Daniel (2006), "Dictadura y consenso. ¿Qué podemos saber?", en Revista *Puentes*, año 6, Nº 17, La Plata, Comisión Provincial por la Memoria.

- Mignone, Emilio (1999), *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Página/12 (1ª ed. 1986).
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar (1976 – 1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós.
- Obregón, Martín (2005), *Entre la cruz y la espada. La Iglesia Católica durante los primeros años del “Proceso”*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes
- O’Donnell, Guillermo (1997), “Democracia en la Argentina. Micro y macro”, en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós. (1º ed. 1982)
- Pucciarelli, Alfredo (comp.) (2004), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI Ed.
- Quiroga, Hugo (1994), *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976–1983*, Rosario, Ed. Fundación Ross
- Saz, Ismael (1999), “Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra”, en Saz, Ismael y Gómez Roda, Jorge Alberto (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme.
- Simonassi, Silvia (1998), “Entre la adhesión activa y el desencanto. Acerca de los industriales metalúrgicos del Gran Rosario y el “Proceso””, en *Revista Avances del Cesor*, N° 1, Rosario.
- Teach, César (1996), "Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)", en Silvia Dutrénit (ed.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
- Vezzetti, Hugo (2002), *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Yannuzzi, María de los Ángeles (1996), *Política y Dictadura*, Rosario, Ed. Fundación Ross.

# Actitudes sociales durante la dictadura militar argentina: las organizaciones sociales y el diálogo político de 1980

Daniel Lvovich

## Introducción

La dictadura militar que se instauró en la Argentina el 24 de marzo de 1976 y perduró en el poder hasta fines de 1983 desarrolló un terrorismo estatal de una ferocidad inaudita, que dejó un trágico saldo de asesinados y *desaparecidos* entre sus consecuencias más conocidas y visibles. También produjo un vasto proceso de reestructuración social regresiva, a través de políticas que favorecieron una desindustrialización selectiva, una considerable disminución del poder adquisitivo de los asalariados, un incremento desmesurado de la deuda externa pública y un marcado proceso de concentración económica, en el marco de un ciclo de acumulación caracterizado por la hegemonía del capital financiero y de los grandes grupos económicos de capital argentino o trasnacional, en particular los que desarrollaron estrategias de inversión integradas y diversificadas (Basualdo, 2006). El régimen militar tuvo como objetivo primordial el disciplinamiento social, lo que implicó a la vez una restauración del orden y una verdadera venganza de clase contra trabajadores y pequeños empresarios. Se trataba de la primera ocasión en que militares y conservadores librecambistas “coincidían enteramente en el diagnóstico y la terapia: debían destruirse las bases del desorden (...) acabando para siempre con las insolencias de las identidades políticas y sociales de los sectores populares (...) Se trataba en definitiva de refundar el *ethos* de la sociedad” (Novaro y Palermo, 2003: 37). Como observó Hugo Vezzetti, el *Proceso de Reorganización Nacional* “anunciaba desde la desmesura de esa denominación que no le bastaba intervenir sobre el Estado y las instituciones sino que la *Nación* misma debía ser objeto de una profunda reconstrucción” (2003: 55).

La Proclama que el 25 de marzo de 1976 se propagó a todo el país, afirmaba que el golpe militar había sido motivado por “un tremendo vacío de poder, capaz de sumirnos en la disolución y la anarquía”, “las reiteradas y sucesivas contradicciones demostradas en las



medidas de toda índole” por el gobierno depuesto, su incapacidad para encaminar la economía y la falta de una estrategia global para “enfrentar a la subversión”. Frente a ello, las Fuerzas Armadas “en cumplimiento de una obligación irrenunciable, han asumido la conducción del Estado” (citado en Vázquez, 1985: 213). El *Acta* que fijó los *Objetivos básicos para el Proceso de Reorganización Nacional*, de ese mismo día, establecía como propósitos restablecer la “vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino, (...) vigencia de la seguridad nacional, erradicando la subversión y las causas que favorecen su existencia” (citado en Vázquez, 1985, 213).

Si en muchos sentidos este discurso reproducía el de las intervenciones militares previas, en 1976 la ideología del golpismo se diferenció de las anteriores en el proyecto “...de establecer un gobierno *de* las fuerzas armadas, y no meramente apoyado *por* ellas”, a lo que se agregó la visión de la necesidad de producir un cambio profundo”, no sólo en el sistema político o la economía, sino que abarcara a la sociedad argentina por completo (Cavarozzi, 1983: 75).

Tras más de cuatro años en el poder, el régimen había logrado, a través de sus políticas económicas y del desarrollo del terrorismo de Estado, impulsar algunas transformaciones que parecían irreversibles. En tal contexto, y tras lograr compatibilizar dificultosamente las muy diversas posiciones sostenidas por distintos grupos militares, el gobierno militar encabezado por el general Jorge Rafael Videla convocó en 1980 al llamado “diálogo político”, en el que distintos sectores civiles se expresarían, aunque con restricciones, sobre aspectos nodales del régimen y del futuro político e institucional de la Argentina.

Los actores convocados para el diálogo fueron tanto dirigentes de partidos políticos como intelectuales, empresarios y dirigentes de organizaciones sociales aceptadas o toleradas por el gobierno dictatorial. Mientras las posturas de los partidos políticos en el diálogo han sido estudiadas por diversos trabajos académicos (Quiroga, 1994; Yanuzzi, 1996; González Bombal, s/f; Palermo y Novaro, 2003), las posiciones sostenidas por las distintas organizaciones sociales hasta el momento no han sido analizadas en profundidad. Sin embargo, su estudio nos brinda una información inestimable sobre el modo en que, tras cuatro años de dictadura, estas organizaciones se ubicaron con relación al gobierno militar, y en particular en torno a lo que en aquel momento se denominaba la “guerra contra la subversión” y la situación de los presos políticos, en momentos en que las denuncias por la violación masiva de los derechos humanos tornaban inocultable la extensión de las prácticas del terrorismo de estado. Recordemos, a título de ejemplo, que el 12 de agosto de

1980 se publicó en *Clarín* una solicitada en la que se pedía que se esclareciera la situación de los ciudadanos desaparecidos, firmada entre otros por Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Adolfo Pérez Esquivel, Raúl Alfonsín, Adolfo Bioy Casares, Hermenegildo Sábato, César Luis Menotti y Miguel Hesayne.

El estudio de las posiciones de estas organizaciones nos informa acerca de la extensión de la aceptación de las bases sobre las que el régimen construyó su legitimidad. Tal constatación permite sustentar la afirmación de Hugo Vezzetti según la cual: "...la imagen de una sociedad mayoritaria y permanentemente aterrorizada frente a una violencia [estatal] extendida en la vida cotidiana es, básicamente, una construcción retrospectiva" alimentada por el viraje "hacia un ánimo opositor cuando la dictadura estaba ya derrotada" (2001: 43). En efecto, en las posiciones de las organizaciones participantes del diálogo político se evidencia una extendida adhesión a uno de los factores sobre los que el régimen buscó construir su legitimidad, aquello que en la época se denominaba la "victoria en la guerra antisubversiva". Ello no impidió que los distintos actores pudieran formular críticas específicas a determinadas políticas del gobierno militar, concentrándose la mayor parte de ellas –desde perspectivas distintas– en el área económica.

### **El diálogo político**

Desde los momentos iniciales del régimen dictatorial, las cúpulas militares se embarcaron en la definición de amplios objetivos de refundación del sistema político argentino, inseparables de sus objetivos en el plano socioeconómico. En esa tarea, los militares se vieron rápidamente enfrentados, desarrollándose tres grandes facciones. Los ultra revolucionarios o "duros" rechazaban cualquier tipo de acercamiento con las organizaciones civiles y buscaban la instauración de un modelo corporativo y jerárquico, que requería una muy prolongada permanencia de las Fuerzas Armadas (FFAA) en el gobierno. La facción "moderada" aspiraba en el largo plazo a una eventual convergencia cívico militar, cuyas condiciones previas eran una renovación de los partidos y el sistema político que permitiera la conformación de una nueva élite dirigente adicta a los valores del llamado "Proceso de Reorganización Nacional" (PRN), imaginada bajo la figura del Movimiento de Opinión Nacional, expresión política que esperaban conformar sobre la base de los partidos políticos conservadores provinciales y desprendimientos de los partidos mayoritarios. La fracción "politicista", sin renunciar a la refundación del sistema

político, consideraba necesario contar con la participación de los partidos políticos y las organizaciones sindicales existentes para superar el debilitamiento de la legitimidad del régimen y los peligros de un aislamiento extremo (Canelo, 2007: 68-69). Estos alineamientos no ocultaban, sin embargo, la existencia de un amplio acuerdo en la común empresa represiva, así como profundas diferencias en cuanto a las políticas económicas al interior de cada grupo.

Desde 1977, distintas fracciones cívico-militares redactaron planes políticos para presentar a la “civilidad” –concepto con el que los militares referían a los sectores civiles a los que consideraban interlocutores legítimos– que debían ser previamente consensuados al interior de cada fuerza para pasar luego a una etapa de “compatibilización interfuerzas”. Tras un complejo y largo procedimiento, el régimen presentó finalmente el 19 de diciembre de 1979 las *Bases Políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*, en las que se sentaban las líneas doctrinarias del gobierno y las características generales del modelo de país al que aspiraban. Se trataba de un documento altamente genérico, cuya única medida concreta era la convocatoria formal al diálogo entre el poder militar y los civiles a iniciarse en 1980. Las “Bases Políticas” serían objeto de estudio y análisis por parte de la “civilidad” que, en la perspectiva militar, debía encontrar en éstas un parámetro de adhesión a las ideas básicas del Proceso (González Bombal, s/f: 23-24).

Este diálogo debía orientarse a lograr una “participación responsable, amplia y continua” a través de la cual, “partiendo de las coincidencias en las ideas básicas”, se generasen las condiciones para el futuro acceso de la ciudadanía a la actividad política y partidaria. El conjunto de ideas que los militares presentaban al diálogo en las “Bases Políticas” se dividían en tres apartados. El diálogo político se iniciaría considerando los aspectos doctrinarios, luego las cuestiones programáticas y, por último, se abordaría el tratamiento de los instrumentos tendientes a la institucionalización del país.

En las “Bases Doctrinarias” se establecía que era necesario asegurar la observancia de los principios de la Constitución Nacional, pero modernizando y afianzando un régimen político basado en dos pilares: “La concepción cristiana de la vida y las tradiciones de nuestra cultura”. El objetivo buscado era la construcción de un Estado capaz de preservarse del “populismo demagógico y anárquico, de los totalitarismos y de los intereses ilegítimos o abusivos de individuos o sectores determinados” (“Bases Políticas...”, citado en González Bombal, s/f: 25). Quedaban excluidas del futuro sistema político las ideologías “totalitarias”, definidas como aquellas que promovieran la lucha de clases, la propiedad

colectiva de los medios de producción, la exaltación desmedida de las personas de los dirigentes y la politización partidaria de las instituciones del Estado. Según los principios programáticos, la forma de gobierno debía continuar siendo la representativa, republicana y federal, pero el sistema político debía renovarse para afianzar la estabilidad institucional.

Las “Bases Programáticas” delineaban los rasgos más salientes del modelo de país aspirado por el régimen militar en las distintas áreas, reservando para las FFAA un rol institucional que les daría competencias en “la conducción estratégica nacional, la seguridad nacional, y la defensa de la Constitución Nacional” (“Bases Políticas...”, citado en González Bombal, s/f: 26). En tal sentido, el proyecto de los militares argentinos resultaba similar al que quedaría plasmado en la nueva Constitución chilena plebiscitada en el mismo año 1980.

En las “Bases Instrumentales” se buscaba la formación y consolidación de importantes corrientes organizadas de opinión que dieran sustento al sistema propuesto. En este espacio tenían relevancia el diálogo político y la reorganización de los partidos.

La convocatoria al diálogo resultó una decisión consensuada por la Junta Militar, pero que no contó con el respaldo unánime de las FFAA, ya que, como señalamos, sectores importantes dentro de ellas sostenían que el régimen debía desconocer a las dirigencias políticas preexistentes y provocar su total renovación. El objetivo declarado del diálogo era el de recibir aportes para las “Bases Políticas del Proceso de Reorganización Nacional”. En su desarrollo, el contacto entre militares y civiles se rigió por dos requisitos básicos: la reivindicación pública de la “guerra antisubversiva” y la definición de un rol orgánico de las FFAA en el futuro sistema político. Estos ejes encerraban “la clave de la negociación ineludible que exigía el Estado autoritario como condición necesaria para el restablecimiento de un futuro gobierno constitucional.” (Quiroga, 1994: 258).

La instrumentación de la propuesta de diálogo fue encomendada al Ministerio del Interior, quien inició en marzo de 1980 la interlocución con los partidos más favorables al régimen. Las conversaciones públicas llevadas a cabo a lo largo de ese año constituyeron un intento gubernamental por articular una relación con las fuerzas políticas y sociales, con el fin de lograr el apoyo de los partidos a una política que preparaba la institucionalización de la convergencia cívico-militar. Sin embargo, tras cuatro años en el poder, las FFAA no podían ya, limitadas por su falta de iniciativa y por los efectos corrosivos de la política económica sobre el consenso inicial, ensayar del mismo modo que lo hubieran hecho en 1976 una política capaz de articular una

ecuación acorde a su voluntad con las fuerzas políticas y sociales (Quiroga, 1994: 257-258). Recordemos que desde 1979 se había ampliado la conflictividad gremial y se habían generalizado las críticas a las políticas económicas de Martínez de Hoz (Novaro y Palermo, 2003: 325-326).

Las intenciones de la oposición, en contraste, residían en aprovechar el diálogo para discutir las políticas económicas y negociar una apertura política, pero pronto advirtieron en el gobierno una gran resistencia para negociar el tránsito a la democracia. En efecto, los distintos trabajos que analizaron el proceso de interlocución con los dirigentes políticos coinciden en señalar que se trató de un verdadero diálogo de sordos, que demostró ser totalmente inconducente. Hugo Quiroga ha distinguido tres posturas entre los partidos convocados al diálogo: los que compartían la propuesta oficial y daban su apoyo a las “Bases Políticas” (Fuerza Federalista Popular); los que, dentro de un apoyo global a la iniciativa gubernamental, cuestionaban los temas que serían llevados a la mesa del diálogo (Movimiento de Integración y Desarrollo, que buscaba modificar las políticas del régimen) y los que se preparaban para asumir posiciones críticas (Unión Cívica Radical y el sector mayoritario del Partido Justicialista).

Cuando comenzó el diálogo, los integrantes de la Junta Militar formularon declaraciones que marcaban los límites de la voluntad aperturista, como las del teniente general Leopoldo Galtieri –por entonces Comandante en Jefe del Ejército– que recordaba que “las urnas están bien guardadas”. Simultáneamente, un documento multipartidario (Partidos Justicialista, Intransigente; Conservador Popular, Socialista Unificado, Socialista Popular y Popular Cristiano) señalaba que el dialogo político no era serio y disminuía “la jerarquía del gobierno y los interlocutores”, al excluir del debate: el inmediato retorno al estado de derecho, el análisis de políticas económicas alternativas, el esclarecimiento de las desapariciones y el respeto al movimiento obrero (Quiroga, 1994: 264).

### **Las organizaciones empresariales en el diálogo político**

Como es sabido, el apoyo brindado al régimen militar por las distintas organizaciones representativas de la gran burguesía resultó amplio y permanente. Aún en los últimos días de la dictadura las organizaciones patronales demostraron su lealtad a los militares entonces caídos en desgracia, tal como manifestaron en la solicitada aparecida en el diario *Convicción* el 21 de septiembre de 1983 y firmada, entre otros,

por la Sociedad Rural Argentina, la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y el Consejo Empresario Argentino entre muchos otros (Novaro y Palermo, 2003: 505-506). La participación de estas entidades en el diálogo político permite identificar con claridad los términos de ese apoyo, así como los rasgos del sistema político que proyectaban para el futuro mediato.

La Sociedad Rural Argentina (SRA), que reúne a los grandes ganaderos y terratenientes afirmó en el diálogo político que los mecanismos constitucionales que regulaban el acceso al poder habían puesto en peligro “la existencia misma de la Nación” por lo que requerían un “perfeccionamiento”.<sup>240</sup> Para la SRA no se podía hablar del retorno al orden constitucional normal si antes no se daban las condiciones que asegurasen que el país no retornara a un “pasado oprobioso”. Para esta entidad, formaban parte de tal pasado las tendencias “estatizantes y socializantes” incubadas en la década de 1930 y acentuadas por el peronismo, que configuraron un sistema político, económico, social y cultural que llevó al país “a la negación de su propio ser nacional”. También configuraban ese pasado los “populismos demagógicos” que empleando las “técnicas de la sociedad de masas y la guerra psicológica” manipularon la voluntad política de la población. En función de ello, los representantes de la SRA señalaban: “Entendemos el PRN como un hecho histórico político irreversible, a partir del cual no caben retrocesos, y que su justificación histórica estará dada por su capacidad para reorganizar la República”. Aspiraban a que en el futuro ordenamiento “quedaran fuera, amén de los corruptos y los subversivos, todos los que no entienden que la historia no puede ni debe retroceder”. “El país –aseguraban– le debe eterno agradecimiento a sus FFAA por la victoria obtenida contra la subversión apátrida”.

En el diseño institucional futuro, la SRA aspiraba a un Poder Ejecutivo (PEN) “fuerte y ágil” que gobernara por medio de decretos, limitándose la función legislativa del Parlamento, que dictaría sólo normas de carácter general. Podrían incorporarse a las comisiones parlamentarias, además de los legisladores, personas designadas por el PEN para el estudio, elaboración y discusión de las leyes. A ello agregaban la demanda corporativa de integrar los “grupos intermedios” a la “representatividad del gobierno”, de modo de institucionalizar “una situación, que en los hechos se da”.

---

<sup>240</sup> SRA. Resumen para la prensa. *Opinión de la Sociedad Rural Argentina sobre los “Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional”*, 4 de septiembre de 1980. Para un análisis de las posturas de apoyo de la SRA a la dictadura militar instaurada en 1976 y de la participación de sus miembros como altos funcionarios del gobierno ver Palomino (1988) y Baud (2001).

Las FFAA debían participar del gobierno, de acuerdo a la opinión de la SRA, a través de un Consejo de Seguridad Nacional. Consideraban que “En tanto partes esenciales de la Nación (...) debe procurarse la presencia institucional de las FFAA en el seno del PEN”.

La Sociedad Rural sólo se diferenció del documento oficial en debate manifestando que éste no insistía suficientemente “en la necesidad de reducir el gasto público y la participación del Estado en la Economía, como condición previa y esencial para asegurar la prosperidad económica de la Nación”. El presidente de la SRA, Dr. Juan Pirán, manifestó en la conferencia de prensa posterior al encuentro con el Ministro del Interior que “todas las estructuras políticas que se creen deben contener garantías suficientes para que no sea necesario el establecimiento del voto calificado”.<sup>241</sup>

La Asociación de Bancos Argentinos (ADEBA) –que reunía a las principales entidades financieras de capital nacional y extranjero que operaban en Argentina– defendió en 1980 las posiciones más extremas en cuanto al futuro sistema político. A través de Narciso Ocampo (Banco Ganadero), Hernán Ayerza (Banco Galicia) Roberto Bruno (Banco Español) y Federico Zorroaquin (Banco Comercial del Norte) proponían un diseño institucional que, entre otras cosas, asegurara que se impidiera actuar a los partidos políticos que en su plataforma o sus actos “no acepten expresamente los valores básicos de la sociedad argentina”; se implantase un control de seguridad para el ejercicio de las funciones de los partidos y se determinasen disposiciones constitucionales sobre la selección de candidatos a ocupar cargos electivos en cuanto a “moralidad, antecedentes políticos, nacionalidad y recaudos a tomar para su real representatividad”.<sup>242</sup> ADEBA señaló que para la renovación institucional se requería previamente “obtener una efectiva paz y seguridad pública”, el logro de una mejora económica tal que permitiera a la sociedad apreciar sus beneficios de forma tangible y la conquista de un orden sucesorio bajo control de las Fuerzas Armadas, “cuya premisa de fondo es la continuidad del programa y el orden político establecido”<sup>243</sup>. ADEBA se expidió a favor del voto calificado y reservado a los electores alfabetizados, y mostró su solidaridad con el gobierno frente al crítico documento de la CIDH.<sup>244</sup>

---

<sup>241</sup> Ministerio del Interior, *Ayuda memoria. Dirigentes de la Sociedad Rural Argentina dialogaron hoy con el Ministro del Interior*, 4 de septiembre de 1980, p.4.

<sup>242</sup> Asociación de Bancos Argentinos. *Información de prensa*, 27 de mayo de 1980.

<sup>243</sup> Idem.

<sup>244</sup> Ministerio del Interior, *Ayuda memoria. El Ministro del Interior dialogó esta tarde con cinco titulares de bancos argentinos*, pp.4-6.

Sus colegas de la Asociación de Bancos del Interior de la República Argentina también señalaron su agradecimiento a los militares por “vencer a las hordas terroristas” y expresaron su total adhesión a las “Bases Políticas”, y su apoyo a la idea de una participación institucional de las FFAA, a través de la intervención de ministros militares de cada arma en el Gabinete Nacional y de la conformación de un Consejo de Seguridad dentro de los límites constitucionales.<sup>245</sup>

El Consejo Empresario Argentino<sup>246</sup> (CEA) mostró su adhesión a la acción contra la subversión del PRN, pero sugería dictar medidas legales adicionales “para impedir cualquier brote de subversión o terrorismo que pueda aparecer en el futuro”. El Ingeniero Guillermo Gotelli (del grupo empresarial Alpargatas), que integraba la delegación, y que sostenía que en Argentina se había librado una de las batallas de la Tercera Guerra Mundial, proponía que se establecieran limitaciones por idoneidad y antecedentes para acceder a los cargos públicos. El vocero del CEA señaló que debía racionalizarse el aparato estatal reduciendo la burocracia, disminuirse el déficit fiscal y la carga impositiva y limitarse drásticamente la intervención estatal en la economía.<sup>247</sup>

En un sentido similar, reclamando una mayor liberalización y apertura de la economía se expidió la Unión Industrial Argentina (UIA). Los dirigentes de esta organización expresaron su amplio acuerdo con las propuestas políticas presentadas por los militares. Juan Thibaud, advirtió contra el riesgo de una salida política excesivamente apresurada, Jaime Roca señaló la necesidad de implementar una participación institucionalizada de las FFAA en la seguridad nacional y en la formulación de la política exterior, mientras Eduardo Oxenford manifestó su total adhesión a las “Bases Políticas” y a la actuación de las FFAA en la “lucha antisubversiva”.<sup>248</sup>

Similares posturas fueron desarrolladas por los directivos de la Unión Comercial Argentina, quienes sostuvieron que “El Proceso” no debía condicionarse “por períodos de tiempo sino por el logro de objetivos” y advertían que “la subversión ha sido

---

<sup>245</sup> Asociación de Bancos del Interior de la República Argentina, *Síntesis del memorándum presentado por la Asociación de Bancos del Interior de la República Argentina (ABIRA) a S.E. el señor Ministro del Interior*.

<sup>246</sup> Entidad que agrupaba a grandes empresarios argentinos de distintas ramas de actividad, y que había sido presidido por José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía durante los gobiernos del general Videla.

<sup>247</sup> Ministerio del Interior, *Ayuda memoria. El Ministro del Interior dialogó esta tarde con dirigentes de la Cámara (sic) Empresaria Argentina*, 10 de julio de 1980.

<sup>248</sup> Ministerio del Interior, *Ayuda memoria. El Ministro del Interior dialogó con personalidades del ámbito industrial*, 28 de marzo de 1980



aplastada en una guerra que la Nación libró sola por su vigencia soberana”, aunque llamaban a mantenerse alerta “porque subsiste latente y ensaya otras formas de penetración”.<sup>249</sup>

La Bolsa de Comercio de Buenos Aires también manifestó su total acuerdo con las “Bases Políticas”, su beneplácito con la lucha antisubversiva y defendió una inserción institucional de las FFAA en un futuro, “en los órganos que intervienen en la elaboración de decisiones de gobierno. La entidad bursátil remarcó su adhesión al ideario económico monetarista y señaló la necesidad de “terminar con la noción del Estado productor y comerciante”.<sup>250</sup> Reclamando igualmente una disminución de la intervención del Estado en la economía pero solicitando a la vez la protección estatal frente a las importaciones subsidiadas o que revestían el carácter de *dumping*, la Cámara de Sociedades Anónimas mostraba su amplia adhesión a las “Bases Doctrinarias”. Sostenía la entidad que la permanencia de las FFAA en el gobierno debía ser “todo lo profunda y ancha” que fuera necesario para alcanzar la paz y el orden, considerando que la “exitosa terminación del terrorismo” no supone dar por terminada la contienda, ya que “la subversión sin patria constituye una fuerza agazapada en algún lugar”. La Cámara de Sociedades Anónimas fue la única de las entidades patronales en referirse de modo abierto al tema de los detenidos–desaparecidos. Al respecto señalaba que el uso de la fuerza fue la única opción posible frente a la “ola de terrorismo”, en una situación de emergencia que “requería procedimientos y medidas de excepción” que podrían haber provocado “excesos y arbitrariedades que, en todo caso, han sido efectos no deseados de una causa fatal”. Aunque sostenía que el robustecimiento de una justicia independiente sería suficiente para que el gobierno enfrentara “la solución de los casos que haya heredado del pasado reciente, a despecho de la crítica internacional”, atendiendo los reclamos de “los prójimos de buena fe”, no dejaba de distinguir entre el restablecimiento del orden y el retorno final a la normalidad, ya que “las tácticas y

---

<sup>249</sup> Documento sin título de la Unión Comercial Argentina, 23 de octubre de 1980, firmado por Jorge Sabaté (Presidente de la Cámara de Grandes Tiendas y Anexos de la Capital Federal), Manuel Aduriz García (Vicepresidente de la Cámara de Empresas con sucursales), Ovidio Bolo (Presidente de la Cámara Argentina de Supermercados), Santiago García Fazio (Presidente de la Federación Argentina del Comercio Mayorista de Comestibles, bebidas y afines) y Ángel Malvicino (Director del Centro Comercial de Santa Fe).

<sup>250</sup> Bolsa de Comercio de Buenos Aires. *Documento sobre las Bases Políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional. Aprobado por la Mesa Directiva y por el Consejo de la Institución en sus sesiones del 29 y 30 de julio de 1980.*

estrategias de la subversión agudizan la necesaria reserva de las medidas de seguridad”.<sup>251</sup>

Los propietarios de medios de comunicación no se alejaban de estas perspectivas. El diario *Clarín* sostenía en su editorial del 6 de abril de 1980 que el diálogo resultaba “un gesto espontáneo que puede explicarse por la serenidad que da el haber obtenido una resonante victoria en la guerra que durante un largo tiempo estuvo carcomiendo los cimientos de nuestra nacionalidad”. La dirigencia de la Asociación Editores de Revistas señaló que acudía al diálogo “plenamente identificada con el fundamento de legitimidad de origen y finalidad del PRN” establecido en las “Bases Políticas” de las FFAA.<sup>252</sup> Los editores destacaban como logros del régimen la reconstrucción de la república y la derrota de la subversión; los avances en la “liberalización, saneamiento y simplificación de la economía”, el restablecimiento “de la autoridad y jerarquía de los poderes públicos”, “el ordenamiento y restauración de la disciplina en la enseñanza”, la realización de importantes obras públicas y la recuperación del prestigio internacional del país. Sin embargo, reclamaban que en el futuro próximo se redujera el aparato estatal, se disminuyera el gasto público y se acelerase la privatización de la economía dejando en manos privadas todo lo que este sector fuera capaz de realizar “salvo lo estrechamente vinculado a la seguridad nacional”. Cumplidas estas condiciones se podría “volver a una democracia real y efectiva, siempre y cuando se marginen del proceso las ideas y personas que fracasaron y nos llevaron al borde de la disolución, facilitando la demagogia y el terrorismo y la destrucción de la economía del país”. La Asociación de Teleradiodifusoras Argentinas manifestó igualmente su plena solidaridad con la lucha que libraron las FFAA. La delegación, encabezada por su presidente Pedro Simoncini, declaró: “Adherimos a las Bases Políticas para el Proceso de Reorganización Nacional, y a sus consideraciones doctrinarias, programáticas e instrumentales, porque consideramos que en ellas están condensadas las fórmulas superiores para el logro de la unidad nacional para el bien común”. En tal sentido, pensaban que la institucionalización debería esperar hasta que las condiciones políticas lo permitieran, es decir “cuando los partidos políticos aseguren

---

<sup>251</sup> *Memorandum de la Cámara Argentina de Sociedades Anónimas*, firmado por Oscar García (presidente), Horacio Sánchez Caballero (vicepresidente) y Jorge E. Rivarola (director)

<sup>252</sup> Ministerio del Interior. *Información de prensa*. 4 de diciembre de 1980

el acceso al poder de dirigentes idóneos y responsables”.<sup>253</sup> En un sentido similar se expidió la Asociación de Radiodifusoras Privadas Argentinas.<sup>254</sup>

En la totalidad de los casos arriba reseñados, nos encontramos con actores con capacidad de conocer las verdaderas características de las políticas represivas, lo que – como vimos– no motivó cuestionamiento alguno. Lejos de ello, todos estos actores demostraron su solidaridad y acuerdo con lo actuado por las FFAA. Tampoco ninguno de los rectores de universidades privadas, ni los responsables de la educación evangélica, ni los directores de diarios del interior que participaron del diálogo formularon observación alguna sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina. Si resultaba un denominador común el acuerdo con los planteos de las “Bases Políticas”, es observable en cambio la existencia de posturas que consideraban la situación económica insatisfactoria, debido a lo que consideraban una injustificada persistencia del intervencionismo estatal, un nivel de gasto público considerado excesivo y unas reformas liberalizadoras que estimaban insuficientes. En lo que hace al futuro diseño institucional, la opinión de estas organizaciones resultaba más matizada, ya que acordando con la necesidad de garantizar un rol relevante a las FFAA en el sistema político post dictatorial, pocos se mostraron dispuestos a introducir modificaciones en la Constitución Nacional. La perspectiva de una democracia tutelada y limitada resultaba predominante, lo que, de modo altamente probable, no se derivaba solo de la lectura que estos actores formulaban del proceso político argentino, sino de los proyectos constitucionales en ronda en los países vecinos. En efecto, una Constitución que preveía un sistema de democracia limitada y tutelada había sido elaborada por los militares uruguayos –la propuesta sería derrotada por el 58% de los votos en el plebiscito del 30 de noviembre de 1980– y por las Fuerzas Armadas chilenas. Este último diseño constitucional, que incluía elementos corporativistas, resultó aprobado en el plebiscito del 11 de septiembre de ese mismo año en Chile (Ansaldi, 2004: 43-44).

### **Las tímidas inflexiones de la disidencia**

---

<sup>253</sup> Documento sin título de la Asociación de Teleradiodifusoras Argentinas, firmado por Luis María Morales (Secretario) y Pedro Simoncini (Presidente), 10 de diciembre de 1980.

<sup>254</sup> *ARPA y la convocatoria al diálogo y la participación*, 10 de diciembre de 1980.

Las posiciones que los representantes del sector cooperativo agropecuario expusieron en el diálogo político resultaban, en algunos aspectos, más distanciadas que las anteriormente reseñadas respecto a las políticas y propuestas del régimen, pese a que la delegación estaba conformada, entre otros, por dirigentes que formaron parte de distintos gobiernos militares. En efecto, fueron invitados a título personal a participar del diálogo político Antonio A. Di Rocco, ex presidente de la Federación Agraria Argentina y de la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (Coninagro), que se había desempeñado como Ministro de Agricultura y Ganadería del gobierno del general Alejandro Lanusse (1971- 1973), y Victor Hugo Santirso, dirigente de la Asociación de Cooperativas Argentinas (ACA) y presidente de Coninagro, que ocuparía la Secretaría de Agricultura y Ganadería bajo el gobierno del general Reynaldo Bignone (1982-1983), junto a los dirigentes cooperativistas Leonidas Gasoni y Rodolfo Gariglio. La delegación cooperativista enfatizó en su intervención la necesidad de la plena vigencia de la Constitución, sosteniendo asimismo que una vez que se regresara al estado de derecho, el régimen de excepción debía hallarse “legislativamente previsto como facultad propia de los gobiernos constitucionales y no como consecuencia de su desplazamiento”.<sup>255</sup> En el mismo sentido, manifestaron su rechazo a la introducción de aspectos corporativos en el ordenamiento institucional: “Como integrantes de uno de los mayores nucleamientos de organizaciones intermedias del país, deseamos conservarnos en nuestro marco institucional de carácter económico y social, que abjura de la concepción corporativista que asigna funciones propias de los partidos políticos a entidades integradas al quehacer general de la Nación”. También señalaron su oposición a que las Fuerzas Armadas asumieran cualquier forma de participación que no fuera sancionada por un futuro Poder Legislativo, así como a toda forma de limitación para el acceso a cargos públicos, y se manifestaron críticos de una política económica que, señalaban, resultaba flagrantemente contradictoria con los postulados al respecto de las FFAA.

Sin embargo, los cooperativistas agrarios asumían los postulados que las FFAA planteaban como las bases de la legitimidad de la dictadura, ya que reconocían el origen del PRN como resultado de un estado de “descomposición y desintegración en ciernes” y reivindicaban la victoria en la “lucha contra el terrorismo” como una victoria de la

---

<sup>255</sup> *Conceptos vertidos por los sres. Ing. Agr Victor Hugo Santirso, Leonidas A. Gasoni, Antonio A. Di Rocco y Rodolfo M. Gariglio, en la entrevista mantenida con el Sr. Ministro del Interior, 30 de abril de 1980, p.1*

Nación, por lo que rechazaban los juicios extranjeros sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina como “interesados, tendenciosos y subjetivos”. Reiteraban así un argumento insistentemente empleado en los años anteriores, y que había motivado que en 1978 más de trescientas asociaciones civiles desarrollaran una campaña contra “aquellos que pretenden distorsionar la imagen del país en el exterior” a través de solicitudes firmadas entre otros por la Universidad Católica, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, el Club Alemán y el grueso de las entidades patronales (Armony, 2004: 16). Si, como sostienen Novaro y Palermo (2003: 164-165) existió en aquel momento una propensión bastante extendida entre la población a creer que las acusaciones “antiargentinas” constituían una campaña contra la imagen del país y su dignidad, y los medios de comunicación ayudaron a cimentar la imagen de un país víctima de un boicot internacional, el nivel del conocimiento acerca de las características de las violaciones a los Derechos Humanos dos años más tarde torna improbable que las declaraciones de los cooperativistas resultaran el fruto de la ignorancia.

¿Resultaba imposible formular un planteo crítico sobre el método represivo y sus consecuencias, dadas las limitaciones implícitas que suponían los requisitos básicos planteados por las FFAA en la convocatoria al diálogo? Si fuera así, la respuesta a esta pregunta daría también cuenta del mayoritario silencio sobre el terrorismo de Estado por parte de los partidos políticos participantes del diálogo. Sin embargo, la presencia de algunos sectores que plantearon, de modo más tímido o más abierto, esa temática muestra que los que no se expresaron al respecto no actuaron de ningún modo movidos por dichas limitaciones o por el terror. Además, quienes sí lo plantearon no resultaban en modo algunos opositores abiertos al régimen.

Tal es el caso del Colegio de Abogados de la Capital Federal –entidad que había acompañado de modo entusiasta la instauración del régimen militar<sup>256</sup>– que alabó las “Bases Doctrinarias” propuestas por las FFAA y dio su acuerdo a la inclusión de las FFAA en un Consejo de Custodia de la República, integrado además por “ciudadanos representativos con destacados antecedentes en el servicio del país”. Dicho consejo debería velar por el cumplimiento de la Constitución Nacional y estaría facultado “en el caso de abandono de toda legitimidad por las autoridades” para requerir la colaboración de las FFAA para restablecer la vida constitucional. Sin embargo, el Colegio solicitó

---

<sup>256</sup> Sobre las posiciones y el papel del Colegio de Abogados de la Capital Federal ver Novaro y Palermo (2003, 129) y Bertochi (1988).

que se regularizara la situación de los detenidos a disposición del PEN y se los procesara judicialmente, en tribunales civiles o militares, respetándose su derecho de defensa y apelación.<sup>257</sup>

Algo similar ocurrió con los sindicalistas convocados al diálogo. Juan Carlos Brunetti (Despachantes de Aduanas, afiliado al radicalismo) y Rubén Mario Ghioldi (Empleados de Comercio de Rosario de filiación socialista) reconocieron el “esfuerzo realizado por las FFAA en la supresión del terrorismo subversivo y la reimplantación de un clima de seguridad y paz que mucho valoramos”, pero señalaba a la par la necesidad de que ningún argentino pierda su libertad “sin razones valederas”. “La permanencia de detenidos sin proceso, el mantenimiento de detenciones a disposición del PEN, la existencia aún de desaparecidos, etc., atentan contra el crédito de quienes están en el poder”, afirmaban, y solicitaban para estos casos la aplicación de los mecanismos previstos por la justicia.<sup>258</sup> Pidieron, asimismo, el restablecimiento de las libertades y el regreso a la actividad de los partidos políticos sin restricciones, oponiéndose a que las FFAA asumieran otras competencias que las fijadas por la Constitución, y sostuvieron posiciones críticas frente a las políticas económicas y laborales del régimen. Luis Etchezar, del sindicato ferroviario La Fraternidad, solicitó un rápido retorno de la vigencia de las libertades garantizadas por la Constitución. Tras la “batalla ganada” contra la subversión, señaló que se imponía la toma de medidas para “llevar tranquilidad a los hogares argentinos que lo requieran”.<sup>259</sup> Igualmente críticos de las políticas laborales del gobierno, los dirigentes Mario Cala Gómez (Confederación General de Empleados de Comercio) y Juan Rachini (Sindicato de Aguas Gaseosas) no hicieron observación alguna sobre las víctimas de la represión.<sup>260</sup> Por su lado, Ramón Valle, del sindicato del seguro, tras recordar la oposición del Movimiento Obrero Organizado a la “delincuencia subversiva” solicitó que se resuelvan los casos de detenciones sin causa, y la de los presos gremiales y políticos, en especial la de la María Estela Martínez de Perón, al tiempo que rechazó la posibilidad de una convergencia cívico-militar.

---

<sup>257</sup> Colegio de Abogados de la Capital Federal. *Memorandum*, 2 de octubre de 1980.

<sup>258</sup> Rubén Mario Ghioldi y Juan Carlos Brunetti, *Aportes al diálogo político. Resumen conceptual de Sindicalistas Libres y Democráticos*. 14 de octubre de 1980.

<sup>259</sup> Luis Horacio Etchezar, *opiniones sobre las bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*, 27 de agosto de 1980.

<sup>260</sup> *Síntesis del memorial entregado por el dirigente sindical; Juan Nicolás Rachini, al Señor Ministro del Interior, General Harguindeguy, en el marco del diálogo sobre las Bases Políticas de las Fuerzas Armadas*, 27 de agosto de 1980, Confederación General de Empleados de Comercio, *Comunicado de Prensa*, 27 de agosto de 2008 y Ministerio del Interior. *Ayuda memoria. Dialogaron esta tarde con el ministro del interior secretarios de distintos gremios*, 27 de agosto de 2008.

## Conclusiones

Sería vano buscar entre los participantes del diálogo político voces encendidamente opositoras, ya que las mismas no fueron convocadas o eligieron no ser parte de la iniciativa del gobierno militar. Sin embargo, los casos aquí considerados cubren un arco social e ideológico relativamente amplio, que puede ser considerado representativo de una parte considerable de las organizaciones civiles del período.

Se puede observar, en primer lugar, un marcado corte de clase en cuanto al modo en que los participantes del diálogo político aquí considerados imaginaban el sistema político que debía instaurarse en un futuro post dictatorial. La opinión de las organizaciones patronales resultó unánime en su apoyo a un sistema de democracia limitada, en la que las Fuerzas Armadas desempeñaran un rol de supervisión y control, y en algunos casos propusieron la introducción de mecanismos de representación corporativa en el diseño institucional. Ello nos habla a la vez de su optimismo respecto a la posibilidad de que el régimen lograra imponer sus condiciones en una futura transición y de su pesimismo respecto a la probabilidad de que los sectores sociales dirigentes pudieran imponer su hegemonía en el marco de una democracia pluralista y amplia. Las restantes opiniones vertidas en el diálogo –formuladas por cooperativistas y sindicalistas– se mostraron en cambio opuestas a toda forma de limitación de la democracia y a cualquier cambio en el diseño institucional que posibilitara nuevas formas de participación de las Fuerzas Armadas.

Una segunda constatación es que la posibilidad de la crítica no estaba excluida del diálogo, y ésta fue ejercida frecuentemente y con variadas orientaciones en relación a diversos aspectos de las políticas económicas y sociales del régimen militar.

Sin embargo, las críticas y reclamos por la situación de los presos políticos y los desaparecidos resultaron, como vimos, minoritarias. Pese a ello, su misma existencia permite considerar bajo otra luz las posiciones más moderadas, conformistas o laudatorias. En efecto, en momentos en que los reclamos por la situación de los Derechos Humanos en Argentina eran notorios, la inexistencia de referencias a ello por parte de organizaciones que tenían un acceso privilegiado a la información permite sostener que avalaban por completo lo actuado por las FFAA y que no actuaban movidos por la necesidad de evitar conflictos con el gobierno militar o por el temor a represalias.

En contraste, aún los sectores que se mostraron más críticos con el régimen y sus políticas no dejaron de señalar su reconocimiento a las FFAA por su victoria en la “guerra antsubversiva”, legitimando de tal modo al régimen en los propios términos en que lo hacían los militares. Ello nos brinda un panorama significativamente distinto al de una dictadura aislada y sin sustentación alguna. La imagen que aparece es, en cambio, la de un régimen criticado por algunas prácticas específicas pero cuya existencia y fundamentos no resultaban radicalmente cuestionados.

### **Bibliografía**

Armony, Ariel (2004), “Mejor no hablar de ciertas cosas. Responsabilidad social y terrorismo de estado en Argentina” en: *Textos para pensar la realidad*, año 3, N° 6.

Ansaldi, Waldo (2004), “*Matriuskas* de terror. Algunos elementos para analizar la dictadura argentina dentro de las dictaduras del Cono Sur” en: Alfredo Pucciarelli (comp.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Basualdo, Eduardo, (2006) *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Baud, Michiel (2001), *El padre de la novia. Jorge Zorreguieta, la sociedad argentina y el régimen militar*, Buenos Aires, FCE.

Bertocchi, Norberto Baruch (1988), *La cara civil de los golpes de Estado*, Buenos Aires, Galerna.

Canelo, Paula (2007), “Los fantasmas de la ‘convergencia cívico-militar’ Las Fuerzas Armadas frente a la salida política durante la última dictadura militar (Argentina, 1976-1981). *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N°17/18, pp. 67-98.

Cavarozzi, Marcelo (1983), *Autoritarismo y democracia (1955-1966)*, Buenos Aires, CEAL.

González Bombal, Inés (s/f), El diálogo político: la transición que no fue”, CEDES, mimeo.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós.

Palomino, Mirta (1988), *Tradición y Poder: la Sociedad Rural Argentina (1955-1983)*, Buenos Aires, CISEA-GEL.

Quiroga, Hugo (1994), *El tiempo del “proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, Rosario, Ross.



Vázquez, Enrique (1985), *PRN. La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba.

Vezzetti, Hugo (2002), *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Yanuzzi, María de los Ángeles (1996), *Política y Dictadura*, Rosario, Fundación Ross.

## **Política y grupos académicos universitarios. Un análisis comparado de su historia reciente en facultades de ciencias naturales y humanas (Argentina, 1966-1986)**

Germán Soprano y Luciana Garatte

Las relaciones entre las universidades públicas y el Estado nacional fueron inestables entre 1930 y 1983, alternando períodos de control político e ideológico y represión física con momentos de pluralismo y autonomía académica. Los universitarios experimentaron estas tensiones en su actividad docente y de investigación cotidiana, asumiendo variaciones según las tramas de relaciones en las que se inscribían y participaban, las identidades en las que se auto-adscribían o eran rotulados, su inserción institucional, corporativa y disciplinar, área temática y trayectoria generacional o política. Por esta razón, la idea de autonomía ha tenido una fuerte presencia en sus discursos y experiencias en diferentes momentos, pero enfatizando más su sentido como no injerencia de lo estatal antes que como autogobierno.

Así pues, protagonistas y analistas de la historia reciente de la universidad pública suelen considerar la “apertura democrática” de diciembre de 1983 -iniciada con la presidencia de Raúl Alfonsín- y el “proceso de normalización universitaria” dispuesto por el Estado nacional entre 1983 y 1986, como hitos en la refundación del proyecto y la autónoma institucional. Fue una coyuntura clave signada por el regreso a las universidades de docentes e investigadores cesanteados, exiliados y otros que las abandonaron durante la violencia política de 1974-1975 o con el terrorismo de estado de 1976-1983. Fueron años de despliegue de la actividad política y sectorial de los docentes, del movimiento estudiantil y los partidos políticos, de recuperación del cogobierno universitario de docentes, estudiantes y graduados, de estímulo a la investigación, la enseñanza y la extensión, de reapertura de carreras y creación de nuevas casas de estudio y la ampliación del acceso de la población estudiantil tras la supresión de las restricciones impuestas mediante cupos por carreras, exámenes de ingreso y aranceles (Buchbinder 2005; Garatte 2008).

En las perspectivas de algunos actores y analistas, la autonomía universitaria recuperaba la experiencia de la “época de oro” de las universidades de 1955-1966, es decir, tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón, quien en 1947 y 1954 sancionó

dos leyes que fortalecieron el control estatal sobre las mismas. Si el período 1966-1976 se define en forma canónica por los científicos sociales como un momento de restricciones a la autonomía; los años 1955-1966 son significados como una etapa de libertad y desarrollo académico (Sigal 1991; Terán 1993; Sarlo 2001). En consecuencia, el golpe de estado de 1966 habría clausurado la “modernización universitaria” con una nueva intervención represiva y restrictiva de la autonomía, abriendo procesos de politización, radicalización y luchas facciosas entre amplios sectores de docentes, graduados y estudiantes (Barletta y Tortti 2002; Neiburg 1999). 1966 es reconocido, entonces, como un hito en la historia universitaria. El día 29 de julio efectivos de la policía federal reprimieron y desalojaron a estudiantes y docentes de sedes de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ese accionar - conocido como la “Noche de los Bastones Largos”- derivó en un masivo movimiento de renuncias en la institución. En 1973, con el breve gobierno democrático de Héctor Cámpora, el proceso de politización y radicalización de los universitarios se profundizó y fue enfrentado durante el gobierno de Juan D. Perón y de Isabel Perón con la intervención de las casas de estudio y mediante la violencia ejercida por la Triple A en 1974 y 1975. Finalmente, la represión de la dictadura militar (1976-1983) tuvo en los universitarios un blanco privilegiado (Kaufmann 2001 y 2003).

En este trabajo se presenta un análisis comparado de resultados de investigaciones que tienen por objeto las relaciones entre política y sociabilidad académica de universitarios en la Argentina. Por un lado, de antropólogos (arqueólogos, antropólogos físicos y biólogos, etnólogos y antropólogos sociales) en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), y por otro lado de profesores en ciencias de la educación en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHyCE) de la misma universidad. La intervención del Estado en estas instituciones y sobre estos académicos operó a través de la aplicación de leyes, decretos, programas de agencias estatales y mediante el recurso represivo del terrorismo de estado. Aquí prestaremos especial atención a las formas según las cuales las políticas estatales fueron apropiadas, resistidas y/o resignificadas por la participación activa de estos académicos en el gobierno universitario y en su sociabilidad cotidiana. En este sentido, los reconoceremos como individuos hacedores de lógicas sociales relativamente autónomas respecto del Estado y la política nacional, esto es, activos en la definición de su agenda de gobierno y en el desarrollo de sus actividades docentes y de investigación.

Hemos considerado un período de la historia reciente relativamente extenso, 1966-1986, buscando enfocar la trayectoria de académicos en escenarios caracterizados por fuertes cambios en las políticas estatales y en la política nacional, justamente, porque nos interesa sopesar la incidencia de esas determinaciones en las formas y grados de autonomía de los universitarios. La comparación de dos instituciones de la UNLP y de grupos académicos de una Facultad de ciencias naturales (antropólogos) y de ciencias humanas (profesores en ciencias de la educación), nos permitirá reconocer semejanzas y divergencias en sus trayectorias, identificando modulaciones en el procesamiento de las intervenciones estatales y las políticas en el sistema universitario. Unas modulaciones que pueden atribuirse a las específicas configuraciones institucionales y corporativas de los grupos académicos y a la singularidad de las respectivas lógicas y prácticas disciplinares que sustentaban su quehacer cotidiano.

Abordaremos sus trayectorias desde una mirada con pretensiones holísticas, que favorezca una puesta en relación de diferentes dimensiones sociales, en diálogo con el aporte de la historia política, de los intelectuales e izquierdas, la historia universitaria y de las ciencias, y las orientaciones teórico-metodológicas y temas sustantivos planteados en el emergente campo historiográfico que tiene por objeto el pasado reciente en la Argentina. Nos interesa reconocer desde una perspectiva micro-sociológica el desarrollo de procesos históricos de dimensión nacional en escenarios localizados de instituciones universitarias, nominalizando a los actores sociales implicados. La opción por esta perspectiva demandará del lector un esfuerzo adicional en la lectura de este trabajo, ya que unos procesos y acontecimientos de la historia familiares para científicos sociales y ciudadanos argentinos serán comprendidos aquí enfocándolos en la trayectoria de unos hombres y mujeres desconocidos por quienes no se hayan iniciado en la historia de la antropología y de las ciencias de la educación. Sin embargo, creemos que al circunscribir la población estudiada a un universo bien delimitado será posible reconocer más detalladamente el impacto que esos procesos y eventos macro-sociales tuvieron en las experiencias de los académicos. Así pues, quienes aspiren a encontrar en este texto unas orientaciones *nacionales*, que permitan comprender *lo que ocurrió en la historia reciente de las universidades argentinas*, quizá no reconozcan respuestas inmediatas a sus interrogantes en estas páginas. Ahora bien, sí, esperamos ofrecer unos conocimientos sustantivos específicos sobre las relaciones entre el Estado, la política y la trayectoria de académicos en la UNLP, formular preguntas e hipótesis más ampliamente generalizables sobre esas relaciones entre 1966-

1986 y presentar resultados para que otros colegas los confronten comparativamente con sus investigaciones.

### **Estado, política y trayectoria universitaria de la antropología**

Los relatos sobre la historia de la antropología en la Argentina coinciden en destacar la intensa relación existente entre el Estado, la política y su desarrollo intelectual e institucional. Guillermo Madrazo (1985) divide su historia en seis períodos: de signo positivista (1880-1930), de orientación histórica (1930-1955), de modernización universitaria y apertura teórica (1955-1966), de censura y retracción teórica (1966-1972), de subordinación de la práctica científica a la práctica política (1973-1974) y de ataque frontal contra las ciencias sociales (1975-1983). En las *Jornadas de Antropología: 30 años de carrera en Buenos Aires (1958-1988)* se definió una temporalidad apegada al devenir de la política nacional y la trayectoria de los claustros porteños: constitución de la carrera (1958-1966); primer éxodo de profesionales (1966-1972); el antropólogo comprometido con su historia (1973-1974); período de formaciones paralelas (1975-1983); reestructuración de la carrera (1983-1988).

Si exploramos las periodizaciones relativas a las especialidades de la antropología, encontraremos temporalidades basadas en criterios similares. En arqueología, Gustavo Politis (1992:86) describe un movimiento que “refleja las características de la vida política nacional: una sucesión de etapas democráticas, a veces muy cortas y confusas, interrumpidas por períodos militares de derecha y de corte fascista. En las épocas democráticas la ciencia avanzó y progresó la actividad académica argentina”. Para la antropología física y biológica, Francisco Carnese, José Cocilovo y Alicia Goicoechea (1991-1992) conciben una periodización que relaciona, por un lado, los marcos teóricos y metodológicos predominantes en cada etapa: la antropología física entre 1900 y 1960 y el posterior desarrollo de la antropología biológica como comprensión holística de las relaciones biológico-ambientales. Por otro lado, destacan las determinaciones sobre la antropología de ideas y políticas estatales, y señalan la influencia internacional con alternancia de focos de poder político, económico e ideológico. Finalmente, en el caso de la antropología social la incidencia política es percibida como más acuciante. Se localiza su emergencia con la “modernización política nacional” y la “democratización de la universidad pública” en

1955-1966, asociando su génesis con la idea del “compromiso social” del antropólogo con las poblaciones subalternas estudiadas (indígenas, campesinos, migrantes internos, pobres urbanos) y con la promoción de la disciplina por parte de estudiantes y jóvenes graduados de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Guber, 2002). También se enfatiza una ruptura en su historia producida por los “renunciamientos masivos” de 1966 y se refiere a un momento de reconocimiento público en 1973-1974. Por último, se considera que su trayectoria fue seriamente limitada por la Dictadura Militar (1976-1983), recomponiéndose sólo desde la “democratización” de 1983.

Vale la pena destacar que estos relatos sobre la historia de la antropología fueron expuestos en eventos académicos o publicados en revistas y libros especializados desde 1983. Con matices señalan una correlación necesaria entre el desarrollo científico y la autonomía académica universitaria durante períodos significados como “democráticos”, aunque -más estrictamente- se corresponden con situaciones de gobiernos dictatoriales (1955-1958, 1961-1962) o democracias restringidas por la proscripción del peronismo (1958-1961, 1963-1966). En todos los casos, por un lado, se destacan las discontinuidades políticas, institucionales y disciplinares dominantes entre 1930 y 1983; y, por otro lado, se considera que la historia disciplinar de los últimos veinticinco años estaría, por el contrario, ligada a desarrollos autónomos de las especialidades (arqueología, antropología biológica, folklore, etnología, antropología social, lingüística, antropología forense), temáticos (dentro la antropología social: la antropología política, de la religión, económica, urbana, etc.), teóricos (estructuralistas, marxistas, etc.) e institucionales (por ejemplo, en torno de la oposición entre porteños, platenses y el interior). Sin dudas, estos sistemas de clasificación y relatos de los antropólogos constituyen unas narraciones bien informadas y verosímiles pero, a la vez, han sido producidas por actores inscriptos y comprometidos con la trayectoria contemporánea del campo. Por ende, también expresan formas de auto-consagración y/o relatos que dirimen en el pasado unas batallas académicas e institucionales del presente. En este sentido, pueden ser pensados como perspectivas nativas en las que se objetivan esquemas de clasificación social que organizan acontecimientos, procesos, actores e ideas del pasado, que pueden y merecen ser localizadas en la trama intelectual, institucional y política científica y universitaria presente. En otras palabras, los procedimientos y argumentos con que estos analistas elaboran sus periodizaciones, revelan prácticas de historización que deben ser comprendidas en perspectiva histórica y etnográfica. Por ello, no pueden ser aprehendidas por los investigadores de la historia

reciente como relatos descontextualizados o situados al margen de los sistemas de clasificación y experiencias que los sustentan.

### **Antropólogos y antropología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo**

Desde 1958 se forman licenciados en Antropología en la FCNyM de la UNLP y desde 1959 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Los interlocutores institucionales privilegiados por los antropólogos de estas carreras fueron diferentes. Por su inscripción, la antropología porteña mantenía interlocución con historiadores, geógrafos, filósofos, pedagogos, especialistas en letras y en lenguas antiguas y modernas. Por el contrario, la antropología platense estrechaba relaciones con geólogos, botánicos, zoólogos y paleontólogos. A partir de 1955 en la UBA fueron creándose carreras en ciencias sociales como Psicología, Ciencias de la Educación y Sociología, que participaban de la tendencia “modernizadora” inaugurada por el movimiento reformista y humanista que conducía esa universidad. En esa época, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP se crearon Psicología (1958) y Ciencias de la Educación (1959). Al igual que en la UBA, la Licenciatura en Antropología platense fue producto tardío de un desarrollo disciplinar que en la investigación se originó a fines del siglo XIX. De acuerdo con Visacovsky, Guber y Gurevich (1997), la licenciatura porteña expresó un proyecto "modernizador" encuadrado en procesos de diferenciación y especialización del campo de las ciencias humanas y sociales. Pero también estaba ligado a la continuidad de corrientes antropológicas “tradicionales” -la “escuela histórico cultural” o la “fenomenología”- y a la propia persistencia de antropólogos consolidados institucionalmente en el período anterior. Otro tanto puede decirse de la carrera en La Plata donde, por un lado, la renovación venía produciéndose en la arqueología desde tiempos del peronismo con la incorporación de enfoques novedosos introducidos por Alberto Rex González de Estados Unidos. Y, por otro lado, se dio la persistencia de docentes e investigadores con trayectoria previa a 1955, tales como el propio González, Oswald Menghin, Juan Carlos Otamendi o Lilia Cháves de Azcona.

Sirviéndose de un análisis comparado del contexto de restricción de la autonomía universitaria abierto en la UBA en 1966, Claudio Suasnábar (2004) demostró que las consecuencias institucionales fueron bien diferentes en la universidad platense. Allí la intervención no redundó en renunciadas masivas. Esa persistencia del plantel

docente fue documentada por este autor en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y nosotros la encontramos en la FCNyM. Aquí hubo continuidades en la trayectoria de docentes en antropología, geología, zoología, botánica y paleontología. Y aunque entre 1966 y 1976 - debido a la inestabilidad política en el Estado y Universidad- los decanos de la Facultad no completaron el período total de sus mandatos (con una sola excepción); también debe decirse que las autoridades designadas interinamente y las consagradas en elecciones fueron reclutadas del cuerpo de profesores de esta casa de estudios. Este dato merece destacarse, pues evidencia la capacidad de estos académicos para controlar el gobierno universitario y la reproducción de sus tareas de formación e investigación<sup>261</sup>.

Apoyándonos métodos micro-sociológicos centrados en el conocimiento de las perspectivas de los actores y enfocando su estudio en situaciones localizadas, verificamos que en la FCNyM la incidencia de las políticas estatales fue procesada por sus académicos con arreglo a diversas mediaciones. En la historia de la antropología y de las ciencias naturales, hemos reconocido que esas mediaciones resultaron de la eficacia social ejercida por la constitución de liderazgos y la sociabilidad de grupos académicos de la Facultad. A continuación, nos ocuparemos de demostrar este argumento en relación con las tareas de investigación y docencia. De un modo general y para todas las disciplinas de esta Facultad, sostenemos que sus investigadores y docentes configuraban liderazgos y grupos académicos con trayectorias relativamente estables en el tiempo. En torno de esos referentes se formaban discípulos, se dirigían tesis de doctorado, se adscribían estudiantes y graduados a proyectos de investigación y se incorporaban a cátedras de la Facultad o Departamentos y Divisiones del Museo. Esos liderazgos y grupos se diferenciaban (aunque en forma no excluyente) por disciplinas y especialidades pero también por su pertenencia a corrientes intelectuales y por el manejo de recursos materiales necesarios para las tareas de investigación en laboratorios o en el trabajo de campo. Dado el tipo de organización y sociabilidad universitaria vigente en el período, donde los académicos participaban simultáneamente en funciones de docencia, investigación, extensión, resultaba inevitable que se involucraran de alguna forma en la política institucional de la Facultad, aunque sólo fuese con fin de sobrellevar con éxito su trayectoria académica, la reproducción de su

---

<sup>261</sup> Dicha capacidad también la comprobamos entre 1946 y 1966, con excepción del decanato del capitán de fragata Guillermo Wallbrecher entre 1950-1952 (Soprano, 2008).



grupo y competir con otros liderazgos. Ahora bien ¿quiénes configuraron los liderazgos antropológicos de la Facultad entre 1966 y 1986?

A partir de 1963 el arqueólogo Alberto Rex González estuvo a cargo de la División de Arqueología del Museo hasta que fue cesanteado en 1976 y pasó a ejercer la docencia en la Universidad de El Salvador y la investigación en el CONICET. En 1984 fue reincorporado a la Facultad, pero no permaneció en ella. Desde 1955 también adquirió creciente relevancia otro arqueólogo, Eduardo Mario Cigliano, doctorado en La Plata ese año con la dirección de González, pero con estrechos vínculos intelectuales y personales con Fernando Márquez Miranda, de quien se consideraba discípulo. Su ascendiente trayectoria estuvo ligada al regreso de Márquez Miranda como decano en 1955, tras su exoneración en 1946 por el gobierno peronista. Cigliano desplazó a Milcíades Alejo Vignati como Jefe de la División de Antropología durante el decanato de Márquez Miranda quien retuvo para sí la Jefatura de la División Arqueología y Etnografía hasta su muerte en 1961. Desde entonces y con el regreso de González a la Facultad tras un largo conflicto académico y personal con Márquez Miranda, González y Cigliano compitieron por el control de recursos materiales y humanos destinados a la arqueología. A su vez, tras el alejamiento de Enrique Palavecino en 1955, desde 1958 Armando Vivante quedó como referente en etnología, etnografía y folklore, quien promovió la creación de la División de Etnografía y fue su primer Jefe.

En torno de estos liderazgos que conformaron la segunda generación de antropólogos de la Facultad y Museo (González, Cigliano y Vivante), en los años '60 y '70 se formaron sus discípulos, reproduciendo así las bases intelectuales e institucionales de la antropología y sus especialidades<sup>262</sup>. Las condiciones en que se desarrollaba la disciplina demandaba la adscripción de estudiantes de grado, graduados y doctorandos en equipos de investigación, pues esa inscripción permitía la participación en proyectos y, en consecuencia, el acceso al laboratorio, colecciones, recursos para el trabajo de campo, becas, subsidios y posibilidades de publicar en revistas especializadas. Por tal motivo, el control de esos espacios era un instrumento fundamental en la reproducción de liderazgos y grupos. En tanto que para los jóvenes antropólogos recién graduados o doctorados, su incorporación a los mismos y, con ello,

---

<sup>262</sup> En las tres primeras décadas del siglo XX, integraron la primera generación: Samuel Lafone Quevedo, Roberto Lehmann-Nitsche, Luis María Torres, Félix Outes, Desiderio Aguiar, Hermann Ten Kate y Salvador Debenedetti. La causa de sus retiros se debieron a su adscripción a otras instituciones (principalmente porteñas), retiro por enfermedad, jubilación o fallecimiento; en ningún caso se trató de exoneraciones por causas políticas.

los compromisos intelectuales, institucionales y personales que trababan con sus líderes, constituía el camino socialmente reconocido para iniciar una carrera profesional. La mayoría de esos discípulos integraron lo que hemos denominado como la tercera generación, es decir, aquellos antropólogos que realizaron sus tesis de doctorado entre los años '60 y principios del '70 y consolidaron posiciones en cátedras y divisiones en esta última década. Así, la configuración de liderazgos y grupos académicos en torno de un modelo de relación maestro-discípulo, centrado en el laboratorio y el trabajo de campo, era la forma en que se actualizaba la formación profesional y la investigación de estos antropólogos<sup>263</sup>. Una revisión de las 460 tesis doctorales en ciencias naturales defendidas entre 1944 y 1985 -incluyendo geología, botánica, zoología- nos permite identificar como directores a los antropólogos de la segunda generación y a los tesisistas como miembros de la tercera.<sup>264</sup>

La mayoría de los miembros de la tercera generación consolidó su presencia institucional como investigadores durante la década '70, sin que las intervenciones estatales a la universidad y la conflictividad política argentina de 1974-1983 la discontinuaran. Tal fue el caso de Héctor Pucciarelli, Omar Gancedo, Delfor Chiappe, Bernardo Dougherty, María Carlota Sempé de G. Llanes, Rodolfo Raffino y Héctor B. Lahitte. Tras la exoneración de Alberto Rex González, quienes fueron sus tesisistas (Sempé de G. Llanes y Dougherty) no vieron truncada su carrera académica ni su

---

<sup>263</sup> Para dimensionar correctamente la importancia de estas relaciones entre los líderes académicos y los miembros de sus grupos, o entre maestros y discípulos, es necesario tener presente que en el desempeño cotidiano en el laboratorio y en los viajes de campaña en proyectos de antropología física y biológica, arqueología o etnología, el acceso al equipamiento y financiamiento suficiente para la realización de tareas en sitios alejados de las instituciones científicas y lugares de residencia de los antropólogos, la constitución de equipos de trabajo, y la estrecha relación de intercambio con los centros científicos metropolitanos, debían ser garantizados con unos recursos materiales y financieros mínimos y necesarios, sin lo cual la actividad era impensable. El acceso a esos recursos estaba mediado por la relación con el líder. Sin dudas, cualquier producción científica demanda la concurrencia de estos elementos para tener éxito. No obstante, las condiciones en que se realizó la producción de las humanidades y ciencias sociales en la Argentina del siglo XX son expresivas de una actividad más bien individual efectuada con recursos relativamente escasos. Al tiempo que la formación de grado en ciencias humanas y sociales aparece centrada en el espacio de la cátedra, ámbito privilegiado de reclutamiento de miembros de estos grupos académicos en esos años, tal como veremos en el caso de las ciencias de la educación.

<sup>264</sup> De las 21 tesis sobre antropología, 11 eran en arqueología, siendo sus directores Alberto Rex González (tesis de Eduardo M. Cigliano, Horacio D. Chiappe, Bernardo Dougherty, María Carlota Sempé de Gómez Llanes), Eduardo Mario Cigliano (Rodolfo Raffino, Diana Rolandi de Perrot, Humberto Lagiglia), Rodolfo Raffino (María Amanda Caggiano y Jorge Amilcar Rodríguez), Augusto Cardich (María Lelia Pochettini) y un director de otra casa de estudios, Carlos Aschero (Gustavo Politis). Seis estuvieron orientadas en antropología física y biológica. Sus directores fueron miembros de la Facultad de como Milcíades Alejo Vignati (tesis de Manuela García Mosquera de Bergna) y Lilia Cháves de Azcona (Héctor Pucciarelli) y también docentes de otras como Alberto José Marcellino (Susana Ringuelet y Marta Méndez) y Marcos Palatnik (Francisco Carnese). La sexta tesis en antropología biológica fue de Susana Salceda, pero al momento desconocemos quién fue su director. Por último, dos tesis orientadas en etnografía (Mario Cellone y Omar Gancedo) y una en folklore (Néstor H. Palma), dirigidas por Vivante; y una en metodología (Héctor Lahitte) dirigida por Rodolfo Agoglia de la FHyCE.

inserción institucional en la Facultad y Museo. Quienes se alejaron, lo hicieron por diversos motivos. Mario Cellone se dedicó al sacerdocio católico. Humberto Lagiglia continuó su carrera en la provincia de Mendoza, donde había realizado el trabajo de campo para su tesis. En 1978 Palma fue exonerado de sus cargos, pero los testimonios recogidos entre docentes-investigadores y estudiantes de la época, la información publicada en el diario *El Día* y en informes producidos por la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires-DIPBA, coinciden en que la causa se debió a que agredió física y verbalmente al decano de la Facultad (el geólogo Jorge Kilmurray) por motivos “personales” o “profesionales”. En 1983 Palma fue reincorporado y estuvo al frente del Departamento de Antropología. Por el contrario, Francisco Carnese, que llegó a ser secretario de asuntos académicos en 1973 y decano en 1974, sí vio discontinuada su trayectoria por causas políticas. Se había formado con Marcos Palatnik en la Unidad de Genética Serológica de la Facultad de Bioquímica y Farmacia de la UNLP donde se realizaban estudios sobre genética de poblaciones hasta 1976.

¿Qué ocurrió con el ejercicio de la docencia? A partir de la creación de la licenciatura en Antropología en 1958 se amplió el cuerpo de profesores<sup>265</sup>. Algunos ya integraban equipos locales de investigación: Cháves de Azcona, Chiappe, Pucciarelli, Lahitte y Roberto Ringuelet (graduado de la Licenciatura). Otros procedían de diversas universidades: Augusto Cardich (ingeniero peruano), Mario Margulis y Antonio Austral (UBA), José Cruz, Ana María Lorandi y Pedro Krapovickas (Universidad Nacional del Litoral). Estos últimos discontinuaron sus actividades docentes y de investigación allí por la intervención universitaria de 1966. En la FCNyM la actividad docente, por el contrario, fue expresiva de una mayoritaria continuidad<sup>266</sup>, que observamos principalmente en materias formación general<sup>267</sup>, de arqueología<sup>268</sup>, etnología o

---

<sup>265</sup> La Licenciatura en Antropología de la FCNyM tuvo 27 egresados entre 1961 y 1970 y 145 entre 1971 y 1980.

<sup>266</sup> Tal como demuestra un análisis de la trayectoria de los profesores a cargo de las asignaturas de los Planes de estudio de 1958/1965, 1966/1968, 1969/1980, 1981/1985. Al finalizar la normalización universitaria se aprobó un nuevo plan que está actualmente vigente -con modificaciones en los años 90.

<sup>267</sup> Chiappe dictó Antropología General (1967-1986); Vivante una materia creada en el Plan 1980, Teoría antropológica (1981-1982) y fue sucedido por Lahitte (1983-1986).

<sup>268</sup> González estaba a cargo de Arqueología Americana (Culturas Pre-cerámicas) (1966), Arqueología Americana (Culturas Agroalfareras) (1966 a 1968) y Arqueología Argentina (1969 a 1975). Ana María Lorandi y María Carlota Sempé de G. Llanes (discípula de González) lo sucedieron sin conflictos en Arqueología Americana (Culturas Agroalfareras); Lorandi en esta materia entre 1969-1980, denominada desde 1980 Arqueología Americana II (1981-1983). En tanto que Sempé de G. Llanes hizo lo propio entre 1978-1986. Cigliano dictó Arqueología Argentina (1967), Prehistoria General (1966), Prehistoria del Viejo Mundo (1967 y 1968) y Técnica de la Investigación Arqueológica (1966-1977). Con el Plan

etnografía<sup>269</sup>, antropología física y biológica<sup>270</sup>. Ahora bien, también se registran algunas discontinuidades en la docencia. En arqueología, tras la exoneración de González en 1976 y el fallecimiento de Cigliano en 1977, sus discípulos (Sempé de G. Llanes, Dougherty, Raffino) se disputaron y distribuyeron el control sobre esas cátedras. Tras la apertura democrática de 1983, Ana María Lorandi abandonó la Facultad y concentró su actividad en la UBA. De forma unánime, las etnologías y etnografías continuaron gravitando en torno de Vivante, pero su grupo se disgregó al concluir la normalización universitaria. Vivante abandonó la Facultad en ese período. Palma fue exonerado en 1979 y luego reincorporado y nombrado Jefe del Departamento en 1983; pero se alejó en 1986. Omar Gancedo dictó etnografías hasta su jubilación en los años noventa.

Una mención aparte merece la antropología social, pues estuvo sujeta a mayores discontinuidades. Como materia comenzó a dictarse en 1965 por iniciativa de Alberto Rex González, que convocó a José Cruz -joven graduado de la orientación en antropología de la Licenciatura en Historia de la Universidad Nacional del Litoral- a quien conoció en su desempeño como Director del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario entre 1954 y 1957. La enseñanza de esta

---

1966 fueron incorporándose nuevos antropólogos, que permitieron a los docentes ya insertos concentrarse en el dictado de las materias que consideraban claves (González en Arqueología Argentina y Cigliano en Técnicas de la Investigación Arqueológica. Las otras asignaturas fueron cubiertas por: Augusto Cardich Arqueología Americana (Culturas Prececerámicas) (1967 a 1980) y Arqueología Americana I (1981-1986); Antonio Austral Prehistoria del Viejo Mundo (1969-1980) y Prehistoria Extra-americana (1981-1986). Prehistoria General fue dada por Chiappe (1967 y 1968), González, Cardich y Austral (1970) hasta que Pedro Krapovickas se hizo cargo (1971-1983). Tras la muerte de Cigliano en 1977, Técnicas de Investigación Arqueológica pasó a manos de Cardich (1977-1986); en tanto que con la exoneración de González, un discípulo suyo, Bernardo Dougherty, asumió Arqueología Argentina (1976-1986). Discípulos de Cigliano y González dictaron asignaturas nuevas, relacionadas con temas de investigación concretados en sus tesis de doctorado: Rodolfo Raffino Sistemas de Subsistencia Pre-europeos en el Nuevo Mundo (1977-1986); Dougherty Antropología de las Tierras Bajas Sudamericanas (1983-1986); Sempé de G. Llanes en Arte, Tecnología y Antropología (1984-1986).

<sup>269</sup> Armando Vivante estuvo en Etnología Americana (1966-1967), Etnología del Viejo Mundo (1966-1967) y Etnología General (1966-1980). La implementación de la Licenciatura dio lugar a la incorporación de nuevos profesores: Benigno J. Martínez Soler en Etnología Americana (1968-1970) y Etnología del Viejo Mundo (1968-1970), sucedido por un discípulo de Vivante, Omar Gancedo, en estas dos materias entre 1971 y 1980. Tras la reforma del Plan, Gancedo dictó Etnografía Americana y Argentina y Etnografía del Conosur (1981-1986).

<sup>270</sup> En las décadas de 1960 y 1970 no existió un liderazgo fuerte en antropología física y biológica. Lilia Cháves de Azcona fue la única discípula del grupo de Vignati que continuó en la institución, pero lo hizo subordinada como miembro de la División de Antropología a cargo de Cigliano. Entre 1966 y 1980 Cháves de Azcona fue docente de Paleoantropología y Antropología Física, y también dictó Biología Humana (1975-1976) una asignatura para otras carreras. En esta materia comenzaron sus actividades docentes jóvenes antropólogos abocados a la antropología física y la incipiente antropología biológica: Héctor Pucciarelli (1974) -tesista de doctorado de Cháves Azcona- y María A. Luis (1978-1979). Con la reforma del Plan de 1980 quedaron a cargo de materias en antropología biológica: Pucciarelli y Susana Salceda en Antropología Biológica I y María Graciela Méndez en Antropología Biológica II; en tanto que Salceda también dictó Raciología.

disciplina fue ligada por Cruz a tradiciones anglosajonas e investigación de comunidades rurales en la región cultural donde González realizaba sus pesquisas arqueológicas. Cuando el cargo de docente fue concursado en 1966, Cruz no se presentó y Mario Margulis obtuvo el cargo de profesor titular. Margulis la dictó entre 1967 y 1974 influenciado por la experiencia de la cátedra de antropología social de la UBA (iniciada a instancias de Gino Germani para la formación de Licenciados en Sociología) y relacionándola con su experiencia de investigación sobre migraciones internas y salud mental. Un análisis de los programas muestra una progresiva politización y radicalización en la elección de contenidos y en la bibliografía (en la que tenían una fuerte impronta el estructuralismo francés y diversos marxismos), así como una insistente referencia al “compromiso social” del antropólogo y la necesidad de construir una “antropología para América Latina”. Margulis dejó la Facultad en 1974. A partir de 1975 la situación de la cátedra fue crónicamente inestable. Primero fueron designados profesores Lahitte y Ringuet. Este último acababa de obtener su maestría en Antropología Social del Museo Nacional de la Universidad Federal de Rio de Janeiro, donde defendió en 1977 una tesis sobre el sistema de compadrazgo entre campesinos del nordeste brasileño. Ringuet dio el curso de 1978, pero en 1979 quedó a cargo Gancedo y de 1980 a 1982 Vivante. Los dos últimos tenían experiencia en etnología de poblaciones indígenas y ninguna en antropología social. Durante esos años se observan bruscos cambios de enfoques, temas y bibliografía, conforme a la disímil formación e intereses de quienes la dictaban. En 1984 Ringuet fue nombrado profesor de la materia, pero sólo hasta la reforma del Plan de estudios de 1986, cuando se alejó de la Facultad y radicó su actividad en la cátedra de Antropología Social y Cultural de la FHCyE y en la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales. Finalmente, las discontinuidades también impactaron en 1977 cuando se clausuró la inscripción de alumnos a la orientación en Antropología Socio-Cultural de la Licenciatura (las otras eran Arqueología y Antropología Biológica). Entre 1975 y 1976 también fueron cerradas las Licenciaturas en Antropología Social en Mar del Plata y Salta, pues las autoridades del Estado y las universitarias percibían esta disciplina como un espacio de politización de docentes y estudiantes<sup>271</sup>.

---

<sup>271</sup> Persistiendo sólo la Licenciatura de la Universidad Nacional de Misiones creada en 1974.

## **Política nacional y trayectorias de las Ciencias de la Educación en las perspectivas de sus analistas actuales**

En el campo de las ciencias de la educación también se establecieron estrechas relaciones entre políticas de Estado, política nacional, historia de las ideas pedagógicas y formación universitaria. Las periodizaciones son variables, enfatizando desigualmente en unos casos la eficacia de procesos de escala nacional, en otros el predominio de corrientes o tradiciones intelectuales, y algunos dando cuenta de la relativa autonomía de actores y configuraciones universitarias específicas. En buena medida, esas diferencias son sólo parcialmente expresivas de la adopción de diferentes perspectivas teóricas y metodológicas, pues también son tributarias de posicionamientos intelectuales y políticos actuales que los analistas sostienen sobre la historia de un campo académico en el cual se inscriben.

Las interpretaciones difieren en la conceptualización de las continuidades y rupturas. Myriam Southwell (2003) destaca permanencias teóricas originarias, pues plantea que la “pedagogía positivista” que estructuró la formación pedagógica en la FHyCE desde la década de 1910 fue relevada en los '60 y '70 por la “psicología conductista”, dominando la organización curricular del Profesorado en ciencias de la educación hasta los '90. Desde una perspectiva diferente, Claudio Suasnabar (2004) cuestiona el carácter nacional que se atribuye a los discursos que explican las continuidades en la formación pedagógica universitaria, señalando la necesidad de situarlos en escenarios político-institucionales específicos. Por ello, dialoga con una periodización construida desde la historia política nacional (1955-1976), pero su interés está centrado en las temporalidades particulares que dan cuenta de continuidades y rupturas en los posicionamientos institucionales de los académicos platenses, confrontándolos con la trayectoria porteña de las ciencias de la educación e intentando inscribir ambos en una dinámica política más amplia. Destaca las tensiones existentes entre, por un lado, actores expresivos de corrientes “desarrollistas”, “modernizadoras” y del “planeamiento educativo” –los “especialistas”- y, por otro lado, quienes encarnaban la “pedagogía humanista” y la figura del “maestro erudito”. Por su parte, Florencia Carlino (1997) analiza ese campo entre 1984-1994 en la UBA. Su trabajo permite caracterizar las redes de relaciones profesionales y personalizadas y los vínculos y lealtades político-académicas como parte de la sociabilidad académica y laboral. Señala una continuidad entre la propuesta curricular fundacional de la formación en ciencias de

la educación en 1958 en la UBA y la vigente en 1985, considerando a esta última heredera del plan original. En su opinión, esa filiación se explica por la participación de profesores que lideraron la reforma en cada uno de esos momentos. Así pues, los reformadores de 1985 fueron ex-discípulos de los reformadores de 1958. En ambos casos se destacaría el interés por “modernizar” la formación académica, profundizando sus “bases científicas” y diversificando orientaciones técnico-profesionales. Finalmente, Julia Silber (2004) plantea para el caso del Plan de estudios de la UNLP de 1959 la coexistencia armoniosa entre “tecnicismo” y “espiritualismo” y el dominio del “tecnocratismo” en el Plan de 1970. En un Proyecto de Reforma de 1973 reconoce enfrentamientos entre “críticos” y “tecnocráticos”, en 1978 la convivencia del “tecnicismo”, “espiritualismo” y “autoritarismo pedagógico”, y en 1986 la reivindicación del “paradigma positivista”. Silber organiza esta periodización relevando tendencias pedagógicas en las políticas curriculares de la carrera, pero deja sin explorar las condiciones sociales de su producción. En este sentido, nosotros postulamos la necesidad de conocer cuáles eran las redes de relaciones e identidades sociales activas que sustentaban esas corrientes político-pedagógicas, a fin de hacer inteligibles esas continuidades y rupturas en las trayectorias académicas del caso platense.

### **Política y grupos académicos en ciencias de la educación en La Plata**

A diferencia de lo ocurrido en la FCNyM entre 1966 y 1986, en el Departamento de Ciencias de la Educación (DCE) de la Facultad de Humanidades se registraron fuertes discontinuidades. Hemos identificado un primer período en la trayectoria de sus académicos entre la creación de la carrera en 1959 y la intervención a la universidad de 1974. Desde este año se dio una desestructuración de grupos establecidos y una configuración de nuevos a partir de la exoneración de docentes. La ruptura de 1974 fue profundizada por las autoridades universitarias de la dictadura militar desde marzo de 1976. Posteriormente, con la apertura democrática y la normalización universitaria de 1983-1986 se reinsertaron algunos académicos que se alejaron o fueron desplazados entre 1974-1976. Desde 1983 las luchas en el DCE evidencian la intervención de nuevas determinaciones políticas: la conformación de grupos durante la normalización y los cambios en el gobierno del Departamento deben relacionarse con la participación de actores ligados a la Unión Cívica Radical.

La docencia y participación en el gobierno del Departamento y la Facultad fueron claves en la estructuración de los grupos en ciencias de la educación entre 1959 y 1986. Entre ellos las tareas de investigación tuvieron un peso relativo menor (si se lo compara con los grupos de ciencias naturales u otros grupos de las humanidades, por ejemplo, los de historia) en la configuración de redes personalizadas y profesionales significativas<sup>272</sup>. Como se desprende del trabajo de Suasnábar (2004), hasta 1974 los criterios de legitimación social activos estaban ligados a la auto-adscripción o la inclusión de aliados y rivales en determinados perfiles intelectuales que funcionaban como rótulos -“humanistas”, “especialistas”, “revolucionarios”- y a las formas de intervención política y académica como el control de las cátedras del profesorado o la participación en el gobierno de la carrera. La intervención de octubre de 1974 afectó la continuidad de los grupos de la FHyCE y los criterios de reconocimiento académico y político vigentes. Se expulsó a los docentes designados entre 1973 y 1975 declarándolos “en comisión”, esto es, suspendiéndolos y luego limitándolos en sus funciones. Esos desplazamientos redundaron en la reincorporación de “exonerados por razones políticas en 1955” y el ingreso de jóvenes graduados. En tanto que en 1976 se exoneró a aquellos que “atentaban contra la seguridad nacional”, se confirmó a docentes designados desde 1974 e ingresaron nuevos que carecían de “antecedentes”<sup>273</sup>.

A continuación, nos concentraremos en las trayectorias de dos grupos de fuerte gravitación en el DCE antes de 1976 y durante la normalización universitaria de 1983-1986. La configuración del primer grupo se produjo entre la creación de la carrera en 1959 y la intervención de 1974, estructurándose en torno de Ricardo Nassif. Su formación docente se había iniciado en 1941 en la Escuela Normal de Maestros de San Luis. En 1948 se graduó en el profesorado en filosofía y ciencias de la educación de la UNLP. Su trayectoria académica se inició como profesor de Pedagogía en la Universidad Nacional de Tucumán y desde 1957 fue profesor de la asignatura homónima en La Plata. Aquí se convirtió en referente en pedagogía universitaria y formación docente, proyectando su influencia en otras universidades nacionales e internacionales. Desde 1962 fue experto de la UNESCO e intervino en programas de formación docente en México, Guatemala, Venezuela y Cuba. En 1958 publicó

---

<sup>272</sup> En el Departamento funcionaban tres institutos de investigación: de Historia de la Educación (a cargo de José María Lunazzi), de Pedagogía (conducido por Nassif) y de Sociología de la Educación (por Guillermo Savloff).

<sup>273</sup> El 24/03/1976 se sancionó la Ley 21.260 que establecía el despido de trabajadores por razones de “seguridad”.



*Pedagogía General*, libro que tuvo una gran difusión y reconocimiento (en 1974 contaba con 13 reimpressiones). Fue Director del Instituto de Pedagogía en Tucumán (1952-1955) y del Instituto de Ciencias de la Educación en La Plata (1958-1966). Su adscripción como funcionario universitario en el gobierno peronista no redundó negativamente en su acceso a la docencia ni a funciones de gobierno en La Plata, donde fue Consejero Académico (1958-1961), Vicedecano (1961-1964) y Consejero Superior (1964-1966).

Nassif estructuró su grupo en torno de la cátedra de Pedagogía. En 1969 era una de las más numerosas en estudiantes de la Facultad: anualmente la cursaban unos mil distribuidos en veinte comisiones supervisadas por dos jefes de trabajos prácticos, Julia Silber y Cyra Roux<sup>274</sup>. La cátedra funcionaba como “espacio de formación” mediante la lectura y comentario de textos. De las relaciones de Nassif con su equipo docente destacamos la que mantuvo con Julia Silber, quien actuaba como su “mano derecha”. Silber se graduó en la FHyCE en 1964 e ingresó como auxiliar docente del DCE en 1965. En Pedagogía fue ayudante y jefe de trabajos prácticos hasta su cesantía en diciembre de 1974 y profesora titular interina desde su reincorporación en 1984. Realizó investigación con la dirección de Nassif<sup>275</sup> hasta que su director fue declarado “en comisión” en noviembre de 1974 y limitado en el cargo de profesor titular de Pedagogía el 4 de abril de 1975<sup>276</sup>; en tanto que su equipo docente ya había sido cesanteado y algunos de ellos sólo regresarían a la Facultad con la normalización de 1983. Nassif fue reemplazado por Martiniano Juanes, quien fue nombrado el 1 de marzo de 1975 de acuerdo a la política de reincorporación de profesores exonerados en 1955. Juanes

---

<sup>274</sup> Trabajaban alrededor de veinte auxiliares docentes. Fueron ayudantes de Pedagogía, entre otros, María Raquel Coscarelli, Dora Antinori, Martha Mendez de Castiñeiras, Ana Candreva, Martha Bernardini, Margarita Zaidman, Edith Feldman, Elba Galizzi, Ana María Rancich, Silvia Gurini y Roque Dabat. Algunos auxiliares fueron reincorporados durante la normalización y accedieron a cargos de profesor titular o adjunto por concurso. Además, uno de ellos –Candreva– fue Director del DCE por dos mandatos consecutivos después de 1986.

<sup>275</sup> Nassif fue su director de becas de investigación de iniciación y perfeccionamiento en la UNLP entre 1967-1969 y 1973-1974. También fue el Director de su proyecto de tesis doctoral, presentado en la UNLP en 1971, referido a “La educación argentina en el siglo XX: entre 1880 y 1930” y “Tendencias de la educación y la Pedagogía en el siglo XX en Argentina”.

<sup>276</sup> De manera casi simultánea fueron limitados otros docentes de la Facultad: Guillermo Savloff, Profesor Titular de Sociología de la Educación, José Sazbon y Alfredo Pucciarelli, Profesores Adjuntos de Sociología General. Entre mayo y julio fueron limitados en sus funciones Berta Perelstein de Braslavsky, Profesora Titular de Pedagogía Diferenciada; Beatriz Noemí Padula de Nassif, auxiliar de Psicología de la niñez y de la adolescencia; Norberto Fernández Lamarra, Profesor Titular de Política Educacional y Educación Comparada.

continuó en la cátedra tras marzo de 1976 y fue profesor consulto hasta su cese en 1984 como consecuencia de la “política de reparación académica” de la normalización<sup>277</sup>.

Con la reapertura democrática se inició un proceso de reconfiguración institucional. En marzo de 1984 Julia Silber fue designada Directora del DCE por el primer decano normalizador, David Lagmanovich. Su nombramiento resultó de las relaciones académicas y personales que ella mantenía con Nassif y por el reconocimiento académico y político alcanzado por este último, quien se erigía como primer elector del Departamento<sup>278</sup>. Pero Silber no consiguió estabilizarse en la conducción y en septiembre de 1984 fue desplazada. Desde los primeros meses de la normalización uno de los rasgos que caracterizó la dinámica institucional fue la coexistencia de profesores reincorporados o designados interinamente por la nueva gestión y de aquellos que venían desempeñándose desde 1974 o 1976. Estos últimos, si bien habían cesado en las funciones de mayor responsabilidad en la estructura jerárquica de las cátedras (como profesores titulares y adjuntos), permanecieron en la planta docente durante la mayor parte de la normalización cumpliendo tareas de enseñanza. En el DCE se desataron conflictos con las autoridades de la Facultad. Entre ellos, adquirió importancia uno suscitado por la negativa de Silber de limitar en funciones a Juan Antonio Stomo, Profesor Adjunto Interino de la cátedra “Historia, Política y Legislación de la Educación Argentina”. Desde la perspectiva de los actores implicados en el conflicto, Stomo representaba una de las figuras más conspicuas de los “docentes de la dictadura”<sup>279</sup>. Pero Silber “temía” por las consecuencias políticas y represalias futuras

---

<sup>277</sup> A partir de ese momento ingresaron a Pedagogía como auxiliares docente Susana Molinari, María del Carmen García y Elizabeth Guglielmino. También se incorporaron con cargos de ayudante alumno Cristina Michelotti y Elvia Quevedo. Michelotti ocupó a partir de junio de 1976 el cargo de jefe de trabajos prácticos. Entre los motivos que justificaban su designación se señalaba que acreditaba “idoneidad e integridad moral como asimismo condiciones científicas” requeridas para el cargo. En abril de 1977 se designó como auxiliares docentes de Pedagogía a Graciela Benavent, Elizabeth Guglielmino, Ester Josefa Tosoni, Edith Mercedes Visconti y a María Cecilia Merlo. Estas designaciones también apelan a “condiciones científicas suficientes”, “méritos fehacientes” e “idoneidad e integridad moral”. En octubre de 1977 se designó como auxiliar docente a Luisa Martha Spath de Aluju y se nombró a Lilia Delia Rossi como jefe de trabajos prácticos de Pedagogía. En mayo de 1977 Rossi había sido asumido como secretaria del DCE. En mayo de 1978 fue designada profesora adjunta interina de Pedagogía. En marzo de 1984 fue limitada en el cargo de profesora titular interina de Pedagogía y designada como profesora adjunta en la misma cátedra. Quevedo fue limitada en el cargo de jefe de trabajos prácticos de Pedagogía en marzo de 1984. Michelotti continuó en el cargo hasta 1999.

<sup>278</sup> Los testimonios de los protagonistas nos permiten confirmar esta hipótesis. Cuando Blanca Sylvia Pena asumió el cargo de vicedecano de la FaHyCE una de las primeras tareas en las que participó fue la cobertura del cargo de Director del DCE, único Departamento para el cual aún no había sido designado ningún docente. A instancias del presidente de la UNLP, el Ingeniero Raúl Pessacq, Pena le propuso a Ricardo Nassif que ocupara ese cargo. Él se negó, pero propuso otro docente de su confianza y que reunía méritos. Así fue como el nombre de Silber comenzó a gravitar entre los candidatos.

<sup>279</sup> Con una formación terciaria, Stomo reconocía entre sus antecedentes ser profesor de la Escuela de Policía de la Provincia de Buenos Aires “Juan Vucetich”. Silber recuerda que un grupo de estudiantes le

que podía aparejar ese desplazamiento en una coyuntura en la que el reciente reestablecimiento del orden democrático en el país continuaba asediado por el “aparato represivo de la dictadura”<sup>280</sup>. Las autoridades de la Facultad le exigieron que esa limitación de funciones era una medida necesaria para recuperar el “carácter democrático” y el “espíritu crítico” en la universidad, actuando sin dilaciones contra quienes fueron “cómplices del Proceso”. La resistencia de Silber también trajo como consecuencia su enfrentamiento con el Centro de Estudiantes (con conducción de Franja Morada, agrupación estudiantil de la Unión Cívica Radical) y con los representantes de ese claustro en el Consejo Académico. De este modo, la legitimidad heredada por Silber se diluyó y con su renuncia se cristalizó una nueva relación de fuerzas entre los grupos que disputaron espacios en el DCE desde 1983. En esta nueva situación gravitó, además, la muerte de Nassif en 1985 y el desplazamiento de Silber de su actividad como docente universitaria en abril de 1986. El resultado de este proceso fue la disgregación del grupo de Nasiff<sup>281</sup>.

El segundo grupo académico logró posicionar a 3 de sus miembros en el gobierno universitario iniciado en diciembre de 1983: María Celia Agudo de Córscico fue designada Secretaria de Asuntos Académicos de la UNLP en 1984 y directora del Instituto de Investigaciones Educativas desde octubre de 1986, Blanca Sylvia Pena, Secretaria de Asuntos Académicos desde los primeros meses de la normalización y luego Vice-decana de la FHyCE y María del Carmen Malbrán, Directora del DCE desde octubre de 1984. Para comprender cuáles fueron los factores que intervinieron en estas designaciones necesitamos repasar sus trayectorias académicas y relaciones personalizadas, y determinar los criterios que legitimaron sus posiciones en el gobierno

---

acercó cintas de audio con grabaciones de las clases de Stomo que ponían en evidencia comportamientos “autoritarios”.

<sup>280</sup> Esos “temores” fueron justificados refiriendo a hitos en la vida personal y académica de Julia Silber: había sido limitada en diciembre de 1974, al año siguiente fueron exonerados un grupo de profesores entre los que se encontraban Nassif y Guillermo Savloff, con quienes Silber había compartido la función docente, el profesor Savloff fue secuestrado unos meses después, en enero de 1976, e inmediatamente fusilado en las afueras de la ciudad de La Plata, en agosto de ese año fue secuestrado y asesinado Ernesto Silber, hermano de Julia Silber. Tanto en el testimonio de Silber como en el brindado por “Mora” Pena se mencionó el temor que la primera expresó de avanzar con la limitación de funciones a Stomo.

<sup>281</sup> Entre las evidencias que indican ese cambio puede mencionarse el resultado del concurso del cargo de Profesor Titular de Pedagogía que fue declarado “desierto” –indicando con esta expresión que la Comisión Asesora determinó que Silber, la única aspirante, no reunía los méritos suficientes para asumir el cargo– por el Consejo Académico y fue, posteriormente, impugnado por parte de la propia interesada, denunciando a los integrantes de esa Comisión Asesora por “agresiones” y “maltrato”. También puede señalarse que dentro de los proyectos curriculares que se discutieron durante la reforma del Plan de Estudios en 1986 no estuviera contemplado un anteproyecto elaborado durante la gestión de Silber en 1984. Finalmente, retornó como docente en 1994 tras obtener por concurso el cargo de profesora titular de Pedagogía Sistemática.

universitario. Celia Córscico se graduó en 1957 como Profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación por la UNLP y continuó estudios de postgrado en las Universidades de Londres y Chicago, especializándose en el área de la Psicología Educativa<sup>282</sup>. Fue parte de una generación de profesores en ciencias de la educación que construyó su reconocimiento desde su formación universitaria y su orientación profesional en la docencia y la investigación<sup>283</sup>. Fue profesora titular de Psicopedagogía entre 1962 y 1969 y de Psicología de la Educación desde 1970 hasta su exoneración en abril de 1976. Esta asignatura la dictaba para estudiantes de Psicología y de Ciencias de la Educación<sup>284</sup>. Córscico fue investigadora en el Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación del Instituto Torcuato Di Tella desde su creación en 1967 e investigadora en la Universidad de Minnesota (1976-1977). Participó como experta en programas educativos de UNESCO en Ecuador y dictó cursos de postgrado en Uruguay, Paraguay y Brasil. A principios de 1977, Rosa Irma Iocco la reemplazó al frente de Psicología de la Educación<sup>285</sup> y Córscico continuó su carrera académica realizando consultorías e investigaciones en organismos internacionales<sup>286</sup>.

La trayectoria de Córscico nos permite ubicarla en una posición de liderazgo que intervino en la orientación de sus discípulos desde comienzos de los '60. De esas relaciones destacamos las que mantuvo con "Mora" Pena y con "María" Malbrán. Pena se graduó como psicóloga clínica en la UNLP e inició su actividad docente como

---

<sup>282</sup> Fue maestra normal y ejerció la docencia en institutos terciarios de la Provincia de Buenos Aires. En la UNLP su trayectoria está asociada a Nicolás Tavella, un autodidacta con formación de nivel terciario que supo capitalizar su experiencia en el área de la psicología y la difusión de tests psicométricos en la producción de publicaciones específicas y en la gestión del sistema educativo de la provincia de Buenos Aires (Suasnábar, 2004). También debe mencionarse la incidencia que tuvo su contacto con Philip Vernon de la Universidad de Londres con quien profundizó su especialización de postgrado.

<sup>283</sup> En la UBA estos perfiles estuvieron representados por Gilda L. de Romero Brest o Ana María Babini.

<sup>284</sup> Cursaban Psicología de la Educación alrededor de 300 alumnos de ambas carreras. Hasta julio de 1975 la mayoría de los auxiliares de esa cátedra eran ad honorem. A partir de ese momento y hasta febrero de 1976 se designó como ayudantes diplomados rentados a Julia Lubercio de Bachiega, María Raquel Berti, Elma Elena Barbaglia de Bordenave, Elsa Rosa Compagnucci, Isabel Feoli, Graciela Beatriz Guzner de Grillo, María del Carmen Malbrán, Ana María Rancich, Matilde Zaida de Roncoroni y Graciela Souto. Algunos de esos ayudantes continuaron en funciones después de marzo de 1976. Elsa Compagnucci fue designada nuevamente en junio de 1976. Entre los criterios que justificaban su designación se mencionaba que acreditaba "idoneidad moral y condiciones científicas" requeridas para el cargo. Otros discontinuaron su actividad docente y fueron reincorporados a partir de la normalización en cargos de profesores titulares o adjuntos -Feoli, Guzner, Malbrán- y regularizaron su situación a partir de la sustanciación de los concursos.

<sup>285</sup> En junio de 1977 Iocco renunció. En agosto se designó a Myrna Ethel Rebullida en el cargo de profesor adjunto interino a cargo de Psicología de la Educación. En abril de 1978 se nombró a Julia Lubercio como profesora titular de Psicología de la Educación, que continuó en funciones hasta febrero de 1984. En los casos de Rocco, Rebullida y Lubercio, los criterios que justificaban las resoluciones de designación aludían a que acreditaban "idoneidad moral y condiciones científicas".

<sup>286</sup> En el caso de Psicología de la Educación, el mecanismo utilizado para reemplazar los docentes no fue el cese ni la limitación de funciones, pues no se renovaron las designaciones interinas vigentes a febrero o julio de 1976.

auxiliar docente en Psicopedagogía en 1962 y luego como jefe de trabajos prácticos. En 1965 fue contratada por la Facultad para desarrollar un plan de investigación con dirección de Córscico. Se desempeñó como auxiliar docente en Psicología de la Educación desde 1968 hasta su cese en 1976, primero como ayudante diplomado y después como jefe de trabajos prácticos. Retomó su actividad en la cátedra como profesor adjunto interino en abril de 1984. Por su parte, la inserción en la docencia de Malbrán en la UNLP fue como auxiliar docente de Psicología de la Educación desde 1970 (a cargo de Córscico y donde Pena era jefe de trabajos prácticos). Malbrán y Córscico se conocieron en 1961 en la primera promoción de la carrera de Magisterio para Oligofrénicos. A instancias de esta última, Malbrán continuó sus estudios en la UNLP y se graduó como Psicóloga educacional en 1969. En 1970 ingresó a Psicología de la Educación como ayudante ad honorem. A partir de un convenio entre el Ministerio de Educación de la Nación y el gobierno de Estados Unidos y por recomendación de Córscico en 1971 fue admitida en la maestría en educación de la Universidad de Puerto Rico. A su regreso en 1972 se reincorporó como docente hasta que en febrero de 1976 no le renovaron la designación en el cargo. También retomó su vinculación con esa cátedra con la normalización, cuando fue designada jefe de trabajos prácticos. Accedió al cargo de profesora titular en marzo de 1986 en el Seminario Técnicas de Investigación Psicopedagógica, un cargo que ocupaba Córscico. A principios de 1983, Córscico ya había regresado al país y fue contactada por miembros de la Unión Cívica Radical -entre ellos “Mora” Pena- que le solicitaron que asuma como Secretaria Académica de la UNLP. Pena participaba de la “Fundación Eugenio O. Blanco”<sup>287</sup> e integraba un sector partidario conocido como “grupo de Gonnet”<sup>288</sup>. La designación de Pena cobraba relevancia pues se trataba de una docente del DCE que ocupaba un cargo en la conducción de la Facultad (Vicedecana) y tenía responsabilidad política sobre la Licenciatura en Psicología y el Profesorado en Ciencias de la Educación. Una vez aceptada la renuncia de Silber, Malbrán asumió la Dirección del DCE; según su testimonio, ella sintió la “obligación moral” de aceptarlo por compromisos afectivos y académicos con Córscico y Pena.

---

<sup>287</sup> Eugenio Blanco fue Ministro de Economía del Presidente Arturo Illia en 1963. La Fundación Blanco se creó en 1982 y contaba con el apoyo de Carlos R. S. Alconada Aramburu, Ministro de Educación de Raúl Alfonsín.

<sup>288</sup> La expresión “grupo de Gonnet” alude a uno de los barrios ubicado en las afueras de la ciudad de La Plata que constituía el ámbito geográfico de residencia de estas personas.

Así pues, entre 1983 y 1986, la estrecha relación establecida entre funcionarios del Ministerio de Educación de la Nación, la conducción universitaria de la UNLP y las Facultades, la UCR y la agrupación estudiantil Franja Morada, fue una variable clave para comprender la configuración de los grupos académicos que gravitaron en el gobierno de la FHyCE y en sus carreras. Que un grupo académico de ciencias de la educación haya posicionado a 3 de sus miembros en ámbitos estratégicos del gobierno universitario, constituye un indicador de la fuerza relativa que estos actores acumularon en ese período<sup>289</sup>. Es decir, esos posicionamientos no sólo se explican por la legitimidad académica acumulada por su líder (Córsico) y sus miembros y por los densos compromisos personales establecidos entre los mismos sino también por la eficacia social definida por las relaciones partidarias de algunos de ellos (especialmente “Mora” Pena). De este modo, a diferencia del grupo de Nasiff, el de Córsico capitalizó esas posiciones en el gobierno universitario normalizador para imponerse en la definición curricular de la carrera y proyectar su liderazgo en los `90<sup>290</sup>.

## **Reflexiones finales**

Un análisis de la trayectoria de los liderazgos y grupos académicos de la FCNyM entre 1966 y 1986 nos ofrece un escenario con fuertes continuidades institucionales que atraviesan hitos considerados en forma canónica por las ciencias sociales como rupturas: 1966 y 1976. A diferencia de lo ocurrido en Buenos Aires y Rosario, 1966 no marcó ninguna discontinuidad en La Plata. Por su parte, exceptuando unos pocos casos, nuestro análisis de los años 1974 a 1983 revela que la mayoría de los docentes e investigadores en antropología no fueron objeto de exoneraciones motivadas por causas políticas ni se vieron impelidos a renunciar a sus cargos o a exiliarse. Asimismo, descontando la enseñanza de la antropología social (una disciplina auto-definida por su “compromiso social”) y los estudios sobre variabilidad biológica relacionados con poblaciones en condiciones de pobreza, las líneas de investigación y las asignaturas de la carrera no fueron objeto de impugnaciones políticas. También

---

<sup>289</sup> Otros indicadores de esa correlación favorable al grupo en cuestión fueron la designación de Córsico al frente del Instituto de Investigaciones Educativas del DCE en octubre de 1986 y la regularización por concurso de los cargos de Profesor Titular y Adjuntos que ocupaba en las cátedras de Psicología de la Educación y del Seminario Técnicas de investigaciones psicopedagógicas en 1985.

<sup>290</sup> El plan de la carrera de Ciencias de la Educación aprobado en 1986 se elaboró en las gestiones de las Profesoras Malbrán y Pena a cargo de la Dirección del DCE y del Vicedecanato de la FHyCE, respectivamente.

hemos referido a la notable capacidad de los académicos de esta Facultad (no sólo de los antropólogos) para reclutar entre sus propios docentes a las autoridades del gobierno universitario. Ahora bien, aquí no podemos pasar por alto que este escenario de fuertes continuidades institucionales y profesionales, con una considerable autonomía de los académicos frente al Estado, contrasta en forma brutal con la evidencia de una Facultad en la cual 60 estudiantes y graduados fueron asesinados y/o desaparecidos entre 1975 y 1979 (de los cuales 19 eran de antropología) y otros se exiliaron o abandonaron la vida universitaria.

En contraposición, el análisis del DCE permite observar fuertes rupturas, en muchos casos motivadas por el asesinato, desaparición, exilio o alejamiento obligado de docentes, graduados y estudiantes entre 1974 y 1983. Aquí las principales discontinuidades en las trayectorias no sólo se produjeron con gobiernos dictatoriales. También ocurrieron cambios durante gobiernos electos democráticamente. Por un lado, hubo cambios en 1974 con la intervención autoritaria a las universidades y el accionar represivo de la Triple A. Por otro lado, el proceso de normalización universitaria abrió una redefinición del escenario en el Departamento signada, en primer término, por conflictos derivados de la continuidad de docentes que consolidaron sus posiciones académicas entre 1974 y 1976 o en la dictadura. Y, en segundo término, por la conquista de espacios por aquellos que reingresaron en 1983-1986 liderando la nueva etapa democrática. Así, la reorganización de los grupos en la normalización resultó de los combates librados por los reincorporados y por la incidencia de actores comprometidos con la política de Unión Cívica Radical en la UNLP.

Finalmente, quisiéramos destacar que somos conscientes de que el recorte operado sobre el problema y objeto de estudio de este artículo (tipo de instituciones, poblaciones y período) y el énfasis colocado en la formulación de hipótesis que nos orientaron en el desarrollo de las investigaciones (el relativo control que ejercen docentes e investigadores en su sociabilidad cotidiana), no sólo participa de un debate estrictamente académico sobre la configuración de formas y grados de autonomía y heteronomía de los universitarios respecto de los actores estatales u otros. Al mismo tiempo, creemos que esta exposición y la circulación de nuestros argumentos están informadas y pueden ser objeto de apropiaciones de expertos o legos, preocupados por producir una historia y memoria de la universidad. Al respecto, pensamos que el énfasis en la comprensión de estas continuidades en tiempos de fuerte inestabilidad y violencia política, de autoritarismo estatal y terrorismo de estado, quizá puede ofender la

sensibilidad, experiencia y el propio conocimiento que algunos actores y analistas poseen o poseemos (con razones contundentes y empíricamente fundadas) sobre los protagonistas, procesos y eventos aquí abordados. Pero también creemos que las pesquisas sobre casos estudiados en profundidad y la comparación sistemática sopesando continuidades y rupturas en las universidades entre 1966 y 1986, constituyen iniciativas académica y políticamente necesarias para hacernos de un conocimiento sobre esos conflictivos años. En este sentido, desde la década de 1990, la recuperación de las perspectivas y experiencias de quienes se autodefinen o son clasificados como *víctimas* de la represión, renuncias, cesantías, exilio, asesinato y desaparición, y las denuncias de aquellos contra los *victimarios*, *represores*, *asesinos* o *colaboracionistas*, orientaron el interés de las investigaciones sobre las universidades en tiempos de autoritarismos y dictaduras, pues como dicen Marina Franco y Florencia Levín: “la historia de la historia reciente es hija del dolor” (2007:15). Sin embargo, la interpretación de los sucesos de aquellos años de plomo de nuestra historia no será abordada en forma suficientemente compleja y comprensiva hasta que no consigamos reconocer -en su singularidad y en sus modulaciones- las trayectorias de quienes permanecieron en la universidad participando en unas *zonas grises*, y nos preguntemos, en suma, por la incidencia que aquellas tuvieron en el sistema universitario desde la apertura democrática hasta nuestros días.

### **Referencias bibliográficas**

Barletta, A. y Tortti, M. C. (2002), “Desperonización y peronización de la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria”, en: P. Krotzsch (org.), *La universidad cautiva. Legados, marcas y horizontes*, La Plata, Ediciones Al Margen, pp. 107-126.

Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires. Sudamericana.

Carlino, Florencia (1997), *El campo profesional de las Ciencias de la Educación en Argentina 1984-1994. Una perspectiva desde la formación académica y la inserción ocupacional de los graduados de la UBA*, Buenos Aires, Tesis de Maestría FLACSO.

Carnese, Francisco; Cocilovo, José; y Goicoechea, Alicia (1991-1992), “Análisis histórico y estado actual de la antropología biológica en la Argentina”, *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre*, XX, Buenos Aires, pp. 35-67.



- Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.) (2007), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós.
- Garatte, Luciana (2008), “La normalización universitaria en la Universidad Nacional de La Plata en el contexto de la transición democrática”, en: M. Marquina, C. Mazzola y G. Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento / Universidad Nacional de San Luis, pp. 97-132.
- Guber, Rosana (2002), “Antropología Social. An Argentine diaspora between revolution and nostalgia”, *Anthropology Today*, London, v.18 n° 4, pp. 8-14.
- Kaufmann, Carolina (dir.) (2001), *Dictadura y educación. Universidad y grupos académicos argentinos. 1976-1983*, Buenos Aires, v. 1, Miño y Dávila.
- (dir.) (2003), *Dictadura y educación. Universidad y grupos académicos argentinos. 1976-1983*, Buenos Aires, v.2, Miño y Dávila.
- Madrazo, Guillermo (1985), “Determinantes y orientaciones en la antropología argentina”. *Boletín del Instituto Interdisciplinario Tilcara*, Buenos Aires, n°1, pp. 13-56.
- Neiburg, Federico (1999), “Politización y universidad. Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, n° 3, pp. 51-72.
- Politis, Gustavo (1992), “Política nacional, arqueología y universidad en Argentina”, en G. Politis (ed.), *Arqueología en América Latina Hoy*, Bogotá, Banco Popular, pp. 70-87.
- Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Editorial Ariel.
- Sigal, Silvia (1990), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Silber, Julia y Citarella, Paula (2004), “Tendencias pedagógicas en la Carrera de Ciencias de la Educación”, *XIII Jornadas argentinas de Historia de la Educación en la Argentina*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Soprano, Germán (2008), “Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960”, en: M. Marquina, C. Mazzola y G. Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de San Luis, pp.61-96.
- Southwell, Myriam (2003), *Psicología Experimental y Ciencias de la Educación. Notas de historias y fundaciones*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Suasnábar, Claudio (2004), *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires, FLACSO Manantial.

Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Punto Sur.

Visacovsky, Sergio, Guber, Rosana y Gurevich, Estela (1997), “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires”, *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*. Buenos Aires, v. 4 n°10, pp. 213-258.

## **Algunas reflexiones en torno al acto de exilio en el pasado reciente argentino**

Marina Franco

El propósito de este trabajo es presentar una serie de reflexiones sobre ciertos aspectos de las experiencias y narrativas de la emigración política de los argentinos que se exiliaron en los años 70 y 80, durante el período de terrorismo de Estado. Si bien estas observaciones se desprenden y tienen sustento en una investigación empírica más amplia, aquí sólo me propongo una reflexión más libre sobre esas historias de exilio, sus actuales sentidos políticos y memoriales y algunas de sus consecuencias en el trabajo analítico.<sup>291</sup>

En la mayoría de las memorias de condena del pasado autoritario, actualmente en circulación en la Argentina, así como en los discursos y políticas públicas y sectoriales sobre el exilio, éste es considerado otra forma más de la represión estatal y paraestatal de los años '70, junto con la desaparición, la cárcel y la tortura, y sus protagonistas -los exiliados- son considerados víctimas de esa violencia. El exilio aparece entonces como una “condena”, una imposición absoluta derivada de unas condiciones de extrema urgencia generadas por la persecución política o una suerte de “acto reflejo”, una “pulsión” de salvación de quienes se fueron del país en aquellas circunstancias, algunos directamente “expulsados”. En buena medida, este imaginario forma parte y es un resultado de la progresiva (y bienvenida) construcción de un consenso antidictatorial y una memoria fuerte de condena del terrorismo de estado que se inició en el inmediato período postautoritario, impulsada por los organismos de derechos humanos y por ciertas políticas de los sucesivos gobiernos constitucionales (aún a pesar de sus vaivenes).<sup>292</sup> En lo relativo al exilio, puede decirse que en los primeros años democráticos hubo un breve período inicial de presencia pública del tema, para caer luego en un cierto silencio y marginación. Sólo en los últimos años esa

---

<sup>291</sup> La base empírica de estas reflexiones es mi investigación sobre los exiliados argentinos en Francia (Franco, 2006), de manera que algunos de los ejemplos y testimonios que ilustran los argumentos aquí expuestos proceden de allí. No obstante, las observaciones presentadas son de carácter más amplio y exceden el caso empírico original.

<sup>292</sup> Naturalmente, nos referimos al esencial impacto del Juicio a las Juntas Militares (1985), la investigación de la CONADEP y su informe *Nunca Más* (1984). En la última década estas políticas públicas han tenido renovado impulso con las múltiples instancias jurídicas abiertas a nivel nacional e internacional y con la política de derechos humanos iniciada por la gestión Kirchner.

experiencia y sus protagonistas han empezado a ser reconsiderados e invocados públicamente como parte legítima de una memoria antidictatorial. Este proceso, que retomaremos más adelante, se viene produciendo en el contexto de una nueva explosión testimonial que incluye relatos y voces de actores antes marginados y un más amplio reconocimiento y condena social de ese pasado “traumático” y de sus víctimas.<sup>293</sup>

### **Imágenes del exilio**

En las memorias específicas de exilio y en el conjunto más vasto de memorias antidictatoriales, las representaciones más frecuentes de y sobre los exiliados son que éstos no se fueron, sino que “los echaron del país”; que el exilio fue “una condena”, “una expulsión”, “una pena”; que el exilio fue una “no-opción”. Algunos testimonios, de muy diversa procedencia, son ilustrativos al respecto:

“Llegué a Barcelona en marzo de 1977. Nací en Buenos Aires pero viví gran parte de mi vida en Adrogué. Allí estudie medicina, ejercí la medicina hasta que nos tuvimos que exiliar y fuimos a Barcelona. Porque tuvimos rápidamente que tomar la decisión de salir del país. [...] El exilio no es una elección, ni una decisión, es algo que uno se ve forzado” (A.A., entrevista de Silvina Jensen, en Jensen, 2000: 16)

“...nos robaron todos esos años. Nos robaron una parte de nuestra vida, yo no elegí. A nosotros nos pusieron afuera de una patada en el trasero y hay que sobrevivir, pero no es la vida que yo había elegido.” (F.I., 12/3/2004, Bordeaux, entrevista de M.F, en Franco, 2006:104.)

“Yo fui al exilio porque en el año ‘76, siendo un militante social, padecí un allanamiento en mi casa, en el hospital, hecho por un grupo de tareas. Entonces era evidente que ni bien ellos me echaran el guante me iban a desaparecer (...) Era evidente que el planteo de la huida está prácticamente obligado.” (U.C., 9/9/2002, Buenos Aires, entrevista de M.F., Franco 2006: 141)

“Cuando yo decidí venir era muy simple, no tenía más [...] porque además era una cosa de vida o muerte: yo llevaba ya seis meses viviendo en una clandestinidad absoluta, había muerto mucha gente alrededor mío, entonces... no tenía mucho para elegir en aquel

---

<sup>293</sup> Sobre la constitución de una memoria antidictatorial y los conflictos por la memoria en las últimas décadas y su nuevo impulso desde mediados de los 90: Jelin, 2002, 2007; Vezzetti, 2002, 2005. Sobre las memorias del exilio y sus diferentes momentos: Jensen, 2003, 2005; Franco, 2006.

momento...” (entrevista de Margarita del Olmo, realizada en Madrid, 1987, en del Olmo, 2007:132).

En la misma tónica, las intervenciones públicas de exiliados que son figuras conocidas suelen insistir en este aspecto obligado del exilio, como es el caso de la escritora Tununa Mercado quien ha señalado recientemente: “Nosotros no elegimos, nos obligaron a irnos”<sup>294</sup>, o el del periodista Jacobo Timerman quien ya en 1983 declaraba que “En la casi totalidad de los casos el exilio ha significado salvar la vida. [...] El terrible drama del exilio es eso: exilio. [...] No hay consuelo” (Timerman, 1983: IX)

Como es evidente en algunos de los casos citados, el trabajo con testimonios de exiliados indica que es el hecho de haberse ido del país –aunque fuera en circunstancias extremas y no en condiciones de elección libre- lo que concentra aún hoy las mayores tensiones y esfuerzos justificativos en los relatos de los propios emigrados. Con frecuencia, haber tomado la decisión de irse no es percibido ni vivido como tal, o es diluido en el relato de situaciones de máxima emergencia donde se tiende a enfatizar una disyuntiva entre la vida y la muerte con la necesidad de legitimar el haber partido. En esos casos, parecería que sólo salvar la propia vida parece justificar ante el interlocutor (actual o pasado), e incluso ante el propio protagonista del relato, la salida del país.<sup>295</sup>

Antes de avanzar en esta línea quisiera aclarar que no es mi intención cuestionar la veracidad o la legitimidad de este tipo de representaciones y narrativas. No se trata aquí de juzgar el “grado de verdad” de esos relatos o de urgencia “real” de la salida, sino constatar el peso central de estos argumentos en los relatos, su posición como ejes explicativos y estructuradores de la narración. En ese sentido, considero que las propias percepciones de los actores sobre su acto de salida son suficientes para definir y explicar la experiencia de exilio que, efectivamente, en la mayoría de los casos fue vivida como una no-opción. No obstante, el punto que me interesa discutir aquí es la matriz emocional y políticamente compleja de la que surgen esas percepciones y construcciones narrativas que buscan de manera casi angustiada legitimar y

---

<sup>294</sup> Tununa Mercado, intervención pública, Buenos Aires, 26 de septiembre de 2007

<sup>295</sup> En consonancia con mi propia experiencia también Margarita del Olmo, antropóloga española y coautora de la última entrevista citada dice en su propio trabajo: “Todas las personas que entrevisté, sin excepción, se vieron obligadas de una forma u otra a tratar de convencerme de que su salida del país había estado justificada y que lo había estado precisamente en los términos particulares en lo que uno la había realizado, no en otros. Parecería que se tratara de aclarar la postura personal con respecto a otras personas que se exilaron y a las que no lo hicieron porque no pudieron o porque no quisieron y también de una argumentación dirigida a evitar la culpa, escapándose de ella por un margen muy ligero, como si lo que uno hizo hubiera sido la única versión posible de una actuación honrada y coherente” (del Olmo, 2007:134).

autolegitimar a los emigrados y sus historias en el exterior. Se trata de una matriz que surge y se nutre de una serie de sentimientos e imaginarios, propios y ajenos a estos actores, surgidos en el período dictatorial y postdictatorial.

En esta matriz compleja se encuentran, en primer lugar, las culpas y los malestares sentidos por los propios exiliados, y a la vez proyectados sobre ellos, en relación con la muerte de familiares, amigos, compañeros de militancia o de trabajo, en definitiva, la *culpa* por la sobrevivencia que aparece en muchos relatos:

“Yo me culpo de no haber tenido la capacidad moral y política, de no haberle dicho a todo el mundo ‘esto se acabó, rájense’, porque los mataron a todos, deben haber quedado diez vivos... pibitos que tenían 19, 20 años... este... Es muy difícil sacarse... cuando uno empieza a pensar... porque el problema de todo eso es no caer en eso de tener siempre razón: uno tenía razón cuando estaba y tenía razón cuando no estaba. El problema no es tener razón, el problema es decir ‘nos equivocamos’, no decir: ‘tuve razón en irme’ (Z.B., 29/5/2004, París, entrevista M.F., Franco, 2008: 177)

El peso de esta culpa por la sobrevivencia –en un sentido moral y existencial, no criminal, político ni metafísico, según las categorías de Kart Jaspers (1998)- ha sido rastreado en innumerables experiencias límite y de exilio.<sup>296</sup> Su importancia no es menor, y sumada al dolor por las pérdidas de seres cercanos, en buena medida también ayuda a explicar parte del gran impulso que tuvo la actividad política de denuncia por violaciones a los derechos humanos que muchos exiliados desarrollaron incansablemente en el exterior, encerrando la lucha política antidictatorial en la lógica de “seguir luchando por los muertos”.<sup>297</sup>

A ello se suma, un sentimiento de culpa que, de manera más general, alcanza a exiliados militantes y no militantes por el hecho de haber salido del país. En el caso de los primeros, las organizaciones revolucionarias llegaron a impulsar sanciones morales y materiales muy fuertes para quienes se iban sin órdenes precisas de hacerlo.<sup>298</sup> Así, el

---

<sup>296</sup> Para una interesante discusión sobre la culpa de la sobrevivencia y como *síntoma* véase Pollak, 1990.

<sup>297</sup> Este impulso, llevado a su extremo, incluso puede explicar en parte la continuidad de ciertos proyectos político-militares de retorno que se plantearon algunas organizaciones político-militares, en particular Montoneros a través de la “contraofensiva” y a los que muchos militantes adhirieron a pesar de que el contexto indicaba la inviabilidad y los riesgos de tales formas de acción. Longoni (2007) señala también el peso que los “militantes caídos” tenían entre los vivos como motor para seguir luchando.

<sup>298</sup> Recordemos que ninguna organización política argentina autorizó ni impulsó la salida de sus militantes del país, que muchas de ellas llamaron a resistir desde adentro (por ejemplo, las organizaciones maoístas) y otras sólo autorizaron la salida muy tarde (alrededor del año 1977 en el caso de Montoneros y el PRT y según jerarquías y sectores militantes), una vez que la destrucción humana y material estaba ya muy avanzada.

hecho de que existiera la *posibilidad* de ser juzgado y condenado por irse del país y por las propias organizaciones con las cuales los militantes se identificaban tan profundamente en sus proyectos vitales y políticos implica toda una construcción de sentidos condenatorios sobre el acto de partir (sobre la moral militante: Calveiro, 2006; Carnovale, 2005, Guglielmucci, 2006; Hilb, 2002; Longoni, 2007). En esa lógica, al irse del país –muchas veces secretamente y a contramano de las órdenes políticas recibidas– los emigrados hicieron una elección que iba reñida con la moral militante. Estas decisiones desesperadas pudieron producir la ruptura con la organización, fuertes sanciones políticas, conflictos con los compañeros de militancia o, sencillamente, una fuerte tensión interna para quien tomaba la decisión de irse. Incluso si la sanción externa no existía, la propia moral de las organizaciones, signada por el culto al sacrificio e interiorizada por sus miembros (cfr. Carnovale en este mismo volumen) pudo hacer que la partida fuera sentida como un acto de “cobardía” y una “traición”, de cada sujeto ante sí mismo. Como ha señalado Ana Longoni (2007:122), el hecho de sobrevivir –y más cuando se optó por un acto que implica “elegir” no morir, como fue la decisión del exilio en muchos casos– conlleva en sí mismo la condena moral de la “traición a la causa” y a los compañeros muertos. Así, en el código militante de la época, abandonar la lucha, desertar, “quebrarse” e incluso exiliarse eran formas de traición.

Para los no militantes, en cambio, este malestar vinculado a la salida del país tal vez tenga menos carga política, pero se entrelaza con la suerte vivida por familiares, amigos y compañeros de trabajo que se quedaron y se mezcla, para muchos, con una cierta sensación de culpa por haber tenido una vida que algunos consideran “mejor” en el exterior, con mayores posibilidades profesionales y laborales o lejos de las penurias económicas y la falta de libertades. Al igual que en el caso anterior, también aquí sentimientos propios y proyecciones sociales se entrelazan fuertemente, ya que este malestar sobre una hipotética mejor vida en el exterior es tanto un sentimiento de los propios exiliados como una imagen proyectada sobre ellos a su regreso al país.

Ello nos conduce a un elemento central: la *estigmatización* social y política que se produjo sobre los emigrados cuando retornaron a la Argentina (cfr. Jensen, 2000; Maletta et al., 1986; Mármora, 1989). Esta estigmatización se plasmó de manera muy visible en arduos debates intelectuales entre “los de adentro y los de afuera”<sup>299</sup>, pero de

---

<sup>299</sup> Los más notables fueron entre Julio Cortázar y Liliana Heker (1978-1981, en diversas publicaciones literarias de Bogotá, Buenos Aires y París y reproducido en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 517/519, julio-setiembre, 1993); el intercambio público entre Rodolfo Terragno y Osvaldo Bayer (1980-1981,

manera más general se reprodujo en los antiguos entornos políticos ya disueltos, en ámbitos profesionales y laborales e incluso familiares, lo cual llevó a los emigrados tanto a ocultar y silenciar su exilio con vergüenza y dolor como a la mencionada necesidad de justificar imperiosamente las razones para irse.<sup>300</sup>

*M.F.: ¿Sentiste alguna forma de rechazo por haber vivido afuera?*

C.J.: Ah, eso sí, algunos estúpidos sí: “Nosotros nos quedamos y ustedes se fueron”. [...] Amigos no quedaban muchos eh... no, los amigos... o sea los pocos que quedaron digamos, no, en... pero hay algunos –que no eran amigos- que te decían –pero pelotudos que habían querido irse y no pudieron irse o no tuvieron las bolas para irse-: “Entonces nosotros nos quedamos a ocupar los puestos para que no los agarre la derecha...”, pelotudos... (...) Yo te digo volví en el ‘84 y realmente tuve muy buena recepción, por ahí alguna que otra... no, no, pero...

*M.F.: ¿Decías que habías estado exiliada, que habías vivido afuera...?*

C.J.: Y depende con quien, y depende con quien... (C.J., 30/7/2004, Buenos Aires, Franco, 2006:558)

Se generaron entonces campos de tensión entre quienes se fueron y quienes no, entre exiliados “internos” y “externos”, que dieron lugar a la figura estigmatizante del exiliado que salió del país como un “privilegiado”. Esta imagen incluso persiste hasta el día de hoy, tal como demuestra la condensación de argumentos de un editorial del *Buenos Aires Herald*, tras la reciente aprobación del Senado argentino del proyecto de reparación económica del exilio (2/3/2005):

“De hecho, es probable que los exiliados argentinos fueran extraordinariamente privilegiados. En primer lugar, los fugitivos sobrevivían, lo cual no siempre era seguro si una persona decidía quedarse en su patria y sufrir la intolerancia política y el terror de Estado. En segundo término, quienes partían desde estas costas habitualmente hallaban lugares de trabajo y estudio (aunque tras una dura temporada de búsqueda) superiores a las oportunidades que dejaron atrás. Los argentinos fueron, de lejos, beneficiarios de toda una nueva panoplia de remedios para su cambio de vida. En tercer lugar, regresaban con los frutos de su nueva experiencia.” (“Beneficios de exilio”, Editorial, *Buenos Aires Herald*,

---

Caracas, México y Berlín, editado luego en “La polémica Terragno-Bayer”, Bayer, 1993) y entre Luis Gregorich y Osvaldo Bayer (1981-1982, Barcelona y Buenos Aires, reproducido en parte en Sosnowski, 1988). Otras obras que intervinieron tomando posición o distancia de estos debates: Goligorski 1983; Jitrik 1985; Brocato 1986.

<sup>300</sup> En ciertos ámbitos profesionales, como el de la investigación científica, el rechazo emergió ante la competencia laboral y profesional que se planteó al regreso de los exiliados, cuando éstos llegaron a insertarse en un mercado laboral reducido y muchas veces con mejores formaciones y capacitaciones adquiridas en el exterior (Maletta et al, 1986).



s/f, [http://buenosairesherald.com/editorial/editorial\\_english\\_note.jsp?idContent=149131](http://buenosairesherald.com/editorial/editorial_english_note.jsp?idContent=149131),  
6/2/2008)<sup>301</sup>

En este sentido, es importante señalar que parte de estos argumentos estigmatizadores fueron el resultado y se nutrieron muy fuertemente del discurso construido por las Fuerzas Armadas durante la dictadura en torno a quienes se habían ido como “subversivos” y “terroristas” responsables de “la campaña antiargentina” o “malos argentinos” que habían partido en busca de “vacaciones doradas a Europa”. Estas imágenes, de muy amplia circulación durante los años dictatoriales, fueron una respuesta de los militares ante la creciente ola de reacciones y de denuncias internacionales por violaciones a los derechos humanos que provenían del exterior, en buena medida producidas por la acción de los exiliados y sus denuncias ante diversas cortes y organismos internacionales y la repercusión que ello tuvo en los foros mundiales. Así, esta oposición externa fue denunciada por los militares como una “campaña antiargentina” que buscaba destruir al país y cuyos principales responsables eran los exiliados, considerados como “subversivos fugados al exterior” o “malos argentinos” que estaban de “vacaciones” fuera del país.<sup>302</sup>

Estos elementos, presentes en el discurso militar y en la prensa oficialista de la época, construyeron un cierto “sentido común” sobre el exilio que iba asociado a otro elemento sustancial de esa estigmatización o marginación percibida por los emigrados: la condena de toda relación o vínculo con la política como actividad sospechosa y cuasi-criminal. Así, sobre los exiliados recayó el mismo discurso sancionador que sobre el resto de las víctimas de la represión militar: “algo habrán hecho”. Lo más significativo es que, si bien este discurso de la sospecha y la inculpación generalizada se originó en las fuerzas represivas, luego fue difundido y reapropiado por el vasto conjunto de una sociedad autopatrullada y policial, que asumió y adoptó en los ámbitos sociales más cotidianos y en los niveles más mínimos de la interacción social la lógica represiva y autoritaria emanada del poder (O’Donnell, 1985). Esa lógica consideraba la política como una forma del caos responsable de los males del país y la penetración de esta visión autoritaria permitió el ejercicio del control, las sospechas y la censura de unos ciudadanos sobre otros. En relación con el exilio, este mecanismo facilitó la condena de

---

<sup>301</sup> Este tipo de argumentos llevó a muchos antiguos exiliados a asumir algo de aquel sentimiento de privilegio, como fue el caso de Rodolfo Terragno en su debate con Osvaldo Bayer (Bayer, 1993).

<sup>302</sup> Sobre este discurso militar, cfr. Franco, 2005.

los emigrados mucho más allá de la operación efectivamente puesta en marcha por el Estado dictatorial.<sup>303</sup>

En el mismo sentido, debe recordarse que en consonancia con esta herencia autoritaria las primeras décadas posteriores, bajo gobiernos constitucionales, también estuvieron signadas por el rechazo de toda politización del pasado y por un esfuerzo de confinar la violencia –y por tanto la política que se le suponía asociada- a los dos “demonios” responsables de lo sucedido: las cúpulas militantes y las cúpulas militares.<sup>304</sup> En ese contexto, todo sujeto que hubiera tenido actividad política era automáticamente visto como sospechoso, y en esa lógica los exiliados portaban consigo la doble sospecha: por haber tenido que irse (¿qué habrían hecho para ello?) y por haber sobrevivido. Los exiliados, en definitiva, no “gozaron” de esa purificación moral que finalmente otorga la muerte o la condición de víctima “total”. Esto implicó que durante años, para ser visibles o escuchables, muchas memorias del exilio -desde narrativas testimoniales públicas y de figuras intelectual o artísticamente reconocidas hasta otras privadas y formuladas en ámbitos más íntimos- se mostraran vaciadas de toda referencia política, o incluso de referencias al contexto represivo que originó la experiencia de salida de país (Franco, 2006). En conclusión, como resultado o respuesta a estas tensiones (y a otras más específicas vinculadas a la militancia), en las primeras décadas postdictatoriales la experiencia de exilio quedó semisilenciada y subrepresentada en las memorias de la represión y sólo ha ido reemergiendo públicamente en los últimos años, para ser construida progresivamente en torno a la figura del exiliado como víctima (Franco 2006).

Es importante señalar que, en consonancia con el nuevo y actual contexto revalorizador de la militancia de los años ‘70, estas nuevas imágenes del exilio también recuperan la figura del exiliado como actor político y como militante y la dimensión política y colectiva del exilio (Jensen, 2005). De hecho, tal vez, la nueva visibilidad del exilio también ha sido posible gracias a este contexto repolitizador, que brinda el espacio para nuevas voces de protagonistas de la política del pasado: es el caso de muchos exiliados que fueron militantes de organizaciones políticas antes de irse del país

---

<sup>303</sup> Un buen ejemplo de ello es el intento de Daniel Moyano en su novela *Libro de navíos y borrascas* de demarcar a los exiliados de cualquier connotación de subversión o terrorismo, aunque eso lo lleva a un cierto sentido común de época de alejarlos de cualquier espacio y referencia política más amplia y no sólo la de combatientes armados (Jensen, 2005:179).

<sup>304</sup> La llamada “teoría de los dos demonios” se concretó en los decretos presidenciales 157 y 158 (10/12/1983) del recién asumido presidente Raúl Alfonsín y que ordenaban por igual el procesamiento de los jefes guerrilleros y los jefes militares responsables de “terrorismo”.

y luego fueron militantes en las organizaciones del exilio en el exterior. Un ejemplo de la asociación de las figuras del exiliado como víctima y también como actor político es ofrecido por el discurso de la generación siguiente:

“Somos hij@s del exilio. Nuestros padres fueron exiliados políticos de la dictadura militar que impusieron en la Argentina entre los años 1976 y 1983. Ellos se vieron obligados a dejar el país pues sus vidas corrían peligro. También las nuestras. Desde pequeños nos convertimos en víctimas de la violenta represión que azotó a nuestro país. [...] El destierro fue el peor castigo de los antiguos griegos, el más doloroso de todos los castigos. Nosotros y nuestros padres fuimos desterrados, sin haber cometido ningún delito. Se trataba de hombres y mujeres que trabajaban para construir una Argentina mejor para todos, más justa y solidaria. Y que nos enseñaron valores e ideas donde lo esencial era un proyecto de país nuevo basado en la justicia, el amor y el respeto por los otros. Esos ideales han sido la herencia de nuestros padres. El dolor, la dualidad, la sensación de no pertenencia, el desgarró: la herencia de la dictadura militar” (Hijos del exilio, “Carta abierta”, Plataforma argentina contra la impunidad, s/f, [http://www.plataforma-argentina.org/article.php3?id\\_article=339](http://www.plataforma-argentina.org/article.php3?id_article=339), 12 febrero de 2008).<sup>305</sup>

En cualquier caso, esta nueva visibilidad es posible porque la matriz de legitimidad está en la primera y fundamental asociación del exilio con la represión y con los exiliados como *víctimas*. Es decir, el exilio reaparece como una forma represiva que – repudiando toda escala de victimización o sufrimiento- se suma a los asesinatos, la desaparición forzada de personas, la tortura o la cárcel. Así, ante la estigmatización, las sospechas y las culpas proyectadas y sentidas, la recuperación de una memoria del exilio se produce, ante todo, en el marco de una *victimización* (entendible y tal vez necesaria) que intenta alejar cualquiera de esos fantasmas del pasado y que incluye, de pleno derecho, a los exiliados en el campo de las víctimas del terrorismo de Estado.

Estas nuevas imágenes están presentes en la mayoría de las narrativas, intervenciones políticas, testimonios privados y públicos, orales y escritos más recientes sobre el tema.<sup>306</sup> Así, por ejemplo, el actual proyecto de Ley para la reparación económica de los exiliados –que forma parte de este clima de reconocimiento público del tema- hace especial hincapié en los dolores que implicó el exilio y en el hecho de

---

<sup>305</sup> Esta revalorización de la condición de actores políticos de las víctimas de la dictadura es un fenómeno más general, en su origen especialmente motorizado por organizaciones específicas como HIJOS.

<sup>306</sup> Dan cuenta de ello las menciones habituales del tema en los medios de comunicación, la presencia de ex exiliados en actos y conmemoraciones alusivas a la violencia militar, así como la reedición de una gran cantidad de obras testimoniales y la publicación de otras nuevas (Jensen, 2003, Franco 2006).

que éste estaba previsto en la Doctrina de la Seguridad Nacional que guió el accionar militar.<sup>307</sup> En esa misma línea, Susana Gabbanelli, miembro de la Comisión de Ex Exiliados Políticos de la República Argentina, afirma que “El Estado está obligado a indemnizarnos porque al *expulsarnos* violó nuestros derechos” (Valente, 2008: s/n, el resaltado es mío). Señalemos que Gabbanelli fue detenida por la policía en 1975 y tras ser mantenida un mes en una comisaría quedó bajo arresto domiciliario. Se fugó y estuvo clandestina hasta que logró llegar a Brasil. Así, podría decirse que esta asociación entre exilio y represión y los exiliados como víctimas del terrorismo de Estado se ha transformado en la *narración hegemónica* sobre el tema en el campo de la memoria antidictatorial.<sup>308</sup>

### Otras imágenes del exilio

Ahora bien, junto con esta primera figura de mayor presencia pública y memorial convive otra construcción de menor peso y visibilidad, siempre subordinada a la anterior, cuyo origen se remonta al período dictatorial: se trata de la figura de la *resistencia* también asociada al exilio. Esta segunda imagen está ligada a la idea del exilio como un ámbito central de la acción política antidictatorial y a la necesidad de legitimar la salida del país por su “utilidad” política para enfrentar a la dictadura desde los ámbitos internacionales. Ella surge y adquiere fuerza en la lucha emprendida a través de las denuncias a las violaciones a los derechos humanos durante los años en el exterior. En ese sentido, en todos los países de destino se formaron múltiples comités de acción y de denuncia que centraron su accionar contra la dictadura ante ámbitos y tribunales internacionales como la OEA, la ONU, la OIT, el Tribunal de los pueblos, Amnesty International, etc., así como ante gobiernos y medios de prensa del mundo.<sup>309</sup>

La construcción progresiva de esta figura se dio primero en los medios partidarios, imbuidos del imaginario bélico para el cual los exiliados no eran tales sino

---

<sup>307</sup> El proyecto de ley (S4526/04) cuenta con media sanción del Senado (2/3/2005) y contempla la reparación económica para quienes debieron salir del país por persecución política probada. Su antecedente directo es un proyecto del año 1998, del diputado Marcelo López Arias y otros (27/11/1998) que no fuera aprobado.

<sup>308</sup> Esto no significa que la asociación entre el exilio y las víctimas de la represión sea nueva, dado que ya estaba presente en el inmediato período posdictatorial (Jensen, 2005), sino que en la actualidad se ha hecho central y ha perdido la tensión subyacente que existía entre calidades y jerarquías de víctimas que atravesaban los debates y narrativas de esos primeros tiempos democráticos.

<sup>309</sup> Sobre esas formas de acción y organización política, véanse diversos trabajos por países en Yankelevich, 2004; Yankelevich y Jensen, 2006, así como Bernetti y Giardinelli (2003) para México; Jensen (1998 y 2004) para Cataluña y Franco (2006 y 2008) para Francia.

“la retaguardia en el espacio exterior” o la “vanguardia” que se unía a “la resistencia de la clase obrera argentina”.<sup>310</sup> A ello se fueron sumando las imágenes positivas del exilio, sobre todo en Europa, propias de las resistencias al fascismo y al nazismo o de los exilios clásicos como el de Trotsky o incluso el de Perón para el caso de los peronistas argentinos. Así, un antiguo exiliado en Francia recuerda:

“El tema es que en Francia como ellos los veían a sus resistentes nos veían a nosotros, el ojo del francés para nosotros, nosotros éramos héroes para ellos, héroes de la libertad, héroes de la lucha contra la dictadura, éramos tipos que se habían jugado la vida, no nosotros particularmente porque éramos nosotros, todos los que veníamos de América Latina refugiados...” (D.H., 16/8/2004, Buenos Aires, entrevista de M.F., Franco, 2006: 218)

Más tarde esta noción de resistencia empezó a asociarse a las organizaciones de exiliados consagradas a la tarea de derechos humanos, como una forma también de legitimar la propia tarea y la ausencia del país, aunque el contenido bélico asociado a ello fuera disminuyendo progresivamente, a medida que las organizaciones militantes perdían fuerza en el contexto de exilio y de pérdida de viabilidad de las opciones armadas en la Argentina (y también en el contexto mundial de los años 80). En todo caso, para muchos exiliados políticamente activos, asumir el lugar del “resistente” permitía reconstituirse a partir de identificadores positivos y afrontar la nueva realidad (Franco, 2008):

“Los que no olvidamos tenemos un cierto derecho a no ser olvidados. El exilio destapó la voluntad y reclamó justicia, denunció, aportó evidencias, extendió por doquier su incansable actividad, desenmascaró, informó, difundió, movilizó... saltando por sobre los imposibles. Su voz fue la primera y la más potente porque su ámbito fue el mundo entero... [...] Desde la fundación de grupos de solidaridad, de resistencia, de discusión de análisis y de encuentro, hasta la publicación de centenares de revistas, diarios, libros, pasado por actos multitudinarios, conferencias, mesas redondas, entrevistas, en todos por todos los medios de comunicación, charlas, coloquios, exposiciones, recitales, el exilio proveyó a los países receptores de exiliados un material que de otro modo jamás hubiese llegado y por medio del cual países geográficos muy distintas de la Argentina, culturas diferentes,

---

<sup>310</sup> Cfr. Movimiento Peronista Montonero [MPM], Secretaría de Relaciones Exteriores, 12/9/1978; Partido Montonero, “Sobre la desertión de cinco militantes del Partido y cuatro milicianos en el exterior”, 10/3/1979; Représentation extérieure du Parti Révolutionnaire des Travailleurs, Direction Politique et militaire de l’Armée Révolutionnaire du Peuple-ERP, París 25/3/1976, PRT-ERP, “Propuesta del PRT para el movimiento de solidaridad con Argentina”, París, julio 1978.

inmensos sectores pudieron conocer la realidad del genocidio, de la violación de los derechos humanos, de los desaparecidos, de la violencia, la corrupción, ineficiencia, brutalidad y entrega perpetrada por los dictadores argentinos y su corte de acólitos.” (Mario Silva, “Yo tuve un sueño”, *Resumen*, N° 100, Madrid, 19 diciembre de 1983, Suplemento especial, página XI.)

Este tipo de construcciones incluso sirvieron para legitimar el regreso de los exiliados al país. Un buen ejemplo de este imaginario heroizante y resistente son las tempranas intervenciones de Osvaldo Bayer en su debate con Rodolfo Terragno: “Para gloria de esta diáspora argentina estoy dispuesto a demostrar que es ejemplar, que muy pocos exiliados han sido tan ricos en sus luchas, con figuras sacrificadas y brillantes. Y ningún exilio fue tan peligroso para los tiranos como éste, el de los argentinos que están en el exterior” (Bayer, 1993, [1980]:197).<sup>311</sup> Esta perspectiva ha sido también reactualizada en el actual contexto memorial de redescubrimiento de la militancia de los años 70, a partir de la reivindicación de la acción de denuncia externa realizada por los exiliados.<sup>312</sup> De todas formas, conviene tener en cuenta que, a pesar de su resurgimiento, este tipo de representaciones tuvo y tiene un alcance limitado y nunca trascendió el reducido ámbito de la minoría de los exiliados que continuaron la actividad militante en el exterior (en cualquier caso, una vez más: no es objeto de mi intervención la veracidad histórica de esa acción sino sus efectos como construcción política). No obstante, de manera general, durante las tres primeras décadas postautoritarias esta figura de la resistencia fue rápidamente olvidada, probablemente por sus connotaciones políticas en un contexto que estaba impregnado por la despolitización del pasado y de los sobrevivientes de la violencia. Así, cuando la experiencia de los exiliados empezó a salir del cono de sombras inicial lo hizo para ser asociada ante todo con el campo de las *victimias* y en menor medida al de la política.

### **Algunas reflexiones políticas y analíticas**

---

<sup>311</sup> También es un ejemplo parcial de este imaginario de resistencia y activismo el film de Pino Solanas: *Tangos. El exilio de Gardel* (1986) (Jensen, 2005: 183 y ss).

<sup>312</sup> Cfr. es el caso de una intervención pública de Rodolfo Mattarollo, subsecretario de Derechos Humanos de la Nación y antiguo exiliado en Francia, quien evocó y presentó la figura del exiliado exclusivamente en torno a la actividad de denuncia desarrollada en el exterior (Buenos Aires, 26 de septiembre de 2007, durante la presentación del libro *Exilios* de Pablo Yankelevich y Silvina Jensen).

Llegado este punto, volvamos al eje de la discusión: la preocupación analítica que guía estas líneas tiene que ver con los efectos de esta inclusión del exilio en el campo de las víctimas -con la cual, insisto, acuerdo política y humanamente. El problema es que en esa operación subyace la noción de *pasividad* de quienes se fueron: los exiliados sólo son vistos como personas que sencillamente fueron expulsadas y el exilio es visto como una condena y una violación de los Derechos Humanos que dejó sin opciones a sus víctimas, aún incluso en los casos en que eso se conjuga con la representación de la resistencia. En definitiva, se trata de un supuesto que implica para los exiliados la negación de su condición de sujetos hacedores de su propia historia, condición inherente a todo actor social aún si esa historia personal fue hecha en condiciones altamente determinadas, con márgenes de elección y libertad de acción muy reducidos.

El problema empírico y teórico que subyace a esta observación es que, de manera general, en el caso argentino irse fue una *opción personal* en la que hubo una instancia de toma de decisión (ya sea individual, familiar o de pequeños grupos), y por tanto *algún grado* de elección en la salida –sin duda una elección totalmente condicionada y forzada por las circunstancias, que a veces pudo llegar a ser una pulsión de vida no racionalizada-. Pero esa opción existió y por eso mismo hubo quienes no la eligieron y se quedaron. Incluso también la hubo para muchos de los detenidos que estando en la cárcel eligieron salir del país bajo el “derecho de opción”<sup>313</sup>, que no siempre fue una expulsión directa –tal como suele ser presentado. Es sabido que durante los primeros años muchos detenidos –militantes políticos en general- se negaban a salir con esa alternativa y las autoridades diplomáticas que los visitaban se veían en la dificultad de convencerlos para que la utilizaran y salieran del país (Franco, 2006). De igual forma, algunas organizaciones armadas, como fue el caso de Política Obrera y al menos antes del golpe de Estado de 1976, prohibían a sus militantes utilizar ese recurso. Es evidente que si hubiera sido una imposición militar no podrían haberlo prohibido o impedido.

Así, al igual que en Brasil y Uruguay y a diferencia de otros países como Chile, en la Argentina no se instauró la pena de exilio, la expulsión o la prohibición de volver

---

<sup>313</sup> El derecho de opción (artículo 23 de la Constitución nacional) se aplica a los detenidos bajo estado de sitio y sin juicio que pueden optar por la salida del país. Este derecho fue suspendido por el régimen militar y luego repuesto en 1977, aunque con restricciones, debido a las presiones internacionales.

en tanto *política de aplicación generalizada y sistemática*.<sup>314</sup> Si bien hubo excepciones y diversos casos particulares<sup>315</sup>, la política sistemática del régimen militar no impuso la salida del país a los perseguidos políticos e incluso podría decirse que intentó limitarla al suspender provisoriamente el derecho de opción al producirse el golpe de Estado. Sin embargo, son los relatos de los propios exiliados los que perciben la experiencia de partida como una imposición absoluta y tienden a diluir el nivel de la toma de decisión –por restringido que haya sido el marco en que se realizó la elección-. En algunos casos esta dilución se realiza de manera voluntaria y en otros se produce porque la partida fue vivida de esa manera: como una expulsión o una imposición.

Sin duda, el problema que se plantea aquí es a qué podemos llamar una “decisión” o una “elección” en términos que sean útiles al trabajo analítico –es decir, dejando en suspenso, provisoriamente, las percepciones inmediatas de los actores y más allá de las connotaciones éticas o políticas. Si consideramos que la noción sólo alude a una decisión racional y tomada en condiciones de absoluta libertad de elección, sin dudas el exilio no fue una “decisión” ni una “elección”. Si suponemos, en cambio, que un sujeto elige siempre, aún cuando lo hace entre un abanico muy pequeño de alternativas y con un alto grado de constricciones estructurales (considerando que, de hecho, siempre se elige bajo constricciones estructurales y en un abanico limitado de posibilidades) y que, llevado a su extremo, también hubo quienes decidieron quedarse con riesgo absoluto de su vida, entonces, en el caso del exilio sí existió una “decisión” que podría denominarse “forzada”.

¿Cuáles serían los efectos *políticos* de reconocer la existencia de este margen de toma de decisión en la experiencia de exilio? Creo que ello permitiría trascender la noción de víctima en su actual acepción de pasividad y poder pensar que el exilio fue una *actitud posible* frente a la dictadura, defensiva u ofensiva según los casos, y que fue esa estrategia la que permitió que algunos exiliados se transformaran en actores políticos importantes en su lucha contra la dictadura desde el exterior. O, sencillamente, fue una estrategia que a algunos les permitió sobrevivir y a otros, a la gran mayoría, les permitió huir del terror y del miedo, con todo *lo legítimo que tiene que un sujeto elija cómo quiere vivir y si quiere vivir*.

---

<sup>314</sup> Entre otros: Dutrénit Bielous (ed.), 2006 para el caso uruguayo; Gaillard (1997) sobre Chile y Chirio (2004) sobre Brasil.

<sup>315</sup> Es el caso, por ejemplo, del senador radical Hipólito Solari Yrigoyen a quien se le aplicó el decreto de “regreso ilegítimo” que preveía hasta cuatro años de cárcel para quienes regresaran estando sujetos a dicha disposición. A Solari se le prohibió volver al país en febrero de 1982, cuando llevaba cinco años de exilio en Francia (Solari Yrigoyen, 1983: 141 y 166).



En segundo lugar, ¿cuáles serían los efectos *analíticos* de esta misma ampliación de representaciones sobre el exilio? Creo que permitiría reconocer *la capacidad de acción* (la agencia histórica) de los exiliados y sacarlos del lugar pasivo y despolitizado en que se los ha situado por razones políticas y emocionales y que la investigación académica suele reproducir sin mayores controles. Reconocerles este margen de acción y decisión no les quita su condición de víctimas del terrorismo de Estado ni implica que el exilio no sea parte de las prácticas represivas de ese sistema, ya que forzar a un individuo a tomar ese camino implica un acto de violencia cometido con toda la fuerza de aparato represivo estatal por detrás. Pero sí implica que no podemos ignorar que existió una agencia en la salida al exilio. De la misma manera, reconocer esta agencia no implica caer en un “estrategismo” que supone actores completamente racionales en su accionar y toma de decisiones. Implica, en cambio, que el investigador debe estar atento a la complejidad y variedad de trayectorias, a los relatos de los sujetos que dan cuenta de la experiencia percibida tanto como a ciertas variables históricas objetivables y al tejido complejo que forman los condicionamientos macropolíticos y las prácticas y estrategias individuales que explican cada historia.

Así, no se trata de establecer lecturas dicotómicas entre el exilio como acto voluntario e individual o como imposición absoluta de un poder represor omnímodo, sino de reconocer todo lo político que hay en el acto realizado por quienes se fueron o quienes tomaron la decisión de hacerlo y todo lo político que hay en la percepción de que aquello fue una imposición absoluta, resultante del peso de un sistema político represivo sobre sujetos que fueron impulsados a irse.

En definitiva, reconocer la capacidad de acción de estos sujetos frente al terror los devuelve del olvido como *víctimas* que, frente al horror, *actuaron, actuaron decidiendo no vivir bajo el miedo o actuaron para salvar su vida.*<sup>316</sup> En definitiva, considero que ante el terror variados actores generaron diversas estrategias y el exilio fue una de ellas. Esta dimensión no debería quedar encubierta por necesidades políticas posteriores y por el combate para afirmar una memoria antidictatorial. Creo que redescubrir esa dimensión activa, estratégica, es una forma de que los exiliados sean reconocidos como actores y sujetos de sus propias narrativas e historias. Es una forma de devolverles un lugar en la historia de nuestro pasado reciente.

---

<sup>316</sup> Por eso mismo, este reconocimiento de la capacidad de acción de los sujetos frente al terror no tendría por qué poner en cuestión la acción de quienes consideran que el exilio debería tener un resarcimiento económico.

## **Bibliografía**

Bayer, Osvaldo (1993), *Rebeldía y esperanza*, Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta.

Bernetti, Jorge y Mempo Giardinelli (2003), *México. El exilio que hemos vivido*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Brocato, Carlos (1986), *El exilio es el nuestro*, Buenos Aires, Sudamericana.

Calveiro, Pilar (2006), *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Colihue.

Carnovale, Vera (2005), “Jugarse al cristo: mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”, *Entre pasados*, 28, pp. 11-26.

Chirio, Maud (2004), «Les trajectoires intellectuelles et politiques des exilés brésiliens pendant le régime militaire (1964-1979)», Mémoire de DEA, Paris 1, Université de la Sorbonne, París.

del Olmo Pintado, Margarita (2007), “Identidades remendadas: el proceso de crisis de identidad entre los exiliados argentinos en España”, en Yankelevich, Pablo y Silvina Jensen (comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, del Zorzal, pp. 127-146.

Dutrénit Bielous, Silvia (ed.) (2006), *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*, Montevideo, Trilce.

Franco, Marina (2005), “Exilio y dictadura. Consideraciones en torno a algunas representaciones del exilio bajo el terrorismo de Estado”, *Anuario de Rosario*, 20, “Historia, memoria y pasado reciente”, Escuela de Historia/Homo Sapiens Ediciones, Rosario, pp. 116-146.

----- (2006), “Los emigrados políticos argentinos en Francia. 1973-1983”. Tesis de doctorado Universidad de Buenos Aires y Universidad de Paris 7 (Francia), dirigida por Hilda Sabato y Pilar González Bernaldo, Buenos Aires.

----- (2008), *Exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gaillard, Anne-Marie (1997), *Exils et retours. Itinéraires chiliens*, París, Ciemi-L'Harmattan

Goligorsky, Eduardo (1983), *Carta abierta de un exiliado a sus compatriotas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Guglielmucci, Ana (2006), “Moral y política en la praxis militante”, *Lucha Armada*, Año 2, N° 5, Buenos Aires, febrero-abril, pp. 72-90.

- Hilb, Claudia (2002), “La responsabilidad como legado”, en César Tchah y Luis Alberto Romero (comps.), *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Jaspers, Karl (1998), *El problema de la culpa*, Paidós, Barcelona [1946].
- Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid y Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2007), “La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado”, en Marina Franco y Florencia Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, pp. 307-340.
- Jensen, Silvina (1998), *La huida del horror no fue olvido: el exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*, Barcelona, Bosch-Cosofam.
- (2000), “Las conflictivas relaciones entre historia y memoria de los ‘exilios argentinos’ en Cataluña (1973-1983)”, *Revista Patagónica de Historia Oral*, 3, junio, Neuquén, pp. 15-26.
- (2003), “Nadie habrá visto esas imágenes, pero existen. A propósito de las memorias del exilio en la Argentina actual”, *América Latina Hoy*, 34, Salamanca.
- (2004), “Suspendidos de la historia/exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1976 -...)”, Tesis doctoral, Universidad de Cataluña.
- (2005), “Del viaje no deseado al viaje de retorno. Representaciones del exilio en *Libro de navíos y borrascas y Tangos. El exilio de Gardel*”, en Elizabeth Jelin y Ana Longoni, *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid, Siglo XXI, pp. 167-202.
- Jitrik, Noé (1984), *Las armas y las razones*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Longoni, Ana (2007), *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma.
- Maletta, Héctor; Frida Szwarcberg y Rosalía Schneider (1986), “Exclusión y reencuentro: aspectos psicosociales del retorno de los exiliados a la Argentina”, *Estudios migratorios latinoamericanos*, Año 1, N° 3.
- Mármora, Lelio y Jorge Gurrieri (1989), “El retorno en el Río de la Plata. (Las respuestas sociales frente al retorno en Argentina y Uruguay)”, *Estudios migratorios latinoamericanos*, Año 4, N° 10, pp. 467-495.
- O’Donnell, Guillermo (1985), “Democracia en la Argentina: *micro y macro*”, en Oscar Oszlak (ed.), “*Proceso*”, *crisis y transición democrática*, vol. 1, Buenos Aires, CEAL, pp. 18-30.

- Pollak, Michel (1990), *L'expérience concentrationnaire*, París, Métailié.
- Raffo, Julio (1985), *La meditación del exilio*, Buenos Aires, Editorial Nueva América.
- Solari Yrigoyen, Hipólito (1983), *Los años crueles*, Buenos Aires, Brughera.
- Sosnowski, Saúl (comp.) (1988), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Valente, Marcela (s/f), “Derechos humanos-Argentina: Desagravio al exilio”, Fuente: IPS, <http://ipsnoticias.net/nota.asp?idnews=38559>, consultada: 12/2/2008.
- Vezzetti, Hugo (2002), *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores.
- (2005), “Conflictos de la memoria en la Argentina”, *Lucha Armada*, Año 1, N° 1, Buenos Aires, diciembre-febrero, pp. 46-63.
- Timerman, Jacobo (1983) *Resumen*, N° 100, Madrid, 19 diciembre, Suplemento especial.
- Yankelevich, Pablo (2004), *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*, Buenos Aires, Ediciones al Margen.
- y Silvina Jensen (comps.) (2007), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, del Zorzal.

**A modo de balance,** Peter Winn

## Los autores

**Gabriela Aguila** es Profesora y Licenciada en Historia y Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Profesora titular en Historia Latinoamericana e Historia Europea Contemporánea en la Facultad de Humanidades y Artes de dicha Universidad. Ha orientado sus investigaciones hacia el campo de la historia argentina y latinoamericana del siglo XX y, en los últimos años, al estudio de la última dictadura militar argentina en un plano local y regional. Sus trabajos se han editado en libros y revistas especializadas en el país y el exterior y recientemente ha publicado *Dictadura, represión y sociedad en Rosario (1976/1983). Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura* (Buenos Aires, 2008).

**Luciano Alonso** es Profesor y Magíster en Historia. Se desempeña en el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe) y en el Departamento Social de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Es miembro del Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral de la primera unidad académica ([lalonso@fhuc.unl.edu.ar](mailto:lalonso@fhuc.unl.edu.ar)).

**Maria Paula Araujo** es doctora en Ciencias Políticas y profesora de Historia Contemporánea de la Universidade Federal do Rio de Janeiro donde integra el posgrado en historia social y el Laboratório de Estudos do Tempo Presente. Sus investigaciones hacen foco en historia política, historia de las izquierdas, historia oral y memoria. Es autora de *A Utopia Fragmentada: novas esquerdas no Brasil e no mundo na década de 1970* (Rio de Janeiro, 2000), *Memórias Estudantis: da fundação da UNE aos nossos dias* (Rio de Janeiro, 2007) y de *História e Memória de Vigário Geral* (Rio de Janeiro, 2008), en co-autoría con Écio Salles. E-mail: [mp-araujo@uol.com.br](mailto:mp-araujo@uol.com.br)

**Victoria Basualdo** es Profesora y Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y M.A., M.Phil. y Ph.D. candidate por la Universidad de Columbia (New York). Es Profesora en la Maestría en Economía Política de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Ha publicado varios artículos sobre distintos temas de historia económica y del trabajo en la Argentina del siglo XX.

**Ernesto Bohoslavsky.** Doctor en Historia por el Instituto Universitario Ortega y Gasset (Universidad Complutense de Madrid). Investigador-Docente del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Becario posdoctoral del CONICET. Se ha concentrado en historia de la Patagonia y del pensamiento de las derechas en Argentina y Chile. Es autor de *La Patagonia, de la Guerra de Malvinas al final de la familia ypefiana* (Buenos Aires, 2008). E-mail: [ebohosla@ungs.edu.ar](mailto:ebohosla@ungs.edu.ar).

**Marina Cardozo Prieto.** Profesora de Historia (Instituto de Profesores Artigas, Uruguay), Master en Derechos Humanos (Università degli Studi di Siena, Italia), Maestranda en Historia Rioplatense (Universidad de la República, Uruguay), Doctoranda en Ciencias Sociales (Instituto de Desarrollo Económico y Social/ Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina). Docente de historia en liceos estatales y privados en Montevideo. Docente ayudante en el Instituto de Historia de las Ideas, Facultad de Derecho, Universidad de la República, Uruguay. Integra el Núcleo Memoria del Instituto de Desarrollo Económico Social. **EMAIL**

**Vera Carnovale** es Profesora en Enseñanza Media Superior en Historia, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente está terminando el Doctorado en Historia en la misma casa de estudios. Su tesis doctoral se titula “Imaginario y moral en la construcción identitaria del PRT-ERP”. Ha publicado varios artículos en el país y en el exterior sobre diversos temas asociados al pasado reciente (experiencia perretista, memorias del terrorismo de Estado, usos de testimonios orales en la investigación histórica, entre otros). Es coautora de *Memoria, Historia y Fuentes Orales* (Buenos Aires, 2006) y de la colección *De Memoria. Testimonios, textos y otras fuentes sobre el terrorismo de Estado* (3 vol., Buenos Aires, 2004-2005). Desde el 2001 es miembro de Memoria Abierta donde trabajó fundamentalmente en la construcción de un Archivo Oral sobre violencia política y terrorismo de Estado y del Núcleo Memoria del IDES. Fue becaria del CONICET entre abril de 2005 y marzo de 2007.

**Marina Franco** es investigadora y docente del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. Investigadora de CONICET. Autora de

numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales sobre el exilio y sobre problemas historiográficos de la historia reciente. Autora de *Exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura militar* (Buenos Aires, 2008) y compiladora junto con Florencia Levín de *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires, 2007). Coordinadora de la Red Interdisciplinaria de Estudios en Historia reciente ([www.riehr.com.ar](http://www.riehr.com.ar)).

**Luciana Garatte.** Profesora en Ciencias de la Educación. Becaria Doctoral de CONICET con sede en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Docente de la Universidad Nacional de La Plata. Especialista en pedagogía e historia de la universidad.

**Florencia Levín** es graduada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra concluyendo su doctorado en historia en la misma facultad (para lo cual contó con una beca UBACyT). Es autora de varios artículos sobre la historia reciente y su enseñanza, así como de diversos materiales escolares y didácticos. Trabajó en el Ministerio de Educación y ha sido docente en el Ciclo Básico Común (UBA) y en la carrera de Historia de FFyL de la UBA. Desde 2006 se desempeña como docente e investigadora en el Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Junto con Marina Franco es compiladora de *Historia reciente, perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires, 2007) y directora de la Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente – RIEHR ([www.riehr.com.ar](http://www.riehr.com.ar)).

**Daniel Lvovich** es Profesor (UNL) y Doctor en Historia (UNLP). Se desempeña como investigador-docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento, investigador del CONICET y Profesor en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Es autor de *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*. (Buenos Aires, 2003), *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara* (Buenos Aires, 2006), compilador (junto a Juan Suriano) de *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1950* (Buenos Aires 2006) y coautor (junto a Jaquelina Bisquert) de *La cambiante memoria de la dictadura militar desde 1984: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática* (Buenos Aires, 2008). Email: [dlvovich@ungs.edu.ar](mailto:dlvovich@ungs.edu.ar)



**Silvina Merenson** es Historiadora (UNLP) y Magíster en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM). Doctoranda en Ciencias Sociales (IDES-UNGS), becaria doctoral de CONICET. Docente-Investigadora del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM). Desde 2003 investiga en el Uruguay pasajes, tránsitos y articulaciones en la construcción de la categoría nativa peludo y sus traducciones en las narrativas nacionales uruguayas, temática sobre la que publicó diversos trabajos en la Argentina y el exterior.

**Sergio A. Pujol** (La Plata, 1959) es profesor de Historia por la Universidad Nacional de La Plata y Fellow in Creative Writing por University of Iowa (EE.UU). Investigador del Conicet y docente titular en la Facultad de Periodismo y Comunicación social (UNLP), es autor de una decena de libros sobre historia cultural y música popular, entre los que destacan *Jazz al sur*, *Discépolo, una biografía argentina*, *Historia del baile (De la milonga a la disco)*, *Rock y dictadura*, *Las ideas del rock* y *En nombre del folclore. Biografía de Atahualpa Yupanqui*. Como crítico musical, ha colaborado en diversos medios del país y del exterior y recibió en 2007 el Diploma Premio Konex por su labor periodística entre 1997 y 2007. Ha sido profesor invitado en las universidades de Princeton, Iowa, Grinnell, Birmingham y Vanderbilt.

**Marco Aurélio Santana**. Doutor em Sociologia. Professor do Programa de Pós-Graduação em Sociologia e Antropologia da Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). Publicou, entre outros, *Homens partidos: comunistas e sindicatos no Brasil* (São Paulo, 2001); tendo organizado também *Trabalho e tradição sindical no Rio de Janeiro: a experiência dos metalúrgicos* (Rio de Janeiro, 2001) e *Além da fábrica: trabalhadores, sindicatos e a nova questão social* (São Paulo 2003), com José Ricardo Ramalho.

**Germán Soprano**. Doctor en Antropología Social. Profesor en Historia. Investigador del CONICET. Docente Investigador de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Docente de la Universidad Nacional de La Plata. Investiga sobre política y formas de sociabilidad de académicos universitarios, dirigentes y militantes políticos, y funcionarios estatales. Se ha especializado en temas de antropología de la política, teoría política y del Estado, e historia social argentina contemporánea.

PETER WINN